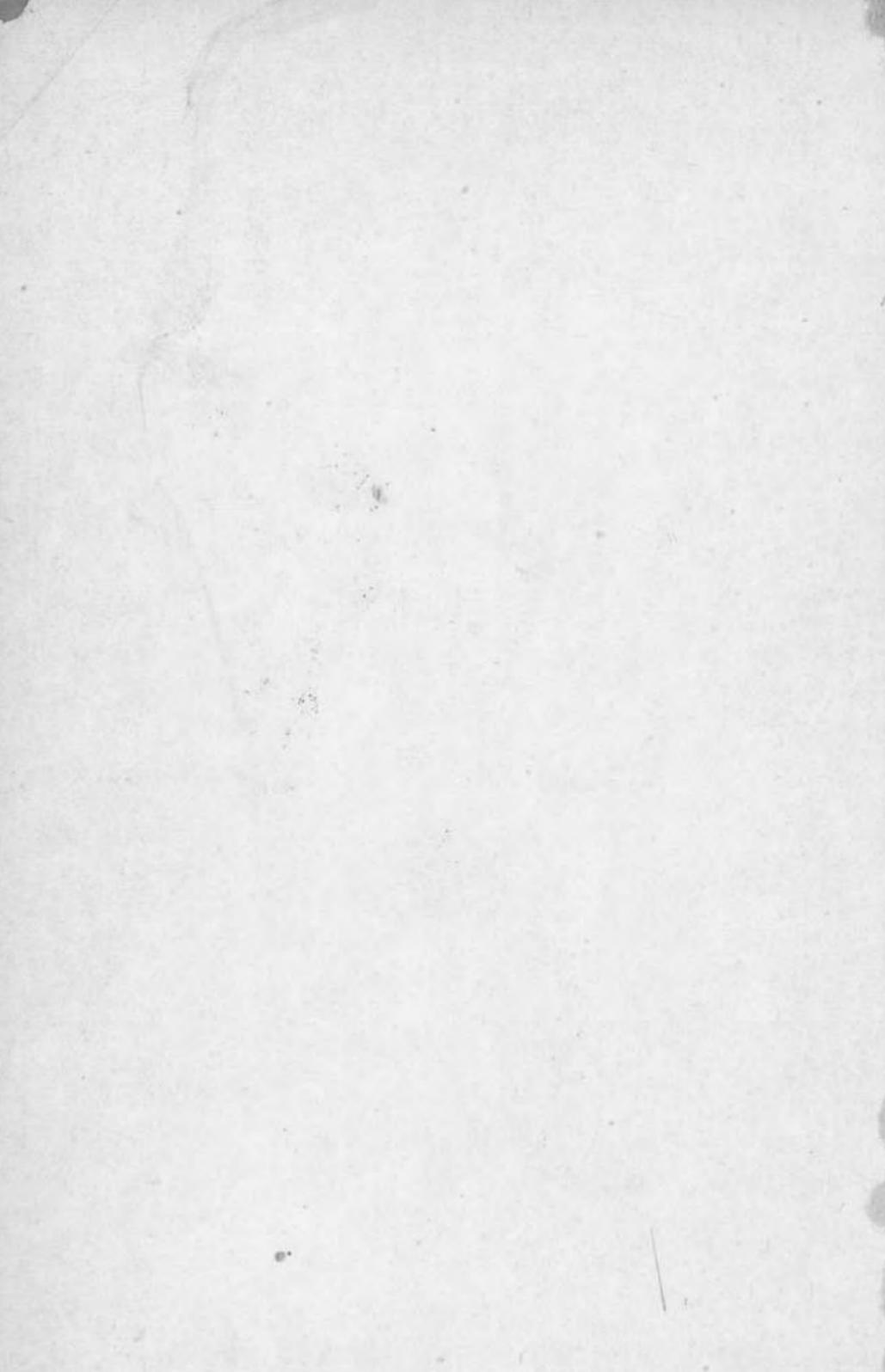


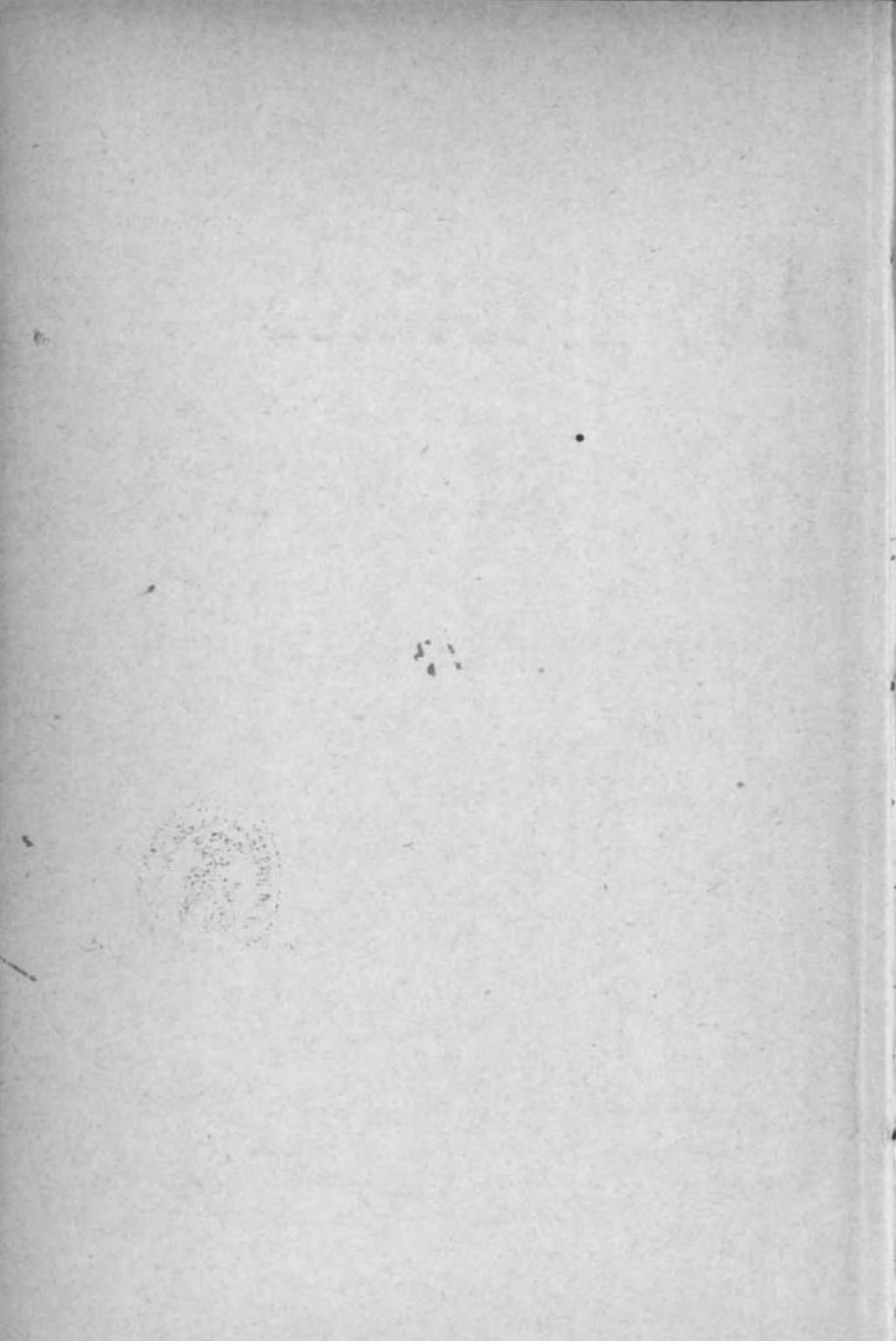
DOSTOYEVSKI.
LOS PRESIDIOS
DE
SIBERIA



CASA EDITORIAL MAUCCI MALLORCA 226-28 BARCELONA



LOS PRESIDIOS DE SIBERIA



04.837

FEDORO DOSTOYEWski

Los presidios de Siberia

TRADUCCIÓN

de

Augusto Riera



BARCELONA

Casa Editorial Maucci, Mallorca, 226 y 228

BUENOS AIRES

Maucci Herms., Cuyo 1070

MÉXICO

Maucci Herms., 1.^a Relox, 1

1903



Los presidios de Siberia

PRIMERA PARTE

En las estepas, entre las montañas y las selvas casi inexploradas de las apartadas comarcas de Siberia, halla el viajero, de trecho en trecho, ciudades de escaso vecindario, que no llega en muchas ocasiones á dos millares de habitantes, con las casas de madera, muy feas, con dos iglesias, una en el centro, y otra en un extremo, y más parecidas á una aldea de los alrededores de Moscou que á una ciudad propiamente dicha. Por regla general abundan en ellas los jefes de policía, asesores y demás empleados subalternos. Verdad es que en Siberia aprieta el frío; pero en cambio el servicio del Estado resulta muy ventajoso. Los habitantes son buenas gentes que no conocen las ideas

liberales; de rancias costumbres consagradas por el tiempo. Los empleados, que vienen á constituir la nobleza, son muchas veces gente de arraigo en el país, y otras proceden de Rusia. Estos vienen directamente de las capitales, seducidos por el buen sueldo, el gran viático que se concede para gastos de viaje y otras esperanzas no menos tentadoras que creen advertir en expectativa. Los que saben resolver el problema de la vida, permanecen en Siberia y se fijan definitivamente en ella. Los magníficos resultados que obtienen les indemnizan por completo; en cuanto á los que no saben resolver tal problema, por ser ligeros de cascos, se aburren muy pronto y á sí mismos se preguntan por qué se les ocurrió tal aventura. Esperan con impaciencia que transcurran los tres años de su permanencia y piden la vuelta á Rusia y abominan de Siberia y se burlan de sus costumbres y habitantes. No hay que alabarles el gusto, porque no sólo es muy ligero el servicio oficial, sino que se goza de muchas otras ventajas. El clima es excelente; los comerciantes son ricos y hospitalarios; abundan los europeos acomodados. En cuanto á las jóvenes parecen capullos de rosa; su moralidad es irreprochable. La caza abunda, y con sólo empuñar un arma se mata cuanto se quiere. Se bebe mucho champagne, el caviar es de primera calidad; las tierras, muy feraces, llegan á dar quince por uno. En una palabra; es una tierra bendita que hay que saber aprovechar [y que, por regla general, se aprovecha!

En una de esas ciudades pequeñas, alegres y contentas de sí mismas, de cuyos amables habitantes guardaré recuerdo imperecedero, hallé á un desterrado, Alejandro Petrovitch Goriantchikov, exhidalgo y propietario ruso. Estaba condenado á trabajos forzados de segunda clase por haber asesinado á su mujer. Después de cumplir su condena—diez años—vivía de un modo sosegado y sin llamar la atención de nadie, en la ciudad de K... Á decir verdad estaba vecindado en una de las aldeas inmedia-

tas, pero vivía en K... donde se ganaba el sustento dando lecciones á los niños. Son bastantes los deportados que en Siberia se dedican á la enseñanza. No se les desdeña porque enseñan el francés, que tan útil resulta, y del que no tendrían remota idea siquiera si no fuese por ellos. Vi por primera vez á Alejandro Petrovitch en casa de un anciano respetable, Iván Ivanitch Grosdikof, padre de cinco hijas muy avisadas. Cuatro días á la semana Alejandro les daba lección mediante treinta kopeks (plata) por sesión. Su exterior me interesó. Era un hombre muy pálido y y flaco, aun joven,—tendría unos treinta y cinco años,—enteco y débil, que vestía con pulcritud á la europea. Cuando se le hablaba miraba con mucha atención, escuchaba con exquisita amabilidad y expresión reflexiva, como si se le planteara un problema ó se le quisiera arrancar un secreto. Contestaba con precisión y claridad, pero pesando de tal modo todas las palabras, que acababa uno por sentirse molesto sin saber por qué, y sentíase aliviado al terminar la conversación. Pregunté de él á Iván Ivanovitch y me dijo que Goriantchikof era de irreprochables costumbres, pues de no ser así, no le habría confiado la instrucción de sus hijas. Añadió que era un terrible misántropo, que vivía aislado, pero que era muy instruído, leía mucho, hablaba poco, y casi nunca se decidía á dar confianzas á nadie.

Algunos decían que era loco, pero sin duda no les parecía este un defecto muy grave, y la gente acomodada de la ciudad trataba con consideración á Alejandro Petrovitch, quien, en caso necesario, podía ser muy útil para escribir memoriales.

Creían que tenía parientes distinguidos en Rusia, quizá entre ellos personas encofetadas, pero se sabía que desde su destierro había roto toda relación con ellos. En una palabra, era un hombre que se causaba daño á sí mismo. Todos sabían su historia, y que había matado á su mujer por celos antes de cumplir un año de su matrimonio, y

que él mismo se presentó á los tribunales, lo cual le sirvió mucho para rebajar la condena. Crímenes parecidos siempre se miran como desdichas que hay que compadecer. Lo cierto es que, ese hombre original, no se trataba con nadie, y sólo se le veía cuando debía dar lecciones.

No me fijé al principio en él; luego, sin saber por qué, me interesó: quizá por lo enigmático que parecía. Era imposible hablar con él. Es verdad que contestaba á todas mis preguntas; parecía que lo considerara como un deber; pero una vez me había contestado, no me atrevía á interrogarle más. Después de semejantes conversaciones, se veía en su rostro una expresión de padecimiento y de cansancio. Me acuerdo que una tarde de verano salí con él de casa de Ivan Ivanitch. Se me ocurrió invitarle á entrar en mi casa para fumar un cigarrillo. No me es posible pintar el espanto que expresó su rostro; se turbó, murmuró palabras incoherentes, y de pronto, después de mirarme con ira, escapó en dirección opuesta á la mía.

Quedé asombrado.

Después, cuando me encontraba, parecía experimentar una especie de terror; pero no me dí por vencido. Había en él algo que me atraía; un mes después entré en su casa sin pretexto alguno. Es evidente que obré con torpeza y con el menor tacto. Vivía en un extremo de la ciudad en casa de una vieja cuya hija estaba tísica. Esta, tenía una hija natural de diez años, muy linda y muy alegre. Cuando entré, Alejandro Petrovitch estaba sentado junto á ella, y la enseñaba á leer. Al verme se turbó como si le hubiera sorprendido en flagrante delito. Sin saber qué hacerse, se levantó bruscamente, y me miró muy asombrado. Nos sentamos por fin; seguía atentamente mis miradas como si sospechara que llevara alguna intención misteriosa. Adiviné que era atrozmente desconfiado. Me miraba con despecho, y bien veía yo que estaba á punto de decirme:

—¿Te marcharás pronto?

Le hablé de la ciudad, de las noticias del día; callaba ó sonreía á regañadientes: advertí entonces que ignoraba en absoluto lo que ocurría en la ciudad, y que maldito lo que le importaba. Le hablé de nuestra comarca y de sus necesidades: me escuchaba en silencio, y me miraba de un modo tan raro, que sentía vergüenza de mí mismo y de nuestra conversación. Poco faltó para que se enfadara, al ofrecerle, sin abrir aún, los libros y periódicos que acababa de recibir por el correo. Echóles una ojeada codiciosa, pero rechazó mi ofrecimiento, pretextando la falta de tiempo. Por fin me despedí de él; al salir, sentí como si mis hombros se librasen de un peso insoportable. Sentía haber molestado á un hombre que quería vivir aislado. Pero había cometido ya tal tontería. Noté que tenía pocos libros, así es que no debía leer mucho. Sin embargo, dos veces, al pasar en coche á hora muy avanzada de la noche frente á sus ventanas, ví que había luz en su cuarto. ¿Por qué velaba hasta el alba? ¿Escribía, acaso, y qué es lo que escribía?

Estuve tres meses ausente de la ciudad. Cuando volví en invierno, supe que Alejandro Petrovitch había muerto sin llamar siquiera á un médico. Casi todos le habían olvidado ya. El cuarto donde murió permanecía desalquilado. Trabé conocimiento con su patrona para averiguar lo que hiciera en vida su inquilino, y si escribía. Mediante veinte kopeks, me trajo un cesto de papeles dejados por el difunto, y me confesó que había gastado ya dos cuadernos para encender el fuego. Era una vieja adusta y taciturna; nada interesante pude sacar de ella. Tampoco me dijo nada de su inquilino. Me contó sin embargo que casi no trabajaba jamás, y estaba meses enteros sin abrir un libro ni coger una pluma. En cambio paseábase toda la noche por el cuarto entregado á sus reflexiones, y á veces hablaba en alta voz. Quería mucho á su nieta Katia, sobre todo desde que supo su nombre; el día de Santa Catalina hacía decir en la iglesia una misa de *Requiem* por el alma de alguien.

Detestaba que le visitaran, y sólo salía para dar las lecciones; hasta miraba de reojo á la patrona cuando una vez á la semana le arreglaba el cuarto; durante los tres años que vivió en su casa no le dirigió una sola vez la palabra. Pregunté á Katia si se acordaba de su maestro. Me miró en silencio, y se volvió hacia la pared para llorar. ¡Aquel hombre había sabido hacerse amar de alguien!

Llevéme los papeles, y pasé muchas horas examinándolos. La mayoría de ellos no tenían ninguna importancia; eran ejercicios de sus discípulos. Por fin encontré un cuaderno bastante grueso lleno de una letra fina y apretada. El escrito no terminaba. Quizás lo había olvidado su autor. Era el relato, incoherente y fragmentario, de los diez años que Alejandro había pasado en los trabajos forzados. Aquel relato se interrumpía aquí y allá, tan pronto para recordar una anécdota, como por extraños y espantosos recuerdos arrojados allí convulsivamente, como á pesar suyo. Leí varias veces esos fragmentos y pensé si habrían sido escritos en un momento de locura. Pero esas memorias de un presidiario, *Recuerdos de la Casa de los Muertos*, como él mismo los llama en un manuserito, me parecieron interesantes. Surgía de ellos un mundo nuevo, desconocido hasta entonces; aparecían hechos muy raros y algunas observaciones singulares acerca de esa multitud de vencidos, todo lo cual hizo que leyera con curiosidad. Quizá me engañé: publico algunos capítulos de este relato: juzgue el público ..

I

LA CASA DE LOS MUERTOS

Nuestro presidio estaba en el extremo de la ciudadela dentro de las murallas. Si se mira por las rendijas de la empalizada sólo se ve un trozo de cielo y una elevada mura-

lla de tierra cubierta por las altas hierbas de la estepa. Noche y día pasean por ella los centinelas, y el que mira se dice á sí mismo que pasarán años enteros y que verá por la misma rendija siempre la misma muralla, siempre los mismos centinelas y el mismo rinconcito del cielo, no el que está encima de la cárcel, sino otro lejano y libre. Imagináos un gran patio, de doscientos pasos de largo y cincuenta de ancho, rodeado de una empalizada exagonal irregular, formada por estacas profundamente clavadas en tierra: tal es el recinto exterior del presidio. A un lado de la empalizada hay una gran puerta sólida y siempre cerrada, vigilada por los centinelas, y que únicamente se abre cuando los presidiarios van al trabajo. Detrás de esta puerta está la luz, la libertad, viven gentes libres. Desde dentro de la valla imaginábamos todos ese mundo maravilloso, fantástico como un cuento de hadas; no era así el nuestro, pues no se parecía á nada conocido, y tenía sus costumbres, su aspecto y sus leyes especiales; era una casa muerta—viva, una vida sin analogías con la otra, poblada por hombres excepcionales. Este es el rincón que trato de describir.

Cuando se penetra en el recinto, se ven algunas construcciones. A ambos lados de un patio muy grande se ven dos construcciones de madera, de troncos desbastados, y de un solo piso: son los cuarteles de los presidiarios. Allí se encierra á los detenidos que se dividen en muchas categorías. En el fondo del recinto hay otra casa, la cocina, dividida en dos cuadras (*artel*) (1); más allá hay otra construcción que sirve á un tiempo de bodega, de cobertizo y de granero. El centro del recinto, completamente despejado, forma una plaza bastante grande. Allí forman los presidiarios. Se pasa lista tres veces al día: por la mañana, al mediodía y al anochecer; y también otras veces, si los soldados de guardia desconfían, y son listos para contar. En-

(1) Asociación cooperativa de artesanos con fondo común.

tre la empalizada y las construcciones queda un espacio bastante grande, donde algunos detenidos, misántropos ó de carácter sombrío, pasean cuando no se trabaja. Allí cavilan, libres de toda mirada, sus pensamientos favoritos. Cuando les encontraba durante aquellos paseos, me gustaba mirar aquellos rostros tristes y estigmatizados, y adivinar sus pensamientos. Uno de los presidiarios se dedicaba, en los momentos de libertad que deja el trabajo, á contar las estacas de la empalizada. Había mil quinientas, las había contado una por una y se las sabía de memoria. Cada una de ellas representaba un día de reclusión: cada día descontaba una estaca, y así podía conocer exactamente el número de días que aun debía pasar en presidio.

Sentíase feliz cuando acababa uno de los lados del exágono: y sin embargo, debía tardar muchos años en llegar su liberación; pero en presidio se aprende á tener paciencia. Un día ví á un detenido que había cumplido su condena, y á quien ponían en libertad, despedirse de sus camaradas. Había pasado veinte años en presidio. Mas de un forzado se acordaba de haberle visto llegar joven, despreocupado, no acordándose del crimen ni del castigo: era ahora un viejo de pelo gris y de rostro triste y adusto. Dió en silencio la vuelta á los seis cuarteles. Entrando en cada uno de ellos, rezaba ante la imagen santa, saludaba á sus camaradas, y les rogaba que no guardasen mal recuerdo de él. Me acuerdo también de que un día llamaron á la puerta de entrada á un detenido que fuera antes un labrador siberiano acomodado. Seis meses antes recibió la noticia de que su mujer se había vuelto á casar, y aquello le entristeció mucho, y ahora había ido á la cárcel y le había hecho llamar para darle una limosna. Hablaron dos minutos, lloraron ambos, y se separaron para no volverse á ver jamás. Ví la expresión del rostro del detenido cuando volvía á entrar en la cuadra... En verdad que en presidio se aprende á soportarlo todo.

Cuando empezaba el crepúsculo se nos hacía volver á los cuarteles donde se nos encerraba por la noche. Siempre sentía dejar el patio para entrar en la cuadra. Imagínese una habitación baja de techo, apenas alumbrada por unas velas de sebo, llena de un olor fuerte y nauseabundo. Apenas puedo comprender ahora como pude vivir allí diez años enteros. Mi cama se componía de tres tablones; era todo el espacio de que podía disponer. En una sola cuadra colocaban más de treinta hombres. En invierno nos encerraban temprano; había que esperar cuatro horas por lo menos á que durmieran todos, y hasta entonces reinaba un tumulto, un estrépito de risas, de juramentos, de cadenas; se llenaba aquel ámbito de un vapor infecto, de una humareda espesa. Había un movimiento indecible de cabezas afeitadas, de frentes envilecidas, de harapos, todo esto encanallado, asqueroso. En verdad que el hombre es un animal vivaz. Podría decirse de él que es un sér que se acostumbra á todo, y quizá esta fuera la mejor definición que del hombre se ha hecho.

Eramos entre todos doscientos cincuenta en presidio. Casi siempre había el mismo número, porque cuando unos habían extinguido la condena, llegaban otros. Muchos morían en presidio. Había toda clase de hombres. Creo que cada gobierno, cada comarca de Rusia, había enviado sus representantes. Había extranjeros y hasta montañeses del Cáucaso. Todos se dividían en diferentes categorías según la importancia del crimen, y por tanto del castigo. Todos los crímenes tenían allí su representante. La mayoría de los presidiarios se componía de deportados á los trabajos forzados de categoría civil (duramente condenados, como decían ellos). Eran criminales privados de todos sus derechos civiles, miembros reprobados de la sociedad, arrojados de ella, y cuyo rostro, marcado con un hierro candente, debía testificar eternamente su oprobio. Estaban encarcelados en el presidio por un tiempo determinado, de ocho á doce años, y al extinguir la condena,

iban á un cantón siberiano en calidad de colonos. En cuanto á los militares, no estaban privados de sus derechos civiles, como de ordinario ocurre en las compañías disciplinarias rusas, y permanecían un tiempo relativamente corto. Una vez cumplida la condena, volvían al sitio de donde vinieran, y entraban como soldados en los batallones de línea siberianos (1). Muchos de los presidiarios volvían al cabo de poco tiempo por crímenes graves, y esta vez se les condenaba á veinte años por lo menos, formando parte de una sección que se llamaba «á perpetuidad.» Sin embargo, *los perpetuos* no estaban privados de sus derechos. Había también una sección bastante numerosa compuesta de los peores malhechores, casi todos veteranos del crimen, que se llamaba la «sección particular.» Iban allí los condenados de Rusia entera. Se creían condenados á cadena perpetua, y con razón, pues no se les había indicado cuándo terminaría su encierro. La ley exigía que se les diera un trabajo abrumador. Permanecieron en la cárcel hasta que se emprendieron en Siberia unos trabajos penosísimos. «Sólo estais aquí por tiempo determinado, decían á los otros presidiarios; nosotros estamos por toda la vida». No hace mucho me dijeron que esa sección había sido abolida. Tampoco están en este presidio los condenados civiles, y únicamente quedan los militares, con los que se formó una sola compañía disciplinaria. La administración ha cambiado naturalmente. Describo, por lo tanto, las costumbres de otro tiempo, y cosas que ya están en desuso.

Sí, hace mucho tiempo de todo ello, hasta me parece que es un sueño. Me acuerdo de mi entrada en el presidio al anochecer de una tarde de diciembre. Los forzados volvían del trabajo: se iba á pasar lista. Un sargento bigotudo me abrió la puerta de esa casa extraña donde debía permanecer tantos años, y sentir tautas emociones de

(1) El mismo Dostoyewski fué soldado en Siberia al extinguir su condena.

las que no podría formarme idea, ni aun aproximada, si no las hubiera sentido. ¿Podría, por ejemplo, imaginarme el padecimiento atroz y terrible que produce no estar jamás solo, ni siquiera un minuto, durante diez años? En el trabajo, en el cuartel, en todas partes, siempre había doscientos *camaradas* en torno mío; jamás solo, jamás. Fué preciso que me acostumbrara. Había allí homicidas por imprudencia, asesinos de oficio, bandidos y jefes de bandidos, simples rateros, estafadores, y hombres capaces de sacar del bolsillo ajeno cuanto en él hubiera. Difícil hubiera sido, sin embargo, decir por qué ciertos individuos estaban en presidio. Todos tenían su historia confusa y oscura, penosa como el despertar de una borrachera. Los presidiarios hablaban muy poco generalmente de su pasado, que no les gustaba contar y en el que trataban de no pensar siquiera. Entre mis camaradas de condena he conocido asesinos que estaban alegres y tranquilos, como si su conciencia nada les reprochaba; pero había también rostros sombríos y silenciosos. Era muy raro que nadie contara su historia; nadie sentía curiosidad por saberla, y la costumbre quería que nadie preguntara. A veces sucedía que por aburrimiento uno de los detenidos contaba su vida á otro que le escuchaba friamente. Nadie era capaz de admirar á su vecino, porque, como decían todos: «No somos gente ignorante.» Me acuerdo que un día, un bandido borracho (era posible alguna vez emborracharse) contó cómo había matado y descuartizado á un niño de cinco años; le atrajo por medio de un juguete y le llevó á un cobertizo donde le hizo pedazos. La cuadra entera que ordinariamente reía sus bromas, lanzó un grito unánime, y el bandido se vió obligado á callar. No le habían interrumpido los forzados por indignación, sino porque no era costumbre hablar de *aquello*.

Cúmpleme hacer constar que los detenidos eran relativamente instruídos. La mitad cuando menos, sabían leer y escribir. ¿Dónde hallar en Rusia un grupo popular en

que haya la mitad de hombres que sepan leer y escribir? Después he oído decir y afirmar, gracias á estos datos, que la instrucción desmoralizaba al pueblo. Es un error. La instrucción nada tiene que ver con esta decadencia moral. Hay que convenir, sin embargo, en que desarrolla la resolución de las gentes, y esto no es un defecto. Cada sección llevaba un traje distinto: una, usaba blusa medio parda medio gris y pantalón con un pernero gris y otro pardo. Un día, mientras trabajábamos, una niña que vendía panecillos blancos (Vialatchi) se nos acercó, y mirándonos mucho rato se echó á reír.— ¡Uy! ¡qué feos son! ni siquiera tienen bastante tela gris ó parda para hacerse los trajes.— Otros forzados llevaban una chaqueta gris con las mangas pardas. Se afeitaba también las cabezas de distinto modo: unas veces de una oreja á otra, y otras desde la nuca á la frente.

Tan extraña familia tenía un aspecto de pronunciada semejanza que se advertía á la primera mirada. Hasta las personalidades más salientes, aquellas que dominaban involuntariamente á los demás forzados, trataban de tomar el aspecto general de la casa. Todos los detenidos, á excepción de algunos que gozaban de una alegría inagotable, la cual les atraía el general desprecio, aparecían adustos, envidiosos, vanidosos de un modo atroz, presuntuosos, quisquillosos, y formalistas hasta el exceso. No admirarse de nada, era á sus ojos una cualidad primordial, y por lo mismo procuraban aparecer impasibles. Pero á menudo, los más altaneros se mostraban cobardes de un modo indecible. Había algunos hombres verdaderamente fuertes; estos aparecían francos y sinceros, pero, cosa rara, tenían todos una vanidad excesiva y enfermiza. Siempre la vanidad predominaba. La mayoría de los detenidos era depravada y perversa, y por lo tanto las calumnias y chismes abundaban. Nuestra vida era un verdadero infierno, pero nadie se hubiera atrevido á quejarse de los reglamentos interiores de la cárcel ni de las cos-

tumbres generales; de buena ó mala gana, todos se sometían. Algunos caracteres se doblaban con dificultad, pero se doblaban. Los detenidos que cuando libres habían cometido horrores, é impulsados por su vanidad sobreexcitada hablan perpetrado crímenes horribles, de un modo inconsciente, y que habían sido el terror de ciudades enteras, quedaban domados en breve, por el régimen de nuestra cárcel. El *novato* que trataba de orientarse, advertía pronto que allí no sería admirado por nadie; insensiblemente se sometía, adoptaba el tono general, que consistía en una especie de dignidad de que se hallaban penetrados todos los detenidos como si la denominación de presidiario hubiera sido un título honroso. Pero no se advertía el menor síntoma de vergüenza ó de arrepentimiento, sólo se notaba una especie de sumisión exterior, oficial en cierto modo, que explicaba la conducta que debía observarse. «Somos gente perdida, decían; no hemos sabido vivir en libertad, y ahora debemos pasear por *la calle verde* (1), y hacernos contar y volvernos á contar como bestias.» «No has querido obedecer á tus padres y ahora obedeces á la piel de asno.» «El que no quiere bordar después ha de romper piedras.» Todo esto se decía y repetía á guisa de moral, como sentencias ó proverbios, pero sin tomarlo de todos modos en serio. Eran palabras que se llevaba el viento. ¿Había uno solo que se confesara su iniquidad? Pruebe un extraño, no un presidiario, á reprochar á un detenido su crimen ó á insultarle, y no acabarán nunca las injurias. Que refinados son los presidiarios en punto á injurias. Se insultan con finura á fuer de verdaderos artistas. La injuria tocaba en los límites de una verdadera ciencia. Mejor trataban de ofender por el sentido que por la expresión, con frase envenenada. Sus riñas

(1) Alusión á las dos filas de soldados con varas verdes entre las que deben pasar los forzados condenados á ser apaleados. Este castigo sólo lo padecen los que están privados de todos sus derechos civiles.

incesantes contribuían al desarrollo de este arte especial.

Como sólo trabajaban bajo la amenaza del palo, eran perezosos y depravados. Aquellos que aun no estaban corrompidos al llegar, pronto se pervertían. Reunidos contra su voluntad, permanecían extraños unos á otros. «El diablo ha roto tres pares de *lapti* (1) antes de juntarnos», — decían. — Las intrigas, las calumnias, los chismes, las riñas, dominaba en absoluto. No hubiera habido mala lengua capaz de contestar á aquellos asesinos que siempre tenían la injuria pronta.

Como dejo indicado, había entre ellos hombres de carácter de hierro, curtidos é intrépidos y acostumbrados á contenerse. A éstos se les estimaba involuntariamente. Aunque muy celosos de su fama, procuraban no molestar á nadie, y no se insultaban sin motivo. Eran razonables y obedientes, no por principio, sino como una convención mutua entre ellos y la administración que les ofrecía alguna ventaja. Se les trataba con relativa prudencia. Recuerdo que un detenido, intrépido y resuelto, conocido por sus instintos de fiera, fué llamado un día para ser azotado. Era durante el verano; no se trabajaba. El ayudante, jefe directo é inmediato del presidio, estaba en el cuerpo de guardia para asistir al castigo. (Este mayor era un ser fatal para los detenidos que temblaban ante él. Era severo hasta la insensatez, y su mirada tan penetrante como la de un lince, era de todos temida. Nada se le ocultaba. Veía, por decirlo así, sin mirar. Al entrar en la cárcel, sabía ya lo que hacían en el otro extremo de recinto, y por esto, los forzados le llamaban «el hombre de los ocho ojos»; su sistema era malo, pues sólo servía para irritar á gentes ya de por sí irascibles, y á no ser por el comandante, hombre bien educado y razonable, que reprimía los ímpetus salvajes del mayor, éste hubiera causado grandes desdichas

(1) Calzado ligero de corteza de tilo que llevan los labradores de la Rusia Central y Septentrional.

por su mala administración. Aun no comprendo cómo pudo tomar sano y salvo su retiro; verdad es que dejó el servicio después de haber sido procesado). El detenido palideció cuando le llamaron. Por regla general, se tendía valientemente, y sin decir una palabra, para recibir los terribles vergajazos, y después se levantaba sacudiéndose. Soportaba su desgracia friamente, como un filósofo. Verdad es que sólo le castigaban con motivo y con toda especie de precauciones. Pero esta vez creía ser inocente. Palideció, y acercándose á la escolta de los soldados, consiguió ocultar en la manga una cuchilla de zapatero. A pesar de que los cacheos eran frecuentes y minuciosos y de que estuviera severamente prohibido á los detenidos que poseyeran instrumentos cortantes ó punzantes, es muy difícil quitar á un criminal lo que quiere ocultar, y como por otra parte en la prisión ha de haber necesariamente instrumentos cortantes, de ahí que no pudieran desterrarse del todo. Si se conseguía quitarlos á los presidiarios, pronto se hacían con otros nuevos. Todos los detenidos se aproximaron á la empalizada, palpitantes, para mirar á través de las rendijas. Se sabía que esta vez Petrov no se dejaría castigar y que la hora del mayor había sonado. Pero en el momento decisivo, este último subió al coche y marchó, confiando el mando de la ejecución á un subalterno: «Dios le ha salvado», dijeron los forzados. En cuanto á Petrov, soportó tranquilamente el castigo, pues se disipó su cólera al ver marchar el mayor.

El detenido se muestra sumiso y obediente, hasta el límite que no es conveniente rebasar. Nada más curioso que esos raros arranques de ira y de desobediencia. A menudo un hombre que soporta durante muchos años los castigos más crueles, se rebela por una bagatela. Podría creerse que está loco... Esto es lo que se dice.

He dicho ya que, durante muchos años, no he visto la menor señal de arrepentimiento por los crímenes cometidos, y que la mayoría de los forzados creían que estaban

en su derecho obrando como mejor les parecía. Es cierto que la vanidad, los malos ejemplos, el amor propio y la falsa vergüenza les impulsaban. Por otra parte, ¿quién puede pensar haber sondeado la profundidad de estos corazones entregados á la perdición y decir que están cerrados á toda luz? Parece que durante tantos años hubiera debido observar yo algún indicio, algún leve remordimiento, algún padecimiento moral, nada de ello ví. No se puede juzgar el crimen con ligereza, y su filosofía es mucho más complicada de lo que se cree. Está probado, que ni los presidios, ni las cárceles, ni el sistema de trabajos forzados, corrigen al criminal; tales castigos sólo sirven para domarle y para tranquilizar á la sociedad contra sus atentados futuros. La reclusión y los trabajos forzados desarrolla en esos hombres un odio profundo, la sed de los goces prohibidos y una espantosa despreocupación. Por otra parte, estoy seguro de que el sistema celular no alcanza tampoco sino un fin aparente y engañoso. Arranca al criminal toda su energía y toda su fuerza, enerva el alma, á la que debilita y asusta, y hace aparecer una monia medio loca como un modelo de arrepentimiento y enmienda. El criminal que se ha rebelado contra la sociedad, la aborrece y cree estar siempre en su derecho: la sociedad tiene culpa, él no. ¿No ha sufrido acaso su condena? Se considera, pues, absuelto ante sus propios ojos. A pesar de las diversas opiniones, todos reconocen que hay crímenes, que sea cual fuere la legislación, serán indiscutiblemente crímenes, y se considerarán tales, mientras el hombre sea hombre. Únicamente en presidio es donde he oído contar, entre risas apenas contenidas, las atrocidades más feroces. No olvidaré jamás á un parricida que fuera antes noble y empleado. Había causado la desgracia de su padre. Era un verdadero hijo pródigo. El viejo trataba en vano de contenerle por la pendiente fatal que recorría. Como estaba acribillado de deudas y sospechaba que su padre tenía, además de una granja, mucho

dinero oculto, le mató para entrar más pronto en posesión de su herencia. Su crimen sólo se descubrió al cabo de un mes. Durante todo aquel tiempo, el asesino, que había notificado á la justicia la desaparición de su padre, continuó entregándose á su vida de crápula. Pero un día la policía descubrió el cadáver del viejo en una alcantarilla. La cabeza estaba separada del tronco y apoyada al cuerpo; bajo la cabeza, como por irrisión, el asesino había puesto una almohada. El joven lo confesó. Fué degradado, despojado de sus privilegios de nobleza y enviado á los trabajos forzados por veinte años. Mientras le conocí, le ví siempre alegre y despreocupado. Era una verdadera cabeza de chorlito, siquiera no fuera un tonto. Nunca noté en él una crueldad excesiva. Los otros detenidos le despreciaban, no á causa de su crimen, del que no hablaban jamás, sino porque carecía de dignidad. Hablaba á veces de su padre. Un día, ponderando la robusta complexión hereditaria de su familia, añadió: «Mirad, *mi padre*, por ejemplo, no estuvo enfermo hasta *su muerte*». Una insensibilidad animal llevada á tan alto grado, parece imposible; es un verdadero fenómeno. Debía tener aquel hombre algún defecto orgánico, una monstruosidad física y moral desconocida de la ciencia y no un delito. No creía en un crimen tan atroz, pero algunas personas de su misma ciudad que conocían detalladamente su historia, me la contaron. Los hechos eran tan claros, que hubiera sido insensato no rendirse á la evidencia. Los detenidos le habían oído gritar una vez mientras dormía: «¡Cójete! ¡Cójete! ¡Córtale la cabeza! ¡la cabeza, la cabeza!»

Casi todos los presidiarios soñaban en voz alta ó deliraban durante el sueño; las injurias, las palabras en jerga, los cuchillos, las hachas, aparecían siempre en sus sueños. «Somos gentes destrozadas, decían, no tenemos ya entrañas, he aquí por qué gritamos de noche.»

Los trabajos forzados no eran para nosotros una ocupación sinc una obligación. Todos trabajábamos el número

de horas marcado por la ley, y luego volvíamos al presidio. Todos aborrecían el trabajo. Si el recluso no tuviera un trabajo personal al que se entrega voluntariamente, sería imposible soportar su prisión. ¿De qué manera todas esas gentes, de una naturaleza bien templada, que habían vivido enérgicamente y que deseaban vivir todavía, hubieran podido hacerlo de un modo normal y natural?

Gracias á la pereza, los instintos más criminales, de los que el detenido no tendría jamás conocimiento, se desarrollan en él.

El hombre no puede existir sin trabajo, sin propiedad legal y normal; fuera de estas condiciones se pervierte y queda convertido en una fiera. Por ello, sin duda, todos los presidiarios, por exigencia natural ó por instinto de conservación, tenían un oficio, una ocupación cualquiera. Los largos días del verano se consumían casi por entero en los trabajos forzados. La noche era tan corta, que sólo quedaba tiempo para dormir. No así en invierno; según el reglamento los penados debían encerrarse al anochecer. ¿En qué ocupar las tristes y largas veladas sino trabajando? Así todas las cuadras, aun cuando cerradas, tomaban la apariencia de un gran taller. A decir verdad, el trabajo no estaba prohibido, pero sí la posesión de herramientas, sin las cuales es de todo punto imposible aquél. Se trabajaba á escondidas, y parece que la administración lo toleraba. Muchos de los reclusos llegaban á presidio sin saber ningún trabajo. Allí aprendían un oficio cualquiera, y una vez libres, eran excelentes obreros. Había zapateros, sastres, escultores, cerrajeros y doradores. Un judío, Isaiás Bumstein, era á un tiempo platero y usurero. Todos trabajaban y ganaban unos kopeks, pues había siempre encargos de la ciudad. El dinero es una libertad inestimable para un hombre enteramente privado de la verdadera libertad. Teniendo dinero en el bolsillo soporta mejor su posición aun cuando no pueda gastarlo. (Pero siempre puede uno gastar su dinero, tanto más, cuanto que el

fruto prohibido es más sabroso. Se puede beber aguardiente hasta en presidio). Aun cuando estuviera prohibido el uso de la pipa todo el mundo fumaba. El dinero y el tabaco libraban á los penados del escorbuto, así como el trabajo les evitaba menos crímenes. Completamente ociosos, se habrían destruido mutuamente como las arañas encerradas en un brocal. Trabajo y dinero estaban prohibidos, y frecuentemente por la noche se practicaban reconocimientos, confiscando todo lo que no estaba legalmente autorizado. Aun cuando se ocultaran bien los ahorros, los encontraban los carceleros. He aquí por qué no se conservaban mucho tiempo: se cambiaban en aguardiente, lo cual explica que éste debía introducirse en el presidio. El delincuente no sólo quedaba privado de su dinero, sino que se le azotaba de un modo cruel.

Poco después de los reconocimientos, los forzados adquirirían de nuevo los objetos confiscados y todo continuaba de igual modo que antes. La administración lo sabía, y aun cuando la condición de los reclusos fuese muy parecida á la de los habitantes del Vesubio, no protestaban jamás contra los castigos que les acarreaban esos delitos. El que no tenía una industria manual, comerciaba de un modo ó de otro. Compras y ventas se efectuaban de un modo muy original. Había algunos penados convertidos en traperos que vendían objetos, que nadie, exceptuando un recluso, hubiera comprado ó vendido. El más asqueroso trapo tenía sin embargo su precio, y se consideraba útil. A consecuencia de la pobreza de los penados, el dinero alcanzaba un precio superior al que realmente tiene. Largos y penosos trabajos, á veces muy complicados, se pagaban miserablemente. Muchos presos se habían convertido en prestamistas, y ganaban dinero. El detenido llevaba al usurero los escasos objetos que le pertenecían, y los empeñaba por algunos kopeks por los que se le exigía un interés fabuloso. Si no los retiraba en el plazo fijado, el usurero los vendía en subasta sin misericordia. Flo-

recía tanto la usura, que hasta se prestaba sobre objetos pertenecientes al Estado: ropa, blanca, zapatos, etc., cosas que se necesitaban á cada paso. Cuando el prestamista aceptaba tales depósitos, el asunto tomaba á veces un giro inesperado: el propietario, apenas había recibido el dinero, iba en busca del sargento encargado de la custodia de los presos y le denunciaba al encubridor de objetos pertenecientes al Estado, que se arrebataban al usurero, sin juzgar la cosa digna de ser llevada á conocimiento de la administración superior. Lo raro es, que jamás ocurría riña ninguna entre el usurero y el propietario, aquel entregaba silenciosamente con expresión adusta los efectos que se le reclamaban como si ya imaginara que aquello debía ocurrir. Quizá pensaba que él hubiera obrado lo mismo. Si se insultaban después de aquella escena, era menos por odio que para tranquilizar su conciencia.

Los reclusos se robaban mutuamente sin pudor. Todos tenían su cofrecillo, provisto de un candado, y encerraban en él los objetos que les había confiado la administración. Aun que estuvieran autorizados los tales cofres, esto no impedía los robos. El lector puede imaginar fácilmente cuán hábiles ladrones había entre nosotros. Un presidiario que me demostraba gran amistad, me robó la Biblia, el único libro que se permitía en presidio. El mismo día me lo confesó, no por arrepentimiento, sino porque le dió lástima ver el afán con que la buscaba. Había entre nuestros camaradas de cadena muchos taberneros que vendían aguardiente y ganaban dinero ejerciendo tal oficio. Mas adelante hablaré de ellos, porque su tráfico era bastante curioso y digno de especial mención. Gran número de detenidos lo estaban por contrabando, lo cual explica que entrara claudes-tinamente aguardiente en el presidio, á pesar de la vigilancia severa que sobre nosotros se ejercía. Digamos de pasada, que el contrabando constituye un crimen especial. ¿Se creará que el dinero, el beneficio real sólo tiene á veces una importancia secundaria para el con-

trabandista? Sin embargo, así es. *Trabaja* por vocación; en su género es un artista. Arriesga cuanto posee, se expone á peligros terribles, inventa, despliega toda su astucia, se las compone como mejor sabe, y obra á veces con verdadera inspiración. Esta pasión es tan violenta como la del juego. Conocía á un individuo de estatura gigantesca, que era el hombre más bueno y apacible y sumiso que darse pueda.

Nadie comprendía por qué fué deportado: su carácter era tan amable, que durante los años que estuvo en presidio no se peleó jamás con nadie. Era oriundo de la Rusia occidental, en cuya frontera habitaba, y fué condenado por contrabando. Como era natural, no resistió al deseo de llevar aguardiente á la cárcel. ¡Cuántas veces fué castigado por ello á pesar del terror que sentía por los azotes! Oficio tan peligroso sólo le producía un beneficio irrisorio; el comerciante era quien se enriquecía á su costa. Cada vez que le castigaban lloraba como un niño y juraba que no le pillarían más. Resistía un mes, pero acababa por ceder de nuevo á su pasión... Gracias á estos aficionados al contrabando, nunca faltaba el aguardiente en presidio.

Otra renta había, que sin enriquecer á los reclusos, resultaba bienhechora y constante: la limosna. Las clases altas de Rusia no saben cuanto los comerciantes, los burgheses y nuestro pueblo entero en general, se cuida de los «desdichados» (1). La limosna no faltaba nunca y consistía siempre en panecillos tiernos, y á veces, pocas, en dinero. Sin las limosnas, la existencia de los penados y sobre todos los que padecen prisión preventiva, que están muy mal alimentados, sería demasiado penosa. La limosna se reparte entre todos. Si no basta, se dividen los panecillos en dos mitades y á veces en seis pedazos, á fin de que todos los detenidos tengan su parte. Me acuerdo de la primera limosna, un kopek, que recibí. Poco después

(1) Así llama el pueblo á los presidiarios y desterrados.

de mi llegada, volviendo una mañana de mi trabajo con un soldado que me escoltaba, cruzaron por mi camino una madre y su hija, que era una niña de diez años linda como un ángel. Ya las había visto otra vez. (La madre era viuda de un pobre soldado que tuvo que comparecer ante un Consejo de Guerra y murió en la enfermería donde yo estaba entonces. Ambas lloraban desconsoladamente cuando fueron a despedirse de él). Viéndome la niña se ruborizó y murmuró algo al oído de su madre, que se detuvo, y sacó de la cesta un cuarto de kopek que entregó á la niña. Esta corrió hacia mí: «¡Toma, desdichado, me dijo, toma este kopek en nombre de Jesucristo!» Tomé la moneda que me deslizó en la mano. La niñita volvió contenta al lado de su madre. ¡Conservé mucho tiempo aquel kopek!

II

PRIMERAS IMPRESIONES

Las primeras semanas, y en general, los primeros tiempos de mi reclusión, lo recuerdo perfectamente. Por lo contrario, los años siguientes se han borrado, y sólo dejan en mi memoria un recuerdo confuso. Ciertas épocas de esta vida se han borrado del todo; sólo guardo de ellas una impresión única, siempre la misma, penosa, monótona, abrumadora.

Lo que ví y experimenté durante los primeros tiempos de mi detención, me parece que ocurrió ayer. Comprendo que así sea.

Recuerdo perfectamente que al principio aquella vida me admiró porque no se presentaba de un modo particu-

lar y extraordinario, ni advertí en ella nada inesperado. Tan sólo más tarde, después de pasar mucho tiempo en presidio, comprendí cuanto había de excepcional é inesperado en una existencia parecida, y me asombré. Confieso que ese asombro no me abandonó mientras duró mi condena; decididamente, no podía reconciliarme con tal existencia. Experimenté una repugnancia invencible al llegar al presidio, pero cosa rara, la vida me pareció menos penosa de lo que había imaginado.

En efecto, los detenidos, aun cuando molestados por el grillete, iban y venían libremente por la cárcel; se insultaban, cantaban, fumaban y bebían aguardiente, si bien estos eran los menos. Hasta de noche organizaban juegos de naipes en toda regla. Me parecía que aquello no era la verdadera *fatiga* del presidio. No adiviné hasta mucho tiempo después por qué el trabajo era duro y excesivo; lo era menos por su dificultad que porque era *forzado* obligatorio y porque sólo se cumplía por miedo á los palos. El labriego trabaja indudablemente más que el presidiario, pues en verano trabaja día y noche; pero se cansa por su propio interés, su objeto es razonable, y así, padece mucho menos que el penado, que ejecuta un trabajo forzado del que no saca ningun provecho. Un día se me ocurrió que si se quisiera aniquilar á un hombre, castigarle atrozmente, aplastarle de tal modo que el asesino más endurecido temblara por adelantado pensando en tal castigo, bastaría dar á su trabajo un carácter de completa inutilidad haciendo de modo que resultara absurdo. Los trabajos forzados, tales como ahora se ejecutan, no ofrecen ningún interés á los condenados, pero por lo menos tienen su razón de ser. El forzado fabrica ladrillos, abre zanjas, las rellena, construye; todas estas ocupaciones tienen un sentido y un fin, que hasta á veces el detenido se interesa en su trabajo. Entonces lo cumple con más destreza y ventaja; pero si se le obliga por ejemplo á trasladar agua de una cuba á otra y *viceversa*, á desmenuzar arena ó á trans-

portar un montón de tierra de un sitio á otro para volverlo á transportar luego, estoy persuadido de que al cabo de algunos días el penado se ahorcará ó cometerá mil crímenes, que lleven aparejados la pena de muerte, antes que vivir de un modo tan horrible y entre tales tormentos; se comprende que un castigo parecido, sería antes un tormento y una venganza atroz que una corrección; sería absurdo, pues no conseguiría ningún fin sensato.

Llegué en invierno, en diciembre; he aquí por qué los trabajos tenían poca importancia en nuestro presidio. He aquí por qué no me formé cabal idea del trabajo del verano, cinco veces más pesado. Los penados en invierno desguazaban en el Irtych viejas barcas pertenecientes al Estado, trabajaban en los talleres, quitaban la nieve ó quemaban y desmenuzaban alabastro, etc. Como el día era muy corto cesaba pronto el trabajo, y todos entraban en presidio donde no había casi nada que hacer, exceptuando el trabajo suplementario que los penados se habían creado.

Apenas una tercera parte de los detenidos trabajaba seriamente: los otros holgazaneaban y paseaban sin objeto por los cuarteles ó por las cuadras murmurando é insultándose. Los que tenían algún dinero se emborrachaban con aguardiente ó perdían al juego sus economías; todo por holgazanería, por aburrimiento y por no saber qué hacer. Conocí también un padecimiento que es quizá el más agudo, el más doloroso que se ha de sufrir en una cárcel además de la falta de libertad, quiero hablar de la cohabitación obligatoria. La cohabitación es más ó menos forzada en todas partes y siempre, pero en ninguna parte es tan horrible como en una cárcel. Hay allí hombres con quienes nadie quisiera vivir. Estoy seguro de que todos los condenados, quizá inconscientemente, padecieron tal tormento.

La alimentación me pareció pasable. Los presos aseguraban que era mucho mejor que en las demás cárceles de

Rusia. No puedo asegurarlo, porque no he estado en otra. Muchos tenían la facultad de comprar los alimentos que quisieran; aun cuando la carne era barata, solo podían comprarla los que tenían dinero: la mayoría de los penados se contentaba con el rancho reglamentario. Cuando alababan el rancho del presidio sólo pensaban en el pan que se distribuía por cuadras, y no individualmente y al peso. Esta última condición hubiera asustado á los detenidos, pues una tercera parte cuando menos habría sufrido hambre, mientras que con el sistema que estaba en vigor, nadie se quejaba. Nuestro pan era muy sabroso y tenía fama en la ciudad; se atribuía su buena calidad á lo bien contruidos que estaban los hornos de la cárcel. En cuanto á las sopas de coles agrias (*chtchi*) que cocían en un caldero y que se espesaban con harina, eran bastante malas. Los días laborables era clara y desaborida, pero lo que me disgustaba sobre todo, era la enorme cantidad de cucarachas que habia en ella. Los otros, maldito lo que se fijaban en ello. Durante los tres días que siguieron á mi llegada, no fui al trabajo: siempre se daba algún descanso á los nuevos deportados, á fin de que se repusieran de sus fatigas. Al día siguiente, me hicieron salir de presidio para *herrarme*. Mi cadena no era de «uniforme», pues se componía de eslabones que producían un sonido agudo: así lo dijeron los otros detenidos. Se llevaba, exteriormente, sobre el traje, mientras que mis camaradas llevaban cadenas formadas no por anillos, sino por cuatro barras gruesas como el dedo y reunidas entre sí por tres eslabones, y se llevaban bajo el pantalón. Al anillo central se ataba una correa anudada á su vez á un cinturón ceñido sobre la camisa.

Recuerdo claramente la primera mañana que pasé en presidio. El tambor tocó diana en el cuerpo de guardia junto á la gran puerta del recinto; al cabo de diez minutos el sargento de guardia abrió los cuarteles. Los detenidos despertaban sucesivamente y se levantaban temblando

de frío de sus camastros á la luz vacilante de una vela.

Todos tenían cara adusta. Bostezaban y se desperezaban. Sus frentes marcadas se contraían, unos se persignaban y blasfemaban otros. La tufarada era horrible. El aire frío penetraba en las cuadras tan pronto como se abría la puerta y se arremolinaba en el obscuro ámbito. Los penados se aglomeraban en torno de los cubos llenos de agua; unos después de otros se llenaban la boca de agua, y con ella se lavaban rostro y manos. El agua la traía la víspera el *parachnik*, recluso que, según el reglamento, debía limpiar las cuadras. Los penados le escogían por sí mismos. No iba al trabajo, pues debía limpiar los camastros y los suelos, traer y llevarse el zambullo y llenar de agua fresca los cubos. Este agua servía por la mañana para lavarse, y durante el día era la bebida habitual de los forzados. Aquella mañana, disputaron por el cántaro.

—¿Qué haces ahí, frente marcada?— gruñía un penado de alta estatura, cenceño y atezado.

Llamaba la atención por las extrañas protuberancias de que tenía cubierto el cráneo. Empujó á otro forzado, bajito, regordete, de rostro colorado y alegre.

—¡Espera, hombre!

—¿Por qué chillas? Ya sabes que se paga entre nosotros cuando se hace esperar á los demás. Lárgate tú si quieres. Mirad este hombre, hermanos... no, no tiene *farticultiapnost* (1).

Aquella palabra hizo su efecto: soltaron el trapo á reir todos y esto es evidentemente lo que deseaba el que la pronunció, que parecía el bufón de la cuadra. El otro presidiario le miró con profundo desprecio.

—¡Eh! ¡novillo!—exclamó;—miren cómo le ha engordado el pan blanco de la cárcel.

—¿Qué te figuras ser tú? ¿Crees ser un personaje?

—¡Voto vá!... Tú lo dices.

(1) Esta palabra es una corrupción de *particularidad* que el forzado emplea en el sentido de *comodón*.

—Dínos, pues, qué personaje eres.

—Ya lo ves.

—¿Cómo que ya lo veo?

—¡Te dicen que soy un personaje!

—¿Cuál?

Se devoraban con la vista.

El pequeño esperaba una contestación y apretaba los puños como dispuesto á la pelea. Pensaba yo que habría riña. Todo aquello era nuevo para mí y miré con curiosidad la escena. Supe después que tales disputas eran muy inocentes, y que servían para distraer á los otros forzados como un fin de fiesta: casi nunca llegaban á las manos. Esto caracterizaba claramente las costumbres de la cárcel.

El penado de alta estatura permanecía tranquilo y majestuoso. Comprendía que esperaba su respuesta, y so pena de cubrirse de ridículo, debía sostener lo que dijera, demostrar que era un pájaro maravilloso, un personaje. Lanzó una mirada de reojo á su adversario tratando de irritarle mirándole por encima del hombro, de alto abajo, como hiciera con un insecto, y lenta y claramente contestó:

—¡Un *Kaghan!*

Es decir, era un pájaro *Kaghan* (1).

Una formidable carcajada acogió aquella salida y aplaudió la ingeniosidad del forzado.

—No eres un *Kaghan* sino un canalla,—vociferó el regordete, que se sentía vencido.

Furioso por su derrota se hubiera lanzado sobre su adversario si los camaradas no lo hubieran impedido temiendo una riña grave.

—Pegaos de una vez y no charleis tanto,—gritó desde su rincón un espectador.

—Sí, sí, sujetadles, que sino se pegan,—contestaron.—

(1) No existe pájaro de tal nombre; el penado, para salir de apuros, inventa un nombre de pájaro. Toda esta conversación es literalmente intraducible en español.

Somos gente atrevida y somos capaces de luchar uno contra muchos.

—¡Valientes luchadores! Uno está aquí por haber hurtado una libra de pan, otro es un ladrón de cacharros; le azotó el verdugo porque robó un tarro de leche cuajada á una vieja.

—¡Vamos, vamos! Basta!—gritó un inválido que debía cuidar de hacer guardar orden en la cuadra, y que dormía en un rincón en un camastro especial.

—¡Agua, muchachos! agua para Nevalide Petrovitch (1), agua para nuestro hermanito Nevalide Petrovitch, ahora acaba de despertarse.

—¿Tu hermano? ¿acaso soy tu hermano? Creo que no hemos comido en el mismo pesebre,—murmuró el inválido poniéndose el abrigo.

Nos preparamos para la lista, pues había ya amanecido; los penados acudían á la cocina. Llevaban sus medias pelizas (*peluchubtis*) y guardaban en la gorra bicolor el pan que les distribuían los cocineros. Éstos, como los *parachniki*, eran también detenidos; había dos en cada cocina y cuatro por lo tanto en todo el presidio. Disponían del único cuchillo de cocina permitido en la cárcel que les servía para cortar el pan y la carne.

Los reclusos se dispersaban yendo unos á los rincones y otros en torno de las mesas, vestidos y ceñidos ya y dispuestos á ir al trabajo. Algunos forzados tenían ante ellos una jarra de Kvass (2) en la cual mojaban el pan antes de comerlo. El bullicio era insoportable; muchos forzados hablaban sin embargo en los rincones con tranquilidad y sosiego.

—Salud y buen apetito, padre Antonitch,—dijo un detenido joven, sentándose al lado de un viejo desdentado y arisco.

(1) Nombre que daban en broma al veterano.

(2) Cerveza de centeno.

—Si no es broma, salud,—replicó sin levantar la vista, y tratando de mascar el pan con las encías.

—¡Creí que te habías muerto ya, Antonitch, de veras!

—Muérete tú antes y te seguiré...

Sentéme cerca de ellos. A mi derecha hablaban dos reclusos procurando conservar un aspecto digno.

—Me parece que no me van á robar,—decía uno;—más bien temo ser yo quien robe...

—No le aconsejaría á nadie que me robara á mí; menu-
do vapuleo se ganaría.

—¿Qué harías? No eres más que un forzado... No tene-
mos otro nombre. Ya verás como ella te roba sin darte si-
quiera las gracias. A mí me pasó igual. Figúrate que vino
hace unos días, ¿dónde ir? ¡Bueno! Pedí permiso para ir
al zaquizamí del verdugo, aun tenía su casa del arrabal,
la que compró á Salomón el tiñoso, ¿sabes? Aquel judío
que se ahorcó hace poco ..

—Sí, ya lo sé, el que era tabernero aquí hace tres años;
le llamaban Grichka. Aquel tabernucho, sí, ya sé.

—Bueno, pues no lo sabes. Se trata de otra taberna...

—¿Cómo otra? No sabes lo que te dices. Tengo todos
los testigos que quieras.

—¡Yal! ¿tienes testigos? ¿Y quién eres tú? ¿Sabes á
quién hablas?

—¡Me pareces!

—Bastantes veces te he pegado, aunque no me jacto de
ello. ¡No te pongas tonto!

—¿Que me has pegado? No ha nacido aún quien me
pegue, y el que me ha pegado, se pudre ya en la tierra.

—¡Apestado de Bender!

—¡Ojalá que la peste siberiana cubra de úlceras tu
cuerpol

—¡Ojalá que un turco te abra esa cabeza de perro!

Los insultos continuaron.

—¡Ea, ya están graznando! Cuando no tiene uno educa-

ción debe callarse... parece que están contentos de comer el pan del gobierno.

Les separaron. ¡Santo y bueno que se insulten, pues esto resulta una distracción para todos, pero nada de riñas! Sólo en casos extraordinarios llegan á las manos los enemigos. Si hay riña, lo sabe el mayor, interviene en el asunto y entonces todo empeora para los detenidos; así es que procuran evitar toda riña grave. Si se insultan los penados es para distraerse como si hicieran un ejercicio retórico. Se enfurecen, y bien pronto la riña adquiere un carácter furioso y feroz. Espera uno que se degüellen, y nada de eso ocurre. Tan pronto como su cólera llega á diapasón, se separan en seguida. Esto me admiraba y he aquí por qué recuerdo alguna de las conversaciones de los penados. ¿Quién imaginará que se insultaban por gusto, para distraerse? No hay que olvidar lo mucho que puede la vanidad. Un dialéctico que sabe injuriar á fuerza de artista, es respetado. Poco falta para que se le aplauda como á un actor. La víspera por la noche había ya notado que se me miraba hostilmente. En cambio varios detenidos se me acercaban sospechando que llevaba dinero y trataron de hacerse amigos míos. Me enseñaron á llevar la cadena de modo que no me molestara, y me proporcionaron, pagando, como es natural, un cofre con cerradura para guardar los objetos que eran de la administración, y la escasa ropa blanca que se me permitió llevar. Al día siguiente estos mismos detenidos me robaban el cofre y le convertían en aguardiente. Uno de ellos fué muy amigo mío al cabo de poco tiempo, aun cuando me robara siempre que podía. No le causaba la menor confusión declarar estos robos, porque los cometía casi inconscientemente como por deber, así es que no le guardaba rencor alguno.

Los reclusos me dijeron que podía tomarse te y que debía procurarme una tetera; me encontraron una que alquilé por determinado tiempo. Me recomendaron también á un cocinero, que por treinta kopeks al mes me guisaría

todos los manjares que deseara, si tenía intención de no comer rancho. Como era natural me pidieron dinero; el día de mi llegada me pidieron prestado tres veces.

Los ex-nobles (1) encarcelados no eran bien vistos por sus compañeros. Aun cuando hubieran perdido sus derechos como los demás forzados, éstos no les reconocían por camaradas. Aquella especie de odio era puramente instintivo. Éramos para ellos hidalgos aun cuando se burlaran á menudo de nuestra caída.

—,Se acabó! El coche del señor aplastaba á las gentes en las calles de Moscou y ahora el señor ha de trenzar cáñamo.

Les gustaba ver como padecíamos, por más que tratásemos de ocultarlo. Cuando trabajábamos juntos es cuando sufríamos más, pues teníamos menos fuerzas que ellos y no podíamos ayudarles. No hay nada tan difícil como ganar la confianza del pueblo, y sobre todo de aquellos, y conquistar su afecto.

Pocos eran los ex-nobles que estaban en el presidio. Entre ellos había cinco polacos de los que hablaré más adelante, á quienes los penados detestaban, quizá más que á los hidalgos rusos. Los polacos (hablo de los condenados políticos) les trataban siempre con una finura ofensiva, no les dirigían casi nunca la palabra y no ocultaban el asco que les inspiraba tal compañía; comprendíanlo los forzados y les pagaban en igual moneda.

Necesité más de dos años para captarme la benevolencia de algunos de mis compañeros, pero la mayoría me quería y declaraba que era un buen sujeto.

Contándome yo en el número éramos cinco nobles rusos en el presidio. Había oído hablar de uno de ellos hasta antes de mi llegada, como un sér vil y repugnante, horriblemente corrompido, que ejercía de espía y de delator.

(1) Los nobles condenados á trabajos forzados pierden sus privilegios, que sólo recobran por gracia especial del emperador.

Así es que desde el primer día, me negué á hablarle. El segundo era el parricida de quien ya he hablado.

El tercero se llamaba Akim Akymitch: rara vez he encontrado un hombre parecido y tengo de él muy claro recuerdo.

Alto, flaco, débil de inteligencia y terriblemente ignorante, gustaba de discutir y era minucioso como un alemán. Los forzados se burlaban de él pero le temían á causa de su carácter quisquilloso, exigente y batallador. Desde que llegó les trató bajo un pie de igualdad, y les insultaba y les pegaba. Honrado hasta lo indecible, le bastaba notar una injusticia para que se mezclase en un asunto que no le importara. Era además excesivamente cándido; cuando se peleaba con los reclusos les echaba en cara sus robos y les exhortaba sinceramente á no robar más. Había servido en calidad de subteniente en el Cáucaso. Trabé amistad con él desde el primer día, y me contó en seguida su *asunto*. Entró en el ejército en calidad de *junker* (voluntario con el grado de sargento) en un regimiento de línea. Cuando recibió el nombramiento de subteniente fué destinado á mandar un fortín situado en la región montañosa. Un régulo tributario de la comarca, incendió la fortaleza é intentó un ataque nocturno que no le dió resultado. Akim Akymitch fingió no saber quién era el autor del ataque: lo atribuyó á unos rebeldes que iban por la montaña. Al cabo de un mes invitó amigablemente al príncipe á que le visitara. Acudió á caballo sin sospechar nada; Akim formó sus hombres en batalla, y ante ellos descubrió la felonía y la traición de su visitante; le reprochó su conducta, le probó que incendiar un fuerte era un crimen vergonzoso, le explicó minuciosamente los deberes de un tributario, y luego, á guisa de conclusión de tal arenga, hizo fusilar al príncipe. En seguida informó á sus jefes de aquella ejecución, dando todos los detalles necesarios. Se instruyó proceso á Akim, compareció ante el consejo de guerra y fué condenado á muerte; conmutáronle la pena

y se le envió á Siberia como forzado de segunda categoría, es decir, condenado á doce años de castillo. De buena gana confesaba que obró ilegalmente y que el príncipe debió ser juzgado por la jurisdicción civil, y no por lo militar; pero de todos modos, no comprendía que su acción fuera criminal.

—Había incendiado mi fuerte; ¿qué debía hacer yo? ¿Darle las gracias?—contestaba á todas mis objeciones.

Aun cuando los reclusos se burlaban de Akim y aseguraban que estaba algo tocado, le estimaban sin embargo, á causa de su destreza y de su exactitud.

Conocía todos los oficios imaginables, y hacía cuanto se quería: de zapatero, de pintor, de dorador, de cerrajero. Había adquirido tales aptitudes en presidio, pues le bastaba ver un objeto para imitarle. Vendía en la ciudad, ó por mejor decir, hacía vender, cestas, faroles de colores y juguetes.

Gracias á su trabajo tenía siempre algun dinero, que empleaba en seguida en comprar ropa blanca, almohadas, etc., hasta se había proporcionado un colchón. Como dormía en la misma cuadra que yo, me fué muy útil durante los primeros días de mi encierro.

Antes de salir de la cárcel para ir al trabajo, los forzados se alineaban en dos filas delante del cuerpo de guardia: los soldados de la escolta les rodeaban arma al brazo. Un oficial de ingenieros llegaba entonces con el intendente de los trabajos y algunos soldados que vigilaban los desmontes. El intendente contaba los penados y les enviaba por secciones á los puntos que debían ocupar.

Yo, con otros detenidos, fuí al parque de ingenieros, que era una casa de ladrillo, muy baja de techo, construída en el centro de un gran patio lleno de materiales de construcción. Había allí una fragua y talleres de carpintería cerrajería y pintura. Akim trabajaba en este último; hervía el aceite para los barnices, desleía los colores y pintaba mesas y otros muebles imitando nogal.

Esperando que me pusieran una cadena nueva, le comuniqué mis primeras impresiones.

—Ya lo sé,—me dijo;—no quieren á los nobles, y sobre todo á los condenados políticos; siempre tratan de fastidiarles. Se comprende al fin y al cabo. Usted no es de los suyos, no se les parece; todos ellos han sido siervos ó soldados. ¿Qué simpatía pueden sentir por usted? La vida es muy pesada, pero menos que en las compañías disciplinarias de Rusia. Aquello es un infierno. Los que vienen de allá alaban nuestro presidio, que dicen que es magnífico comparado con aquello. No es que el trabajo sea más penoso, sino porque la administración, que no es militar como aquí, obra de un modo muy distinto con los forzados de la primera categoría. A lo que dicen, tiene cada cual una casita, no llevan uniforme, no se les afeita la cabeza, lo cual, á juicio mío, resulta más ordenado. Aquello es una Babel. Hay soldados, tcherkesses, antiguos creyentes, ortodoxos, labriegos que abandonaron á su mujer y á sus hijos, judíos, gitanos, gentes en fin venidas de las cuatro partes del mundo, y todos deben avenirse unos con otros, comer en la misma escudilla, y dormir en la misma cuadra. No hay un instante de libertad. Sólo puede uno divertirse á escondidas, y hay que ocultar el dinero en las botas; y además, siempre el presidio!... ¡En verdad que es horrible!

Todo aquello lo sabía ya. Deseaba preguntar á Akim acerca de nuestro mayor. No me ocultó nada, y la impresión que me dejó su relato distó mucho de serme agradable.

Debía yo vivir durante dos años bajo la autoridad de aquel oficial.

Todo lo que de él me contó Akim, no era más que la estricta verdad. Era un hombre malvado y temible sobre todo, porque tenía un poder casi absoluto sobre doscientos seres humanos. Miraba á los detenidos como sus enemigos personales, lo cual era una falta muy grave. Todas

las buenas cualidades que podía tener estaban pervertidas por su intemperancia y malignidad.

A veces caía como una bomba á media noche en las cuadras; si veía que un recluso dormía boca arriba ó del lado izquierdo, le despertaba para decirle: «Debes dormir como te he ordenado». Los penados le aborrecían y temían como á la peste. Su cara estrafalaria y colorada hacía temblar á todos. Todos sabían que el mayor obedecía á su asistente Fedka y que por poco enloqueció, cuando enfermó su perro Tesoro; prefería aquel perro á todo el mundo. Cuando Fedka le dijo que uno de los penados, veterinario por casualidad, hacía curas maravillosas, le llamó en seguida y le dijo:

—Ahí tienes mi perro; si le curas te recompensaré regiamente.

El penado, que era un labriego siberiano muy inteligente, sabía efectivamente curar, pero ante todo, era muy astuto. Mucho tiempo después de aquella visita, contó lo que había ocurrido á sus camaradas.

—Miré el perro; estaba tendido en un diván y tenía la cabeza sobre una almohada blanca. Advertí al punto que tenía una inflamación y que era preciso sangrarle. Creo que le hubiera curado, pero pensé: ¿Y si revienta? entonces me echará á mí la culpa.—No, Vuestra Nobleza,—le dije,—me ha avisado usted demasiado tarde; si hubiera visto al perro ayer ó anteayer, ahora estaría bueno, pero ya no puedo curarle; ¡morirá!

Y el perro reventó.

Contáronme que un día un penado había querido matar al mayor. Hacía muchos años que dicho recluso se mostraba sumiso y taciturno; le tenían por loco. Como sabía leer, pasaba las noches leyendo la Biblia. Cuando todos estaban dormidos se levantaba, se encaramaba sobre la estufa, encendía un cirio de iglesia, abría el Evangelio y leía. De aquel modo vivió un año entero.

Un día salió de filas y declaró que no quería ir á traba-

jar. Denunciáronle al mayor, que se enfureció, y fué inmediatamente al cuartel. El penado se abalanzó al jefe y le tiró un ladrillo que tenía preparado de antemano, pero no le tocó. Cogieron al detenido, le juzgaron y le azotaron: fué obra de unos momentos; transportado al hospital, murió allí tres días después. Durante su agonía declaró que no sentía odio por nadie, pero que había querido padecer. No pertenecía, sin embargo, á ninguna secta disidente.

Cuando hablaban de él en las cuadras, era siempre con respeto.

Por fin me pusieron la cadena nueva. Mientras la soldaban, entraron vendedoras de panecillos en la fragua. Eran la mayoría muchachitas que vendían los panes que cocían sus madres. Cuando iban creciendo continuaban rondando entre nosotros, pero ya no traían su mercancía. Siempre había algunas.

También acudían mujeres casadas. Cada panecillo costaba dos kopeks y casi todos los detenidos compraban.

Noté entre otros un penado carpintero de pelo gris y rostro colorado y sonriente. Bromeaba con las vendedoras de panecillos. Antes de su llegada se había atado un pañuelo rojo alrededor del cuello.

Una mujer gorda, muy picada de viruelas, dejó la cesta sobre el banco del carpintero y empezaron á hablar.

—¿Por qué no viniste ayer?—le preguntó el forzado con sonrisa satisfecha.

—Sí que vine, pero ya os habíais marchado.

—Sí, nos habían hecho marchar; á no ser por eso nos hubiéramos visto... anteayer vinieron todas á verme.

—¿Quiénes?

—¡Pardiez! Marichka, Khavroschka, Tchekunda... La Dvugrochevaia (Cuatro kopeks) también vino.

—¿Y qué?—le pregunté á Akim.—¿Acaso también aquí?...

—Sí, á veces ocurre,—contestó él bajando los ojos, pues era un hombre muy casto.

Ocurría algunas veces pero muy raramente y á costa de dificultades indecibles.

Los penados mejor querían emplear su dinero bebiendo, á pesar del aburrimiento de su existencia comprimida. Costaba gran trabajo juntarse á aquellas mujeres. Era preciso convenir en sitio y hora, fijar una cita, buscar la soledad, y lo que era más difícil, evitar las escoltas, cosa casi imposible, y gastar sumas relativamente muy crecidas. Fuí sin embargo testigo de algunas escenas amorosas. Un día estábamos muy atareados en encender un horno de ladrillos en un cobertizo á orillas del Irtich; los soldados de la escolta eran buenos chicos. Dos *sopladoras*, así las llamaban, aparecieron pronto.

—¿Dónde habéis estado tanto tiempo?—les preguntó un detenido que á punto fijo las aguardaba;—¿os habéis detenido en casa de los Zvierkof?

—¡Ya, ya! Ha de pasar mucha agua bajo el puente antes que yo vuelva á su casa,—contestó una de ellas alegremente.

Era la pindonga más sucia que se puede imaginar. La llamaban Tchecundá y había venido en compañía de su amiga Cuatro kopeks (Dvugrochevaia), que era casi imposible de describir.

—¡Eh! ¡cuánto tiempo sin veros!—dijo el galán dirigiéndose á la Cuatro-kopeks,—parece que has enflaquecido.

—Quizá; antes era gorda y guapa y ahora parece que haya comido alfileres.

—Siempre continuáis con los soldados ¿eh?

—¡Qué modo de calumniarnos! Bueno, ¿y qué? ¿Por qué no? Aun cuando me empalen, no hay remedio, me gustan los soldaditos.

—Déjate de soldados; debes querernos á nosotros que tenemos dinero.

Imagináos un galán así, con la cabeza afeitada, arras-

trando la cadena, con un traje de dos colores y bajo escolta...

Como podía volver ya al presidio después de ponerme la cadena, me fui de allí escoltado por un soldado. Los que trabajan á destajo vuelven antes, así es que cuando llegué al cuartel había ya muchos penados de vuelta.

Como la cocina no podía contener á la vez todos los presos de una cuadra, no comíamos juntos, sino por secciones. Probé la sopa de coles agras, pero no pude comerla por falta de costumbre y me preparé te. Me senté en el extremo de una mesa con un forzado ex-hidalgo como yo.

Entraban y salían los penados. Había sitio para todos y cinco de ellos se sentaron aparte junto á la mesa grande. El cocinero les sirvió dos escudillas de sopa agría y les trajo una sartén de pescado frito. Aquellos hombres gozaban comiendo. Nos miraban de reojo. Entró uno de los polacos y se sentó á nuestro lado.

—Aunque no estaba con vosotros, sé que hacéis una comilona,—gritó un hombre de alta estatura entrando y mirando á sus camaradas.

Era seco y musculoso, su rostro demostraba astucia y alegría, y el labio bello le daba una expresión cómica.

—¿Habéis dormido bien? ¿Por qué no me saludáis? Ea, amigos de Kursk,—dijo sentándose junto á los que comían.—¡Buen apetito! Os traigo un nuevo convidado.

—No somos de Kursk.

—¡Bueno, pues de Tombof!

—Tampoco somos de Tombof. Nada tienes que ver con nosotros; si quieres regalarte, dirígete á uno que sea rico.

—Tengo un hambre de mil diablos, es decir, que creo que voy á reventar. ¿Dónde vive ese hombre rico?

—Es Gazin, dirígete á él.

—Gazin se entrega hoy á la bebida, hermanitos; se come un capital.

—Lo menos tiene veinte rublos,—dijo otro forzado;— es buen oficio el de tabernero.

—¿De modo que no me queréis dar nada? Entonces, voy á comer lo que me da el gobierno.

—¿Quieres te? mira, pide á esos señores que están bebiendo.

—¿Dónde están esos señores? Creo que ya no son nobles y que no valen más que nosotros,—dijo con voz sombría un recluso que estaba sentado en un rincón y que hasta entonces no hablara.

—De buena gana bebería un vaso de te, pero me da vergüenza pedirlo, pues todos tenemos nuestro amor propio—replicó el penado mirándonos con expresión de buen humor.

—¿Quiere usted? —le dije invitándole con un ademán.

—¿Cómo que si quiero? ¿Quién no aceptaría?—dijo aproximándose á la mesa.

—¡Háse visto! En su casa, cuando erá libre no comía más que sopas agrias y pan negro, y ahora en la cárcel necesita te como un hidalgo,—exclamó el recluso de la voz ronca.

—¿Acaso no se bebe te aquí?—pregunté yo al que acababa de hablar; pero sin duda no me juzgó digno de darme una respuesta.

—¡Panecillos, panecillos! ¡Estrenadme!

Un penado joven traía en efecto pasados por un bramante muchos kalatchi que vendía en las cuadras.

Por cada diez panes, la mujer que los hacía le daba uno, y contaba precisamente con ello para su comida.

—¡Panecillos, panecillos!—gritaba.—¡Panecillos calientes de Moscou! De buena gana me los comería yo todos, pero necesito dinero, mucho dinero. ¡Ea, muchachos, ya no queda más que uno! ¡Aquel de vosotros que haya tenido madre...!

Aquel llamamiento al amor filial, alegró á todos y le compraron varios panes.

—¿No sabéis?— dijo,—Gazin come y bebe de un modo, que es un verdadero pecado. ¡Creo que ha escogido mala ocasión! Si le ve el hombre de los ocho ojos...

—Le ocultaremos. . . ¿Está borracho?

—Sí, pero tiene un humor de mil demonios.

—No habrá más remedio que pegarle...

—¿De quién hablan?—pregunté yo al polaco.

—De Gazin; es un penado que vende aguardiente. Cuando reúne algún dinero, se lo bebe todo de una vez. Es un animal cruel y malvado cuando bebe. En ayunas está sosegado, pero cuando se le sube el vino á la cabeza, aparece tal cual es. Se lanza sobre todos, cuchillo en mano, hasta que se lo arrebatan.

—¿Y cómo lo consiguen?

—Diez hombres á la vez se le echan encima y le pegan de un modo atroz hasta dejarle sin sentido. Cuando está medio muerto le tienden en un camastro y le cubren con su pelliza.

—¿Y no muere de una de estas?

—De fijo que otro se moriría, pero él no. Es muy robusto, es el más fuerte de todos los detenidos. Tanto que al día siguiente, se levanta como si tal cosa.

—Diga usted, se lo ruego,—continué dirigiéndome al polaco,—me parece que estas gentes que comen, parecen envidiarme el te que bebo.

—Nada les importa el te. A usted es á quien no pueden tragar. ¿No es usted hidalgo? No se les parece usted y de buena gana quisieran humillarle. No sabe usted que pruebas le esperan. Vivir aquí es un verdadero martirio para nosotros, pues la vida nos es doblemente penosa. Hay que tener una gran fuerza de carácter para acostumbrarse. Le fastidiarán cuanto puedan por la comida y por el te, y sin embargo hay muchos que comen aparte. Pero ellos estan en su derecho y usted no.

Se levantó y se alejó. Algunos momentos despues sus predicciones se confirmaban ya.

III

PRIMERAS IMPRESIONES

(Continuación)

Apenas M-pki, el polaco de que he hablado, hubo salido, cuando Gazin penetró como una tromba en la cocina.

Ver un penado borracho en pleno día, cuando todos debían ir al trabajo, dada la severidad del mayor, que de un momento á otro podía llegar, y la vigilancia del sargento que nunca salía de la cárcel, y la presencia de los inválidos y centinelas, era una cosa que me extrañaba sobremanera, y necesité mucho tiempo para comprender y explicarme hechos que al principio me parecían enigmáticos.

He dicho ya que todos los penados se dedicaban á un trabajo que resultaba para ellos una exigencia natural é imperiosa. Les gusta el dinero y lo estiman más que todo, casi tanto como la libertad. El penado se consuela si tiene unos kopeks; sino está triste, inquieto y desesperado y dispuesto á cometer cualquier crimen para obtener dinero. Sin embargo, á pesar de la importancia que le dan los reclusos, ese dinero desaparece pronto porque es difícil conservarlo. Se les confisca ó se les roba. Cuando el mayor, en sus pesquisas, descubría un peculio penosamente recogido, lo confiscaba; quizá lo empleaba en mejorar la alimentación de los presos, porque él se hacía cargo de todo el dinero que recogía de aquel modo. Otras veces desaparecía el dinero; lo robaban ó lo hurtaban. Se descubrió sin embargo, un medio de conservarlo. Un viejo,

Antiguo-creyente, oriundo de Starodub, se encargaba de ocultar las economías. No puedo por menos de decir unas palabras de este hombre. Tendría sesenta años, era flaco, de baja estatura y pelo gris. Llamó en seguida mi atención, pues no se parecía á los otros. Su mirada era apacible y dulce y me gustaban sus ojos claros y límpidos rodeados de un círculo de arrugas. Hablaba á menudo con él, y pocas veces he visto un hombre tan bueno y benévolo. Le enviaron á trabajos forzados por un crimen grave. Algunos Viejos-creyentes de Starodub (provincia de Tchernigoff) se habían convertido á la Ortodoxia. El gobierno les animó por tal camino y trató de que los otros disidentes también se convirtieran. El viejo y algunos otros fanáticos resolvieron «defender la fe». Cuando empezaron á edificar en su ciudad una iglesia ortodoxa la incendiaron. Tal atentado, valió la deportación á su autor. Aquel burgués acomodado (era comerciante) abandonó mujer é hijos queridos, y marchó valerosamente al destierro, imaginando en su ceguera que sufría «por la fe». Después de conocer al buen viejo se pensaba involuntariamente:— ¿Cómo había podido rebelarse?—Le interrogué muchas veces acerca de «su fe.» Se mantenía firme en sus convicciones pero no noté nunca el menor odio en sus palabras. Y sin embargo, había destruído una iglesia y parecía estar convencido de que su crimen, que él llamaba su martirio, era una acción gloriosa. Había aún otros penados Antiguos-creyentes, casi todos siberianos, listos y astutos como verdaderos labriegos. Dialécticos á su manera, practicaban ciegamente su ley y les gustaba discutir. Pero eran altaneros, orgullosos é intolerantes. El viejo no se les parecía; aunque sabía mucho más que sus correligionarios en materia de exégesis, evitaba toda controversia. Como tenía un carácter expansivo y alegre, reía á menudo, no con el cinismo de los demás penados, sino con sencillez infantil, con una risa que armonizaba con el aspecto de su cabeza gris. (Quizá me equivoco, pero creo que se

puede conocer á un hombre por su risa; si la risa de un desconocido os parece simpática, estad seguros de que es un buen hombre). El viejo era respetado por todos y no se envanecía de ello. Los penados le llamaban abuelo, y no le ofendían jamás. Entonces comprendí la influencia que ejerciera sobre sus correligionarios. A pesar de la firmeza con que soportaba la vida del presidio, advertíase que sentía una tristeza profunda, incurable. Dormía yo en la misma cuadra que él. Una noche, á las tres de la madrugada, me desperté y oí un sollozo lento, ahogado. El viejo estaba sentado sobre la estufa en el mismo sitio donde antes rezaba el forzado que quiso matar al mayor, y leía su eucologio manuscrito. Lloraba y le oía repetir: «¡Señor, no me abandones! ¡Maestro, fortaléceme! ¡Hijos míos, queridos hijitos, ya no nos veremos más!» No puedo explicar cuánta tristeza sentí. Entregábamos, pues, nuestro dinero al viejo. Decíase en la cuadra que no se le podía robar; sabían que ocultaba los ahorros que se le confiaban, pero nadie pudo descubrir su secreto. Nos lo reveló á los polacos y á mí.

Una de las estacas tenía una rama, en apariencia adherida fuertemente al tronco, pero que se podía quitar y volver á colocar después. Al quitarla dejaba al descubierto un vacío. Allí estaba el escondrijo. Vuelvo á mi relato. ¿Por qué el detenido no guarda su dinero? ¡No sólo porque le es difícil, sino porque la cárcel es muy triste! ¡El penado tiene tal sed de libertad! Por su posición social es un ser tan desordenado y despreocupado que la idea de gastarse el dinero en una francachela, de aturdirse gritando y cantando, se le ocurre naturalmente aun cuando no sea más que para olvidar durante un minuto su pena. Era extraño ver ciertos individuos encorvados sobre la labor, con el solo fin de gastar en un día cuánto habían ganado; y luego volvían á trabajar hasta que se presentaba la ocasión de una nueva curda, anhelada durante muchos meses. Algunos penados, gustan de llevar ropa nue-

vecita de corte más ó menos estrafalario, pantalones de fantasía, chalecos, siberianas; en algunos eran su flaco las camisas de indiana y los cinturones con hebillas de metal.

Los días de fiesta los elegantes se endomingaban y había que verles farolear por las cuadras. Sentían igual contento que los niños al verse con trajes nuevos. Bien es verdad, que bajo muchos aspectos, los forzados sólo son niños grandes. Aquellos hermosos trajes desaparecían pronto, á veces el mismo día que habían sido adquiridos, pues sus propietarios los empeñaban ó volvían á vender por una bagatela. Las francachelas se celebraban en épocas fijas. Coincidían con las solemnidades religiosas ó con la fiesta patronímica del anfitrión. Este colocaba un cirio ante la imagen al levantarse, rezaba, se vestía y encargaba la comida. Había hecho comprar de antemano carne, pescado y pastelillos; se hartaba como un buey, casi siempre solo, pues raras veces invitaba á sus camaradas. Después aparecía el aguardiente. El penado bebía como una esponja y se paseaba por las cuadras, tambaleándose y tropezando, para demostrar á todos sus camaradas que estaba borracho, y adquirir así una consideración particular.

Los rusos, sienten siempre cierta simpatía por los borrachos; en presidio, se les estimaba; una curda, era en cierto modo una distinción aristocrática.

Una vez alegre, el forzado desea música. Había en el presidio un polaco, antiguo desertor, que poseía un violín que tocaba muy bien. Como no tenía ningún oficio; se comprometía á seguir al detenido que estaba de fiesta, de cuadra en cuadra, tocando bailables con todas sus fuerzas. A menudo su rostro expresaba el cansancio y el asco que le producía aquella música siempre igual, pero el forzado le recordaba que le había pagado, y volvía á rascar con más fuerza. Estos borrachos estaban seguros de que velarían por ellos y les ocultarían en caso de que llegara el mayor. El sargento y los invalidos que debían mantener

el orden sabían que el borracho no ocasionaría ningún alboroto. A la menor tentativa de escándalo ó de rebelión, los mismos presos le hubieran apaciguado, ó atado si era preciso, y la administración subalterna, (carceleros, vigilantes, etc.) hacía la vista gorda. Sabía que de prohibirse el aguardiente todo iría mal. ¿De donde salía el aguardiente? Se compraba en el mismo presidio, á los *taberneros*, como llamaban á los que hacían tal comercio, que resultaba muy ventajoso, por más que fueran pocos los bebedores y amigos de divertirse, porque toda francache-la costaba cara, teniendo en cuenta lo poco que en el presidio se ganaba. Este comercio empezaba, continuaba y acababa de un modo asaz original. Un preso que no supiese ningún oficio y que no quisiera trabajar, y que sin embargo desease enriquecerse rápidamente, se decidía á comprar y vender aguardiente. La empresa era atrevida; requería gran audacia, pues se arriesgaba la piel sin contar la mercancía. Pero el tabernero no retrocedió ante tales obstáculos. Al principio, como tiene poco dinero, él mismo trae el aguardiente á la cárcel y lo vende de un modo ventajoso. Repite tal operación por segunda y tercera vez; si no le descubren, adquiere pronto un peculio que le permite extender su comercio; se convierte en comerciante, en capitalista: tiene agentes y auxiliares; arriesga menos, y gana más. Sus auxiliares son los que se arriesgan por él. En la cárcel hay siempre muchos detenidos arruinados y sin oficio, pero dotados de audacia y destreza. Su único capital es su espalda, y á menudo lo ponen en circulación proponiendo al tabernero introducir aguardiente en las cuadras. Nunca falta en la ciudad un soldado, un tendero, una mujerzuela, que por un precio convenido, generalmente irrisorio, compra el aguardiente por cuenta del tabernero, y lo oculta en un sitio que conoce el penado contrabandista, cerca del punto donde este trabaja. El vendedor prueba casi siempre por el camino el líquido, y

reemplaza por agua y de un modo implacable lo sisado; el tabernero no puede andar con repulgos, por lo contrario, debe estar contento porque no le han robado el dinero, y acepta el aguardiente tal cual es. El matutero lleva al vendedor gran cantidad de intestinos de buey bien lavados y luego llenos de agua para que conserven su elasticidad. Una vez llenos los intestinos el matutero los arroja y los oculta en lo más secreto del cuerpo. En aquella ocasión hay que demostrar la astucia y destreza y el forzado se empeña en engañar á la escolta y al cuerpo de guardia y lo consigue. Si es un hombre listo, el soldado que le escolta no advierte sus maniobras. El detenido le estudia á fondo y combina la hora y lugar de la cita. Si el preso, un ladrillero por ejemplo, se encarama sobre el horno que enciende, el soldado no subirá con él para vigilarle. ¿Cómo verá lo que hace? Al acercarse al presidio prepara una moneda de veinte kopeks y espera en la puerta al cabo de guardia. Este examina, palpa y registra á todos los forzados cuando entran en la cuadra, antes de abrirles la puerta. El que lleva el aguardiente espera que le dará vergüenza examinarle y palparle con mucha detención en ciertos sitios. Pero si el cabo es listo, palpa precisamente los sitios delicados y halla el aguardiente. Sólo queda al recluso un medio de salvación, deslizan á escondidas en la mano del cabo la moneda y á menudo, gracias á tal maniobra, el aguardiente llega á manos del tabernero. Pero algunas veces no vale la treta y entonces es cuando el único capital del contrabandista entra en circulación. Se da parte al mayor, que ordena azotar al rebelde. El aguardiente se confisca. El matutero sufre el castigo sin denunciar al tabernero, no por temor á la deshonra, sino porqué tal denuncia no le proporcionaría ningún dinero: le castigarían lo mismo; el único consuelo que le quedaría es que su cómplice participara de su castigo, pero como piensa que podrá trabajar de nuevo, no le denuncia aunque nada le abonan si se ha dejado sorprender.

Las delaciones menudean en presidio. Lejos de aborrecer á un espía ó de apartarse de él, muchos se hacen amigos suyos; y si alguien quisiera demostrar á los forzados la vileza de la denuncia, nadie le comprendería. El exhidalgo de que he hablado, el sér cobarde y vil de quien me aparté desde mi entrada en el presidio, era el amigo de Fedka, el asistente del mayor al cual contaba cuanto ocurría en la cárcel, para que este lo relatara á su vez á su amo. Todos lo sabían, pero á nadie se le ocurría reprocharle su conducta.

Cuando el aguardiente llegaba sin tropiezo al presidio, el tabernero pagaba al matutero y echaba sus cuentas. Costábale mucho su mercancía, y á fin de que el beneficio fuera mayor, le añadía la mitad justa de agua pura: sólo faltaba esperar á los consumidores. El primer día de fiesta, y aun durante toda la semana, llega un forzado que trabajó como un negro durante meses enteros para economizar kopek á kopek una cantidad que se decide gastar de una vez. Hace mucho tiempo que tiene pensada la francachela. Ha pensado en ella todas las noches, mientras trabajaba, y tal perspectiva le animaba. Llega el día deseado; tiene el dinero en el bolsillo, no se lo han robado ni confiscado, puede gastarlo, llevar sus economías al tabernero, que al principio le da aguardiente casi puro—sólo ha sido bautizado dos veces—pero á medida que la botella se vacía la rellena de agua. El penado paga así un vaso de aguardiente cinco ó seis veces más caro que en una taberna. Fácil es comprender cuantos de esos vasos necesita y cuanto dinero ha de invertir antes de emborracharse. Pero como ha perdido la costumbre de la bebida, el poco alcohol que queda en el líquido le embriaga con bastante rapidez. Bebe después hasta que no le queda dinero; empeña entonces ó vende todas las prendas de vestir, pero como sus trajes particulares son poco numerosos, empeña á renglón seguido los del gobierno. Cuando el borracho se ha bebido su última camisa y su último tra-

po, se acuesta, y al día siguiente se levanta con gran dolor de cabeza. Suplica en vano al tabernero que le dé á crédito unas gotas de aguardiente para disipar su malestar; nada consigue y el mismo día vuelve al trabajo. Durante muchos meses se desloma soñando en el dichoso día de borrachera que acaba de desaparecer en lo pasado; poco á poco recobra su valor, y espera otro día parecido, que aun está lejos, pero que llegará.

En cuanto al tabernero, si ha ganado ya una buena cantidad, treinta ó cuarenta rublos, se hace traer aguardiente, pero este sin bautizar, pues lo destina para su propio uso: ¡basta de comercio! Ya es tiempo de divertirse, bebe, come, y acude al músico polaco. Como puede dar algún dinero á los empleados subalternos, la juerga dura aún varios días. Cuando ha acabado el aguardiente va á beberse el de los otros taberneros, y se gasta hasta el último kopek. Por mucha que sea la vigilancia de los forzados para que no sorprendan á sus camaradas que se divierten, sucede sin embargo alguna vez que el mayor y el oficial de guardia advierten el desorden. Arrastran entonces al borracho al cuerpo de guardia, confiscan su capital, si le queda algo, y le apalean. El penado se sacude como un perro saliendo del agua, vuelve al cuartel y emprende de nuevo su oficio de tabernero algunos días después.

Hay á veces entre los deportados entusiásticos mujeriegos; gracias á una buena cantidad consiguen, acompañados de un soldado á quien sobornan, deslizarse fuera de la fortaleza, é ir á un arrabal, en vez de dirigirse al trabajo. Allí, en una casita de tranquilo aspecto, se arma una orgía en que se gasta mucho dinero. El dinero de los presidiarios no es de desdeñar, y así los soldados preparan con antelación una de esas fugas, seguros de ser generosamente recompensados. Por regla general, tales soldados son futuros candidatos á presidio. Pocas veces se descubren tales escapatorias. Debo confesar que son muy esca-

sas porque cuestan mucho dinero, y los amantes del sexo bello recurren á otros medios más económicos.

Desde que entré en presidio llamó mi atención un detenido joven llamado Sirotkín, que tenía unas facciones regulares y era un ser enigmático por todos conceptos. No tenía más allá de veintitres años y pertenecía á la sección particular, es decir, que estaba condenado á perpetuidad. Se le debía considerar como uno de los criminales militares más peligrosos. Sosegado y apacible, hablaba poco y reía menos. Sus ojos azules, su tez delicada, sus cabellos rubios le daban una expresión agradable á pesar de su cráneo afeitado. Aunque no tenía ningún oficio, de vez en cuando adquiría algún dinero; era muy perezoso y su traje era una pura mancha. Si alguien le regalaba generosamente una camisa roja, no cabía en sí de alegría y se paseaba con orgullo. Sirotkín no bebía, ni jugaba, ni se peleaba casi nunca con los camaradas. Se paseaba siempre con las manos en los bolsillos, sosegadamente, con expresión pensativa. Imposible saber en qué pensaba. Cuando le llamaban para preguntarle algo, contestaba con deferencia y claridad, sin charlar como los demás, y le miraba á uno con sus ojos cándidos de niño de diez años. Cuando tenía dinero, no compraba nada de aquello que los otros juzgaban indispensable. Por desgarrada que llevase la chaqueta, no se la hacía coser ni compraba botas nuevas. Lo que le gustaban eran los panecillos de centeno, se los comía con tanto gusto como un niño. Cuando no trabajaba paseaba por las cuadras. Cuando todos estaban atareados él holgaba, si le daban vaya ó se burlaban de él, volvía la espalda sin contestar y se iba á otra parte. Si la broma era demasiado picante, se ruborizaba. A menudo me preguntaba yo por qué crimen le enviaron á presidio. Un día que estaba enfermo y acostado en el hospital, Sirotkín dormía en un camastro no lejos del mío; trabamos conversación, se animó y me contó de pronto que le habían hecho incorporar á filas, que su madre le acompañó llorando, y me explicó

cuánto había sufrido en filas. Añadió que no pudo acostumbrarse á aquella vida: todos se mostraban severos y se enfurecían por tonterías, y los jefes casi siempre estaban descontentos de él...

— ¿Pero por qué te han enviado aquí? ¿Y aun á la sección particular? ¡Ah! ¡Sirotkín! ¡Sirotkín!

— ¡Sí, Alejandro Petrovitch! Sólo estuve un año en el batallón. Me enviaron aquí por haber matado á mi capitán Gregorio Petrovitch.

— Me lo dijeron, pero no lo creía. ¿Cómo pudiste matarle?

— Cuanto le han dicho es verdad. La vida me pesaba demasiado.

— ¡Los otros quintos bien la soportan! Debe ser algo pesado al principio, pero uno se acostumbra y luego es un buen soldado. Tu madre te debía mimar mucho. Estoy seguro que te debió tratar como un niño hasta que te arrancaron de su lado.

— Es verdad que me quería mucho. Enfermó cuando me marché y en la cama quedó. ¡Cuán penosa me fué la vida de soldado! Todo me salía al revés. No cesaban de castigarme ¿y por qué? Obedecía á todos, era puntual, cuidadoso, no bebía ni pedía dinero á nadie, pues es mala señal cuando un hombre empieza á pedir. Y todos en torno mío eran duros y crueles. A veces me acurrucaba en un rincón y sollozaba, sollozaba. Una noche estaba de guardia. Era en otoño, hacía viento, y estaba tan oscuro que no se veía á dos pasos. ¡Estaba triste, muy triste! Saco la bayoneta, del fusil y la pongo en el cinto; luego apoyo el cañón contra el pecho, y después de quitarme la bota, aprieto el gatillo con el dedo gordo del pie. El golpe falla: examino el fusil, pongo una nueva carga de pólvora, cambio el pistón y dirijo de nuevo el cañón contra el pecho; el golpe falla de nuevo. ¿Qué hacerle? me digo. Vuelvo á calzarme, armo de nuevo la bayoneta y me paseo arriba y abajo con el fusil al hombro. Que hagan de mí lo que

quieran, pero no quiero ser más soldado. A la media hora llega el capitán que hacía la ronda mayor. Viene directamente hacia mí:—«¿De este modo se está cuando se hace centinela?»—Empuño el fusil y le hundo la bayoneta en el cuerpo. Me han hecho hacer cuatro mil verstas á pie, así vine á la sección particular.

No mentía. No comprendo, sin embargo, por qué le castigaron tan duramente. Crímenes parecidos se castigaban con menos severidad. Sirotkín era el único de los penados que fuera verdaderamente hermoso; en cuanto á sus camaradas de la sección particular, que eran quince, daba grima verles; tenían caras asquerosas, repugnantes, las cabezas grises abundaban. Más adelante hablaré de este grupo. Sirotkín estaba á menudo en buenas relaciones con Gazín, el tabernero de quien hablé antes.

Gazín era un sér terrible. La impresión que producía, era de terror y susto. Me parecía que no podía existir criatura más feroz y monstruosa que él. Vi, sin embargo, á Tobolsk á Kamenef, el bandido que se hizo célebre por sus crímenes. Más tarde vi á Sokorof, presidiario evadido, antiguo desertor, y que era un feroz asesino. Pero ni uno ni otro me inspiraron tanta repugnancia como Gazín. Se me antojaba una araña enorme, gigantesca, de la talla de un hombre. Era tártaro; no había un recluso tan fuerte como él. Más que su alta estatura y su constitución atlética, inspiraba terror por su cabeza enorme y deforme. Circulaban los más extraños rumores acerca de él. Decían que había sido soldado; otros pretendían que se evadió de Nertchinsk, que le habían desterrado muchas veces á Siberia, pero que siempre huyó. Caído, por fin, en nuestro presidio, formaba parte de la sección de los rematados. A lo que parece, le gustaba matar á los niños que conseguía llevar á un sitio apartado; entonces asustaba al niño, le atormentaba, y después de haber gozado plenamente del susto y de las palpitaciones del pequeñuelo, le mataba lenta y sosegadamente, con delicia. Quizá imaginaron tales

horrores por la penosa impresión que producía aquel monstruo, pero eran vorosísimos y cuadraban á su fisonomía. Sin embargo, cuando no estaba borracho, Gazín se portaba bien. Permanecía sosegado, no se peleaba jamás, evitaba las disputas por desprecio de los que le rodeaban, como si tuviera alta opinión de sí mismo. Hablaba poco; todos sus movimientos eran mesurados, tranquilos, resueltos. No faltaba inteligencia á su mirada, pero la expresión era cruel y burlona como su sonrisa. Era el más rico de todos los que vendían aguardiente. Dos veces por año se embriagaba del todo, y entonces revelaba toda su feroz brutalidad. Se animaba poco á poco, asaeteaba á sus camaradas con burlas envenenadas, y cuando estaba del todo borracho, tenía accesos de rabia furiosa; empuñaba un cuchillo y se lanzaba sobre aquéllos. Los penados que conocían su vigor hercúleo, le evitaban y se escondían, pues acometía á cualquiera. Se halló, sin embargo, sistema de contenerle. Diez ó doce de los detenidos se lanzaban de pronto sobre Gazín y le asestaban golpes atroces en la boca del estómago, en el vientre, debajo del corazón hasta que perdía el conocimiento. Cualquier otro hubiera muerto, pero Gazín sobrevivía. Cuando le habían vapuleado, le envolvían en la pelliza y le echaban en su camastro:— «¡Que duerma la mona!»—decían.—Al día siguiente se levantaba casi sano, y acudía al trabajo silencioso y sombrío. Cada vez que Gazín se embriagaba, sabían los reclusos de qué modo acabaría el día para él. También él lo sabía, pero á pesar de ello se emborrachaba. Pasaron algunos años así. Notaron entonces que Gazín empezaba á debilitarse. No hacía más que gemir y se quejaba de diferentes enfermedades. Sus visitas al hospital eran cada vez más frecuentes. «Por fin se somete»—decían los detenidos.

Aquel día Gazín entró en la cocina seguido del polaco que tocaba el violín, y que era el indispensable en todas las orgías. Se detuvo en medio de la sala, silencioso, mirando á cuantos allí estábamos. Nadie dijo una palabra.

Cuando me vió con mi compañero, nos miró con su expresión maligna y burlona, y sonrió horriblemente con la expresión de un hombre satisfecho de un enredo que acababa de imaginar. Se acercó á nuestra mesa dando tras-pies.

—¿Puedo saber,—dijo—de dónde sacan ustedes las rentas que les permiten tomar te?

Cambié una mirada con mi vecino.

Comprendí que lo mejor era callarnos. La menor contradicción le hubiera hecho montar en cólera.

—Deben ustedes tener aguardiente...—continuó—deben tener mucho ¿verdad? ¿Han venido ustedes á presidio para beber té? ¿eh? ¿Han venido aquí para beber? Contesten, para que les...

Comprendiendo que nos callábamos y que estábamos dispuestos á no prestarle atención, acudió á nosotros lívido de rabia. Junto á él había una pesada caja que servía para poner el pan cortado para la comida y la cena, y su contenido bastaba para la mitad de todos los detenidos. Entonces estaba vacía. La cogió con ambas manos y la blandió sobre nuestras cabezas. Aun cuando un asesinato ó una tentativa siquiera, fuese manantial inagotable de molestias y castigos para los deportados, pues no acababan en mucho tiempo las informaciones, contra informaciones y pesquisas, todos esperaron y callaron.

¡Ni una palabra en nuestro favor, ni un grito contra Gazín!

El odio de los penados contra los hidalgos era tan grande, que todos gozaban viéndonos en peligro... Un dichoso incidente terminó aquella cena que pudo ser trágica. Gazín iba á soltar la enorme caja que volteaba, cuando acudió un forzado de la cuadra en que él dormía, y gritó:

—Gazín, te han robado tu aguardiente.

El espantoso bandido dejó caer la caja con un horrible juramento y se precipitó fuera de la cocina.—¡Vamos,

Dios les ha salvado!—dijeron entre sí los camaradas, y lo repitieron muchas veces.

Jamás supe si le habían robado el aguardiente ó si fué una astucia inventada para salvarnos...

Aquella misma noche, antes de cerrar las cuadras, cuando obscurecía ya, me paseaba á lo largo de las empalizadas. Una tristeza abrumadora llenaba mi alma. Durante todo el tiempo que pasé en presidio, nunca me sentí tan desdichado como aquella noche. El primer día de reclusión es siempre el más duro, ya se cumpla en el presidio ó en el calabozo... Un pensamiento me dominaba, un pensamiento que me asaltó muchas veces durante aquellos años referente á una cuestión insoluble entonces, é insoluble aun ahora. Reflexionaba acerca de la desigualdad del castigo para iguales crímenes. No se puede, efectivamente, comparar un crimen á otro ni aun aproximadamente. Dos asesinos matan cada cual á un hombre, y se examinan y pesan minuciosamente las circunstancias de ambos crímenes. Se aplica á uno y á otro igual castigo, y sin embargo, ¡qué abismo media entre ambas acciones! Uno asesinó por una bagatela, por una cebolla; mató en la carretera á un labriego que pasaba, y al que sólo encontró una cebolla.

—Es verdad, me han enviado á presidio por un campesino que no tenía más que una cebolla.

—Imbécil, una cebolla vale un kopek. Si hubieses matado á cien campesinos tendrías cien kopeks, un rublo.

El otro criminal mata á un libertino que deshonoraba á su mujer, á su hermana y á su hija. Otro, un vagabundo medio muerto de hambre, acosado por muchos policías, viendo que iban á cogerle, ha defendido su libertad, su vida. ¿Debe tratársele lo mismo que al bandido que asesina por gusto á los niños, por el placer de sentir correr su sangre cálida sobre sus manos y verles estremecer en una última palpitación de pájaro bajo el cuchillo que desgarrar sus carnes?

Pues bien, unos y otros van á presidio. La condena quizá no tenga igual duración, pero hay que tener en cuenta, que las penas son poco numerosas, y en cambio, hay miles de crímenes diferentes. Admitamos que es imposible que desaparezca esta primera desigualdad del castigo, y que en materia de penalidad desigualdad tan triste sea inevitable. Admitámoslo. Pero hay otra desigualdad: la de las consecuencias del castigo. He aquí á un hombre que se consume como una bujía; he aquí otro que ni siquiera pensaba antes de ser desterrado que pudiera existir una vida tan alegre y holgazana, ni un círculo tan agradable de amigos. Hay muchos individuos así en presidio. Ved ahora un hombre de corazón, de inteligencia cultivada y de refinada conciencia. Lo que experimenta, le abruma más que el castigo material. El fallo que él mismo pronuncia contra su crimen es más implacable que el de un tribunal severo. Vive junto á otro forzado que no pensó ni una sola vez en el crimen que expía y del que quizá se cree inocente. ¿No hay acaso infelices que cometen crímenes á fin de ir á presidio por huir de una libertad mucho más penosa que la reclusión? La vida es miserable. Siempre se siente hambre; se mata uno trabajando por enriquecer á su amo; en presidio el trabajo será menos arduo, menos penoso, habrá comida en abundancia y mejor que la que nunca comiera. Los días festivos se come carne, y luego, están las limosnas, y el trabajo de la noche proporciona algún dinero. ¿No valen algo también las amistades que en el presidio se contraen? Los forzados son gentes hábil, astutos, que saben de todo. El recién llegado mira con sincera admiración á sus compañeros de cadena, é imagina que no es posible hallar sociedad más escogida.

¿Es posible que hombres tan diversos sientan igualmente el castigo? ¿Pero para qué tratar de problemas insolubles? Toca el tambor, y es preciso volver al cuartel.

IV

PRIMERAS IMPRESIONES

(Continuación)

Se pasó lista otra vez, y luego cerraron las puertas de las cuadras cada cual con un candado especial, y los detenidos quedaron encerrados hasta el alba.

La lista la pasaba un sargento acompañado de dos soldados. Cuando por casualidad asistía un oficial se nos hacía alinear en el patio, pero casi siempre se pasaba lista en las mismas cuadras. Como los soldados se engañaban á menudo, nos volvían á contar uno por uno hasta que les salía la cuenta exacta. Entonces cerraban las cuadras. En cada una de ellas había unos treinta detenidos, así es que estábamos muy estrechos. Como era demasiado temprano para dormir, los reclusos se pusieron á trabajar.

Además del inválido de que he hablado, que se acostaba en nuestro dormitorio y que durante la noche era el representante de la administración, en cada cuadra había un «antiguo», designado por el mayor en recompensa de su buena conducta. No era raro sin embargo que esos mismos «antiguos» cometieran delitos que les valían una de azotes. Entonces se les reemplazaba por uno de sus camaradas de buena conducta. Nuestro «antiguo» era precisamente Akim Akimytch; con gran asombro mío amonestaba á los detenidos, pero estos contestaban con mofas á sus palabras.

El inválido, más listo, de nada se cuidaba, y si abría la boca, sólo era por deber, para dar satisfacción á su conciencia. Permanecía sentado en su cama, ocupado en remendar unas botas viejas.

Hice aquel día una observación de la que más tarde pude comprobar la exactitud; que todos los que no son reclusos y han de tratar con estos, empezando por los soldados y los centinelas, creen que los penados, por el más fútil motivo, se lanzarán sobre ellos cuchillo en mano. Los detenidos, que tienen conciencia del temor que inspiran, ostentan cierta arrogancia. Así, el mejor jefe de cárcel, es aquel que no experimenta ninguna emoción en su presencia. A pesar de sus bravatas, los penados prefieren que se tenga confianza en ellos y hasta es posible adquirir su confianza obrando así. Más de una vez he tenido ocasión de notar su asombro cuando entra un jefe sin escolta en las cuadras, y tal asombro tiene mucho de halagador; un visitante intrépido impone respeto á los presidiarios, y si ocurre una desgracia, no será nunca en presencia suya. El terror que inspiran los presidiarios, es general, pero no tiene ningún fundamento; ¿es que acaso el aspecto del preso, su facha patibularia, causan cierta repulsión? ¿No es quizá más bien el pensar que á pesar de todas las medidas tomadas es imposible hacer de un hombre vivo un cadáver, ahogar sus sentimientos, su sed de venganza y de vida, sus pasiones y la necesidad imperiosa de satisfacerlas? De todos modos no hay que temer á los penados. Un hombre no acomete tan fácilmente como se cree á su semejante cuchillo en mano. Si algún accidente ocurre, es tan raras veces, que no llega á constituir un riesgo para nadie. Entiéndase que hablo de los detenidos que ya sufren condena, algunos de los cuales, casi se creen dichosos de estar por fin en presidio, lo cual demuestra cuánto atractivo tiene para el hombre todo nuevo método de vida. Estos viven tranquilos y sumisos. Los de genio turbulento quedan domados por sus mismos compañeros y su arrogancia no es muy grande. El detenido, por atrevido y audaz que sea, tiene miedo de todo en la cárcel. No le ocurre lo mismo con el que aun espera ser juzgado.

Este es capaz de abalanzarse á cualquiera sin motivo ni

odio, sólo porque ha de ser azotado al día siguiente; en efecto, si comete un nuevo crimen se complica su asunto, se retarda el castigo, y gana tiempo. Esta agresión se explica, porque tiene una causa, un fin; el forzado quiere á toda costa «cambiar su suerte». He sido testigo de un hecho psicológico bien raro relativo á esto.

En la sección de los condenados militares había un antiguo soldado, enviado á presidio por dos años, fanfarrón y cobarde á un tiempo. El soldado ruso por regla general no es jactancioso, pues no tiene tiempo para serlo aun cuando quisiera. Si alguno se advierte de esa laya es siempre un cobarde y un canalla. Dutof, así se llamaba este soldado, sufrió su pena y entró de nuevo en un batallón de línea; pero estaba ya completamente pervertido. Estos «parroquianos» de presidio vuelven frecuentemente á él después de dos semanas de libertad, no ya por poco tiempo, sino para extinguir larga condena. Esto ocurrió con Dutof. Tres semanas después de estar en libertad robó á uno de sus camaradas y se indisciplinó. Le condenaron á un severo castigo corporal. Horriblemente asustado, como un cobarde que era, por el próximo castigo, se lanzó cuchillo en mano sobre el oficial de guardia que entraba en su calabozo la víspera del día en que debía ser pasado por baquetas. Bien comprendía que con aquello agravaba su crimen y aumentaba su pena; pero lo que quería, era retrasar algunos días ó algunas horas siquiera, el espantoso minuto del castigo. Era tan cobarde, que no hirió siquiera al oficial con el cuchillo que blandía; sólo había cometido tal agresión, para añadir á sus autos un nuevo crimen que haría preciso un nuevo juicio. El momento que precede al castigo es terrible para los condenados á ser apaleados. A muchos de ellos les he visto en el hospital el día antes del castigo. En Rusia las gentes que más compadecen á los penados son los médicos, que no tratan á los detenidos como la mayoría de las gentes que están en contacto directo con ellos: Tan sólo el pueblo tiene la misma compa-

sión que los doctores, pues jamás echa en cara al criminal el delito cometido sea cual fuere; se lo perdona en favor de la pena sufrida.

No en vano el pueblo llama en Rusia al crimen una *desgracia* y al criminal un *desgraciado*. Tal denominación es expresiva, profunda, y tanto más importante, cuanto que es instintiva. Los médicos son, pues, el amparo natural de los penados, sobre todo cuando estos han de sopor-tar una pena corporal... El que ha pasado por un consejo de guerra, sabe á corta diferencia cuando se cumplirá el fallo, y para retardar la ejecución, se hace enviar al hos-pital á fin de retrasar algunos días el tremendo instante. Cuando se declara restablecido, sabe que al salir del hos-pital, llegará aquel instante. Así es que los forzados se sienten siempre conmovidos aquel día. Verdad es que al-gunos ocultan su emoción, pero á nadie engañan. Todos comprenden la crueldad de aquel momento, y se callan por humanidad. Conocí á un ex soldado joven, condenado por asesinato, que debía padecer el máximo número de la pena de palos. El día antes resolvió beberse una botella de aguardiente en el cual había hecho poner gran canti-dad de rapé.—El detenido condenado á ser azotado, bebe siempre aguardiente, que se proporciona de antemano, y á veces á un precio fabuloso; primero se privaría durante seis meses de todo lo necesario que de beber un cuarto de litro de aguardiente antes de la ejecución, porque está convencido que un borracho sufre menos al recibir los pa-los que un hombre sereno.—El pobre diablo cayó enfermo poco después de beber su botella de aguardiente: tuvo un vómito de sangre, y fué llevado sin conocimiento al hos-pital. De tal modo se desgarró su pecho que se declaró una tisis que mató al soldado en pocos meses. Los médi-cos no supieron jamás la causa de la enfermedad.

Si los ejemplos de pusilanimidad no son raros entre los detenidos, bueno es añadir que algunas veces se ven otros cuya intrepidez asombra. Me acuerdo de muchos rasgos de

firmeza que llegaban hasta la insensibilidad. La llegada de un terrible bandido al hospital ha quedado grabada en mi memoria. Un día circuló el rumor de que el famoso bandido Orlof debía ser azotado aquella tarde y que después le llevarían á la ambulancia. Los detenidos que estaban en el hospital afirmaban que la ejecución sería cruel; y yo mismo confieso que esperaba con curiosidad la llegada de aquel bandido del que se contaban cosas increíbles. Era un malhechor capaz de asesinar á sangre fría ancianos y niños. Estaba dotado de una fuerza de voluntad indomable, y tenía conciencia de su fuerza. Como era culpable de muchos crímenes le habían condenado á ser pasado por baquetas. Le trajeron al anochecer; la sala estaba ya casi á oscuras; se encendían las bujías. Orlof estaba excesivamente pálido, casi sin conocimiento; tenía el pelo abundante y de un negro mate. Tenía la espalda despellejada é hinchada, á trechos grandes cardenales azules acababan en manchas de sangre. Los penados le cuidaron toda la noche; cambiáronle las compresas, le acostaron de lado, le prepararon la loción ordenada por el médico, y se portaron con él de un modo admirable.

Al día siguiente recobró los sentidos y dió un par de vueltas por la sala. Me asombró porque cuando le trajeron estaba medio muerto, siquiera hubiese recibido la mitad de los baquetazos ordenados. El doctor había hecho cesar la ejecución convencido de que, si continuaba, Orlof se moría. Este criminal era de constitución débil y estaba extenuado por una larga reclusión. Quien ha visto á los penados azotados, se acordará siempre de sus rostros flacos y cadavéricos, de sus miradas febriles. Pronto se restableció Orlof; sirvióle sin duda su energía poderosa. Por curiosidad trabé conocimiento con él y le estudié durante toda una semana.

En mi vida había visto un hombre cuya voluntad fuera tan firme é inflexible. Conocí á Tobolsk, un antiguo jefe de bandidos, que era una verdadera fiera; sólo al rozarle,

sin conocerle, se presentía en él un ser peligroso. Lo que me asustaba era su estupidez. A la primera ojeada veíase que la materia le dominaba por completo, y sólo pensaba en la satisfacción brutal de sus necesidades físicas. Seguro estoy sin embargo que Korénef se habría desmayado oyéndose condenar á un castigo corporal tan tremendo como el de Orlof, y en cambio, hubiera asesinado á cualquiera sin vacilar. Orlof, por lo contrario, era un ejemplo del espíritu sobre la carne. Este hombre se dominaba perfectamente, despreciaba los castigos y no temía á nada. Lo que dominaba en él, era una energía sin límites, una sed de venganza, una actividad y una voluntad inquebrantables, cuando se trataba de alcanzar un fin. Me admiró su aspecto altanero; todo lo miraba desde lo alto de su grandeza, sin afectación, por orgullo innato. No creo que nadie ejerciera influencia sobre él. Todo lo miraba impasible, como si nada pudiera admirarle. Sabía que los otros penados le respetaban, pero no procuraba aprovecharse de ello, á pesar de que la vanidad es lo que domina entre los forzados. Era inteligente; su franqueza extraña no se parecía á la charla vulgar. Contestó á todas mis preguntas; me confesó que esperaba con impaciencia su restablecimiento á fin de acabar de una vez con el castigo que debía sufrir. «Ahora, dijo guiñando el ojo, se acabó, recibiré los palos que me faltan y me enviarán á Nertchinsk con una cuerda de presos y aprovecharé la ocasión para huir. ¡Me escaparé! ¡Lo que quisiera es que se me cicatrizará pronto la espalda!» — Durante cinco días estuvo deseando poder abandonar el hospital. A veces estaba de buen humor. Aprovechaba aquellos ratos para interrogarle sobre sus aventuras. Fruncía ligeramente el ceño, pero contestaba con sinceridad. Cuando comprendió que trataba de sondearle para ver si había en él alguna huella de arrepentimiento, me miró con desprecio, como si me considerara un muchacho tonto á quien hacía demasiado ho-

nor hablándole. Advertí en su rostro una especie de compasión por mí. Al cabo de algunos instantes se echó á reír á carcajadas pero sin ironía; creo que más de una vez habría vuelto á reír acordándose de mis palabras. Se hizo dar de alta aun cuando no tuviera la espalda bien cicatrizada, y como yo estaba restablecido, abandonamos juntos la enfermería. Volví al presidio mientras que á él le encerraban en el cuerpo de guardia. Al dejarme me apretó la mano en prueba de la estima en que me tenía. Se me antoja que obró así porque en aquel instante estaba contento. En realidad debía despreciarme pues yo era un sér débil digno de lástima por todos conceptos y que se resignaba con su suerte. Al día siguiente sufrió la segunda mitad de su castigo ..

Cuando hubieron cerrado las puertas de la cuadra tomó en un instante un aspecto distinto: el de una casa verdadera, de un hogar doméstico. Entonces conocí á los forzados en su trato íntimo. Durante el día, cuando algún superior podía sorprenderles, tenían otro aspecto, siempre vigilantes y poco confiados. Pero una vez cerrada la puerta con cerrojo, cada cual se sentó en su sitio y se puso á trabajar. Se iluminó la cuadra de un modo inesperado, pues los reclusos sacaron bujías y candeleros de madera. Unos remendaban calzado y otros cosían prendas de ropa.

El aire ya emponzoñado se corrompía más y más. Algunos de los penados jugaban á las cartas en un rincón. En cada cuadra había un hombre que poseía una alfombra, una bujía y cartas horriblemente sucias. El propietario de estas recibía de los jugadores quince kopeks por rublo. Se jugaba habitualmente á «las tres hojas» ó á la *gorka*, es decir á juegos de azar. Cada jugador sacaba su capital, y no se levantaba hasta perderlo por entero ó haber hecho saltar la banca. Se prolongaba mucho el juego; á veces, al alba, no había terminado, y sólo cesaba minutos antes de que abrieran las puertas. En nuestra cuadra

y en las otras había mendigos arruinados por el juego y la bebida, ó mejor dicho, mendigos innatos. Tal expresión les cuadra. En efecto, en nuestro pueblo, hay, y habrá siempre esas personalidades extrañas y sosegadas cuyo destino es el de ser siempre mendigos. Son unos infelices durante toda su vida y están siempre bajo la dominación de alguien, principalmente de los pródigos y de la gente enriquecida de pronto. Son incapaces de todo esfuerzo y de toda iniciativa. Sólo viven á condición de no hacer nada por sí mismos y de servir y vivir por impulso ajeno; están destinados á trabajar para los otros. No hay circunstancia capaz de enriquecerles, y siempre son mendigos. He visto gentes así en todas las clases de la sociedad, en todas las asociaciones, hasta en el mundo literario. En las prisiones se les encuentra también. Tan pronto como empezaba un juego se llamaba á uno de estos mendigos á quien se le daban cinco kopeks por una noche de trabajo, ¡y qué trabajo! consistía en estar de guardia en el patio con un frío de treinta grados Reamur en una obscuridad completa durante seis ó siete horas. Debía escuchar el menor ruido, á fin de evitar una sorpresa, pues á veces, el mayor ó alguno de los oficiales de guardia, llegaban á la chita callando, y sorprendían á los que jugaban y á los que trabajaban, gracias al resplandor de las bujías que se veía desde el patio. Cuando se oía dar la vuelta á la llave de la cerradura, ya no había tiempo de apagar las bujías y hacerse el dormido. Cinco kopeks eran un salario irrisorio, hasta en nuestro presidio, pero sin embargo, los jugadores no perdonaban ni una hora de guardia al desdichado. — «Te hemos pagado y debes vigilar.» — Este era un argumento sin réplica. Bastaba haber pagado algún dinero á alguien para sacarle todo el jugo posible. Más de una vez tuve ocasión de ver como los forzados gastaban su dinero, sin contar, tirándolo materialmente, y en cambio engañaban á su *criado*. Lo he visto muchas veces.

He dicho ya que exceptuando los jugadores todos trabajaban: solo cinco reclusos permanecieron ociosos, y se acostaron inmediatamente. Mi sitio estaba cerca de la puerta. Debajo de mí dormía Akim Akimitich; trabajó hasta las once para pegar un farol de colores que había encargado un hombre de la ciudad, y por el cual decía recibir buenos cuartos. Trabajaba perfectamente y sin descanso; cuando acabó, ató cuidadosamente sus herramientas, extendió el jergón, rezó y se durmió como un bendito. Llevaba el orden y la minucia hasta la pedantería, y estoy seguro que debía creerse inteligente como les ocurre á casi todos los botarates. No me gustó al principio aunque me dió mucho que pensar aquel día, pues me asombraba que un hombre así estuviese en presidio, en vez de haber hecho una brillante carrera. Más de una vez hablaré de él más adelante.

Ahora me es necesario describir el personal de nuestra cuadra.

Como debía vivir allí muchos años y debían ser mis camaradas los que me rodeaban, se comprende que les examinara con gran curiosidad.

A mi izquierda, dormían varios montañeses del Cáucaso, desterrados casi todos por sus fechorías y condenados á distintas penas: había allí dos lezghines, un tcherkess, y tres tártaros del Daghestan. El tcherkess era un sér adusto y sombrío que casi nunca hablaba, y miraba de reojo con maligna sonrisa. Uno de los lezghines, un viejo de nariz aguileña, alto y flaco, parecía un bandido descarado. En cambio, el otro lezghine Nurra, me produjo una impresión favorable y consoladora. Joven aun, era de mediana estatura, de constitución atlética, con el pelo rubio y los ojos azules, y tenía la nariz ligeramente arremangada. Como todos los jinetes, andaba con la punta de los pies hacia adentro. Tenía el cuerpo lleno de cicatrices de bayonetazos y de balas; aun cuando era un montañés del Cáucaso, se había juntado con los rebeldes, en

compañía de quienes hacía continuas incursiones por nuestro territorio. Todos le amaban en presidio por su alegría y afabilidad. Trabajaba sin murmurar, siempre apacible y sereno; los robos, las estafas y la borrachera le asqueaban ó le hacían montar en cólera. No podía sufrir ninguna mala acción. No se peleaba con nadie, pero cuando veía algo que no le gustaba, se alejaba indignado. Mientras estuvo preso no robó ni cometió ninguna mala acción. Rezaba sus oraciones todas las noches, observaba los ayunos mahometanos á fuer de verdadero fanático, y pasaba noches enteras rezando. Todos le querían y le tenían por honrado.—«¡Nurra es un león!»—decían los penados. Le quedó el nombre de León. Estaba convencido de que una vez cumplida su condena le permitirían volver al Cáucaso; creo que hubiera muerto, privado de tal esperanza. Desde que llegué me fijé en él. ¿Cómo no fijarse en aquella cara honrada y cariñosa entre todos aquellos sombríos, repulsivos ó sardónicos? Apenas hacía media hora que estaba yo en el presidio, cuando pasó por mi lado y me tocó cariñosamente en el hombro, sonriendo con bondad. No comprendí al principio lo que quería decirme, porque hablaba muy mal el ruso, pero poco después volvió á tocarme en el hombro y á sonreirme.—Durante tres días, repitió aquella singular maniobra; quería decirme con ella, que yo le daba lástima y que comprendía cuán penosos debían serme aquellos primeros instantes. Quería demostrarme su simpatía para tranquilizarme y asegurarme su protección. ¡Cuán bueno y cándido era!

De los tres tártaros del Daghestan, todos hermanos, los dos mayores, eran hombres hechos, y el menor, Alei, no tenía más de veintidós años, y á primera vista parecía más joven. Dormía á mi lado. Su rostro inteligente y franco, cándidamente bondadoso, me fué simpático, y di gracias al destino que le había puesto á mi lado. En su hermoso rostro se leía la candidez de su alma. Su sonrisa con-

ñada tenía una sencillez infantil, sus grandes ojos negros eran cariñosos y tiernos, y le miraba con gusto, y me consolaba su aspecto en los momentos de tristeza y de angustia. Estando en su país, su hermano mayor (enía cinco, dos de los cuales estaban en las minas de Siberia) le había ordenado un día coger el yatagan, montar á caballo, y seguirle. El respeto de los montañeses por sus mayores, es tan grande, que Alei no se atrevió á preguntar el objeto de la expedición. Quizá ni se le ocurrió. Tampoco sus hermanos creyeron necesario decirselo. Iban á robar la caravana de un rico comerciante armenio, y así lo hicieron; asesinaron al comerciante, y le robaron las mercancías. Desgraciadamente para ellos, se descubrió su crimen: les encausaron, les apalearon, y después les enviaron á Siberia á los trabajos forzados. El tribunal sólo apreció circunstancias atenuantes en Alei que fué condenado al *minimum* de la pena: cuatro años de reclusión. Sus hermanos le querían mucho: su afecto más parecía paternal que fraternal. Era el único consuelo de su destierro; le sonreían siempre, aunque estuvieran siempre tristes y pensativos. Cuando le hablaban, lo que ocurría pocas veces, pues le consideraban como un niño á quien nada serio puede decirse, su rostro ceñudo se animaba; adivinaba yo que le hablaban con tono cariñoso como á un niño; cuando les contestaba, sus hermanos cambiaban una ojeada y sonreían bondadosamente. El no se hubiera atrevido á dirigirles la palabra á causa del respeto que sentía por ellos. Es casi inexplicable como Alei pudo conservar su corazón tierno, su honradez nativa, su franca cordialidad sin pervertirse ni corromperse, durante todo el tiempo de su estancia en presidio. A pesar de toda su dulzura, poseía una naturaleza fuerte y estoica, como pude convencerme más adelante.

Casto como una joven, toda acción vil, cínica, vergonzosa ó injusta, inflamaba de indignación sus ojos negros. Aun cuando no era hombre para dejarse ofender impune-

mente, evitaba las riñas, los insultos, y conservaba su dignidad. Difícil era que se peleara porque todos le querían y le mimaban. Al principio fué cortés conmigo, después hablamos por las noches. Poco tiempo le bastó para aprender el ruso, que sus hermanos no supieron hablar jamás. Ví que era inteligente, modesto y delicado, además de razonable. Recuerdo siempre á Aleí con agradable impresión. Hay naturalezas tan espontáneamente bellas, y dotadas de tan grandes cualidades, que es imposible pensar que han de pervertirse. Así sucedía con Aleí; jamás temí que acabara mal. ¿Dónde estará ahora?

Un día, bastante después de mi llegada al presidio, estaba tendido sobre el camastro. Aleí, por excepción no trabajaba en aquel instante. Sus hermanos celebraban una fiesta musulmana, y también permanecían inactivos. Aleí, también tendido, con la cabeza entre las manos, se entregaba á sus ensueños; de repente me preguntó:

—¿Estás triste?

Le miré con ansiedad; aquella pregunta, hecha por Aleí que siempre se había demostrado tan delicado, me extrañó, pero noté tal tristeza en su rostro, despertada sin duda por sus recuerdos, que comprendí que también estaba triste. Se lo dije. Suspiró y sonrió. Me gustaba su sonrisa cordial siempre, porque cuando reía mostraba dos hileras de dientes que una mujer hermosa le envidiara.

—¿Te acuerdas acaso del Daghestan?

—Sí,—contestó Aleí con entusiasmo,—¿cómo lo adivinas?

—No es muy difícil. ¿Acaso no se está mejor allí que aquí?

—¿Por qué?

—En tu país debe haber flores muy hermosas, dicen que es un paraíso.

—¡Calla! ¡te lo ruego!

Ví que estaba muy conmovido.

—Oye, Aleí; ¿tienes alguna hermana?

—Sí, ¿por qué me lo preguntas?

—Pienso que debe ser muy hermosa si se te parece.

—¡Oh! no hay comparación posible entre los dos. En todo el Doghestan no hay una muchacha tan hermosa. Qué linda es; estoy seguro que nunca viste otra tan bella. Mi madre también era muy hermosa.

—¿Te amaba mucho tu madre?

—¿Qué dices? De fijo que ha muerto de pena. Era su favorito. Sí, me amaba más que á mi hermana. Esta noche la he visto en sueños, y ha llorado.—Calló, y no habló más en toda la noche; pero desde entonces procuró estar á mi lado y hablarme, aunque por respeto no me interrogaba. En cambio se mostraba muy satisfecho cuando le hablaba. Hablaba á menudo del Cáucaso, de su vida pasada. Sus hermanos no le prohibían hablar conmigo y hasta me parece que les agradaba. Cuando vieron que sentía amistad por Aleí se mostraron más amables conmigo.

Aleí me ayudaba en mi trabajo; en la cuadra hacía cuanto podía para ayudarme, y en sus atenciones no había ni servilismo ni codicia, sino un sentimiento cordial que no ocultaba. Tenía gran aptitud para las artes mecánicas; había aprendido á coser ropa blanca y á remendar botas. También había aprendido el oficio de carpintero; sus hermanos se mostraban orgullosos de él.

—Oye, Aleí,—le dije un día,—¿por qué no aprendes á leer y escribir en ruso? con el tiempo puede serte útil.

—De buena gana, ¿pero quién me enseñará?

—Hay muchos que saben aquí, si quieres te enseñaré yo mismo.

—¡Oh! sí, enséñame á leer, te lo ruego,—dijo incorporándose al mismo tiempo que me miraba con expresión suplicante.

Empezamos al día siguiente. Tenía yo una traducción rusa del Nuevo Testamento, el único libro que no estaba prohibido en presidio. Con él, sin alfabeto, aprendió

á leer en algunas semanas. Al cabo de tres meses comprendía el lenguaje escrito pues estudiaba con ansia. Un día leímos juntos el Sermón de la Montaña. Noté que leía algunos párrafos con emoción y le pregunté si le gustaban. Me miró y su rostro se animaba.

—¡Oh! sí; Jesús es un santo profeta y habla el lenguaje de Dios. ¡Qué hermoso es!

—Dime lo que te gusta más.

—El punto en que dice: «Perdonad, amad, amad á vuestro enemigo, no ofendáis á nadie.» ¡Qué bien habla!

Se volvió hacia sus hermanos, y les dijo algo con calor.

Hablaron largo rato seriamente aprobando á veces á su hermanito con un movimiento de cabeza, y después con una sonrisa benévola, una sonrisa musulmana (me gusta mucho la gravedad de esa sonrisa.) Me aseguraron que Isú (Jesús) era un gran profeta.

Había hecho grandes milagros, creado un pájaro de un puñado de arcilla, en el cual infundió la vida y el pájaro había volado... Esto lo sabían por sus libros. Estaban convencidos de que me causaban vivo placer alabando á Jesús; Aleí estaba contento pues pensaba que aquello debía ser satisfactorio para mí; alcancé una verdadera victoria enseñando á escribir á mi discípulo. Se había proporcionado á su costa papel plumas y tinta y en menos de dos meses aprendió á escribir. Sus hermanos mismos estaban admirados de sus progresos. Su orgullo y su contento no tenían límites y no sabían como manifestarme su reconocimiento. Si trabajábamos juntos en la obra todos querían ayudarme. Aleí demostraba por mí un afecto tan profundo como por sus propios hermanos. No olvidaré jamás el día de su liberación. Me condujo fuera de la cuadra, se abrazó á mi cuello y sollozó. Nunca me había besado ni había llorado ante mí.

—¡Te debo tanto, tanto!—decía,—que ni mis padres han hecho más por mí: «has hecho de mí un hombre, Dios te bendecirá; no te olvidaré. ¡Jamás, jamás!...»

¿Dónde estará ahora, donde estará mi bueno, mi querido Alef?... Además de los circasianos había en nuestra cuadra cierto número de polacos que formaban rancho aparte; casi no hablaban con los otros penados. He dicho ya que se les aborrecía; eran naturalezas enfermizas. Entre los seis, pues seis eran, habían algunos instruidos de quienes hablaré más adelante. Ellos fueron los que cuando estaba para extinguir mi condena me dejaron libros. La primera obra que leí me hizo una impresión extraña. Después hablaré de tales sensaciones difíciles de comprender á los que no las hayan experimentado. Basta decir que las privaciones intelectuales son más penosas que los tormentos físicos más tremendos. Un hombre del pueblo que está en presidio no cambia de sociedad. Es verdad que pierde su rincón natal y su familia, pero no su medio ambiente. Un hombre instruido condenado por la ley á igual pena que un hombre del pueblo, padece más que este y debe ahogar todas sus necesidades, todas sus costumbres.

Es como un pez sacado sobre la arena. El castigo que padece, igual para todos los criminales según la ley, es mucho más doloroso y angustioso para él. No hay que dudar de ello, aun sin contar con las costumbres materiales que debe echar en olvido.

Los polacos formaban rancho aparte; vivían juntos y sólo hablaban con un judío y aun porque les distraía. Este judío era bienquisto de todos aun cuando todos se burlaban de él. Sólo había un ejemplar de la raza hebrea y aun ahora no me puedo acordar de él sin reír. Cuántas veces le miraba recordábame el judío Jaukel que Gogol pinta en su *Tarass Bulba*, y que una vez desnudo y á punto de acostarse con su judía en una especie de armario, se parecía mucho á un pollo. Isaías Jomitch y un pollo desplumado se parecían como dos gotas de agua. Tenía ya cierta edad, unos cincuenta años, era pequeño y débil, astuto y tonto á un tiempo, atrevido y despreocupado aun.

que horriblemente cobarde. Tenía el rostro cubierto de arrugas, y en la frente y mejillas el estigma de la marca que sufrió en el patíbulo. Nunca me expliqué cómo pudo soportar sesenta azotes, pues había sido condenado por asesinato. Gracias á un unguento que le dieron otros correligionarios, tenía la seguridad de que las huellas desaparecían en menos de dos semanas, pero no se atrevía á emplearlo, hasta acabar sus veinte años de reclusión, después de los cuales se proponía ser colono.—«Sin esto no podría casarme, y es de todo punto necesario que me case.» Éramos buenos amigos. Tenía buen humor y no parecía padecer mucho en presidio. Como era platero, y no había ninguno en la ciudad, tenía siempre trabajo y se le hacía menos pesada su estancia en la cárcel. Como era natural, prestaba sobre prendas cobrando gran interés. Llegó al presidio antes que yo, y uno de los polacos me contó su entrada triunfal. Es un curioso episodio que contaré luego.

En cuanto á los demás penados se componían de cuatro. Antiguos creyentes, entre los cuales estaba el viejo de Starodub, dos ó tres pequeños rusos gentes muy adustas, luego un forzado joven de rostro delicado y fina nariz, que aunque sólo tenía veintidós años, había cometido ya ocho asesinatos; un grupo de monederos falsos, de los que uno era el bufón de la cuadra, y algunos reclusos silenciosos y tétricos que apenas hablaban con los demás, envidiosos y adustos, y que debían pasar aún muchos años envidiando. Tal es lo que entreví la tarde desolada en que llegué á presidio; el aire de la cuadra era espeso y mefítico, por doquiera resonaban juramentos obscenos, ruido de cadenas, insultos y cínicas carcajadas. Me tendí sobre las maderas con la cabeza apoyada en la chaqueta, y me cubrí con mi abrigo; pero á causa de las primeras impresiones, tardé en dormirme. Estaba al principio de una nueva vida. El porvenir me reservaba mucho que no había previsto, y en lo que jamás pensara.

V

EL PRIMER MES

Tres días después de llegar, recibí la orden de ir al trabajo. La impresión que guardo de este día es muy persistente, aun cuando nada tenga de particular si no se advierte cuán extraña era mi situación.

Pero eran las primeras sensaciones. En aquel instante lo miraba todo con curiosidad: Aquellos tres primeros días fueron los más penosos de mi reclusión.—«Han acabado mis peregrinaciones, me decía á menudo; ya estoy en presidio donde permaneceré muchos años. Este es el rincón donde he de vivir... ¿Quién sabe? Quizá al dejarlo lo echaré de menos»,—añadía impulsado por ese maligno instinto que os excita á examinar vuestras penas como para saborear el padecimiento; á veces se siente un goce agudo al pensar en la inmensidad de la propia desdicha. Pensar que podría echar de menos el presidio me asustaba. Presentía entonces hasta qué punto el hombre es un animal que se acostumbra á todo. Pero por lo pronto, el presente me era hostil. Así me lo parecía por lo menos.

La curiosidad salvaje con que me examinaban mis camaradas, su dureza hacia un exhidalgo, dureza que á veces parecía odio, me atormentaban de tal modo, que anhelaba ir al trabajo á fin de apreciar la extensión de mi desdicha, de vivir como los otros y de caer con ellos en el mismo lodazal.

Al principio no sabía distinguir la hostilidad de la simpatía. La afabilidad que me habían demostrado algunos me infundió algún valor y me reanimó. El más ama-

ble conmigo fué Akim Akimytch. Pronto advertí algunas caras bondadosas entre la multitud sombría y envidiosa de los demás.—«En todas partes hay gente mala; pero entre los malvados hay gente buena, me apresuré á pensar por vía de consuelo. ¿Quién sabe? Quizá estos no son peores que *los demás* que están libres.»—Pensando así movía la cabeza, y puedo asegurar, pardiez, que no sabía cuán bien había pensado. El penado Suchiloff era un hombre que conocí mucho más tarde, aunque siempre estuvo cerca de mí. Siempre que hablo de los penados que no son peores que los *otros*, pienso involuntariamente en él. Servíame este como otro detenido llamado Osip, que Akim me recomendara al entrar en presidio. Por treinta kopeks al mes dicho hombre se comprometía guisarme una comida aparte en caso de que el rancho me repugnara.

Osip era uno de los cuatro cocineros designados por los detenidos en nuestras dos cocinas. Vale la pena de recordar que podían aceptar ó rehusar tales funciones y dejarlas en cuanto se les antojara.

Los cocineros no hacían trabajos forzados. Su empleo consistía en cocer el pan y las sopas de coles agrias. Les llamaban *cocineras*, no por desprecio, pues eran siempre los más inteligentes y honrados los escogidos, sino por broma. Aquel mote no les molestaba. Hacía años que Osip era *cocinera* y sólo dejaba su oficio de cuando en cuando para dedicarse al matute. Aun cuando estaba en presidio por contrabandista, era honrado y benévolo, aunque muy cobarde. Tenía un carácter apacible, no reñía jamás, pero no podía resistir á la tentación de matutear, á pesar de su cobardía. Como los demás cocineros, traficaba en aguardiente, pero menos que Gazin, porque no se atrevía á arriesgar mucho á la vez. Fui buen amigo de Osip.

Para comer por su cuenta no era necesario ser muy rico: á mí me costaba la comida un rublo al mes, menos el pan; algunas veces, cuando tenía mucha hambre, me decidía

á comer la sopa de coles agrias, que me repugnaba, pero andando el tiempo, ya no me repugnó. Compraba habitualmente una libra de carne todos los días que me costaba dos kopeks. Los inválidos consentían en ir á la compra aunque rara vez se les gratificara. Lo hacían por su propia tranquilidad, pues de lo contrario su vida en presidio hubiese sido un tormento perpetuo si se negaran.

Traían tabaco, te, carne y cuanto se quería, menos aguardiente. Por lo demás no se les pedía, aun cuando á veces bebían con nosotros del nuestro.

Durante muchos años Osip me sirvió el mismo trozo de carne asada. No sé cómo conseguía condimentarla. Lo más raro es que durante este tiempo, y aun cuando traté de trabar conversación con él, no lo conseguí. Se contentaba con sonreír y contestar sí ó no á mi pregunta. Aquel Hércules era un verdadero niño. Suchiloff era también mi amigo; no le había buscado ni llamado. Se hizo amigo mío por propia voluntad y me lavaba la ropa, operación que realizaba en el centro del patio, en un algibe que allí había. Suchiloff me ayudaba en otras muchas cosas; hacía hervir mi tetera, iba á los recados que le enviaba, me hacía remendar la chaqueta y me limpiaba las botas cuatro veces al mes. Hacía todo aquello con celo, como si comprendiera la importancia de su oficio; en una palabra, había ligado su suerte á la mía y se mezclaba en cuanto me convenía; nunca dijo: «Tiene usted tantas camisas... su chaqueta está rota», sino: «tenemos tantas camisas, nuestra chaqueta está desgarrada.» No sé por qué, se miraba en mí y creo que me había convertido en el único fin de toda su vida. Como no sabía ningún oficio, no ganaba más dinero que el mío, una miseria, y sin embargo siempre estaba contento. No hubiera podido vivir sin servir á alguien y me daba la preferencia, porque yo era más afable que los demás y más equitativo. Era uno de esos seres que no se enriquecen jamás, que no se cuidan de sus asuntos, uno de los que los jugadores ponían en el patio

por la noche y que cobraban cinco kopeks por guardia. Si había visita nocturna no cobraban, y en cambio les apaleaban por su poca vigilancia. Tal clase de hombres no tienen personalidad, y están siempre en segunda, y tercera fila. No pueden remediarlo. Suchiloff era un infeliz, manso y astuto; hubiérase dicho que acababan de pegarle, que le habían pegado desde que nació, y sin embargo, nadie de nuestra cuadra le hubiera sentado la mano. Siempre tuve piedad de él sin saber por qué. No podía mirarle sin sentir una compasión profunda. ¿Por qué me daba lástima? No lo sé. No podía hablarle porque no sabía conversar. Sólo se animaba cuando le mandaba á algún sitio. Pronto me convencí de que le causaba placer recibir mi orden. Ni alto ni pequeño, ni feo ni guapo, ni tonto ni inteligente, ni viejo ni joven, era difícil decir algo de este hombre de pelo rubio y rostro ligeramente picado de viruelas. Me pareció que pertenecía á la misma clase que Sirotkin por su irresponsabilidad y su asombro. Los reclusos se mofaban á veces de él porque se *trocó* en el camino viniendo á Siberia, y porque se había *trocado* por una camisa roja y un rublo de plata. Se reían porque se había vendido tan barato. *Trocarse* significa cambiar su nombre con el de otro detenido, y por consiguiente comprometerse á sufrir la condena de este último. Por muy raro que esto parezca, es verdad y puedo asegurarlo. Al principio me costaba trabajo creerlo, pero tuve que rendirme á la evidencia. He aquí de qué manera se practica el cambio: en una cuerda de penados, los hay de todas clases, á trabajos forzados, á las minas, á la simple colonización. Por el camino uno de los deportados busca ocasión de cambiar su suerte por la de otro. Un penado, Mikailof, condenado á trabajos forzados por crimen capital, procura, á fuer de listo y descarado, hallar en el convoy un camarada bonachón y de carácter tranquilo, y cuya pena sea menos rigurosa: algunos años de minas y de trabajos forzados, ó simplemente de destierro. Halla,

por fin, un Suchiloff antiguo siervo, condenado sólo á colonización. Este, que ha andado ya mil quinientas verstas sin un kopek, está cansado, extenuado, pues para alimentarse sólo tiene la ración reglamentaria, y para cubrirse el uniforme de penado. No puede comer de vez en cuando una buena tajada, aun cuando sirve á todos por una paga ínfima. Mikailof entabla conversación con Suchiloff y un día le emborracha. Luego, otro día, le pregunta si quiere «*trocar su suerte.*» — «Me llamó Mikailof, estoy condenado á trabajos forzados, que no lo son, porque debo entrar en una sección particular; es claro que son trabajos forzados, pero no como los otros, porque ya digo que voy á una sección particular que debe ser mejor que los otros.» Antes de abolir esa división particular había pocos que la conocieran. Estaba en un rincón de las más lejanas comarcas de Siberia, y pocos penados había en ella. En mi tiempo, sólo había setenta. Más tarde, gentes que habían servido en Siberia, y conocían perfectamente el país, no habían oído hablar de tal división. En la *Colección Legislativa* sólo hay tres líneas que dicen: «*Al presidio de... hay adjunta una división particular para los criminales más peligrosos, mientras se organizan los trabajos más pesados.*» Los penados mismos nada sabían de esta división. ¿Era perpetua ó temporal? En realidad no tenía término fijo pues debía prolongarse «*hasta que se organizaran los trabajos más penosos*» Ninguno de los penados de la cuerda sabía lo que aquello significaba. Pero Mikailof, por razón del crimen cometido, sospechaba que no podía ser ninguna quinta de recreo. Suchiloff debía ser colono; ¿qué más podía desear Mikailof?

— «¿No quieres trocarlo?» Suchiloff está entre dos luces, es medio tonto, está reconocido á su camarada y no se atreve á negarse. Ha oído decir, además, que es posible hacer lo que se propone, y por lo tanto, no había nada extraordinario en tal proposición. Se convienen, y Mikailof, aprovechándose de la tontera de Suchiloff, le compra su

nombre por una camisa colorada y un rublo de plata que le dá ante testigos. Al día siguiente Suchiloff está sereno, pero le hacen beber de nuevo, y así no puede rehusar: se beben el rublo, y al cabo de poco tiempo, la camisa sigue la misma suerte.—«¡Si no consientes, devuélveme el dinero!» —dice Mikailof.—¿De dónde sacaría un rublo Suchiloff? Si no lo devuelve, el *artel* (1) le obligará á ello; los deportados no admiten bromas sobre tal punto, y si no hay devolución, el que quebrante su palabra es hombre muerto ó recibe por lo menos duro castigo.

Si el *artel* se mostrara indulgente, se acabarían estos cambios de nombre. Si cabe renegar de la palabra dada después de cobrar dinero por ella ¿quién se creará atado por un contrato? En una palabra, áquel es asunto que les interesa á todos, y los penados se muestran muy severos. Suchiloff, viendo que no puede retroceder, consiente. Se anuncia entonces el trato á todos los de la cuerda, lo cual maldito lo que les importa, sobre todo si se les reparten unas botellas de aguardiente. Cuando en la etapa siguiente se pasa lista, Suchiloff dice «¡presentel» cuando llaman á Mikailof y vice-versa. Ni siquiera se habla más de ello. En Tobolsk se separan unos presos de otros. Mikailof se va á colonizar el país, y Suchiloff, bajo doble escolta, va á la división particular. ¿Cómo reclamar ó protestar? ¿Qué beneficio se sacaría quejándose? ¿Cuántos años se tardaría en resolver el asunto? ¿Dónde están los testigos? De fijo que se recusaría si alguno se encontraba. He aquí de qué manera, Suchilof, por un rublo de plata y una camisa roja, había sido enviado á la *sección particular*. Los detenidos se burlaban de él, no porque se hubiera *trocado*, sino por lo poco que cobró por ello. Por regla general, el trueque se verifica á cambio de grandes sumas, es decir, por algunas docenas de rublos. Pero Suchiloff era tan

(1) Asociación cooperativa. En Rusia hasta entre los penados se hacen ensayos de organización cooperativa.

nulo, tan impersonal, tan insignificante, que no había medio de burlarse de él.

Habíamos estado mucho tiempo juntos y me había acostumbrado ya á él, y por su parte parecía quererme. Un día, sin embargo, nunca me perdonaré lo que hice, no había ejecutado mis órdenes, y al pedirme dinero tuve la crueldad de decirle: «Bien sabe usted pedir dinero, pero no hace lo que se le manda». Suchiloff se calló y se apresuró á obedecer. Pero de pronto se puso muy triste. Dos días pasaron. No podía creer que tomara la cosa tan á pecho. Sabía que otro penado llamado Vassilief le exigía imperiosamente el pago de un piquillo. Probablemente no tenía dinero y no se atrevía á volvérmelo á pedir. «Suchiloff, creo que quería usted dinero para pagar á Vassilief, tome éste». Suchiloff permaneció en pie ante mí muy asombrado de que yo mismo le ofreciese dinero y que me acordara de su situación, con tanto mayor motivo, cuanto que poco hacía le había hecho varios adelantos.

Miró el papel que le alargaba, me miró á mí, dió media vuelta y salió de un modo brusco. Aquello me admiró, corrí tras él y le hallé junto á la empalizada, de pie, con la cara pegada á la valla y los codos sobre las estacas.

—¿Qué tiene usted, Suchiloff?—le pregunté.

No me contestó, y con gran estupefacción advertí que estaba á punto de llorar.

—Usted... piensa... Alejandro... Petrovitch...—dijo con voz temblorosa, tratando de no mirarme,—que yo... os... por dinero... pero yo... yo... ¡eh!

Se volvió de nuevo y golpeó la empalizada con la frente. Después se puso á sollozar. Era la primera vez que veía llorar á un hombre en presidio. Le consolé con gran trabajo; me sirvió con más celo si cabe, pero adiviné que su corazón no me perdonaría jamás mi reproche, y sin embargo, otros penados se burlaban de él y le insultaban sin que se enfadara. Conmigo no fué así, y comprendí en-

tonces cuán difícil es conocer á un hombre aun después de haberle tratado muchos años.

He aquí por qué el presidio no tuvo para mí al principio la significación que debía tener más tarde. Por el mismo motivo, no veía hechos evidentes. Los que noté primero eran los más salientes, pero viéndolos desde un punto de vista falso, sólo me dejaban una impresión pesada, abrumadora y triste. Lo que contribuyó más á tal resultado, fué mi encuentro con A...f, el penado que llegó al presidio antes que yo, y que tan dolorosamente me asombró los primeros días. Emponzoñó los primeros tiempos de mi reclusión y agravó mis padecimientos morales, ya tan crueles.

Era el ejemplo más repugnante del envilecimiento y de la extrema cobardía á que puede llegar un hombre en quien se ha extinguido todo sentimiento de honor sin lucha y sin arrepentimiento. Aquel joven noble de quien ya he hablado, servía de espía como he dicho. He aquí su historia:

Llegado á Petersburgo antes de acabar sus estudios después de enemistarse con sus padres, no había retrocedido ante una denuncia para procurarse dinero, y se decidió á vender la sangre de diez hombres por satisfacer la insaciable sed de los placeres más deshonorosos. Tanto le atraían estos goces repugnantes, tanto se había pervertido en tabernas y lupanares, que no vaciló en acometer una empresa insensata, y fué condenado á destierro y á diez años de trabajos forzados. Su vida puede decirse que empezaba entonces; parece que el espantoso golpe que le hería debería haberle sorprendido y anonadado. No fué así. No se asustó siquiera; aceptó su nueva suerte sin la menor confusión, y lo único que le asustaba era la obligación de trabajar y tener que renunciar á la crápula. El nombre de forzado le predispuso á mayores bajezas y encanallamiento. «Ahora soy un penado, puedo por tanto arrastrarme á mi gusto sin vergüenza alguna». Así es cómo comprendía

su situación. Le recuerdo como un fenómeno monstruoso. Muchos años he vivido entre asesinos, ladrones y disipados, pero nunca ví un caso de bajeza tal, de tan profundo envilecimiento. El noble que había asesinado á su padre, y de quien ya hablé, era mejor que A...f. Mientras duró mi condena se me imaginó un trozo de carne provisto de dientes y de estómago, ávido de los más sucios y asquerosos goces animales, y que para satisfacerlos, estaba dispuesto á asesinar á cualquiera. No exagero, pues A...f era uno de los ejemplos más completos de la animalidad, no contenido por ningún principio ni regla. ¡Cuán repulsiva era su sonrisa eternamente burlesca! Era un monstruo, un cuasimodo moral. Era inteligente, astuto, lindo, algo instruído y dotado de alguna capacidad. Las peores plagas son preferibles á la presencia de tal hombre en la sociedad. He dicho ya que en el presidio se denunciaba á diestro y siniestro sin que nadie se enfadara. A...f gozaba de la amistad de todos. Lo bien que le acogía el borracho de nuestro mayor le daba cierta importancia á los ojos de los penados. Algún tiempo después, este sér abyecto huyó con otro penado y un soldado de la escolta. Después contaré cómo ocurrió. Al principio se me acercó creyendo que no conocía su historia. Emponzoñó mis primeros días en presidio, pues estaba asustado al ver entre qué bajeza debía vivir. Suponía que todos eran tan viles y cobardes como él, pero me engañaba.

Los tres primeros días no hice más que dar vueltas por el presidio cuando no permanecía tendido en mi camastro. Entregué á un detenido, en quien confiaba, la tela que me entregó la administración para que me hiciera algunas camisas. Siguiendo los consejos de Akim, me compré un catre. Era de fieltro, cubierto de tela, muy delgado y duro para quien no estuviera acostumbrado. Akim se comprometió á proporcionarme todos los objetos de primera necesidad, y con sus propias manos me hizo una colcha con trozos de viejo paño escogidos y cortados de

los pantalones y chaquetas fuera de uso que compré á varios reclusos. Las prendas del Estado, cuando han sido llevadas el tiempo reglamentario, pasan á ser propiedad de los detenidos. Estos las venden en seguida, pues, por muy usadas que estén, tienen su valor. Aquello me asombraba mucho, sobre todo al principio. Me convertí en un forzado de la misma casta que mis compañeros, y adopté sus costumbres, sus ideas y sus hábitos, exteriormente cuando menos. Estaba asombrado y confuso, como si jamás hubiera oído hablar de todo aquello, y sin embargo, me lo imaginaba por lo que sabía de oídas. Pero la realidad me produjo gran impresión. ¿Podía sospechar que aquellos harapos tuvieran aún valor? Y sin embargo, mi colcha estaba formada por entero de pingajos. Era difícil calificar el paño empleado para los trajes de los detenidos. Parecía al paño gris grueso que se fabrica para los soldados, pero á los pocos días de llevarlo se le caía el pelo y se rompía abominablemente. Un uniforme debía durar un año, pero nunca llegaba. El penado trabaja, lleva pesados fardos, y el paño se gasta y agujerea muy pronto. Los abrigos debían conservarse tres años y durante ellos servían para abrigarnos, de colchas y de almohadas, pero eran resistentes; sin embargo, antes de acabar los tres años, no era raro verlos con tela ordinaria.

Aun cuando estuvieran muy usados se vendían, sin embargo, á cuarenta kopeks cada uno. Los mejor conservados llegaban á valer sesenta kopeks, lo cual era una gran suma en presidio.

El dinero tiene soberano poder en presidio. Puede decirse que un recluso que tiene dinero sufre diez veces menos que el que nada tiene. Los jefes pensaban que para nada es necesario el dinero, ya que el Estado subvenía á todas las necesidades, pero, repito, que si los penados no hubieran tenido la facultad de poseer algo propio, hubieran enloquecido ó muerto como moscas, ó cometido crímenes invencibles, unos por aburrimiento, y otros para

ser más pronto castigados y «cambiar de suerte». Si el recluso que ha ganado algunos kopeks sudando sangre, ó acometiendo empresas peligrosas, gusta locamente este dinero con una estupidez infantil, no significa esto que desconozca su precio como se pudiera creer. El forzado anhela el dinero hasta la locura, y si lo tira por la ventana, es para procurarse lo que estima más que el dinero. ¿Qué es? ¡La libertad, ó por lo menos, una sombra de libertad! Los reclusos son grandes soñadores. Más adelante hablaré de ello, pero ahora puedo decir que he visto condenados á veinte años de trabajos forzados diciéndome con toda tranquilidad: «cuando cumpla mi pena, si Dios quiere, entonces...» El nombre mismo de *forzado*, indica un hombre privado de su libre albedrío; pues bien, cuando este hombre gasta su dinero, *obra á su guisa*. A pesar de las marcas y el grillete, á pesar de la empalizada que oculta el mundo libre á sus ojos y le encierra en una jaula como á una bestia feroz, puede proporcionarse aguardiente, una ramera y hasta algunas veces, no siempre, corromper á sus vigilantes inmediatos, los inváidos y sargentos que harán la vista gorda sobre las infracciones de la disciplina; hasta podrá fanfarronear delante de ellos y persuadirse á sí mismo durante un rato de que goza de más libertad de la que realmente tiene. El infeliz quiere, en una palabra, convencerse de lo que sabe que es imposible: he aquí por qué los reclusos son jactanciosos, y exageran cómica y candidamente su pobre personalidad, aun cuando sea en la imaginación. Además arriesgan algo en esas francachelas, y por consiguiente, esto es una sombra de vida y libertad, del solo bien que anhelan. ¿Un millonario á quien ahorcaran, no daría todos sus millones por una bocanada de aire?

Un detenido vive tranquilamente durante muchos años observando buena conducta, hasta el punto de nombrarle cabo de vara: de repente, con gran admiración de sus jefes, este hombre se alborota, arma una tremolina, no re

trocede ante un crimen, como un asesinato, una violación, etc. Gran asombro. La causa de esta explosión inesperada, es la manifestación *angustiosa convulsiva* de la personalidad, una melancolía instintiva, un deseo de afirmar su *yo* envilecido, sentimientos que obscurecen el juicio. Es como un acceso epiléptico, un espasmo: el enterrado vivo que despierta de pronto, debe golpear así la tapa del ataúd, trata de levantarla, de rechazarla, aun cuando su razón le haga ver la inutilidad de todos sus esfuerzos. No hay que olvidar que casi toda manifestación voluntaria de la personalidad de los forzados, está considerada como un crimen; así, tanto si esta manifestación es importante como insignificante, poco les importa. Crápula por crápula, crimen por crimen, vale más llegar hasta el fin, es decir, hasta el asesinato. El primer paso es el más difícil; poco á poco el hombre enloquece y ya no hay quien le detenga. He aquí por qué valdría más no lanzarle á tales extremos. Todos ganarían en ello.

—¡Sí! ¿pero cómo conseguirlo?

VI

EL PRIMER MES

(Continuación)

Cuando entré en presidio tenía algún dinero que no llevaba en el bolsillo por miedo á que me lo confiscaran. Había pegado algunos billetes en la encuadernación de mi Biblia. Me fué dada en Tobolsk, por personas desterradas desde muchos años atrás, que están acostumbradas á ver un hermano en cada «desdichado». Hay en Siberia

muchos que consagran su vida en socorrer á los «desdichados»; les tratan como si fueran hijos suyos; su compasión es santa y desinteresada. No puedo por menos de contar en algunas palabras un encuentro que entonces tuve.

En la ciudad en que estaba nuestro presidio, vivía una viuda, Anastasia Ivanovna. Naturalmente, ninguno de nosotros estaba en relaciones directas con esta mujer. Cuidaba de socorrer á todos los desterrados, y sobre todo á nosotros los reclusos. ¿Había ocurrido una desgracia en su familia? ¿Algunas personas de las que le eran caras había padecido un castigo parecido al nuestro? Lo ignoro. El caso es que hacía por nosotros cuánto podía. Podía poco, porque era muy pobre.

Pero los que estábamos encerrados comprendíamos que fuera teníamos una amiga. A menudo nos comunicaba noticias, lo cual nos alegraba mucho; cuando salí de presidio y fui á otra ciudad, tuve ocasión de ir á su casa y conocerla. Vivía en el arrabal en casa de un pariente.

Anastasia no era ni vieja ni joven, ni linda ni fea; hasta era difícil saber si era inteligente y bien educada. Pero en todas sus acciones se notaba una bondad infinita, un deseo irresistible de complacer, de aliviar, de hacer algo agradable. Lefanse estos sentimientos en su dulce y bondadosa mirada. Pasé toda una velada en su casa con otros compañeros de cadena.

Nos miraba frente á frente, reía cuando reíamos, consentía en seguida á todo; cualquier cosa que dijéramos le parecía bien y se desvivía por obsequiarnos.

Nos sirvió te y algunas golosinas; si hubiera sido rica, adivinábase que se hubiera alegrado de ello sólo por obsequiarnos y auxiliar á nuestros camaradas que estaban en presidio.

Cuando nos despedimos de ella, nos regaló á cada uno una petaca de cartón; las había confeccionado ella misma con papel de colores, con el que se encuaderna los manua-

les de Aritmética en las escuelas. Estas petacas estaban adornadas con una tirilla de papel dorado, que sin duda compró en alguna tienda y que debía darles mayor encanto.

—Como veo que fuman ustedes, quizá les convengan estas petacas,—nos dijo, excusándose tímidamente.

Hay quienes dicen que un gran amor por el prójimo, es señal de un gran egoísmo. ¿Qué egoísmo podía haber aquí? No lo comprenderé jamás.

Aun cuando no tenía mucho dinero cuando entré en presidio, no me enfadaba, sin embargo, con los penados que, desde que llegué, venían á pedirme dinero, después de haberme engañado ya. Confieso francamente que lo que me indignaba es, que aquellos hombres, con sus astucias cándidas, debían tenerme por tonto y burlarse de mí precisamente porque les prestaba dinero por quinta vez. Debían creer que me engañaban con sus astucias y embelecocos; si por el contrario, les negara el dinero, estoy seguro de que me respetaran más; pero no sabía hacerlo.

Los primeros días pensaba mucho en el mejor modo de portarme con mis compañeros y en la regla de conducta que debía seguir. Comprendía que todo aquello era nuevo para mí y que me sería imposible vivir diez años de aquel modo. Decidí obrar con franqueza, según me lo ordenaran mi conciencia y mis sentimientos, pero sabía que esto era bueno en teoría, y que la realidad sería lo imprevisto.

Así, á pesar de todos los cuidados que me causaba mi instalación en la cuadra, me emponzoñaba una terrible angustia. «¡La casa muerta!» me decía yo al anochecer, mirando desde la entrada del cuartel á los detenidos que volvían del trabajo y se paseaban por el patio. Examinando entonces sus movimientos y fisonomías, trataba de adivinar su carácter. Paseaban ante mí con la frente arrugada ó muy alegres, pues así acostumbra á suceder en presidio; se injuriaban ó hablaban sencillamente, ó vagaban solitarios sumidos en sus reflexiones; unos con aspec-

to cansado y apático; otros afectando una superioridad simulada con el casquete ladeado, el abrigo echado sobre el hombro, mirando osadamente y burlándose imprudentemente de todo. «He aquí mi medio ambiente; mi mundo actual, pensaba yo, la gente con quien no quisiera, pero con quien debo vivir.»

Probé de preguntar á Akim con quien tomaba el te, para no tomarlo solo; y le interrogué acerca de varios penados. He de decir, entre paréntesis, que en los comienzos de mi reclusión, el te fué casi mi único alimento. Akim no rehusaba tomarlo conmigo, y él mismo encendía nuestro pobre samovar de hojadelata, fabricado en el presidio, y que M... me había alquilado.

Akim bebía por regla general un vaso de te sosegadamente, en silencio, me daba luego las gracias, y en seguida se ponía á coser mi colcha. No pudo decirme lo que deseaba saber, y estoy seguro de que no comprendió el interés que tenía en conocer el carácter de las gentes que nos rodeaban. No, pensé, yo mismo debo inquirir sin preguntar á nadie.

El cuarto día, los forzados se alinearon al amanecer en el patio ante al cuerpo de guardia, cerca de la puerta de la cárcel. Delante y detrás de ellos los soldados empuñaban el fusil cargado, con la bayoneta calada.

El soldado puede disparar al penado si éste trata de huir, pero debe responder de su acción si no había absoluta necesidad de ella. Lo propio ocurre en los motines. ¿Pero á quién se le ocurriría huir ostensiblemente?

Llegó un oficial de ingenieros acompañado del *conductor* y de los sargentos de los batallones y de varios ingenieros y soldados. Se pasó lista; los que trabajaban en los talleres de sastrería fueron los primeros en salir. Después los otros deportados fueron á sus respectivos talleres, hasta que llegó el turno de los detenidos designados para los trabajos forzados. Éramos veinte, contándome yo. Detrás de la fortaleza, junto al río helado, había dos barcas pertene-

cientes al Estado, que no valían un comino y que era preciso desmontar para aprovechar la leña. A decir verdad, bien poco valía, pues en la ciudad la leña para quemar estaba regalada. Todo el país está cubierto de bosques. Nos daban este trabajo porque no holgáramos. Lo comprendíamos, y trabajábamos con pereza y apatía; lo contrario ocurría cuando el trabajo era importante y se nos podía pedir un esfuerzo determinado. Los obreros se animaban entonces, y aun cuando no debían sacar ningún provecho, he visto algunos penados echar los bofes para acabar pronto; es que su amor propio entraba en juego.

Cuando algún trabajo como el de que hablaba se cumplía más por fórmula que por necesidad, no se podía pedir una cantidad determinada de labor; era preciso esperar que el tambor tocara, anunciando la vuelta al presidio á las once de la mañana.

El día era tibio y brumoso; y poco faltó para que la nieve se fundiera. Todos nos dirigimos hacia la orilla, detrás de la fortaleza, agitando ligeramente las cadenas; ocultas bajo las ropas sonaban de un modo claro y seco á cada paso. Dos ó tres penados fueron á buscar las herramientas al depósito. Yo caminaba al paso de todos y me sentía animado porque deseaba ver y saber lo que era aquella tarea. ¿En qué consistían los trabajos forzados? ¿De qué modo trabajaría yo por primera vez en mi vida?

Me acuerdo de los menores detalles.

Encontramos en el camino á un burgués de larga barba que se detuvo y metió la mano en el bolsillo. Uno de los reclusos se quitó el casquete y recibió la limosna, cinco kopeks, y luego volvió junto á nosotros rápidamente. El burgués se santiguó y siguió su camino. Los cinco kopeks se gastaron aquella misma mañana en comprar pan blanco para todos. En mi grupo había algunos que estaban taciturnos y sombríos, otros indiferentes y apáticos, otros hablaban perezosamente. Uno de ellos estaba muy alegre y contento, Dios sabe por qué, y cantó y bailó por el cami-

no, haciendo resonar su cadena á cada salto; era el que el día de mi llegada se insultó con aquel otro que había dicho que era un *Kaghane*; se llamaba Skuratoff. Cantó una canción alegre cuyo estribillo recuerdo:

A la fuerza me han casado
cuando estaba en el molino.

Sólo faltaba una balalaika (1).

Su buen humor extraordinario ofendió á muchos penados.

—Ya chilla,—dijo uno en son de reproche, aunque nada le importara aquello.

—¡El lobo sólo tiene una canción, y este tuliak (habitante de Tula), la imita!—añadió otro que por su acento demostraba ser un pequeño ruso.

—Es verdad, soy de Tula,—replicó Skuratoff,—pero vosotros, en vuestra Poltava, os hartáis de balos de pasta hasta reventar.

—¡Embustero! ¿Qué es lo que comías tú? ¡Sandalias de corteza de tilo (2) con coles agrias!

—Diríase que te has alimentado con leche de almen-
dras,—añadió otro.

—A decir verdad, camaradas, soy un hombre comodón,—dijo Skuratoff suspirando y sin dirigirse á nadie, como si en realidad se arrepintiera de ser afeminado—desde mi más tierna infancia he crecido entre lujo y comodidades y me alimenté con ciruelas y bollos; mis hermanos tienen un gran comercio en Moscou, son comerciantes al por mayor del viento que sopla; comerciantes inmensamente ricos como veis.

—¿Y tú qué vendías?

—Cada cual tiene sus mañas. Cuando recibí mis doscientos primeros...

(1) Especie de guitarra.

(2) En tiempo de hambre los labradores mezclaban corteza de tilo á su harina.

—¿Rublos?

—¡Cal!—interrumpió un detenido curioso, que hizo un movimiento de extrañeza.

—No, no doscientos rublos, sino doscientos palos, ¡Lukál ¿eh? ¡Luka!

—Hay quienes pueden llamarme Luka á secas, pero para ti soy Luka Kuzmitch (1),—contestó de mala gana un penado pequeño y enteco de nariz puntiaguda.

—Pues bien, Luka Kuzmitch, llévete el diablo...

—¡No! no soy para ti Luka Kuzmitch, sino un tiito (fórmula de cortesía aun más respetuosa).

—Que el diablo te lleve hasta con tu tiito; maldito si vales la pena de que te dirijan la palabra. Y sin embargo, quería hablarte afectuosamente. Camaradas, os voy á decir por qué no permanecí mucho tiempo en Moscou. Me dieron mis últimos quince latigazos y luego me enviaron aquí... y nada más...

—¿Pero por qué te han desterrado?—dijo un recluso que le escuchaba atentamente.

—¡No preguntes tonterías! He aquí por qué no he podido enriquecerme en Moscou. Y sin embargo ¡cuánto deseaba ser rico! Tenía tantas ganas que no podéis imaginarlo.

Muchos se echaron á reir, pues Skuratoff era uno de esos bromistas bondadosos que procuraban alegrar á sus sombríos camaradas y que no recibían en pago más que injurias. Perteneía á un tipo particular y notable de que hablaré quizá.

—Qué guapo está ahora. ¡Parece una cibelina!—notó Luka Kuzmitch.—Sólo su traje vale mas de cien rublos.

Skuratoff llevaba el abrigo más viejo que imaginarse pueda. Estaba remendado por diferentes sitios y le colga-

(1) Es una falta de urbanidad, sobre todo entre el pueblo, llamar á al guien por su solo nombre de pila. Hay que añadir siempre el nombre del padre.

ban toda clase de colgajos y pingos. Miró á Luka atentamente de pies á cabeza.

—Es mi cabeza la que vale dinero, — contestó. — Cuando me despedí de Moscou estaba medio consolado pensando que mi cabeza debía hacer el viaje sobre mis hombros. Adiós, Moscou, gracias por tu baño, por tu aire libre, por el vapuleo que me dieron! En cuanto á mi abrigo, no tienes necesidad de mirarlo.

—Quizá querrás que te mire la cabeza.

—¡Si siquiera fuera suyo! Pero se lo dieron de limosna, —exclamó Luka Kustmitch. —Se lo dieron por lástima en Tunene cuando su cuerda atravesó la ciudad.

—¿Tenías un taller?

—¿Qué taller podía tener? era un simple zapatero que machacaba la suela sobre la piedra, —replicó uno de los penados tristes.

—Es verdad, —contestó Skuratoff sin notar el tono cáustico de su interlocutor, —probé remendar botas pero sólo arreglé un par.

—¿Y te lo compraron?

—¡Pardiez! Hallé un mozo que á punto fijo no tenía Dios ni honraba á sus padres y Dios le castigó; me compró mi obra!

Cuantos rodeaban á Skuratoff soltaron la carcajada.

—Además he trabajado ya en presidio. He arreglado el empeine de las botas de Esteban Fedoritch Pomortser, el teniente.

—¿Y quedó satisfecho?

—A fe mía que no. Me insultó de tal modo, que puede bastar para toda mi vida, y además me dió con la bota en cierta parte. ¡Cómo se encolerizó! La verdad es que mi vida de forzado me ha engañado como una perra.

El marido de Aculina
está en el patio y espera.

De nuevo canturreó y volvió á saltar de nuevo.

—¡Uf! qué indecente es,—murmuró el penado natural de la Pequeña Rusia y que iba á mi lado.

—No sirve para nada,—replicó otro con tono serio y concluyente.

La verdad es que no comprendía por qué injuriaban á Skuratof, sencillamente porque estaba alegre. Atribuía la cólera del pequeño ruso y de los otros á una hostilidad personal y me engañaba; les escocía que Skuratof no tuviera aquella expresión seria y falsamente digna de que parecía impregnado el presidio. Sin embargo no demostraban igual enemistad á otros bromistas. Habían algunas malas lenguas á quienes de buena gana se debía respetar. Había precisamente en nuestro grupo, un mocetón que estaba siempre alegre, y que tenía una gran peca en la mejilla. Su rostro tenía una expresión burlona aunque era bastante agraciado é inteligente. Le llamaban el «explorador,» pues había servido en ingenieros y formaba parte de la sección particular. Hablaré más de él.

Todos los forzados «serios» no eran de todos modos tan expansivos como el pequeño-ruso, que se indignaba al notar la alegría de sus camaradas. Había en presidio algunos hombres que deseaban ser los primeros, bien por razón de su habilidad en el trabajo, bien por su ingeniosidad y su carácter. Muchos de ellos eran inteligentes y enérgicos, y lograban la influencia anhelada. A veces se enemistaban mortalmente y tenían muchos envidiosos. Miraban á los otros con expresión de dignidad y condescendencia y no reñían jamás por motivos fútiles. Bienquistos de la administración, dirigían en cierto modo los trabajos y ninguno de ellos hacía caso de chismes. Todos fueron muy corteses conmigo aunque poco comunicativos. Llegamos á la orilla. Entre el hielo del río estaba la barca vieja que era preciso desguszar. Al otro lado se extendía la estepa triste y desierta. Pensaba yo que todos se pondrían á trabajar. No sucedió así. Algunos se sentaron perezosamente en las vigas que había junto á la orilla y casi todos saca-

ron de las botas las bolsas con tabaco indígena que se vendía en hoja á tres kopeks la libra, y pipas de madera de tubo corto. Las encendieron mientras los soldados se preparaban á vigilarnos llenos de aburrimiento.

—¿A quién diablos se le ha ocurrido desguzar esta barca?—preguntó en alta voz un deportado sin dirigirse á nadie.—¿Acaso quieren recoger muchas virutas?

—De fijo que se le ha ocurrido á quien no nos teme,—observó otro.

—¿Dónde van esos labradores?—preguntó el que hablara primero.

No había oído la contestación á su primera pregunta, y señalaba á lo lejos un grupo de labriegos que marchaban en fila sobre la nieve inmaculada. Todos los penados se volvieron perezosamente y empezaron á burlarse de los viajeros, por aburrimiento. Uno de los labriegos, el último, andaba de un modo raro, con los brazos separados del cuerpo y llevando en la cabeza una gorra muy alta que parecía un ramillete de confitería.

—Mirad cómo va vestido nuestro hermanito Petrovitch, —hizo notar uno de mis compañeros imitando la pronunciación de los labriegos.

—Qué gracioso es el último.. Diríase que va plantando rábanos.

—Es persona de importancia, tiene mucho dinero.

Todos se echaron á reír, pero de mala gana. Había acudido junto á nosotros una vendedora de panecillos: era una mujer avispada, á la que compramos su mercancía con los cinco kopeks del burgués.

El muchacho que vendía panecillos en el presidio tomó dos docenas y entabló una viva discusión con la vendedora para que le hiciese alguna rebaja.

Pero ella no quiso consentir en el arreglo.

—¿Y no me darás tampoco *eso*?

—¿Qué?

—Toma, *lo que* las ratas no se comen.

—¡Así revientes!—gritó la vendedora riéndose.

Llegó el sargento que debía presidir el trabajo. Llevaba un palo en la mano.

—¿Sentados, eh? ¡Empezad!

—Señaladnos tarea,—contestó uno de los «comandantes» levantándose.

—Empezad por sacar la barca.

Los penados acabaron por levantarse y llegaron al río con gran lentitud.

Pronto parecieron numerosos «directores», de palabra cuando menos.

No se debía desguazar la barca de cualquier modo, sino conservar intactas las cuadernas y el resto del armazón, lo cual implicaba un trabajo largo y fastidioso.

—¡Ante todo hay que sacar esta viga! ¡Ea, muchachos!—gritó un forzado que no era ni «director» ni «comandante», sino simple obrero. Era un hombre pacífico pero algo tonto; se encorvó y cogió con ambas manos un gran madero esperando ayuda de alguien. Pero nadie acudió en su auxilio.

—Me parece que no la vas á levantar; ni los mismos osos que eran tus abuelos podrían arrancarle,—murmuró alguien entre dientes.

—Bueno, hermanos, ¿empezamos? Yo solo no puedo...

—dijo con expresión embarazada el que antes hablara, soltando el madero y levantándose.

—¿No ibas á trabajar tú solo? ¿Por qué demonios vas tan aprisa?

—Era un decir,—exclamó el pobre diablo con mal humor.

—¿Hay que daros abrigos para calentaros, ó hay que salaros para el invierno?—gritó el sargento mirando á los veinte hombres que no sabían por dónde empezar.—¡Ea! aprisa.

—No se va muy lejos cuando se va aprisa, Iván Matveitch.

—Como que no haces nada. ¿Por qué te quedas mirando con esos ojazos? ¿Los vendes acaso? Ea, empezad.

—¿Y qué voy á hacer yo solo?

—Echadnos tarea, Iván.

—Ya os he dicho que no señalaría tarea. Desguazad la barca y después volveréis á la casa. ¡Empezad!

Los detenidos se pusieron á trabajar pero de mala gana. Los jefes estaban irritados viendo aquel grupo de mozos vigorosos que parecían no saber por dónde empezar el trabajo.

Apenas quitaron la primera cuaderna, muy pequeña, se oyó un crugido y se rompió.

—«Se ha roto sola», —dijeron los forzados al sargento á modo de justificación.

No se podía trabajar de aquella manera; era preciso variar de método, ¿qué hacer? Se entabló una larga discusión que acabó injuriándose todos... El comisario chilló de nuevo agitando el palo, pero la segunda cuaderna se rompió como la primera. Se vió entonces que faltaban hachas y otros útiles. Se envió por ellos á la fortaleza y esperando que llegaran los detenidos se sentaron tranquilamente en la barca, sacaron las pipas y se pusieron á fumar de nuevo.

El sargento escupió con desprecio.

—¡Me parece que no os matará el trabajo! ¡Qué gente, ah, qué gente! —murmuró con mal humor; hizo un ademán y se fué hacia el presidio blandiendo el palo.

Al cabo de una hora llegó el *conductor*. Escuchó con sosiego á los forzados, declaró que les daba como tarea sacar cuatro cuadernas enteras sin que se rompieran, y desguazar un gran trozo de barca, y que una vez hecho tal trabajo, los detenidos podían volverse á la casa.

Mucho era el trabajo ¡pero con cuánta fe se emprendió! ¿Dónde estaban la pereza y la ignorancia que los deteni-

dos demostraran antes? Volaban las hachas, y los que no las tenían deslizaban recias estacas por debajo de las cuerdas y las sacaban á fuer de verdaderos artistas. Con gran admiración mía no se rompían y los forzados trabajaban como si hubieran sido carpinteros toda su vida. No se oían ni conversaciones ni injurias. Todos estaban atentos y sabían lo que debían hacer. Media hora antes del redoble de tambor, estaba hecho el trabajo, y los detenidos, cansados pero contentos de haber ganado media hora, volvían á presidio. De mí, puedo decir únicamente, que durante aquel primer ensayo no pude ayudar á nadie á pesar de mi buena voluntad. Donde quiera que me ponía estorbaba y mis camaradas me echaban casi insultándome.

El más torpe se creía con derecho á reñirme si me acercaba, á pretexto de que le estorbaba. Uno de los más diestros me dijo franca y groseramente:—«¿Qué viene usted á hacer aquí? ¿Por qué se mete en lo que no le llaman?»

—¡Chúpate esa!—añadió otro.

—Mejor harías en coger un cántaro y traer agua ó ir al taller donde desmenuzan tabaco. Nada se te ha perdido aquí.

Tuve que permanecer ocioso. Cuando los otros trabajan resulta una vergüenza para uno. Cuando me fuí al otro extremo de la barca recibí una nueva serie de injurias:

—«¡Qué compañeros nos dan! ¡Qué buenos obreros! ¡No hay quien pueda con mozos parecidos!»

Todo aquello se decía sólo aprovechando la ocasión de burlarse de un noble.

Ahora se puede concebir por que mi primer pensamiento al entrar en presidio, fué preguntarme cómo debía tratar á mis compañeros. Entendía que tales casos debían repetirse, pero resolví no variar de conducta. Comprendíalo así. Había decidido obrar con sencillez é independencia, sin manifestar deseos de familiarizarme con mis compañeros pero sin rechazarles, si deseaban ellos mi

compañía; no temer sus amenazas ni su odio, y fingir que no reparaba ni en unos ni en otros. Tal era mi plan. Adiviné que de otro modo me despreciarían.

Cuando volví al anoecer al presidio, fatigado, aniquilado, una tristeza profunda se apoderó de mí «¡Cuántos miles de días parecidos me esperan aún! ¡Siempre iguales!» pensé. Me paseaba solo y pensativo á lo largo de la empalizada detrás de los cuarteles, cuando de pronto ví á Bulot que se dirigía á mí. Bulot era el perro del presidio, pues cada presidio tiene su perro, como las compañías, las baterías de artillería y los escuadrones. Estaba allí hacía mucho tiempo, sin pertenecer á nadie, mirando á cada uno de nosotros como á su amo y alimentándose con las sobras de la cocina. Era un mastín negro con manchas blancas, joven aun, y de inteligente mirada. Nadie le acariciaba ni le hacía caso. Apenas llegué me hice su amigo dándole un trozo de pan. Cuando le acariciaba permanecía inmóvil mirándome cariñosamente y meneando la cola. Como no me había visto durante todo el día, acudió buscándome y se me abalanzó lanzando un ladrido. No sé lo que sentí entonces, pero me puse á besarlo y le acaricié la cabeza. Me puso las patas á los hombros y me lamió la cara. — «¡He aquí el amigo que el destino me envía!» — pensé; y durante aquellas primeras semanas tan penosas, á la vuelta del trabajo, antes de cuidarme de otra cosa, me apresuraba á ir detrás de los cuarteles con Bulot que saltaba alegremente delante de mí. Le cogía la cabeza y le besaba con verdadero afán; una sensación muy dulce y al mismo tiempo amarga me oprimía el corazón. Me acuerdo que me gustaba pensar que no me quedaba en el mundo más que un solo sér que me quisiera, que me fuera fiel, que fuera mi amigo, mi único amigo, mi perro Bulot.

VII

NUEVOS CONOCIDOS.—PETROF

Transcurría el tiempo y poco á poco me acostumbraba á mi nueva vida; las escenas que diariamente presenciaba no me apenaban ya tanto; en una palabra, el presidio y las costumbres de sus habitantes me eran indiferentes. Reconciliarse con tal vida era imposible, pero era preciso aceptarla. Había rechazado todas las inquietudes que me turbaban. Ya no andaba como un perdido por las cuadras ni me dejaba vencer por mi angustia. La animosidad salvaje de los penados se había embotado: no me miraban ya con tan afectada insolencia como antes y era para ellos un sér indiferente, lo que me placía mucho. Me paseaba por el cuartel como por mi casa, y me acostumbré á cosas que en otro tiempo no me hubiesen sido aceptables. Cada semana me afeitaban la cabeza. Nos llamaban el sábado unos tras otros al cuerpo de guardia y los barberos del batallón nos lavaban implacablemente el cráneo con agua de jabón fría y después nos lo rasuraban con sus navajas melladas: tan sólo pensando en esta tortura me estremezco. Pronto pude evitarlo: Akim me indicó á un penado de la sección militar que por un kopek afeitaba á los aficionados con su propia navaja. Así se ganaba la vida. Muchos deportados, que por cierto no eran delicados en extremo, acudían á él para evitar los barberos militares. No sé por qué llamaban al maestro «el mayor» ni sé qué puntos de semejanza con el mayor pudiese tener. Al escribir estas líneas reaparece ante mis ojos nuestro «mayor»; tenía flaca la cara, era alto, callado, bastante tonto y nunca se le veía sin llevar una correa en la mano en la cual, noche y

día, afilaba una navaja que cortaba un pelo en el aire; ciertamente aquel trabajo le parecía el fin supremo de su vida. Sentíase dichoso si alguien solicitaba sus servicios, tenía el agua de jabón siempre caliente, y la mano ligera, parecía de terciopelo. Se enorgullecía de su destreza y tomaba con indiferencia el kopek que acababa de ganar; dijérase que trabajaba por amor al arte y no para recibir aquella moneda. A...f fué castigado un día por el mayor de la plaza porque tuvo la desgracia de decir: «el mayor» hablando del barbero; el verdadero mayor se enfureció.

—¿Sabes lo que es un mayor, canalla?—gritaba iracundo zarandeando á A...f, según su costumbre,—¿comprendes lo que es un mayor? ¡Y decir que se atreve á llamar «mayor» á un asqueroso penado en mi presencia!

Únicamente A...f podía entenderse con semejante hombre. Desde el primer día de mi detención pensé en el de mi libertad. Mi ocupación favorita era contar mil y mil veces, de mil distintas maneras, el número de días que debía pasar en la cárcel. No podía pensar en otra cosa y creo que á todo hombre en mi caso le ocurre lo mismo. No puedo decir si los penados contaban como yo, pero sus esperanzas me extrañaban mucho. La esperanza de un preso difiere esencialmente de la de un hombre libre. —Este puede esperar mejorar de destino ó realizar una empresa cualquiera, pero entre tanto vive, obra, la vida real le arrastra en su torbellino. No así un forzado; también vive, pero no hay uno que crea que su situación es positiva, definitiva y forma una parte de su vida verdadera. Por instinto comprende que no está *en su casa*; le parece, por decirlo así, que está en visita. Los veinte años de su condena le parecen dos á lo sumo. Imagina que á los cincuenta años, cuando haya extinguido su condena, estará tan fresco y fuerte como á los treinta y cinco. «Tiempo nos queda para vivir», piensa, y echa lejos de sí todos los pensamientos y dudas que le asaltarán. Hasta el condenado á trabajos perpetuos, cree que llegará un día

de San Petersburgo una orden que diga: «Trasportar á fulano de tal á las minas de Nertchinsk y fijar un término á su detención.» ¿Sería magnífico en primer lugar, porque se tarda seis meses en ir á Nertchinsk y se lo pasa uno mejor formando parte de una cuerda que en el pre-idio. Acabará su tiempo en Nertchinsk, y entonces... Más de un viejo de cabellos grises piensa lo que digo.

He visto en Tobolsk hombres amarrados á la pared; su cadena tiene dos metros de largo, junto á ellos hay un camastro. Se les encadena por algún crimen terrible cometido después de su deportación á Siberia. Así permanecen cinco ó diez años. Casi todos son bandidos; solo ví uno que parecía por su aspecto de mejor condición; en otra época había servido no sé en qué departamento, y hablaba en tono dulzón y arrastrando las eses. Tenía la sonrisa falsa. Nos enseñó su cadena y nos indicó el modo más cómodo de tenderse. ¡Debió ser una buena persona! Todos estos desdichados se portan bien. Parecen estar contentos y sin embargo les devora el deseo de acabar su tiempo de cadena. ¿Por qué? se preguntará. Porque entonces saldrá de su celda baja, abrumadora, húmeda, de bóveda de ladrillo, paseará por el patio del presidio, y... Y esto es todo. Jamás saldrá de este último, no lo ignora, y á pesar de ello quisiera acabar con su encadenamiento. ¿Sin tal deseo le sería posible permanecer cinco ó seis años amarrado á la pared sin morir ó enloquecer? ¿Podría resistir?

Pronto comprendí que únicamente el trabajo podía salvarme, fortificar mi salud, mientras que la inquietud moral incesante, la irritación nerviosa y el aire viciado de las cuadras, me aniquilarían. El aire libre, el cansancio diario, la costumbre de llevar carga, pensaba que debían fortalecerme; gracias á ellos saldría vigorizado, robusto y lleno de savia. No me engañé; el trabajo y el movimiento me fueron muy útiles.

Veía con espanto que uno de mis compañeros, un hi-

algo, se derretía como la cera. Y sin embargo, cuando llegó conmigo al presidio, era joven guapo y vigoroso. Cuando salió estaba enfermo, las piernas no podían sostenerle y el asma le oprimía el pecho. No, me decía yo mirándole, quiero vivir y viviré. Mi afición al trabajo me valió al principio el desprecio y la mofa de mis camaradas, pero yo no me fijaba en ello, y me iba alegremente donde me enviaban, á quemar y desmenuzar alabastro por ejemplo. Este trabajo es fácil. Los ingenieros procuraban aliviar el trabajo de los nobles; no era indulgencia, sino justicia. ¿No fuera extraño exigir un mismo trabajo á un bracero que á un hombre cuyas fuerzas son mucho menores y que jamás trabajó corporalmente? Pero este «mimo» no duraba siempre; teníamos que disfrutarlo á escondidas pues nos vigilaban severamente. Como había muchos trabajos penosos, los nobles sufrían doble que sus compañeros. Por regla general se enviaba á tres ó cuatro hombres á desmenuzar alabastro; casi siempre eran viejos ó individuos débiles; nosotros, naturalmente, éramos de estos últimos y nos daban por compañero á un hombre que conocía perfectamente el oficio. Durante muchos años fué siempre el mismo, Almasof, era severo, de edad provecta, alisado y amojamado, poco hablador y huraño. Nos despreciaba profundamente, pero era tan poco expansivo que ni siquiera se tomaba la molestia de injuriarnos. El cobertizo bajo el cual calcinábamos el alabastro estaba construido en la margen escarpada y desierta del río. En invierno infundía tristeza ver el paisaje desolado que ofrecía ante nuestros ojos, pero mas tristeza daba cuando un sol deslumbrador brillaba sobre aquella llanura blanca, infinita; se anhelaba volar á lo lejos por aquella estepa que empezaba al otro lado del río y se extendía á más de mil quinientas verstas al sur, lisa como una sábana inmensa. Almasof se ponía á trabajar en silencio con expresión adusta; nos daba vergüenza no poderle ayudar eficazmente, pero realizaba él solo el trabajo sin exigir nuestra ayu-

da como si hubiera querido hacernos comprender todas nuestras culpas para con él y hacernos arrepentir de nuestra inutilidad. Su trabajo consistía en calentar el horno para calcinar el alabastro que dentro de él amontonábamos nosotros.

Al día siguiente, cuando estaba calcinado el alabastro, lo sacábamos del horno. Tomábamos una maza de hierro y con ella desmenuzábamos el alabastro dentro de una caja. Aquella faena nos era agradable. El frágil alabastro se convertía pronto en un polvo blanco y brillante con bien poco esfuerzo. B'andíamos nuestras pesadas mazas, asestando unos golpes tremendos que á nosotros mismos nos admiraban. Cuando estábamos cansados nos sentíamos satisfechos. Teníamos rojas las mejillas y la sangre circulaba más rápidamente por nuestras venas. Almasof nos miraba entonces con condescendencia como hubiera mirado á unos niños. Fumaba y gruñía de cuando en cuando. Creo que esto era una costumbre en él y que en el fondo era un buen hombre.

Otro trabajo me daban que consistía en mover la rueda del torno. Era grande y pesada y necesitaba grandes esfuerzos para hacerle dar vueltas, sobre todo cuando el obrero debía hacer un balaustre de escalera ó el pie de una gran mesa, lo cual exigía un tronco casi entero. Como un solo hombre no hubiera podido con aquel trabajo, enviaban á dos jornaleros, á V..., uno de los nobles, y á mí. Cada vez que debía tornearse un objeto íbamos V..., y yo. Mi compañero era débil, vanidoso, joven aun y padecía del pecho. Le encarcelaron un año antes que á mí con otros dos camaradas igualmente nobles. Uno de ellos, un viejo, rogaba á Dios noche y día (los reclusos le respetaban á causa de ello), y murió durante mi estancia en presidio. El otro era un hombre joven, robusto y colorado, fuerte y valiente que había llevado á cuestas á su camarada V. . durante setecientas verstas, pues este último no podía andar cuando llegaba á la media etapa. Eran muy amigos,

V..., era un hombre bien educado, de un carácter noble y generoso, pero maleado é irritado por la enfermedad. Los dos, pues, dábamos vueltas á la rueda y aquel ejercicio se me antojaba excelente. Me gustaba palear la nieve, lo que hacíamos después de las tempestades de invierno.

Cuando había nevado, haciendo ventisco, más de una casa quedaba enterrada hasta las ventanas y á veces hasta el tejado. Cuando cesaba el huracán y reaparecía el sol, nos mandaban quitar la nieve. Ejecutaban esta operación muchos forzados, á veces todos; nos proveían de una pala y nos señalaban tarea que á veces parecía imposible realizar. Todos nos poníamos á trabajar alegremente; la nieve no se había helado aún sino en la superficie y cogíamos enormes paletadas que se echaban hacia atrás.

La nieve se transformaba en el aire en polvo brillante; la pala se hundía fácilmente en la masa blanca y centelleante. Aquel trabajo se ejecutaba con gusto, y el aire frío y el movimiento animaban á los reclusos. Oíanse carcajadas, gritos, bromas, echábanse unos á otros bolas de nieve, lo cual excitaba la indignación de muchos, y por regla general la broma terminaba en un coro de mutuas injurias. Poco á poco el círculo de mis conocimientos se ensanchó, á pesar de que yo me mostraba siempre inquieto, huraño y desconfiado. Una vez, el deportado Petrof me vino á visitar. Digo visitar, y mantengo la palabra. Estaba en la división particular cuyo edificio era el más lejano de mi cuartel. En apariencia, no existía entre nosotros relación alguna, y sin embargo Petrof creyó que debía venir á verme casi á diario á nuestra cuadra ó por lo menos hablarme cuándo en las horas de descanso me iba á pasear detrás de los cuarteles lo más lejos posible. Aquella persistencia me molestó al principio, pero después me proporcionó cierta distracción, aun cuando el carácter del penado era poco comunicativo. Era de baja estatura, robusto, ágil y diestro. Tenía las facciones agradables, la mirada atrevida y los dientes blancos, pequeños y muy jun-

tos. Siempre mascaba tabaco como muchos otros penados. Parecía mucho más joven de lo que era en realidad, pues no aparentaba tener más de treinta años, siendo así que había ya cumplido los cuarenta.

Me hablaba con desparpajo y me trataba bajo un pie de igualdad, pero con mucha delicadeza y atención. Si notaba por ejemplo que yo deseaba estar sólo, me hablaba un par de minutos y se marchaba; me daba las gracias por la benevolencia que le manifestaba, cosa que no hacía con nadie. Añádase que tales relaciones no variaron nunca ni fueron casi nunca más íntimas, aun cuando verdaderamente me apreciara. No podía comprender claramente lo que buscaba en mi compañía y por qué me iba á ver. Es verdad que me robó algunas veces, pero fué siempre *involuntariamente*; casi nunca me pedía dinero prestado; no podía, pues, atraerle hacia mí el dinero ni ningún otro interés.

No sé por qué, me parecía que aquel hombre no vivía en la misma cárcel que yo, sino en otra casa, en la ciudad, muy lejos; hubiérase dicho que visitaba el presidio para saber cómo vivíamos. Siempre llevaba prisa como si hubiera dejado á alguien un instante para volverle á ver; y sin embargo no se apresuraba. La mirada tenía una fijeza extraña y atrevidamente irónica; miraba á lo lejos por encima de los objetos como si tratara de ver algo detrás de la persona con quien hablaba. Siempre parecía distraído; y á veces me preguntaba á mí mismo á dónde iba Petrof al dejarme. ¿Dónde le esperaban con impaciencia? A paso ligero se iba á una de las cuadras y á la cocina y se sentaba junto á los que hablaban; escuchaba con atención las conversaciones, en las que tomaba parte, y de pronto se callaba. Pero tanto si callaba como si hablaba, siempre se veía en su rostro que alguien le aguardaba. Lo más asombroso, es que nada tenía que hacer, y que, exceptuando los trabajos forzados, estaba siempre ocioso. No sabía ningún oficio ni casi nunca tenía dinero; pero esto le impor-

taba poco. ¿De qué me hablaba? La conversación era tan rara como él mismo. Cuando notaba que iba yo hacia detrás de los cuarteles, daba una media vuelta hacia mi lado. No andaba muy aprisa, y sin embargo parecía que corriese.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días!

—¿Le molesto á usted?

—No.

—Quería hacerle una pregunta acerca de Napoleón. Quisiera saber si era pariente del que vino aquí.

Petrof era hijo de soldado y sabía leer y escribir.

—Sí.

—¿Dicen que es presidente? ¿Presidente en qué?

Las preguntas eran rápidas como si quisiera saber con gran prisa lo que preguntaba.

Le expliqué el cargo que tenía Napoleón en Francia, y añadí que quizá se hiciese Emperador.

—¿Cómo se las compondrá?

Se lo expliqué lo mejor posible y me escuchó atento; comprendió cuanto le dije y añadió:

—¡Ah! también querría preguntarle si verdaderamente hay monos que tienen manos en los pies y son altos como nosotros.

—Sí.

—¿Cómo son?

Se los describí y le dije cuanto sabía acerca de ellos.

—¿Dónde viven?

—En los países cálidos. Los hay en la isla de Sumatra.

—¿Dónde está eso? ¿En América? ¿Es verdad que por allí andan cabeza abajo?

—No, hombre, no... usted quiere hablar de los antípodas.

Le expliqué lo que era América y los antípodas. Me escuchó con tanta atención como si fueran los antípodas mis amigos.

— Ah, caramba, el año pasado leí la historia de la condesa de la Valliere; Arefief trajo el libro. ¿Es verdad ó mentira? La obra es de Dumas.

— Sí, es una novela.

— ¡Vamos! Adiós. Le doy las gracias.

Y Petrof desapareció. Casi todas nuestras conversaciones eran parecidas.

Hablé de él á M.. Este, cuando supo que tenía amistad con Petrof, creyó deber suyo prevenirme que muchos forzados excitaron su horror en presidio, pero que ninguno de ellos, ni aun Garin, le produjo una impresión tan espantosa como Petrof.

— Es el más resuelto, el más temible de todos, es capaz de todo. Si tiene un capricho nada le asusta, si se le ocurre le asesinará á usted sin vacilar, sin el menor arrepentimiento. Hasta creo que no está en su juicio.

Aquello me interesó, pero M... no supo decirme por qué tenía á Petrof en tal opinión ¡cosa rara! durante muchos años ví á aquel hombre, hablaba con él casi á diario, siempre me demostró amistad y sin embargo, y por más que se portaba con mucha prudencia y no armaba escándalos, me convencí más y más de que M... tenía razón, de que era quizá el hombre más intrépido y más difícil de domar de todo el presidio. ¿Por qué? No sabía decirlo. Petrof era aquel forzado que un día que iban á castigarle quiso matar al mayor; ya he dicho como este se libró por milagro. Una vez, cuando Petrof era soldado, su coronel le pegó haciendo el ejercicio. Supongo que en otras ocasiones le habrían pegado, pero aquel día no quiso soportar la ofensa: en pleno día, delante del batallón formado, degolló á su coronel. No conozco todos los detalles de aquel homicidio porque no me lo contó jamás. Se veía sin embargo que aquellas explosiones de cólera sólo se producían cuando no podía contenerse, muy de tarde en tarde. Habitualmente, aparecía razonable. Sus pasiones fuertes y ardientes

estaban ocultas; alentaban en su interior como las arenas bajo la ceniza.

No noté jamás que fuera vanidoso y fanfarrón como los demás forzados.

Peleábase pocas veces y no demostraba amistad á nadie, sino á Sirotkin y únicamente cuando le necesitaba. Sin embargo, un día le ví seriamente irritado. Le habían ofendido rehusándole un objeto que deseaba. Disputaba sobre ello con un recluso alto de talla, vigoroso como un atleta, llamado Basilio Antonof, conocido por su mal carácter y por lo quisquilloso que era. Pertenecía á la categoría de los condenados civiles y no era un cobarde ni mucho menos. Chillaron largo rato y pensé que aquella riña acabaría como casi todas con un par de bofetadas, pero de pronto tomó su aspecto inesperado: Petrof palideció de repente; tembláronle los labios; parecía no poder respirar. Se levantó, y lentamente, muy lentamente, á pasos imperceptibles, (iba descalzo en verano), se acercó á Antonof. Cesaron como por ensalmo el bullicio y los gritos y reinó un silencio de muerte en la cuadra. Hubiérase oído volar una mosca: todos esperaban. Antonof dió un salto á su vez hacia su adversario; tenía el rostro desfigurado.. no pude soportar aquella escena y salí de la cuadra. Estaba seguro de que antes de llegar á la escalera oiría los gritos de un moribundo, pero no fué así: antes que Petrof hubiese conseguido llegar junto á su adversario este le tiró el objeto de sus deseos, que era un miserable trapo, un mal forro. Al cabo de dos minutos, Antonof no dejó de injuriar á Petrof para descargar su conciencia y para demostrar que no había tenido mucho miedo: Petrof ni siquiera le contestó. Todo le había salido á pedir de boca, burlábase de los insultos y estaba satisfecho de haber conseguido la posesión del trapo. Un cuarto de hora más tarde se paseaba por la cuadra, completamente ocioso buscando un grupo donde pudiera oír algo curioso. Parecía que todo le interesara, y sin embargo, permanecía

siempre indiferente á cuanto oía, y paseaba sin objeto por los patios. Se le podía comparar á un obrero vigoroso, gran trabajador, que de momento no tiene qué hacer y se entretiene por condescendencia jugando con los niños. No comprendía yo por qué no se escapaba, pues un hombre como Petrof, cuando desea algo, no encuentra obstáculos. Estoy seguro de que hubiera podido evadirse, engañar á todos y pasar semanas enteras sin comer, oculto en un bosque ó en un cañaveral. Pero aquella idea no se le había ocurrido. No noté jamás en él ni un juicio claro ni buen sentido. Tales gentes no tienen idea fija y andan de acá para allá toda su vida, hasta que encuentran un objeto que despierta violentamente sus deseos; entonces no regatean su cabeza. Me admiraba á veces que un hombre que había matado á su coronel por haberle pegado, se tendiera sin replicar, cuando le condenaban á ser apaleado, pues le azotaban siempre que le sorprendían introduciendo aguardiente en la cárcel.

Entonces se dejaba azotar, como si se confesara su falta; de otro modo, antes le mataran que dejarse apalear. Más de una vez me admiró que me robara á pesar del afecto que me demostraba.

Esto era algo así como un arranque que no pudiera dominar. Me robó un día la Biblia que le había dejado para llevar á su sitio. Sólo tenía que andar unos pasos, pero por el camino encontró un comprador, y gastó en seguida en aguardiente el dinero. Probablemente aquel día sentía un violento deseo de beber, y cuando deseaba algo, érale preciso conseguirlo. Uno como Petrof es capaz de asesinar á un hombre por veinticinco kopeks por beber medio litro de vino; y en otras ocasiones desdeñará miles de rublos. Por la tarde me confesó su robo, pero sin dar señales de arrepentimiento, como si se tratara de algo naturalísimo. Le reñí como merecía porque sentí la pérdida de mi Biblia. Me escuchó sin irritarse, convino conmigo en que la Biblia es un libro muy útil y sintió sinceramente que

ya no estuviera en mi poder, pero no se arrepintió de habérmela robado. Sufrió mis reproches comprendiendo que los merecía y que por consiguiente debía yo injuriarle para consolarme de aquella pérdida, pero estoy seguro de que en el fondo, creía que todo aquello eran tonterías indignas de un hombre serio. Me parece que me tomaba por un niño que no comprende aún las cosas más sencillas de este mundo. Si le hablaba de otra cosa, de libros ó de ciencias, me contestaba por cortesía pero en términos lacónicos. En vano trataba yo de adivinar por qué me interrogaba acerca de los libros. Alguna vez le miraba á hurtadillas para asegurarme de que no se burlaba de mí. Nada de eso. Me escuchaba seriamente, con atención, aunque no muy sostenida á veces. Sus preguntas eran claras y precisas, y no parecía admirarse de mis contestaciones. Sin duda pensaba que no se me podía hablar como á los demás y que fuera de los asuntos de libros no se me podía hablar de nada.

Estoy seguro de que me quería, lo cual me admiraba. ¿Me tomaba por un niño? ¿por un hombre incompleto? ¿Sentía por mí esa especie de compasión que siente el fuerte por el débil? ¿Imaginaba acaso? .. No lo sé. Aunque su compasión no le impedía robarme, estoy seguro que me compadecía.

—«¡Qué hombre tan raro,—pensaba de fijo mientras hurtaba mis cosas;—ni siquiera sabe guardar lo suyo!» Creo que me amaba por tal causa. Un día me dijo como involuntariamente:

—Es usted demasiado honrado, y tan sencillo... que da lástima... no lo tome usted á mal, Alejandro Petrovitch, —añadió;—se lo digo sin intención.

A veces se ven hombres como Petrof revelarse y crecer en un motín ó en una revolución; hallan entonces el ambiente que les conviene; no son hombres de palabra, no sabrían ser instigadores ni jefes de insurrecciones, pero son los que ejecutan y obran. Obran sencillamente, sin

ruido, son los primeros que atacan el obstáculo ó se lanzan hacia adelante á pecho descubierto, sin reflexión ni miedo; todos les siguen, les siguen ciegamente hasta el pie de la muralla, donde por regla general pierden la vida. No creo que Petrof haya tenido buen fin: parecía señalado para una muerte violenta, y si aun no ha muerto hoy, es que no se le habrá presentado ocasión. ¿Quién sabe, sin embargo? Quizá llegue á viejo y muera tranquilamente, después de andar de aquí para allí sin objeto determinado. De todos modos creo que M. tenía razón y que Petrof era el hombre más temible del presidio.

VIII

LOS HOMBRES ARROJADOS.—LUKA

Es difícil hablar de tal clase de hombres; hasta en presidio hay pocos. Se les adivina por el temor que inspiran. Un impulso irresistible hizo que me apartara al principio de tales hombres, pero después cambié de parecer hasta respecto á los asesinos más empedernidos. Hay hombres que nunca han matado y que sin embargo son más atroces que los que han asesinado á seis personas. No sabe uno cómo formarse idea de ciertos crímenes por lo rara que resulta su ejecución. Digo esto, porque á menudo, los crímenes cometidos por gentes del pueblo, dimanar de causas asombrosas.

Uno de los tipos de asesino bastante frecuente, es éste:

Un hombre vive sosegado y apacible; su suerte es dura; padece. (Unas veces es un labriego, otras un siervo doméstico, otras un burgués ó un soldado). De pronto siente que

Presidios de Siberia.—8

algo se desgarran dentro de él. Sin ser fuerte para dominarse hunde el cuchillo en el pecho de su opresor ó de su enemigo. Entonces su conducta resulta extraña; aquel hombre rebasa todos los límites. Ha matado á su enemigo, lo cual se explica, pues había causa para ello. Después, no asesina ya solamente á sus enemigos, sino á cualquiera, al primero que se presenta, mata por el gusto de matar, por una palabra que le molesta, por una mirada, porque sí; obra como un hombre borracho, delirante. Una vez salvada la línea fatal, él mismo se asombra de que no respete nada; rompe contra toda las leyes, goza de la libertad sin límites, goza hasta del espanto que siente. Bien sabe que le espera un terrible castigo. Sus sensaciones son quizá las mismas que producen el vértigo de las alturas. Esto ocurre á muchos individuos pacíficos y que no se apartan de lo vulgar. Hay algunos que se jactan de su maldad, y así como antes parecían atontados é inofensivos, les gusta luego inspirar temor. Un desesperado así, goza del horror que causa, se complace en la repugnancia que excita, comete locuras por *desesperación*, y á menudo espera un castigo próximo, muéstrase impaciente de que se resuelva cuanto antes su suerte, porque el peso de aquella desesperación se le antoja hartado pesado. Lo más curioso es que tal excitación llega hasta la picota; después parece que el resorte se haya roto; el hombre se tranquiliza bruscamente, se apaga, por decirlo así, se convierte en un harapo sin valor alguno. En la picota desfallece y pide perdón al pueblo. Una vez en presidio cambia del todo; nadie al verle diría que aquel ave fría mató á cinco ó seis hombres.

Hay algunos á quienes no doma el presidio. Conservan cierta jactancia: «¡Eh! ¡oid vosotros! ¡no soy el que pensáis... he despachado á seis hombres!» Pero siempre acaba por someterse. De vez en cuando se divierte recordando su audacia, sus feroces impulsos; gusta de hallar un mentecato ante quien pueda alabarse contándole sus ha-

zañas aunque disimulando el deseo de asombrarle. «¡Así era vol!»

¡Con qué refinamiento de amor propio se vigila! ¡Con qué perezosa negligencia hace semejante relato! En su acento, en sus menores palabras, se advierte unas pretensiones indecibles. ¿De dónde las han sacado tales gentes?

Durante una de las largas veladas de los primeros días de mi reclusión, escuchaba una de estas conversaciones; gracias á mi inexperiencia, tomé al narrador por un malhechor colosal de férreo carácter. Luka Kuzmitch, había matado á un mayor sin motivo alguno. Luka era el hombre más enteco y pequeño de la cuadra; había nacido en el Mediodía; fué siervo, no de la gleba, sino de los que sirven á su dueño en calidad de criados. Había en él algo altanero y ofensivo, «pájaro pequeño, pero con pico y garras». Los reclusos adivinan instintivamente lo que es un hombre. Se le respetaba muy poco. Era excesivamente quisquilloso y vanidoso. Aquella noche cosía una camisa, y junto á él estaba un mozo medio estúpido, pero bueno y complaciente, una especie de coloso, su vecino el detenido Kobilyn. Luka disputaba á menudo con él y le trataba con altanería y despotismo, lo cual Kobilyn no advertía siquiera. Hacía media, y escuchaba á Luka con indiferencia. Éste hablaba alto y claro. Quería que todos le oyeran aunque parecía dirigirse sólo á Kobilyn.

—Sabe, hermano, que me han desterrado de mi país por vagabundo.

—¿Hace mucho tiempo?

—Pronto hará un año. Cuando llegamos á Kico nos metieron en presidio. Había en él una docena de pequeños rusos, fuertes, robustos como toros. El rancho era muy malo y el comandante del presidio se embolsaba los cuartos. Pasaron muchos días y advertí que toda aquella gente era un hatajo de cobardes.

—¿Teméis á tal imbécil?—les dije.

—¡Quéjate tú si quieres!—y se echaron á reír como unos

brutos.—Me callé. Había allí un *Tupé* (1) raro, muy raro, —añadió el narrador dirigiéndose no ya á Kobilyn, sino á todos.

—Contó cómo le habían juzgado en el tribunal, lo que él les hablara llorando á lágrima viva: «Tengo hijos y mujer»—decía.—Era un mocetón gordo y de pelo gris: «¡Yo les decía á todo que no, pero había allí un perro que no hacía más que escribir y escribir, y entonces pensé, no hay más remedio, vas á reventar... Y escribía, escribía. Así es cómo perdí la cabeza!»

—Dame hilo, Vacía; el de la casa no vale nada.

—Este es de una tienda,—contestó Vacía dándole el que le pidiera.

—El del taller es mejor. Enviamos á Nevalide á comprar, pero no sé á qué mujerzuela lo compraría que no vale nada,—replicó Luka enhebrando la aguja.

—Lo compraría á su comadre, pardiez.

—Sí, eso debe ser.

—¿Y qué le ocurrió al mayor?...—exclamó Kobilyn.

Luka esperaba la pregunta, pero no contestó en seguida, enhebró tranquilamente la aguja y cruzó sus piernas bajo el cuerpo diciendo:

—Excité de tal modo á los *tupés*, que se quejaron al mayor. Por la mañana había pedido prestado el *picaro* (cuchillo) de mi vecino, y lo tenía oculto. El mayor estaba furioso como un loco. Yo dije á los presos que no tendrían miedo, pero todos temblaban. El mayor acudió borracho como una cuba.

—¿Qué hay? ¿Cómo se atreven?... ¡Soy vuestro czar, soy vuestro Dios!

Cuando hubo dicho que era el czar y Dios, me acerqué á él con el cuchillo oculto en la manga.

(1) *Tupé*, mote que dan los habitantes de la Gran Rusia á los de la Pequeña, porque éstos, en otro tiempo, en el siglo XVII, llevaban un mechón de cabellos en el occipucio y se afeitaban el resto del cráneo.

—No,—le dije—Vuestra Nobleza,—y me acerqué más,—eso no puede ser, que sea usted nuestro czar y nuestro Dios.

—¡Ah, eres tú! ¡Eres tú! ¿eres tú el rebelde?

—No,—le dije—(y me acerqué más) no, Vuestra Nobleza, nuestro Dios todopoderoso y presente en todas partes está en el cielo. Y sólo tenemos un czar designado por Dios mismo. Y usted, Vuestra Nobleza, sólo es usted mayor, y nuestro jefe por la gracia del czar y por sus méritos.

—¿Cómo? ¿¿Cómo?? ¿¿¿Cóoomo???

Ni siquiera podía hablar, y tartamudeaba por el mucho asombro que sentía.

He aquí cómo le contesté, y me abalancé á él y le hundí el cuchillo en el vientre. Fué cosa de un instante. Se tambaleó y cayó. Yo tiré el cuchillo.

—¡Ea, *Tupés*, recojedle ahora!

He de hacer una digresión en mi relato. Las expresiones. «Soy el czar, soy Dios», y otras parecidas las empleaban á menudo en otro tiempo muchos comandantes. Por fortuna su número ha disminuído. Hay que notar que los que empleaban tales términos eran oficiales salidos de la clase de tropa. El grado de oficial les trastornaba la cabeza. Después de muchos años de servicio, al verse oficiales, nobles además y jefes de mucha gente, se formaban una idea exagerada de su importancia ante sus subordinados, aun cuando ante sus superiores demostraran un servilismo repugnante. Los más viles recordaban á sus jefes que habían sido subalternos y que se acordaban de su origen, pero con sus subordinados eran déspotas impenitentes. Nada irrita tanto á los penados como estos abusos que engendran el odio en el corazón del hombre más sumiso y exaltan al más paciente. Por fortuna hablo ya de un pasado casi desaparecido y recuerdo que hasta entonces las autoridades superiores castigaban severamente á los culpables.

Lo que más exaspera á los subordinados es el desdén con que se les habla. Aquellos que creen que basta alimentar bien á los penados y obrar según la ley, se engañan; el hombre, por muy bajo que haya caído, exige instintivamente que se respete su dignidad; el penado sabe que es un preso, un hombre fuera de la ley, conoce la distancia que le separa de sus superiores, pero no hay castigo ni cadenas que le hagan olvidar que es un hombre. A los «desgraciados» hay que tratarlos bien: de ello depende su salvación y su alegría. He visto comandantes de un carácter noble y bueno, y sé qué benéfica influencia ejercían sobre los presos. Unas palabras afables les ponían contentos como niños y querían sinceramente á su jefe. Noté otra cosa: no les gusta que sus jefes se muestren familiares con ellos; quieren respetarles, y tal familiaridad se lo impide. Los penados se enorgullecen de que su jefe tenga muchas condecoraciones, que sea severo y justo. Los penados le prefieren entonces á todos los demás, porque saben que no ofende jamás á nadie y todo en el presidio marcha como sobre carriles.

—Supongo que te escoció, ¿eh?—preguntó tranquilamente Kobilyn.

—¡Ya lo creo, camaradas! ¡Ale! ¡dame las tijeras! ¿No jugamos esta noche?

—Hace mucho tiempo que nos bebimos la baraja.—contestó Vacía,—si no la hubiéramos vendido para beber...

—¡Yal... en Moscou se pagan cien rublos por los si,—hizo notar Luka.

—¿Y qué te dieron por tu hazaña?—preguntó de nuevo Kobilyn.

—Me la pagaron con quinientos latigazos... Sí, camaradas, poco faltó para que me matasen—añadió Luka.—Cuando me administraron los quinientos azotes me llevaron vestido de gran uniforme. Nunca me habían azotado aún..., había una multitud inmensa presenciándolo, acu-

dió media ciudad para ver castigar al bandido, al asesino; no podéis figuraros cuán imbécil es el pueblo. Timochka (el verdugo) me desnuda, me tiende en el suelo y grita: «¡Preparate, te voy á asar!» Me preparo. Al primer golpe hubiera querido gritar, pero no pude; abrí la boca, pero no salió la voz. Cuando me dió el segundo, no oí siquiera cuando dijeron *dos*. Al volver en mí oí que decían *diecisiete*. Cuatro veces me quitaron del potro para dejarme respirar un rato y echarme chorros de agua fría. Yo miraba á todos, los ojos me salían de la cabeza y pensaba: voy á reventar aquí.

—¿Y no moriste?—preguntó cándidamente Kobilyn.

Luka le miró desdeñosamente: todos se echaron á reir.

—¡Qué imbécil es!...

—Le duele el piso alto,—replicó Luka como sintiendo haberse dignado hablar á tal idiota.

—¡Está tocado!—afirmó Vacía.

Aunque Luka hubiera matado á seis personas, nadie le temía en la cárcel. Sin embargo, deseaba pasar por un hombre terrible.

IX

ISAÍAS FOMITCH.—EL BAÑO.—EL RELATO DE BAK-
LUCHÍN.

Acercábase la Navidad. Los penados la esperaban con ansia, y yo mismo estaba á la expectativa de algo extraordinario. Cuatro días antes de las fiestas debíamos ir al baño (1). Todos se alegraban y se preparaban: el baño se

(1) Sabido es que los baños rusos difieren por completo de los nuestros; son simples baños de vapor que limpian perfectamente la piel.

tomaba después de comer, y con tal motivo no se trabajaba por la tarde. De todos los penados el que más se alegraba era Isaías Fomitch Bumstein, el judío de quien he hablado en el capítulo IV. Le gustaba lo indecible el baño, y cada vez que me acuerdo de los de la cárcel, la primera cara que se me presenta á mi memoria es la del muy glorioso é inolvidable Isaías. ¡Señor! ¡Qué hombre tan raro! He dicho ya algo de él: tenía cincuenta años, era vanidoso, arrugado, con horribles marcas en la frente y las mejillas, flaco, débil, enteco. Su cara expresaba una jactancia perpetua, casi diré, la felicidad. No creo que sintiese el haber sido enviado á presidio. Como era platero y no había otro en la ciudad, nunca le faltaba trabajo. Nada necesitaba, y vivía *ricamente*, sin gastar todas sus ganancias, pues ahorra y era prestamista. Poseía un samovar, un buen colchón, tazas y un cubierto. Los judíos de la ciudad no le escatimaban su protección. Cada sábado iba á la Sinagoga, cosa que autorizaba la ley. Vivía como el ratón dentro del queso, pero esperaba con impaciencia el término de su condena para «casarse». Era una mezcla cómica de candidez, de tontería, de astucia, de impertinencia, de sencillez, de timidez, de jactancia y de imprudencia. Lo que más me asombraba es que los presos no se burlasen de él, y que si le molestaban fuese en broma. Isaías Fomitch era evidentemente el regocijo de todos: «¡Sólo tenemos un Isaías, no le molestéis!»—decían los penados.—Y aun cuando él lo comprendía, se daba importancia, y aquello divertía mucho á mis compañeros. Había entrado en presidio del modo más risible, según me contaron. Una tarde se esparció el rumor de que había llegado un judío y que le afeitaban en el cuerpo de guardia para llevarle inmediatamente á una de las cuadras. Como no había un solo judío en toda la cárcel, se le esperaba con impaciencia. El sargento de servicio le condujo á la cárcel civil y le indicó dónde debía acostarse. Isaías traía un saco con la ropa de su pertenencia y la que le dió la Ad-

ministración. Dejó el tal saco, se sentó en la cama con las piernas dobladas bajo los muslos, sin atreverse á levantar la vista. Todos reventaban de risa en torno de él y le daban vaya por su origen israelita. De pronto un deportado joven se acercó á él, llevando en la mano un pantalón viejo de verano, sucio, desgarrado y remendado con trapos viejos. Se sentó al lado de Isaias y le tocó en el hombro.

—¡Ah! querido amigo... hace seis años que te espero. Mira, ¿cuánto me vas á dar por esta prenda?

Y le enseñó aquel pingajo.

Isaias tenía una timidez tan grande que no osaba mirar aquella muchedumbre burlona de rostros aterradores, agrupada en círculo compacto alrededor de él. El miedo le impedía hablar. Cuando vió la prenda que le presentaban, se estremeció y empezó á palpar atrevidamente el harapo. Hasta se acercó á la luz. Todos esperaban lo que iba á decir.

—¿Y qué? ¿no piensas darme un rublo de plata? Me parece que bien lo vale— continuó el penado guiñando su ojo.

—¡Un rublo, no, pero sí siete kopeks!

Fueron las primeras palabras que pronunció Isaias Fomitch en el presidio.

Los reclusos soltaron una carcajada.

—¿Siete kopeks? Bueno... vengan. ¡Pero no pierdas esta prenda, me respondes de ella con tu cabeza!

—Con tres kopeks de interés serán diez, que tendrás que devolverme,—dijo el judío con voz temblorosa, metiendo la mano en el bolsillo para sacar el dinero y echando miradas temerosas á los penados. Sentía mucho miedo, pero las ganas de hacer un buen negocio pudieron más que su temor.

—¿Tres kopeks de interés... por año?

—¡No! no por año, sino por mes.

—¡Eres terriblemente cicatero! ¿Cómo te llamas?

—Izaiáz Fomitch (1).

—¡Bueno! Pues me parece que irás lejos, ¡Isaiás Fomitch! Adiós.

El judío examinó otra vez el pantalón, lo dobló y lo metió cuidadosamente en su saco. Los penados continuaban riendo.

En realidad todos le querían, y aun cuando todos le debían dinero, nadie le ofendía. Era manso como un corde-ro, y cuando vió que nadie le molestaba, empezó á darse importancia, pero de un modo tan cómico, que se le perdonaba de buena gana.

Luka, que conociera á muchos judíos cuando estaba en libertad, le hostigaba á menudo, no por maldad, sino por divertirse, como se juega con un perro, con un loro ó con un gato. Isaiás lo sabía y no se enfadaba, y á sus bromas contestaba con otras.

—¡Ojo, judío! te voy á dar un varapalo.

—Si me das un palo yo te daré diez—contestaba bravamente Isaiás.

—¡Maldito tiñoso!

—Todo lo tiñozo que quieraz.

—Asqueroso judío.

—Todo lo azquerozo que quieraz... tiñozo, pero rico. ¡Tengo dinero!

—¿Has vendido á Jesucristo?...

—¡Zí, zí!...

—Es un gran hombre nuestro Isaiás. ¡Un valiente! No le molestéis; sólo tenemos uno.

—¡Eh! judío, ¡coge un látigo que vas á ir á Siberia!

—¡Zi ya estoy, hombre!

—Te enviarán más lejos.

—¿También eztá Dioz allá abajo?

—Ya lo creo.

(1) Casi todos los judíos rusos. cecean y son cobardes de un modo increíble.

—¡Pues bueno, como queráis! Mientras ezté Dioz y haya dinero, todo va bien.

—Es un héroe nuestro Isaías, un verdadero héroe —gritaban en torno de él.

El judío advierte que se burlan de él, pero quiere hacerse el temeroso; los elogios que se le hacen le causan vivo placér, y con una voz chillona de tenor que se oye en todo el cuartel, empieza á cantar: ¡*La, la, la, la, la!* con un ritmo raro. Es la única canción que se le oyó mientras permaneci6 en presidio. Cuando se hubo hecho amigo mío, me asegur6 que aquella canción era la que cantaban seiscientos mil judíos al atravesar el Mar Rojo, y que todo israelita debe cantar después de alcanzar una victoria sobre sus enemigos.

La víspera de cada sábadó, los penados venían expresamente á nuestra cuadra para ver cómo Isaías celebraba el sábadó. Aquella curiosidad general le alegraba. Cubría su mesita y abría un libro, encendía dos bujías, murmuraba algunas palabras misteriosas y se ponía una especie de casulla de colores chillones, sin mangas, que conservaba preciosamente en el fondo de su baúl. Se ceñía las muñecas con brazaletes de cuero, y por medio de una cinta se pegaba á la frente una cajita (1), empezaba entonces á rezar, leía ceceando, gritaba, escupía y hacía ademanes extraños y grotescos. Todo aquello estaba prescrito por las ceremonias de su culto. Nada tenían de visible ó de raro, á no ser la importancia que se daba Isaías Fomitch al cumplir aquellas ceremonias. A veces se cubría brusca-mente la cabeza con ambas manos y empezaba á leer sollozando... Aumentaban sus sollozos, y movido de su dolor dejaba caer sobre el libro su cabeza que ostentaba aquella cajita; y de repente, entre sus sollozos desesperados, se echaba á reir y recitaba gangueando un himno

(1) Esta cajita cúbica, llamada *sephir* en hebreo, representa el templo de Salomón; están escritos en ella los diez mandamientos de la ley mosaica.

con voz triunfante, como enternecida y debilitada por un exceso de dicha... «No hay quien le entienda»,—decían á veces los reclusos.—Pregunté un día á Isaías lo que significaban tales sollozos y por qué pasaba bruscamente de la desolación á la alegría más desordenada. Gustábale que le hiciera semejantes preguntas. Me explicó inmediatamente que el llanto lo provocaba la pérdida de Jerusalén, pero la ley hebrea dispone que cuando más desesperado se esté, se debe recordar como casualmente, que una profecía promete á los judíos la vuelta á Jerusalén, y que entonces es preciso regocijarse y rezar sus preces, dando á su voz acentos de dicha y á su rostro la mayor solemnidad y nobleza. Isaías me explicaba todo aquello con mal disimulada satisfacción. Una vez, cuando estaba más entusiasmado en sus rezos, entró el mayor seguido del oficial de guardia y de unos soldados. Todos los reclusos se alinearon, y únicamente Isaías continuó gritando y gesticulando. Sabía que estaba permitido su culto, que á nada se exponía practicándolo, y por lo tanto, creo que le gustaba manotear y gritar en las barbas del jefe.

Éste se le acercó, y entonces el judío, de pie ante el oficial, empezó á cantar su himno de victoria, gesticulando y moviendo los brazos. Cuando tuvo que dar á su rostro una expresión de dicha y de nobleza, lo hizo riendo y moviendo la cabeza. El mayor se asombró al principio, después se echó á reír, le llamó «bendito» y se fué, mientras continuaba vociferando Isaías.

Al cabo de poco rato, mientras cenaba, le pregunté lo que habría hecho si le hubiese dado al mayor por enfadarse.

—¿Qué mayor?

—¿Cómo? ¿No ha visto usted al mayor?

—No.

—Sin embargo estaba á dos palmos de usted.

Isaías me aseguró con gran seriedad que no le había visto, pues mientras rezaba, le sobrecogía tal éxtasis que

no veía ni oía nada de lo que pasaba á su alrededor. Aun me parece estar viendo á Isaías holgazanear el sábado como prescribe la ley mosaica. ¡Qué endiabladas anécdotas me contaba! Cada vez que volvía de la sinagoga me traía noticias de Petersburgo y rumores absurdos que me afirmaba que le habían comunicado sus correligionarios los cuales á su vez los habían recibido de otros.

Pero ya he hablado bastante de Fomitch.

En la ciudad sólo había dos establecimientos de baños; el primero, propiedad de un judío, estaba dividido en compartimentos y se pagaba cincuenta kopeks por baño; iba allí la aristocracia. El otro, viejo, sucio, reducido, estaba destinado al pueblo; allí íbamos los forzados. Hacía buen tiempo, pero frío; los reclusos holgábanse de salir y recorrer la ciudad.

Por el camino no cesaban las bromas y las risas. Un pelotón de soldados con el fusil armado nos acompañaba. Aquello resultaba también un espectáculo para la ciudad. Una vez llegados, la estrechez del local hizo que se nos dividiera en dos grupos, uno de los cuales aguardaba en el cuarto frío que precede al de la estufa, mientras el otro grupo se lavaba. A pesar de esto, era tan angosta la sala que me parecía imposible que la mitad de nosotros cupiésemos en ella. Petrof estuvo de continuo á mi lado; y aunque no le rogué que me ayudara, me ofreció espontáneamente lavarme. Al mismo tiempo que Petrof, me ofreció sus servicios Bakluchín, penado de la sección particular. Me acuerdo bien de él; sus compañeros le llamaban el «Explorador,» y era el más alegre y campechano de todos. Éramos buenos amigos. Petrof me ayudó á desnudarme, á lo cual no estaba acostumbrado. Es muy difícil que un recluso novicio se desnude, pues hay que saber soltar diestramente las correas que sostienen las cadenas. Estas correas tienen diecisiete centímetros de largo y se sujetan por encima de los calzoncillos debajo del grillete que ciñe la pierna. Un par de correas cuesta sesenta kopeks; cada

penado debe comprarlas, pues sino sería imposible andar. El grillete no se ajusta del todo á la pierna, pues entre el hierro y la carne puede pasar el dedo, y por lo tanto, el hierro frota la pantorrilla, y un solo día de marcha, sin correas, produce llagas. Quitar las correas, no ofrece ninguna dificultad, pero no ocurre lo mismo para hacer pasar los calzoncillos. Para sacarlos es menester un prodigio de destreza. Quien nos enseñó primeramente á hacerlo, fué Korenef, aquel jefe de bandoleros que estaba en Tobolsk condenado á cinco años de cadena. Los forzados están acostumbrados á dicha operación y la ejecutan con gran destreza. Di algunos kopeks á Petrof para comprar jabón y un estropajo de corteza de tilo, con el que se frota uno en la estufa. Es verdad que daban á los detenidos un trozo de jabón, pero era pequeño como una moneda de dos kopeks y muy delgado. El jabón se vendía en el mismo gabinete con el *sbitene* (bebida compuesta de miel, especias y agua caliente,) bollos de pan blanco y agua hirviendo, pues cada forzado solo obtenía un lebrillo según los tratos hechos entre el propietario de los baños y la administración del presidio.

Los detenidos que deseaban limpiarse bien podían comprar por dos kopeks otro lebrillo de agua que les entregaban por un torno construído para ello. Cuando estuve desnudo, Petrof me cogió por el brazo haciéndome notar que me costaría mucho moverme con la cadena. «Sujételas hacia arriba,» me dijo sosteniéndome por los sobacos. «Cuidado, hay que pasar el umbral de la puerta.» Me avergonzaban sus cuidados, y le dije que ya andaría solo, pero no me hizo caso. Tenía por mí las mismas atenciones que por un niño torpe á quien todos procuran ayudar. Petrof no era servil, y en nada se parecía á su criado; si le hubiera ofendido, de fijo que me escociera. No le ofrecí nada por sus servicios ni él me pidió nada. No sé, por lo tanto, qué le inspiraba tal solicitud.

Cuando abrimos la puerta de la estufa, se me antojó

que entrábamos en el infierno (1). Imagináos una sala de doce pasos de largo por otros tantos de ancho, en la cual se amontonara cien hombres á la vez, ó por lo menos ochenta, pues éramos entre todos doscientos, divididos en dos secciones. El vapor nos cegaba; el hollín, la suciedad y la falta de espacio eran tales, que no sabíamos dónde poner los pies. Me asusté y quise salir. Petrof me tranquilizó. Con gran trabajo, bien ó mal, nos encaramamos á los bancos, pasando por encima de los penados á los que rogábamos que se inclinaran para dejarnos paso. Pero todos los bancos estaban ya ocupados. Petrof me dijo que debía comprar una plaza y entró en negociaciones con un penado que estaba junto á la ventana. Mediante un kopek consentió aquel en cederme su sitio, después de recibir la moneda que Petrof tenía preparada. Él se deslizó debajo de mí en un sitio sombrío y sucio; por lo menos había allí dos dedos de moho; hasta los sitios de debajo de los bancos estaban ocupados; los forzados se removían por todas partes. En el suelo no había un espacio grande como la palma de la mano que no estuviera ocupado. Los que estaban en pie se lavaban y el agua sucia corría á lo largo de los cuerpos y caía sobre las cabezas afeitadas de los que estaban sentados. Sobre los bancos y las gradas estaban amontonados otros forzados que se lavaban sentados; pero relativamente eran pocos. Al pueblo no le gusta lavarse con agua y jabón; prefiere permanecer muchos ratos en la estufa é inundarse en seguida de agua fría, así es como toman el baño. Los que estaban en el suelo, se lavaban con los estropajos y se azotaban con ellos hasta más no poder. A cada instante aumentaban el vapor (2); así es que lo que sentíamos, no era ya calor, sino una quemadura como la de la pez hirviente. Se gritaba, se reía, con

(1) He aquí lo que dice Turguenief á propósito del párrafo que sigue, en una de sus cartas: «El cuadro del baño, es verdaderamente digno del Dante.»

(2) Para conseguirlo se echan gotas de agua en el horno ardiente.

acompañamiento de cien cadenas que arrastraban por el suelo. Los que querían pasar de un sitio á otro, enredaban sus cadenas con las de los otros, chocaban sus cabezas contra las de aquellos que estaban en el suelo, caían, juraban, y arrastraban en su caída á los demás. Todos parecían poseídos de una especie de embriaguez, de loca excitación; por todas partes se oían gritos y chillidos. Había un amontonamiento indecible junto al horno por donde daban el agua caliente, que saltaba por todas partes salpicando las cabezas de los que estaban sentados en el suelo. Parecíamos estar libres, y sin embargo, de vez en cuando, aparecía detrás de la ventana del gabinete ó por la puerta entreabierta, el rostro bigotudo de un soldado, fusil en mano, que velaba para que no se produjera ningún desorden. Las cabezas afeitadas de los reclusos y sus cuerpos, á los que el vapor daba un tinte sangriento, parecían aún más monstruosos. En las espaldas coloradas por el vapor, aparecían claramente las cicatrices de los latigazos antiguos, de modo que aquellos lomos parecían que acababan de ser magullados. ¡Extrañas cicatrices! Sólo de verlas me estremecí. Se aumenta más el vapor, y el cuarto de baño se cubre de una nube espesa, ardiente, en el seno de la cual todo se agita y grita y chilla. De esta nube surgen espaldas magulladas, cabezas afeitadas, escorzos de brazos y piernas, y para completar el cuadro, Isaías Fomitch vocifera con todas sus fuerzas en el banco más alto. Se satura de vapor, cualquier otro caería desfallecido, pero ninguna temperatura es bastante elevada para él; contratava por un kopek á un penado para que le frote, pero éste al cabo de un instante no puede resistir más, arroja el estropajo y corre á inundarse de agua fría. Isaías no se da por vencido y contratava á otro, y después á otro; en tales ocasiones no repara en gastos y cambia hasta cinco veces de frotador. «¡Bien se requema Isaías Fomitch!» le gritan desde abajo los reclusos. El mismo judío comprende que puede más que los otros, que les vence; y con su voz ás-

pera y chillona, canta su sonsonete: *la, la, la, la, la*, que domina todos los sonidos. Pensaba yo que si algún día estuvieramos juntos en el infierno debería ser en un sitio parecido. No pude por menos de comunicar tal idea á Petrof. Miró en derredor y no contestó. Hubiera querido alquilarle un sitio á mi lado, pero se sentó á mis pies y declaró que estaba perfectamente. Bakluchín nos compró cuanta agua caliente necesitábamos. Petrof me dijo que me lavaría de pies á cabeza á fin de que estuviera limpio, y me rogó que tomara más vapor. No me decidí. En seguida me frotó todo el cuerpo. «Ahora voy á lavarle á usted los piececitos,» dijo á modo de conclusión. Quería contestarle que ya me podía lavar yo mismo, pero le dejé hacer. En el diminutivo piececitos, que empleara, no había servilismo alguno; Petrof no podía llamar á mis pies por su nombre, porque los otros, los verdaderos hombres, tenían pies, como decía, pero yo, piececitos.

Después de haberme limpiado, me condujo al gabinete sosteniéndome. Me ayudó á vestirme, y después, se lanzó otra vez al baño para saturarse de vapor.

Llegando al cuartel, le ofrecí un vaso de te, que aceptó. Bebió y me dió las gracias. Pensé que debía ofrecerle aguardiente. Lo compré en la misma cuadra. Petrof quedó muy contento, bebió el aguardiente, lanzó un gruñido de satisfacción y me dijo que yo le devolvía la vida; luego se fué á la cocina como si allí no pudiera hacerse nada de importancia sin él. Se presentó otro interlocutor: era Bakluchin de quien ya hablé y al que también invité á tomar te.

No recuerdo carácter más agradable que el de Bakluchin. A decir verdad, no perdonaba á menudo; no podía sufrir sobre todo que se mezclaran en sus asuntos: en una palabra, sabía defenderse; pero sus riñas duraban poco, y creo que todos le querían; en todas partes se le recibía bien. Era un mozo alto, de unos veinte años, de cara in-

genua y resuelta y nada feo. Tenía gran aptitud para imitar la cara de cualquiera, desfigurando cómicamente la suya, lo cual hacía que los que le miraban riesen á carcajadas. Era un bromista, pero no se dejaba atropellar por los misántropos, así es que todos le respetaban; estaba lleno de vida y ardor. Se hizo mi amigo desde los primeros días y me contó su carrera militar. Entró de niño en un regimiento y fué soldado en el de exploradores, donde algunos jefes le distinguieron. Hizo en seguida muchas preguntas acerca de Petersburgo. Leía mis libros. Cuando vino á tomar el te, hizo reventar de risa á todos, contando que el teniente M... había reñido por la mañana á nuestro mayor; me anunció que probablemente tendríamos una función teatral en el presidio. Los detenidos proyectaban dar un espectáculo por Navidad. Ya se habían encontrado los actores y se preparaban las decoraciones. Algunas personas de la ciudad habían prometido prestar vestidos de mujer para la representación. Se esperaba que uno de los asistentes nos dejaría un uniforme de oficial. ¡Mientras al mayor no se le ocurriera prohibir el espectáculo como el año anterior! Pero entonces estaba de mal humor porque había perdido al juego, y porque se armó una tremolina en la cárcel, pero quizá este año no se mostraría tan severo. Bakluchin estaba exaltado: se veía que era uno de los principales organizadores de la función. La ingenua alegría que manifestaba me conmovió. De una cosa á otra acabamos por hablar con gran franqueza. Me dijo que no sólo había servido en Petersburgo, sino que le habían enviado á Riga con el grado de sargento.

— Desde allí me han enviado aquí, —añadió.

—¿Por qué?—le pregunté.

—¿Por qué? No lo adivinaría usted; porque me enamoré...

—¡Bah! Aun no se destierra por eso, —contesté yo riendo.

—La verdad es, que por ella, maté á un alemán de un

pistoletazo. ¿Pero valía la pena de enviarme á trabajos forzados por un alemán? Dígalo usted mismo.

—¿Cómo ocurrió eso? Cuénteme esa historia que debe ser curiosa.

—Bastante.

—Tanto mejor; cuente usted.

—¿Lo quiere así? Pues bien, oiga...

Y escuché la historia de un asesinato... No era «curiosa» pero sí muy extraña.

—He aquí lo que pasó,—empezó Bakluchin.—Me habían enviado á Riga, una ciudad grande y hermosa que sólo tiene un defecto; que hay demasiados alemanes. Era toda vía un joven bien visto por mis jefes; llevaba la gorra de cuartel de medio lado y pasaba agradablemente el tiempo. A una de ellas, llamada Luísa, le gusté mucho. Ella y su tía eran planchadoras de ropa fina. La vieja parecía una caricatura y tenía dinero. Al principio me entretenía en pasar bajo sus ventanas, pero pronto trabé conocimiento con la joven. Hablaba bien el alemán aunque ceceando un poco. Era encantadora. La atacué con viveza, pero ella me dijo:

—No, Sacha, no me pidas eso, quiero conservar mi inocencia para ser digna de ti.

Y se limitaba á acariciarme, riendo alegremente. Ella misma me incitó á que la tomara por esposa; me disponía, pues, á pedir permiso al coronel cuando de repente Luísa no acudió á la cita. La envié una carta... no contestó. ¿Qué hacer? pensé. Si me engañara no se portaría así. Como no sabía mentir, habrá roto del todo conmigo. «Es una jugarreta de la tía,» pensé. No me atreví á ir á su casa.. Estaba desesperado, y le escribí una última carta en la cual le decía: «Si no vienes iré á tu casa.» Tuvo miedo y acudió, y empezó á llorar, y me contó que un alemán, Schultz, primo suyo lejano, relojero, y de cierta edad, pero rico, se quería casar con ella. La quería desde

hacia tiempo, pero no se había decidido á hablar hasta entonces.

— Ya lo ves, Sacha, me dice, es rico y puede hacerme feliz; ¿querías privarme de mi dicha?

La miro, y llora, y me besa, y me estrecha entre sus brazos...

— Es verdad, me dije, tiene razón. ¿Qué ventaja sacaría de casarse con un soldado ó con un sargento?

Y dirigiéndome á ella, exclamé:

— Ea, adiós, Luisa; no tengo derecho á sacrificarte. ¿Qué facha tiene tu novio? ¿Es guapo?

— No, es de cierta edad, y tiene la nariz muy larga.

Y diciendo esto soltó una carcajada.

La dejé, pensando que así lo quería mi destino.

Al día siguiente pasé cerca del almacén de Schultz, pues Luisa me había dicho donde vivía.

Miro á través de los cristales, y veo á un alemán que arregla un reloj. Debía tener unos cuarenta y cinco años, la nariz aguileña, los ojos saltones, y llevaba un frac de cuello recto. Escupí de desprecio al verle; tentaciones me daban de romper los cristales del escaparate.

Pero reflexioné y ví que no valía la pena. Llegué al cuartel al anochecer, me tumbé en la cama y me eché á llorar.

Pasan tres días sin ver á Luisa; pero supe por una comadre que el alemán conocía nuestros amoríos y que aquello le había decidido á casarse lo antes posible. Hizo jurar á Luisa que no me vería más. También me dijo la comadre que el alemán los había invitado para dos días después, que era domingo, á tomar café con él, y que acudiría otro pariente pobre que estaba de encargado en una taberna. Cuando supe que el domingo se decidiría el asunto, me puse tan furioso que me daban ganas de comerme al alemán.

El domingo por la mañana no había decidido aún nada, y apenas oí misa, salí corriendo, me envolví en el capote

y fui á casa del alemán. No sé qué idea me llevaba allí. Me había metido en el bolsillo una pistolita cargada que apenas si era una verdadera arma. Pensé sin embargo que me arrojarían de allí, que el alemán me insultaría y que entonces, con la pistola, les asustaría á todos. Llego; no hay nadie en la escalera; todos estaban en la trastienda. La única criada de la casa estaba ausente. Atravieso el almacén, veo que la puerta está cerrada con una cadena, el corazón me late, me detengo y escucho. Hablan en alemán; abro la puerta de un puntapié, miro y veo que la mesa está puesta. Había encima una gran cafetera y una lámpara de alcohol que hacía hervir el café, y bizcochos. En una fuente, una garrafa de aguardiente, arenques, salchichón y una botella de vino. Luisa y su tía, con los trapitos de cristianar, estaban sentadas en el diván. Enfrente de ellas, el alemán sentado en una silla, bien peinado, de frac y muy elegante, hacía el papel de novio. Un poco más lejos estaba otro alemán ya viejo, gordo y de pelo gris. Callaba. Cuando entré, Luisa se puso pálida. La tía se levantó de un salto y volvió á sentarse. El alemán se enfadó. ¡Qué colérico se puso! Se levantó, y me dijo viniendo á mi encuentro:

—¿Qué desea usted?

Confieso que no hubiera sabido qué decir si la ira no me hubiera dado ánimos.

—¿Preguntas qué deseo? Acoje á un huésped y dale una copa de aguardiente. He venido á visitarte.

El alemán reflexionó un instante y me dijo:

—Siéntese usted.

Me senté.

—He aquí aguardiente... beba... se lo ruego.

—Dame buen aguardiente, ¡eh!

Cada vez estaba más irritado.

— Bueno es.

Me dió una terrible rabia ver que me miraba de arriba

abajo. Lo que más me podía, era que Luisa estaba allí. Bebí y le dije:

—Oye, alemán, ¿por qué te portas groseramente? Trábenos conocimiento, pues he venido á tu casa en calidad de amigo.

—No puedo ser su amigo porque es usted un simple soldado.

Entonces me indigné.

—¡Ah maniquí! ¡Choricero! ¿Sabes que puedo hacer de ti lo que me dé la gana? ¿Quieres que te rompa la cabeza con esta pistola?

Saco mi pistola, me levanto, y le aplico el cañón á la frente. Las mujeres estaban más muertas que vivas. El viejo, pálido, temblaba como las hojas.

El alemán se asombró pero pronto recobró su sangre fría.

—No me asusta usted, y le ruego á fuer de hombre bien educado, que ponga fin á esta broma. Le digo que no me asusta.

—¡Mientes, tienes miedo! ¡Ved! No se atreve siquiera á moverse.

—No se atreverá usted á lo que dice.

—¿Por qué no?

—Porque está prohibido y sería usted severamente castigado.

—¡Llévese el diablo al imbécil alemán! Si no me hubiera desafiado aún estaría vivo.

—¿De modo que crees que no me atreveré?...

—¡No!

—¿No me atreveré?

—¿No? ¡Toma! ¡Salchichón!

Disparo y se desploma sobre la silla. Los otros chillan. Volví á meterme la pistola en el bolsillo, y al llegar á la fortaleza, la arroje entre las ortigas á la entrada.

Me tiendo en la cama y pienso: «Pronto van á prenderme.» Pasa una hora y otra y no llega nadie. Por la tarde

sentí tal pesar, que salí; á toda costa quería ver á Luisa. Pasé por la casa del relojero. Había un grupo de gente... la policía... Fui á ver á la comadre y le dije: «Ve á llamar á Luisa.» Poco esperé; pues acudió en seguida y se abalanzó á mi cuello llorando. «Yo tengo la culpa, me dijo, escuché á mi tía.» Me contó que su tía, después de aquella escena volvió á su casa y que se puso enferma y no había dicho una palabra. El relojero había enviado fuera de la casa á la criada, temiendo que si veía á Luisa la arañara. Tampoco tenía ningún dependiente en la tienda y él mismo había preparado el café y el almuerzo. En cuanto al pariente viejo, como estaba acostumbrado á callar toda su vida, cogió el sombrero y se marchó. «De fijo que callará,» añadió Luisa. Así fué. Durante dos semanas nadie me molestó ni sospechaban de mí. Quizá lo dude usted, pero esas dos semanas fueron las únicas dichosas de mi vida. Veía á Luisa todos los días. ¡Cuánto me quería! Me decía llorando: «Si te destierran iré contigo, lo abandonare todo por seguirte.» Yo pensaba en suicidarme por la lástima que ella me inspiraba. Pero al cabo de dos semanas me prendieron. El viejo y la tía me habían denunciado.

—Oiga,—interrumpí,—me parece Bakluchin, que por eso no podían imponerle á usted mas que diez ó doce años de trabajos, y aun en la sección civil, y veo que está usted en la «sección particular.» ¿Cómo se comprende esto?

—Ese es otro asunto,—replicó Bakluchin.— Cuando comparecí ante el consejo de guerra, el capitán relator empezó á insultarme ante el tribunal y á decirme palabras gruesas. No lo pude aguantar, y le grité: «¿Por qué me insultas? ¿No ves, canalla, que te miras en un espejo?» Esto me valió un nuevo proceso, y por ambos delitos me condenaron á cuatro mil latigazos y á la sección particular. Cuando llegó la hora de pasar por la *calle verde*, se llevaron también al capitán. Había sido degradado y enviado

al Cáucaso como simple soldado.—Hasta la vista, Alejandro Petrovitch, no deje usted de asistir á la representación.

X

LA FIESTA DE NAVIDAD

Se acercaban las fiestas. La víspera del gran día, casi no trabajaron los forzados. Los que trabajaban en los talleres de costura y similares, así como de trabajos forzados, volvieron casi inmediatamente al presidio y por la tarde nadie trabajó. Desde por la mañana la mayoría de los penados cuidaban de sus propios asuntos: unos buscaban aguardiente, otros pedían permiso para ver á sus compadres ó comadres ó cuidaban de cobrar los piquillos que se les debía. Bakluchin y los penados que tomaban parte en la representación teatral andaban más atareados. Iban y venían hasta los que nada tenían que hacer imitando á los demás; en una palabra, todos parecían estar á la expectativa de un acontecimiento extraordinario. Por la tarde, los inválidos que servían de recaderos á los penados trajeron vituallas de toda especie; carne, lechones y ocas. Muchos detenidos hasta los más económicos, aquellos que durante todo el año ahorraban, creían que debían celebrar la festividad con toda pompa. El día siguiente era para todos una verdadera fiesta á la que tenían derecho, reconocido por la ley. Los detenidos no debían trabajar aquel día; sólo había tres días parecidos en todo el año.

¿Qué recuerdos debían despertar en el alma de los detenidos la aproximación de tal fiesta? Desde la infancia,

el pueblo se fija en fiestas parecidas. Debían recordar con angustia esos días en que la humanidad entera descansa de sus penosos trabajos en el seno de la familia. El respeto de los forzados por aquel día tenía algo de imponente. Hasta los más alegres parecían serios y tenían un aspecto solemne. Hasta los mismos que pensaban coger una borrachera ó que la habían ya cogido tenían un aspecto grave. Parecía que estuviera prohibido reír. Cuando alguien se permitía alguna broma, protestaban todos y se enfadaban como si se hubiera faltado el respeto debido á la festividad. Tal disposición de ánimo era notable y conmovedora. Además de la veneración que tenían por tal día, presienten los forzados, que observando tal fiesta se hallan en comunidad con el resto del mundo, y que en cierto modo, no son unos réprobos fuera de la ley común, sino que aunque no sea mas que por unas horas, viven y sienten como siente y vive durante unas horas el resto de la humanidad.

Esto lo ví y lo comprendí por mí mismo. Akim Aki-mytych había hecho grandes preparativos: no tenía recuerdos de familia porque era huérfano desde niño y había entrado en el ejército á los quince años; no había sentido alegrías y no era tampoco muy religioso, porque su formalismo había ahogado en él todas sus sensaciones, todas sus inclinaciones buenas ó malas. Se preparaba á festejar las navidades tranquilamente; no se sentía entristecido por ningún recuerdo inútil, pero así como cumplía sus deberes, imaginaba que en el número de estos entraba el festejar debidamente día tan solemne y obraba en consecuencia. No es que la importancia de aquel día ó de un hecho cualquiera despertara la actividad de su cerebro; pero tenía por costumbre ejecutar los mandatos que se le imponían con gran escrupulosidad. Si le hubieran ordenado un día hacer lo contrario de lo que hiciera el día anterior, no se hubiera admirado lo más mínimo, y hubiera hecho lo que le decían con toda sencillez.

Recordaba sin duda que una vez que quiso pensar por su propia cuenta le había salido mal y que á consecuencia de ello había ido á parar á presidio. Es mucha verdad que no llegó jamás á comprender que hubiera faltado á lo que las reglas superiores sociales exigen de los hombres; pero de su proceso y condena, había sacado por lo menos una lección que no cayó en saco roto: que no debía razonar jamás, porque su inteligencia no estaba á la altura del asunto que debía juzgar. Ciegamente entregado á la práctica de todas las ceremonias, miraba con respeto el lechoncillo que rellenó y asó él mismo, porque tenía algunos conocimientos culinarios, absolutamente como si no se hubiera tratado de un lechoncillo ordinario, sino de un animalito especial destinado á comérselo en Navidad. Quizá estaba acostumbrado desde su infancia á que en tal día apareciera en la mesa un lechón y deducía que era necesario para celebrar dignamente la fiesta. Seguro estoy de que, si por desgracia, no hubiera comido de aquella carne aquel día, hubiera sentido remordimiento durante toda su vida. Hasta el día de Navidad llevó la chaqueta vieja y el viejo pantalón que á pesar de todos sus cuidados estaban casi inservibles. Supe que guardaba en su baúl el nuevo traje que le habían entregado cuatro meses antes y que no se había puesto, para estrenarlo en Navidad. Así lo hizo. La víspera sacó del baúl el traje que le sentaba perfectamente: todas las prendas estaban bien, la chaqueta se abotonaba hasta el cuello y el corte recordaba el del uniforme; así es que Akim sonrió con satisfacción examinándose en su espejito. Únicamente un botón de la chaqueta no parecía estar en su sitio: Akim lo notó y lo cosió de nuevo; se probó otra vez la chaqueta que no le hacía una arruga. Volvió á doblar entonces el traje, y tranquilo del todo, lo guardó esperando el día siguiente. Tenía el cráneo bien afeitado, pero después de un atento examen, Akim adquirió la certidumbre de que no estaba bien liso. Háblale crecido imperceptiblemente el pelo; fué al barbe-

ro para que le afeitara como prevenía la ordenanza. Aquella escrupulosidad por los detalles la tenía grabada en su corazón como la imagen de la más perfecta belleza que un hombre puede y debe alcanzar. En su calidad de «antiguo» de la cuadra, veló para que trajeran heno seco y lo esparcieron por el suelo. Lo mismo se hacía en las otras cuadras. No sé por qué siempre se ponía heno en el suelo el día de Navidad (1). En cuanto Akim hubo terminado su trabajo, rezó sus oraciones, se acostó y se durmió con el sueño tranquilo de la infancia para despertarse temprano al día siguiente. Lo mismo hicieron los demás penados. Nadie se cuidó de jugar. Todos esperaban el día siguiente. ¡Por fin llegó!

Desde muy temprano, antes que amaneciera, tocaron diana, y el sargento pasó lista y felicitó á los penados. Se le contestó con amabilidad, felicitándole igualmente. Akim y muchos otros que habían comprado ocas y lechonillos se fueron velozmente á la cocina para ver como lo guisaban. Por las ventanitas de la cuadra se veía á través de las tinieblas arder los fuegos de las dos cocinas cuyos seis fogones estaban encendidos. En el patio los penados ya vestidos iban de un lado á otro. Algunos, muy pocos, habían conseguido ya beber aguardiente. Eran los más impacientes. Todos obraban con decencia, apaciblemente, mucho mejor que de costumbre. Algunos iban á las otras cuadras para felicitar las fiestas á sus conocidos. Parecía que aquel día reinara buena armonía entre todos. He de notar de paso que los reclusos casi nunca se demuestran amistad, como sucede entre la gente libre. En general aparecíamos duros y secos unos para otros. Yo salí también de la cuadra. Clareaba; apagábanse las estrellas y una niebla helada se elevaba del suelo. Muchos de los detenidos que encontré me felicitaron afablemente. Les dí las gracias devolviéndoles sus felicitaciones.

(1) En Polonia aun se pone heno entre los manteles y la mesa á fin de recordar que Jesús nació en un pesebre.

Cerca de la cocina se me acercó un forzado del cuartel militar. Apenas me vió corrió hacia mí gritando: «¡Alejandro Petrovitch!» Me detuve y esperé. Era un joven poco comunicativo que no había hablado aún desde que entré en presidio y del que ignoraba el nombre. Al llegar junto á mí me miró sonriendo tontamente pero con expresión feliz.

—¿Qué desea usted?—le pregunté no sin asombro.

Permaneció mirándome y sonriendo pero sin decirme nada de particular.

—¿Eh? ¿No sabe usted que hoy es la fiesta?—murmuró.

Comprendió que nada más tenía que decirme y se marchó á la cocina.

Durante el tiempo de mi permanencia en presidio no nos dirigimos más la palabra y apenas nos vimos.

En torno de los hornillos de la cocina se movían y agitaban los reclusos. Cada cual vigilaba sus guisos y los cocineros preparaban el rancho porque debía comerse más temprano. Nadie había comido aún, aunque todos tuvieran apetito. Esperaban al sacerdote porque el ayuno sólo cesaba después de llegar él. Aun no apuntaba el día, cuando el cabo gritó desde la puerta de la cárcel: «¡Los cocineros!» Tal llamamiento se repitió sin interrupción casi durante dos horas. Se quería á los cocineros para que recibieran las limosnas que llegaban de todos los puntos de la ciudad: bollos de pan blanco, pasteles, embutidos, y pastas con manteca. Creo que no había tendera, ni ama de casa de la ciudad que no enviara algo á los «desgraciados.» Algunas de las limosnas eran magníficas, por ejemplo, gran número de panes de flor; había otros bien humildes, un bollo de pan blanco de dos kopeks y dos *changhi* negros apenas cubiertos de natilla agria. Era el regalo del pobre al pobre, para quien aquel había gastado su último kopek. Todo era aceptado con igual reconocimiento. Los reclusos, al recibir las limosnas, se quitaban la gorra y daban las gracias saludando á los donantes.

Cuando se había recogido un gran montón de panes se llamaba á los «antiguos» de cada cuadra á fin de que los repartieran por igual. Tal reparto no producía riñas ni injurias. Akim con otro detenido, repartía entre los forzados el lote que nos tocaba y todos quedábamos contentos sin manifestar envidia pues á nadie se nos ocurría que se nos pudiera engañar. Cuando Akim hubo acabado su quehacer en la cocina, se puso el traje nuevo y después rezó durante largo rato. Muchos detenidos cumplían con la Iglesia, pero los jóvenes casi no rezaban. A lo sumo se santiguaban al levantarse y aun esto los días festivos. Akim, después de rezar sus oraciones, me felicitó las fiestas, le invitaba á tomar te, y él, devolviendo cortesía por cortesía, me invitó á su vez á comer lechón. Al cabo de poco rato llegó Petrof para felicitarme. Me parece que ya había bebido, pues habló poco conmigo y se fué á la cocina. En la cuadra de la sección militar se preparaban en aquel momento para recibir al sacerdote. Este cuartel no estaba construido como los demás y las camas se alineaban á lo largo de las paredes, y no en el centro de la sala. En el espacio libre se levantó un altar y llegó el capellán con la cruz y el agua bendita. Rezó y cantó ante el altar y luego todos los penados besaron la cruz. Luego el capellán recorrió las otras cuadras que roció con agua bendita. Cuando llegó á la cocina, alabó el pan del presidio y los penados manifestaron el deseo de enviarle dos hogazas tiernas todavía calientes, de lo cual se encargó un inválido. Los reclusos acompañaron la cruz con igual respeto que la acogieran, y poco después llegaron el mayor y el comandante. A este último se le quería y se le respetaba.

Dió una vuelta por las cuadras, felicitó á los penados, entró en la cocina y probó la sopa de coles agrias que aquel día era magnífica pues había abundancia de carne y casi exceso de manteca. El mayor acompañó al comandante hasta la puerta y ordenó que comieran los forzados. Estos trataban de no llamar su atención, pues su mirada

saltaba de derecha á izquierda como buscando motivo para reñir, ó alguien á quien castigar.

Comimos. El lechón de Akim estaba admirablemente asado.

No puedo explicarme como cinco minutos después de salir el mayor había ya gran número de reclusos borrachos, cuando en su presencia, todos parecían serenos. Abundaban las caras rojas y alegres, y las balalaikas (1) aparecieron pronto. El músico polaco seguía ya con el violín á uno que le había contratado para todo el día. La conversación se hacia cada vez más animada, pero la comida terminó sin desórdenes. Todos estaban ahitos. Muchos viejos se acostaron en seguida de comer, y Akim hizo lo mismo, creyendo sin duda que había que dormir después de celebrar una fiesta.

El «antiguo-creyente» de Starobub, después de adormecerse un rato, se encaramó á la estufa y rezó sin descanso hasta la noche. El espectáculo de aquella «vergüenza» le horrorizaba. Los tcherkeses se sentaron en el umbral de la puerta y miraron con curiosidad y asco á los borrachos. Encontré á Nurra: «*Aman, Aman*» me dijo en un arranque de honrada indignación y moviendo la cabeza: «¡Uf! ¡*Aman*, Aláh se enfadaría!» Isaiás Fomistch encendió una vela en su rincón y se puso á trabajar para patentizar que él no celebraba aquella fiesta. Se empezó á jugar á las cartas. Los forzados, aunque no temían á los inválidos, pusieron centinelas para avisar la llegada de algún sargento. El oficial de guardia hizo tres rondas, pero como no tenía mucho interés en ver lo que ocurría, nada desagradable resultó. El estar borracho en aquel día no era ningún pecado. Poco á poco todos se alegraban. Entonces empezaron las riñas. La mayoría, sin embargo, estaban serenos y se divertían viendo lo que hacían los borrachos. Gazin, contentísimo, se paseaba junto á su cama, bajo la cual

(1) Especie de guitarra.

tenía oculto el aguardiente, y sonreía al ver como acudían los consumidores. El estaba sereno pues tenía intención de emborracharse el último día de las fiestas, después de vaciar previamente los bolsillos de los demás. Oíanse distintas canciones. La borrachera era infernal y los reclusos se paseaban por grupos pulsando al desgaire las cuerdas de la balalaica, con el abrigo echado al hombro. Un coro de ocho ó diez hombres se había formado en la división particular. Cantaban muy bien con acompañamiento de guitarras y balalaicas. Las canciones verdaderamente populares eran pocas. Sólo me acuerdo de una, admirablemente cantada:

Un día siendo muchacho
estuve en un gran festín...

En presidio ví una variante desconocida de esta canción. Se la habían añadido algunos versos al final:

En mi casa, cuando mozo,
todo lo tenía en orden:
lavaba bien las cucharas,
ponía sopa de coles
y limpiaba las aldabas
que quedaban como soles.

Lo que más cantaban eran canciones llamadas «de presidiarios». Una de ellas, «*Sucedía...*» humorística, cuenta que un hombre que se divertía y vivía como un señor, fué enviado á presidio. Comía los grandes guisos, y ahora

Si me dan sopa de coles
la como á más no poder.

La siguiente canción, bien conocida, también estaba en moda.

Cuando era niño vivía,
gastaba mi capital
y el capital he perdido
quizá por suerte fatal,
y ahora vivo cautivo
y no estoy en la ciudad...

Había otras canciones muy melancólicas. Una de ellas era una verdadera canción de presidiarios:

En cuanto apunta la aurora
el tambor toca dñena,
el *Antiguo* abre la puerta
y el escribiente nos llama.
Nadie sabe que vivimos
entre rejas y murallas,
pero Dios nos compadece
y vela por nuestras almas...

Aun recordaba otra canción más melancólica, de magnífica melancolía, adaptada á unos versos muy ramplones. Los pocos que recuerdo, decían así:

¡Ya mis ojos no verán
el país donde nací
tormentos inmerecidos
por otros he de sufrir!
¡Llora el buho en el tejado
y el bosque se estremeció,
solo estoy, desesperado,
triste está mi corazón!

Así la cantan á menudo, pero no en coro sino á voces solas. A menudo, cuando acaba el trabajo, un recluso sale del cuartel, se sienta en la entrada, reflexiona y canta. Los demás le escuchan con el corazón oprimido.

Anocheecía; el hastío, la pena y el abatimiento surgían á través de la embriaguez y la licencia. El recluso que una hora antes se apretaba los ijares riendo, sollozaba ahora en un rincón borracho como una cuba. Otros habían llegado ya á las manos muchas veces ó paseaban tambaleándose por las cuadras, pálidos ó buscando armar camorra. Los que tenían el vino triste buscaban á sus amigos para llorar su dolor de borracho. Toda aquella gente anhelaba divertirse, pasar alegremente la gran fiesta, pero ¡justo cielo! ¡cuán penoso fué aquel día para todos! Petrof acudió dos veces á mi lado. Como había bebido

poco, estaba sereno, pero parecía que aguardaba algo alegre y divertido. Aunque no lo decía, se adivinaba en su mirada. Corría de cuando en cuando sin cansarse, pero nada sucedió, esceptuando la borrachera general, los insultos absurdos y el aturdimiento de todos aquellos cerebros inflamados. Sirotkin andaba también de acá para allá, con una camisa roja flamante, guapo como siempre, y muy limpio. También él parecía esperar algo. Poco a poco el espectáculo resultó insoportable, repugnante, y me sentía yo triste sin motivo. Experimentaba una piedad profunda por aquellos hombres y me sentía como ahogado entre ellos. Dos forzados disputaban para saber quién había de invitar á quién. Disputaron y poco faltó para que se pegaran. Uno de ellos guardaba rencor al otro hacía mucho tiempo, y ahora trataba de demostrarle con lengua estropajosa que había obrado injustamente cuando el año anterior le había vendido su abrigo y vuelto el dinero. Era un mocetón robusto, pacífico y listo, pero que estando borracho daba en la manía de hacer amistades y de consolarse relatando sus penas. Injuriaba á un adversario detallando sus culpas con la intención de reconciliarse después. El otro que era un hombre de anchas espaldas, fuerte, de rostro redondo, astuto como un zorro, quizá había bebido más que su camarada, pero no parecía sino ligeramente beodo. El tal forzado tenía mucho carácter y pasaba por rico; no tenía ningún interés en irritar á su camarada, así es, que le condujo junto á un *tabemen*. El amigo expansivo asegura que su camarada le debe dinero y que tiene que invitarle si es «hombre honrado.»

El tabernero, no sin sus puntas y ribetes de respeto por el consumidor y con un matiz de desprecio para el amigo expansivo, toma una copa y la llena de aguardiente.

—No, Stepka, (Estebanillo), tu debes pagar, porque me debes dinero.

—No quiero cansarme hablando.

—Mientes, Stepka,—afirma el primero;—me debes dinero. Mira, hasta tus mismos ojos no son tuyos, los has pedido prestados como todo. ¡Anda canalla! ¡Te digo que eres un canalla!

—¿Por qué demonios lloriqueas? ¡Mira, se te cae el aguardiente! ¡Ya que te convidan, bebel!—grita el tabernero al amigo expansivo;—no puedo esperar hasta mañana.

—¿Por qué gritas? ¡Ya beberé, hombre! Te felicito las fiestas, Esteban Dorofeitch!—añadió inclinándose hacia Stepka á quien un momento antes trataba de canalla.— ¡Ojalá vivas cien años sin contar los que ya has vivido!

Bebe, gruñe, lanza un suspiro de satisfacción y se limpia los labios.

—¡Ya había bebido aguardiente!—dice con mucha gravedad;—pero pronto voy á acabar mi condena. Felicítame, Esteban Dorofeitch!

—No veo la necesidad.

—¡Ah! ¿No quieres felicitar-me? En ese caso contaré á todos lo que me has hecho; además de que eres un gran canalla, te diré...

—Oye tú á tu vez, borracho,—interrumpe Stepka que pierde la paciencia.—Escucha y fíjate: dividamos el mundo en dos, toma tu la mitad y yo la otra y déjame en paz.

—¿De modo que no me devolverás mi dinero?

—¿De qué dinero hablas, borracho?

—Cuando me lo... devuelvas en el otro mundo no lo querré. Nuestro dinero es el sudor de nuestras frentes, los callos de nuestras manos. En el otro mundo te arrepentirás y te asarás por esos cinco kopeks.

—¡Vete al cuerno!

—¿Por qué me hostigas? Me parece que no soy un caballo.

—¡Ea, márchate!

—¡Canalla!

—¡Forzado!

Y los insultos llueven con más calor que antes de la comida.

Dos amigos están sentados en sus respectivas camas, uno de ellos es de alta estatura, vigoroso, gordo, parece un carnicero. Poco le falta para llorar según lo enternecido que está. El otro es el reverso de la medalla: Vanidoso, enteco, flaco, con una nariz que siempre parece constipada. Es un hombre fino y bien educado; en otro tiempo fué secretario y trata á su amigo con algún desdén, lo cual indigna á este. Habían bebido juntos todo el día.

—Se ha tomado una libertad conmigo,—grita el gordo cogiendo con la mano izquierda la cabeza de su camarada y rozándole.

Tomarse una libertad significa golpear.

El gordo envidia secretamente la esbeltez de su vecino y ambos procuran ser finos y delicados en sus conversaciones.

—Te digo que no estás en lo cierto,—exclama el secretario.

—Te digo que me has golpeado, ¿entiendes?—continúa el otro zarandeando con más fuerza á su querido amigo.

—Eres el único amigo que me queda, ¿oyes?

—¡Y yo te repito que tal disculpa debe avergonzarte, querido amigo!—replica el secretario con voz de falsete y gran cortesía.—Confiesa, amigo del alma, que tu embriaguez proviene de tu propia inconstancia.

El amigo corpulento tropieza retrocediendo, mira con expresión estúpida al secretario satisfecho, y de repente, pega con todas sus fuerzas un peñetazo en la cara delgada de este.

Así termina la amistad de aquel día. El querido amigo desaparece bajo la cama quejándose.

Uno de mis conocidos entra en nuestra cuadra. Es un forzado de la sección particular, buen chico y alegre, listo, sencillo, aun cuando algo bromista. Es el que, el día

que llegué á presidio, buscaba á un labriego rico, declaró que tenía mucho amor propio y acabó por beberse el té. Llevaba una balalaica que tocaba de mala manera, y un recluso de baja estatura y gran cabeza le seguía como su sombra. Era un hombre raro, desconfiado, siempre taciturno y serio; pero ahora que estaba borracho, se empeñaba en juntarse á Varlamof y le seguía excesivamente conmovido, gesticulando y dando puñetazos en las paredes y camas: casi lloraba. Varlamof, maldito lo que se cuidaba de él. Lo más raro es que en nada se parecían los dos hombres; ni sus ocupaciones ni sus caracteres eran parecidos. Perteneían á secciones diferentes y vivían en distintas cuadras. El forzado de baja estatura se llamaba Bulkim.

Varlamof sonrió al verle. Se detuvo cerca de mí, reflexionó un instante, se me acercó más tambaleándose, y pulsando las cuerdas de su instrumento, cantó:

La muchacha que yo quiero
tiene el rostro lindo y blanco,
canta como unruiseñor,
lleva un vestido adornado
de cintas blancas y azules,
y es mi dicha y es mi encanto.

Aquella canción sacó de sus casillas á Bulkin que agitó los brazos y gritó dirigiéndose á todos:

—Miente, hermanos, miente como un sacamuelas, no hay sombra de verdad en lo que dice.

—¡Saludo al anciano Alejandro Petrovitch!—dijo Varlamof mirándome y sonriendo; hasta creo que quería besarme. Estaba borracho. En cuanto á llamarme anciano, no hay que extrañarlo, porque el pueblo bajo de Siberia emplea esta palabra hasta para un joven, como expresión de respeto, veneración ó lisonja.

—¿Qué tal, qué tal, Varlamof?

—¡Así, así! Bastante bien. Los que celebramos la fiesta

hemos bebido desde la madrugada, dispéñseme usted...—añadió Varlamof que hablaba tartamudeando.

—¡Miente, miente de nuevo!—dijo Balkin dando puñetazos en la cama con desesperación.

Dijérase que Varlamof había dado su palabra de honor de no cuidarse de Bulkin y esto era precisamente lo más gracioso, pues Bulkin no se apartaba de Varlamof, sin otro motivo que porque le parecía que «mentía» á cada instante. Le seguía como su sombra, le contradecía á cada palabra, se retorció las manos, daba puñetazos en la pared y en las camas hasta el punto de hacerse sangre, y sufría, sufría visiblemente, á causa de su convicción de que Varlamof «mentía como un sacamuelas.» Se creyera que había contraído el compromiso de responder de todas las acciones de Varlamof y que los defectos de este le atormentaban la conciencia. Lo curioso era que el penado no parecía notar el sainete de Bulkin.

—¡Miente! ¡mientel! ¡mientel! ¡no hay nada que sea verdad!...—gritaba Bulkin.

—¿Y qué diablos te importa?—contestaron los penados riendo.

—Crea usted, Alejandro Petrovitch, que era muy guapo de joven, y que las muchachas me querían mucho, mucho...—exclamó bruscamente Varlamof.

—¡Miente! ¡mirad como miente!—interrumpió Bulkin lanzando un gemido.

Los penados soltaron la carcajada.

—Yo iba muy elegante; llevaba una camisa roja, unos pantalones de pana muy anchos y me acostaba cuando en gana me venía; en una palabra, hacía mi santa voluntad.

—¡Miente!—eclaró con resolución Bulkin.

—Heredé de mi padre una casa de piedra de dos pisos. En dos años me la comí, y ahora no me queda más que una puerta cochera sin marco. ¿Qué quiere usted? El dinero es como los pájaros, tan pronto viene como se va.

—¡Miente!—declaró Bulkin con mayor resolución aun,

—Cuando llegué aquí envié una carta á mis parientes para que me remitieran dinero. ¡Hace siete años que envié la tal carta!

—¿Y no ha tenido usted contestación?—le pregunté sonriendo.

—No, contestó riendo también y aproximando cada vez más sus narices á mi rostro.—Tengo una querida aquí, Alejandro Petrovitch...

—¿Sí?

—Onufrief, decía, hace bien poco: la mía está picada de viruelas y es fea, pero tiene muchos trajes; la tuya es linda pero es una mendiga; lleva zurrón.

—¿De veras?

—Sí, es mendiga,—dijo, se echó á reir, y los otros rieron también.

Todos sabían efectivamente que estaba enredado con una mendiga á la cual daba en junto diez kopeks cada seis meses.

—Bueno, ¿qué quiere usted?—le pregunté, pues deseaba quitármele de delante.

Calló y me miró frunciendo la boca y me dijo con ternura:

—¿No me concederá usted lo suficiente para beber medio litro? Sólo he bebido te durante todo el día,—añadió tomando el dinero que le daba, —y me parece que el te hará que me vuelva asmático; me hacen ruido las tripas como una botella de agua.

Al ver que tomaba el dinero, la desesperación de Bulkín no tenía límites. Gesticulaba como un poseído.

—¡Buena gente!—gritó á toda la cuadra asombrado;—¿lo ven ustedes? ¡Mientel ¡Cuanto ha dicho es mentiral

—¿Y á ti qué te importa?—exclamaron los demás penados asombrados de su furia;—¡eres tonto!

—No le permitiré que mienta,—continuó Bulkín echando miradas feroces y dando puñetazos á diestro y siniestro, —¡no quiero que mienta!

Todos rieron. Varlamof me saluda después de tomar el dinero y se apresura á ir á ver el tabernero haciendo visajes horrorosos. Entonces se fijó en Bulkín.

—¡Vamos!—le dijo deteniéndose en el umbral de la cuadra, como si Bulkín le fuera indispensable para la ejecución de algún proyecto.

—¡Calabacín!—añadió con desprecio haciendo pasar á Bulkín delante; y volvió á pulsar las cuerdas de la balalaica.

¿Para qué describir aquel maremagnum? Aquel día abrumador acabó por fin. Los penados se duermen pesadamente y hablan y deliran en sueños más que las otras noches. Aquí y allá aun juegan á los naipes. La fiesta esperada con tanta impaciencia y durante tanto tiempo, ha transcurrido. Y mañana otra vez á la tarea diaria, otra vez á los trabajos forzados.

XI

LA REPRESENTACIÓN

La noche del tercer día de las fiestas se verificó la primera representación de nuestro teatro. Bastante costó organizarla, pero como los actores se habían encargado de todo, los otros penados no sabían ni cuándo se daría el espectáculo ni en qué consistiría.

Durante los tres últimos días, los actores se ingeniaron en recoger toda clase de trajes.

Cuando encontraba á Bakluchín, hacía una mueca de satisfacción pero nada me comunicaba. Creo que el mayor estaba de buenas. Ignorabámos si había organizado el espectáculo ó si había resuelto hacer la vista gorda para que

se divirtieran los penados. Así me parece; y que no quiso intervenir comprendiendo quizá que su intervención lo embrollaría todo. Supongo que así razonaría el mayor. Creo que si los forzados no hubieran pensado en una función teatral ó cualquier otra diversión, hubiera sido preciso que la administración organizase un espectáculo cualquiera. Pero como nuestro mayor pensaba al revés que todos, no sé si acierto al pensar que sabía nuestro proyecto y lo autorizaba. Un hombre como él debiere tratar siempre de fastidiar á alguien, de arrebatár algo, de privar de un derecho, en una palabra, de hacer reinar el orden en todas partes. Sabíalo todo el mundo y le tenía sin cuidado que sus vejaciones produjeran motines. Al estallar estos, ¡duro con los penados! con aplicarles todo el rigor de la ley se estaba al cabo de la calle. Tales jefes aplican la ley sin entender su espíritu, y se admiran de que además de cumplir con su deber se les obligue á que tengan buen sentido. Esto les parece una superfluidad, un lujo indecoroso, una vejación para ellos.

Sea lo que fuese, el sargento mayor no se opuso á la organización del espectáculo. A buen seguro que si durante estas fiestas no ocurrió ningún desorden grave, hay que atribuirlo á tal autorización. Cuando alguien estaba borracho ellos mismos le hacían acostar y ellos mismos evitaban las riñas á pretexto de que prohibieran la función. El sargento pidió á los penados su palabra de honor de que se portarían bien y no ocurriría desorden alguno. Consintieron con alegría y cumplieron su promesa, pues les halagaba que creyeran en su palabra. Añadamos que tal representación no costaba un céntimo á la administración. Las localidades no se habían señalado por adelantado porque el teatro se improvisaba en un cuarto de hora. El espectáculo debía durar hora y media, y en caso de prohibición repentina, las decoraciones habrían desaparecido en un instante. Los trajes estaban en los baúles de los penados. Ante todo he de decir como estaba construido el teatro,

hablar algo de los trajes y de los carteles. A decir verdad, no había cartel escrito y sólo se hizo para la segunda y tercera representaciones.

Bakluchín lo escribió para los tres oficiales que nos hicieron la honra de asistir á la función. Se suponía que la forma de la representación que íbamos á dar, llegaría hasta la ciudad donde no había teatro. Los penados se regocijaban pensando en ello, lo mismo que unos niños. Quién sabe, decían, quizá los jefes vengan á ver la función y entonces sabrán lo que son los penados, es decir, verdaderos actores que representan comedias escritas para los señores. En toda la ciudad no hay un teatro igual. El general Abrocimof dicen que dió una representación en su casa y que ha de dar otra. ¡Bueno! ¡á ver quién queda mejor! Quizá el mismo gobernador oiga hablar de ello y acuda. En una palabra, los penados, sobre todo después del primer éxito, llegaron á creer que les darían premios ó que disminuirían su condena. Conocía muy por encima el asunto de la representación aunque no había cartel. El título de la primera pieza era *Philatka y Mirochka rivales*, Bakluchín se alababa ante mí de que el papel de Philatka que quería desempeñar le iría como anillo al dedo de modo que ni en los teatros de Petersburgo se representaría mejor. A veces se paseaba por las cuadras dándose importancia y á lo mejor recitaba trozos de su papel como si estuviera en escena, haciéndonos reír. Hay que confesar que los forzados sabían conservar su dignidad; sólo se reían de Bakluchín los más jóvenes. En cuanto á los otros, escuchaban en silencio rumores y discusiones sin reprobar ni contradecir, pero demostraban cierto desdén por el teatro.

Únicamente poco antes de la representación se interesaron todos por ella. Preguntábase lo que pensaba el mayor y si el espectáculo resultaría tan bien como el de dos años atrás. Bakluchín me aseguró que todos los actores sabían su papel y que hasta habría telón. El papel de Philatka lo desempeñaría Sirotkín. — «Verá usted qué bien

le sienta el traje de mujer,—decía chasqueando la lengua. —La propietaria compasiva debía tener su vestido con faldaes y volantes, y una sombrilla, y el propietario debía vestir de oficial con cordones y llevar un bastón en la mano. La pieza dramática que debía representarse después, tenía el título de *Kedril el glotón*. Por más que pregunté acerca de su argumento nada pude saber. Supe únicamente que tal comedia no estaba impresa y que su manuscrito lo prestó un sargento que en otro tiempo la había representado en un teatro militar. Hay en efecto en las ciudades y gobiernos lejanos gran número de piezas de tal género que sirven para popularizar el teatro en determinadas zonas de Rusia.

Forman estas piezas una especie de teatro popular, y bueno sería que los rebuscadores de literatura popular cuidaran de hacer estudios sobre este teatro. No puedo creer que cuanto se hizo en presidio fuera obra de los penados. Procedían indudablemente de tradiciones anteriores y de nociones trasmitidas de unos á otros. Tales tradiciones se han conservado en ciertas aldeas y en las capitales de gobiernos entre los criados de algunas grandes propiedades territoriales. Creo que se ha multiplicado las copias de muchas piezas antiguas gracias á estos. Los antiguos propietarios y los nobles moscovitas tenían sus propios teatros donde representaban sus siervos. De ahí proviene nuestro teatro popular, cuyo sello de origen es indudable. En cuanto á *Kedril el glotón*, á pesar de mi viva curiosidad, no supe lo que era y tan sólo pude averiguar, que los demonios aparecían en escena y se llevaban á Kedril al infierno.

¿Qué significaba este nombre de Kedril? ¿Por qué se llamaba Kedril y no Cirilo? ¿La acción pasaba en Rusia ó en el extranjero? Anunciaban que la representación terminaría con una «pantomima lírica.» Todo aquello parecía deber ser curioso. Los actores eran quince, todos gente viva y decidida. Se tomaban mucho trabajo, multiplicaban

los ensayos, y á veces celebraban conciliábulos entre sí. Querían sorprendernos con algo extraordinario é inesperado.

Los días de trabajo cerraban las cuadras muy temprano, pero se hacía una excepción en Navidad; entonces no se ponían los candados á las puertas hasta la retreta, á las nueve. Tal favor se había concedido para que pudiera celebrarse el espectáculo. Mientras duraron las fiestas se enviaba por las tardes una diputación al oficial de guardia para rogarle humildemente que permitiera la representación y no cerrara el presidio, añadiendo que el día anterior había habido representación sin desorden alguno. El oficial veía que aquello era verdad, y puesto que le daban los penados palabra de que todo ocurriría como la víspera, nada arriesgaba dando el permiso anhelado. Sabía, además, que si se le hubiera ocurrido impedirlo, podían los penados armar una tremolina, pues con gente de tal temple nunca se está seguro. Otra razón había para que consintiera el oficial: una guardia en presidio es de lo más aburrido que imaginar se pueda; dando la representación los penados, podría distraerse, pues como es natural, tenía derecho á presenciarla.

En caso de que el oficial de servicio llegara y preguntara por el oficial de guardia, se le contestaría que había ido á pasar la lista y á cerrar las cuadras. He aquí por qué se autorizó la función y los cuarteles no se cerraron hasta la retreta. A las seis Petrof vino á buscarme y fuimos juntos al espectáculo. Casi todos los penados de nuestro cuartel estaban ya á excepción del antiguo creyente y de los polacos. Estos no se decidieron á asistir hasta la última representación, el 4 de Enero, cuando se les hubo asegurado que todo marchaba como sobre carriles. El desdén de los polacos irritaba á los forzados, así es que les recibieron muy bien y les dieron los mejores sitios. En cuanto á los tcherkeses é Isaias Fomitch, la comedia les gustaba mucho, Isaias dió cada vez tres kopeks, y el último día depp-

sitó diez en la bandeja. Tenía el rostro radiante de satisfacción. Los actores habían decidido que cada espectador diera lo que quisiese. El producto de la entrada debía servir para cubrir los gastos y «estimular» á los actores. Petrof me aseguró que me dejarían ocupar uno de los mejores sitios, por dos razones, porque siendo más rico que los otros era probable que diera más dinero y porque era más entendido que mis compañeros. Así fué.

El cuartel de la sección militar que debía servir de sala de espectáculos tenía quince pasos de largo. Del patio se pasaba á una antecámara y de allí á la cuadra. En esta, como he dicho antes, las camas estaban alineadas junto á la pared, dejando un espacio libre en el centro. La primera mitad se destinaba á los espectadores, y la otra, que comunicaba con otro edificio, formaba la escena. Me llamó la atención el telón que era muy grande. Razón había para asombrarse. Estaba pintado al óleo y representaba árboles, glorietas, estanques y estrellas. Se componía de telas nuevas y viejas dadas por los penados: camisas, tiras de tela que sirven de medias á los labriegos, todo aquello bien ó mal cosido formaba un lienzo inmenso. Allí donde faltó la tela lo reemplazó el papel, mendigado hoja á hoja en las diversas oficinas. Nuestros pintores (entre los cuales estaba nuestro Brulof) (1) lo habían pintado por entero, así es que hacía gran efecto. Aquel lujoso telón agradaba á los penados más exigentes; estos, una vez empezó el espectáculo, se mostraron contentos como niños al igual de los impacientes y entusiastas. Todos estaban contentos y sentía halagada su vanidad. El alumbrado se componía de algunos trozos de vela. Habían traído de la cocina dos bancos que se colocaron delante del telón, y tres ó cuatro sillas que se pidieron prestadas al asistente que cuidaba del cuarto de los sargentos. Se colocaron allí por si los oficiales superiores querían asistir. Los bancos se destina-

(1) Célebre pintor ruso de la primera mitad del siglo XIX.

ban á los individuos de ingenieros, á los capataces á todos los jefes inmediatos de los forzados que no tenían el grado de oficiales y que de fijo acudirían á echar una ojeada. No faltaron los espectadores; unos días hubo mayor número de ellos, y el último no quedaba un solo sitio desocupado en los bancos. Detrás de estos se amontonaban los reclusos, en pie y con la cabeza descubierta por respeto á los que les honraban con su presencia. El local era harto exiguo para todos; amontonados unos sobre otros, ocupaban también las camas; hasta había aficionados que desaparecían contentamente detrás de la escena y que miraban el espectáculo desde los bastidores del fondo. Nos hicieron pasar delante á Petrof y á mí cerca de los bancos desde donde se veía mejor que desde el fondo. Para ellos era yo un buen juez, porque había visto otros teatros. Los penados notaron que Bakluchín me había preguntado varias cosas y demostrado deferencia por mis consejos y por lo tanto creían que debían honrarme y darme uno de los mejores sitios. Los reclusos son vanidosos y ligeros para quien los observa superficialmente. Se burlaban de mí en el trabajo porque era un mal obrero. Almazof tenía derecho á despreciarnos á nosotros hidalgos, y jactarse de su destreza encalcinar alabastro; aquellas burlas dependían de nuestro origen, pues pertenecíamos por nacimiento á la casta de sus antiguos dueños, de quienes no podían conservar un buen recuerdo. Pero en el teatro estos mismos hombres me hacían sitio, pues se confesaban que era más entendido que ellos. Hasta los que no me demostraban simpatía deseaban oirme alabar su teatro y me cedían el sitio de buena gana, sin el menor servilismo. Comprendí que en aquella decisión equitativa no había bajeza por su parte, sino más bien el sentimiento de su propia dignidad. Nuestro pueblo tiene un gran fondo de conciencia y una gran sed de justicia. Despojadle de su corteza grosera y advertiréis cualidades que

jamás sospecharais. Nuestros sabios pueden enseñar bien poca cosa al pueblo, antes pueden aprender de él.

Petrof me había dicho cándidamente cuando me llevó al teatro que me dejarían pasar delante porque daría más dinero. Los sitios no tenían precio fijo; cada cual daba lo que podía. Casi todos depositaron una moneda en la bandeja cuando se hizo la cuestación. En lo que me dijo Petrof había quizá un sentimiento profundo de dignidad personal. Me pareció á mí que había un noble orgullo en aquel modo de obrar. Comprendían que era justo que ocupase mejor sitio quien más lo pagara, y aquel que como yo podrá mejor apreciar los méritos de los actores. Lo cierto es que no se hacía gran caso de las riquezas en el presidio. No recuerdo ningún caso de que por dinero se humillara á ningún penado. Verdad es que á veces me pedían, pero era más por fastidiarme y burlarse de mí, que por el mismo dinero; era un rasgo de buen humor, de sencilla candidez. No sé si me expreso claramente. Volvamos al teatro.

Antes de correr el telón, la sala presentaba un aspecto extraño y animado. Una multitud compacta é impaciente esperaba con ansia y alegría la representación. En las últimas filas rebullían los forzados; muchos de ellos trajeron de la cocina grandes troncos de árbol sobre los que se subían y pasaban horas y horas en aquella posición fatigosa apoyándose con las manos en los hombros de sus camaradas, que por su parte mostrábanse satisfechos del sitio que les tocara en suerte. Otros se encaramaban sobre la estufa, y sobre las camas había también un número crecido de espectadores pues aquel era el mejor sitio para verlo todo. Cinco forzados estaban tendidos sobre la estufa y aun que se asaban vivos miraban con gran contento á los de abajo y sentían una especie de beatitud. Todos se portaban de un modo correcto y no armaban ruido. En todos los rostros colorados y sudosos se pintaba una expresión de cándida espectación. Todos iban con la cabeza

descubierta y me parecía á mí que estaba á la derecha, que tenían la cabeza completamente afeitada. De pronto se oye ruido en la escena... El telón va á correrse. La orquesta toca... La tal orquesta merece especial mención. Siete músicos estaban colocados en primera fila de las camas: había dos violines, tres balalaicas, dos guitarras y un tambor. Los violines no hacían más que rechinar y gemir; las guitarras eran fementidas, había que notar las balalaicas. La agilidad de los dedos de los artistas hubiera hecho honor al prestidigitador más hábil. Sólo tocaban bailables. Cuando la música era más viva golpeaban bruscamente con los dedos la madera de los instrumentos, el tono, la ejecución, el modo de interpretar el motivo, todo era original. Uno de los guitarristas tenía gran habilidad. Era el hidalgo que había matado á su padre. En cuanto al tambor, hacía verdaderamente maravillas. Tan pronto hacía dar vueltas al disco sobre uno de los dedos, como resbalar el dedo gordo por la piel y se oían entonces golpes repetidos monótonos, que se convertían de pronto en un conjunto de notas rápidas y sordas. No comprendí hasta entonces el partido que se podía sacar de aquellos instrumentos populares y groseros; y me dí cuenta por primera vez de la soberana osadía y del abandono que campea en nuestros aires populares y en las canciones de taberna.

Por fin se corrió el telón. Todos hicieron un movimiento; los que estaban al final de la sala, se pusieron de puntillas. Alguien cayó de un tronco de árbol. Todos abrieron la boca y dilataron los ojos. Un silencio grande reinaba en la sala... Empezó la representación.

Estaba sentado cerca de Aleí á quien rodeaban sus hermanos y los demás tcherkesses. Les gustaba el teatro como á todos los musulmanes y tártaros. Junto á ellos estaba Isaías Fomitch. Desde que se corrió el telón era todo ojos y oídos; su rostro parecía esperar milagros y maravillas; en los ojos de Aleí brillaba una alegría tan infantil

que me sentía yo alegre mirándole. Cada vez que oía una réplica que debía provocar la risa de los espectadores, me volvía involuntariamente hacia él, que ni se fijaba en ello, pues sólo tenía ojos para la escena. Cerca de mí estaba sentado un recluso ya entrado en años, siempre huraño y malhumorado, que también de vez en cuando se fijaba en Alef. Habían empezado por *Philatka* y *Misochka*. *Philatka*, (Bakluchín) era verdaderamente maravilloso. Representaba admirablemente. Se veía que había estudiado su papel palabra por palabra, que había pesado sus ademanes é inflexiones de voz, y así le resultaba ello. Si hubiérais visto á Bakluchín creyerais que era un actor de talento. Más de una vez he visto representar *Philatka* en Petersburgo y Moscou y puedo afirmar que nunca estuvo tan bien representado. Los actores, encarnaban un mujik de cualquier país, pero no al verdadero mujik ruso. La emulación excitaba á Bakluchín, porque sabía que en otra representación debía encargarse del papel de [Kedrid otro penado, y anhelaba eclipsarle con su talento. Durante los días que precedieron, fueron muchas las consultas que me hizo, y ahora, cuando la gente se reía y le gritaban: «¡Bravo! Bakluchín! ¡muy bien!» resplandecía de dicha su rostro y una verdadera inspiración brillaba en sus ojos. La escena de los besos entre Kirocka y Pkilatka en que este último grita á la joven: ¡«Limpíate!» y se limpia él mismo, fué dicha con una vis cómica irresistible. Todos soltaron la carcajada. Los gritos de aprobación eran cada vez más nutridos. Un penado daba con el codo á su vecino y le comunicaba rápidamente sus impresiones sin cuidarse de saber á quien hablaba. Cuando empezaba una escena cómica algunos se volvían hacia los demás como para invitarles á reir. Otro se entretenía en chasquear la lengua y parecía que le había picado la tarántula; y como no podía cambiar de posición, tan pronto se sostenía en un pie como en otro. Al terminar la pieza, el regocijo general llegó á su apogeo. En verdad

que había motivo para alegrarse, porque á consecuencia del espectáculo parecía que se hubieran olvidado las cadenas, la reclusión, la existencia monótona y las penas que cada cual guardaba en el fondo de su alma.

Todo interesaba á los penados. Hasta los trajes. Les parecía curioso ver á Vanka, á Nietsvietaef y á Bakluchín con otros trajes que los que llevaban desde hacía tantos años. «Es un forzado, un verdadero forzado, cuyas cadenas resuenan cuando anda, y sin embargo, entra en escena de levita, sombrero y capa como un caballero. Lleva peluca y bigote y saca del bolsillo un pañuelo rojo, ni más ni menos que un gran señor».

El entusiasmo llega á su colmo; el propietario compasivo viste un uniforme de edecán, bastante viejo en verdad, pero con charreteras, cordones y bordados. El efecto que produjo fué indescriptible. Había dos aficionados que querían llevar este traje y se pelearon como dos chicos por saber quién lo luciría. Los otros actores les separaron y por mayoría confiaron tal papel á Nietsvietaef, no porque fuera más gallardo que el otro, sino porque aseguró que llevaría en la mano un junquillo y jugaría con él como hacen los señores, cosa que Vanka no podía hacer, pues no había visto nunca un hidalgo. En efecto, cuando salió á escena empezó á trazar círculos con el junquillo creyendo que aquello era el colmo de la elegancia. Probablemente cuando era niño había visto que algún elegante lo hacía, y aquella impresión le quedó en la memoria de tal manera que treinta años después aun lo recordaba para admirar á sus camaradas. Nietsvietaef estaba tan ocupado en hacer el molinete, que hablaba sin levantar siquiera la vista, y se advertía que lo más importante para él eran los arabescos que en el aire ó en el suelo trazaba con el bastón. La propietaria compasiva era también muy notable. Llevaba un vestido viejo de muselina que parecía un pingo, una gorra de punto en la cabeza, con

un lazo bajo la barba, una sombrilla en la mano y en la otra un abanico de papel pintado con el que se daba continuamente aire. Una carcajada acogió la aparición de aquella gran señora, que tampoco pudo contener la risa, lo cual no era muy propio que digamos. Tal papel lo desempeñaba el forzado Ivanof. En cuanto á Sirotkín, vestido de muchacha, estaba muy lindo. Los *couplets* se cantaron muy bien. En una palabra, la pieza terminó con aplausos. No hubo crítica ninguna y la verdad es que no podía haberla. Tocaron otra vez la overtura *Sieni moy sieni* y volvió á levantarse el telón. Se iba á representar ahora *Kedril el Glotón*. Kedril es una especie de Don Juan, y se le puede comparar al héroe español porque los diablos se llevan al infierno al amo y al criado al terminar la pieza. El manuscrito se recitó completo, pero evidentemente no era más que un fragmento porque la comedia no tenía principio ni fin. La escena pasa en una posada rusa: el hostelero introduce en su cuarto á un señor con capa y sombrero blando; el criado Kedril, sigue á su amo llevando una maleta y una gallina envuelta en papel azul. Viste una pelliza corta y se cubre la cabeza con una gorra de lacayo. Este criado es el glotón. El penado Potsieikín, el rival de Bakluchín desempeñaba tal papel, y el de amo lo desempeñaba Ivanof, aquel que iba vestido de gran señora anteriormente. El posadero (Nietsvietaef) advirtió al hidalgo que aquel cuarto está endiablado y se retira. El amo se muestra triste y preocupado; dice en voz alta que lo sabe ya, y ordena á Kedril que abra los paquetes y prepare la cena. Kedril es glotón y cobarde: palidece al oír hablar de demonios y quisiera huir, pero teme á su amo y además tiene hambre. Es tonto, voluptuoso, astuto en cierto modo, y gallina. A cada momento engaña á su amo á quien teme mucho sin embargo. Es un buen tipo de criado, que recuerda el de Leporello. Potsieikín, cuyo talento era indiscutible, representaba su papel con gran perfección hasta el punto de eclipsar á Bakluchín. Cuando al

día siguiente hablé con éste, disimulé mi impresión, pues le habría afligido. En cuanto al que representaba el papel de amo no lo hacía mal; cuanto decía no tenía sentido común, pero su dicción era clara y sus ademanes oportunos. Mientras Kedril desembucha lo que hay en la maleta, su dueño se pasea, y afirma que desde este día dejará de correr mundo. El criado escucha, hace visajes y alegra á los espectadores con sus apartes. No le inspira lástima su amo, pero ha oído hablar de los demonios y quisiera verlos. Pregunta á su amo, y éste le contesta que en una ocasión, estando en peligro de muerte, pidió auxilio al infierno; los diablos le auxiliaron, pero ahora ha sonado el término de su libertad, y si los diablos acuden, será para exigir su alma como se convino en el pacto. Kedril empieza á temblar y su amo le ordena que prepare la comida. Oyendo hablar de comer, Kedril se entusiasma; saca la gallina del papel y una botella de la que bebe antes que su amo. El público revienta de risa. Cruje la puerta, el viento mueve las maderas de la ventana, Kedril tiembla, y casi inconscientemente oculta en la boca un gran trozo de gallina que no puede tragar. Todos rien otra vez. «¿Estás listo?»—le grita su amo que continúa paseándose.—«En seguida, señor»,—replica Kedril que se sienta y empieza á comer con furia.—Los espectadores quedan encantados al ver la astucia de aquel criado que se burla tan habilmente de su señor. Hay que confesar que el actor merecía elogios. Había pronunciado admirablemente estas palabras: «En seguida, señor, en... sigui... da se... lo pre .. paro». Continúa comiendo con avidez, y á cada bocado tiembla pensando que su amo notará que come, y cada vez que su amo se vuelve, se oculta bajo la mesa teniendo la gallina en la mano. Cuando ya hubo apaciguado algo el hambre pensó en su amo.—«¡Kedril! ¿acabas pronto?»—«Ya estoy listo»,—contesta atrevidamente Kedril que advierte con terror que casi nada queda; solamente en su plato queda un muslo.—El amo, que con-

tinúa preocupado, no nota nada, y Kedril se coloca tras él, servilleta al brazo. Cada palabra, cada ademán, cada visaje del criado que se vuelve al público para burlarse del amo, produce carcajadas estrepitosas. En el momento en que el caballero empieza á comer, aparecen los diablos. Estos no se parecen á nada humano ni terrestre; se abre una puerta y surge un fantasma vestido de blanco que en vez de cabeza lleva el espectro: un farol con una bujía; llega otro fantasma igual con una guadaña en la mano. ¿Por qué están vestidos de blanco y llevan una guadaña? Nadie supo explicármelo y verdad es que nada les importaba tal detalle. El amo hace valerosamente cara á los aparecidos y les dice que está dispuesto, que pueden llevarsele, pero Kedril, cobarde como una liebre, se oculta bajo la mesa. Mas á pesar de su terror no se olvida de coger una botella. Los diablos desaparecen, Kedril sale de su escondite y el amo vuelve á comer, pero entonces tres diablos entran en el cuarto y le cogen para llevarsele al infierno. «¡Kedril, sálvame!» — grita. — Pero Kedril piensa en otra cosa. Cuando los diablos están lejos sale de debajo de la mesa, mira á uno y otro lado y sonríe. Guiña un ojo picarescamente, se sienta en el sitio de su amo y dice á media voz al público: «Ea, ahora soy mi amo .. sin amo...»

Todos se ríen al ver que no tiene amo, — y añade en tono confidencial:

— ¡Los demonios se le han llevado!

El entusiasmo de los espectadores no tiene límites. Esta frase fué pronunciada con tal picardía, con tal socarronería, con una mueca tan burlona y triunfante, que es imposible no aplaudir. Poco dura la dicha de Kedril. Apenas coge la botella y se escancia un vaso de vino que va á llevarse á los labios, cuando los demonios vuelven, se deslizan tras él y le cogen. Kedril chilla como un poseído, pero no se atreve á volverse. Quisiera defenderse, pero no puede, pues tiene en las manos la botella y el vaso, de los que no se quiere separar; con los ojos muy abiertos y pintán-

dose el terror en su rostro, permanece un minuto mirando al público con una expresión de cobardía tan cómica que da gusto verle. Por fin se le llevan á rastras y mueve brazos y piernas sin soltar la botella. Grita con furia y sus alaridos se oyen entre bastidores. Cae el telón. Todos ríen de buena gana... La orquesta toca el famoso baile Kamarinskaia (1). Empieza suavemente, pianísimo, pero poco á poco el tema se desarrolla, crece, se acelera el compás, y los dedos chocan atrevidamente sobre la madera de las balalaicas. Es la Kamarinskaia en toda su furia. Glinka debiera haberla oído tocar en nuestro presidio.

Empieza la pantomima lírica. Mientras dura, tocan la Kamarinskaia. La escena representa el interior de una isba; un molinero y su mujer están sentados trabajando. Sirotkin representa el papel de mujer, Nietsvietaef el de molinero.

Nuestras decoraciones eran muy pobres, y era preciso que la imaginación supliera lo que en realidad faltaba. En vez de una pared en el fondo, se veía una alfombra ó una colcha. En el lado derecho unos malos biombos, y á la izquierda la escena, que no estaba cerrada, dejaba ver las camas. Pero los espectadores no son difíciles de contentar é imaginan todo lo que falta, porque todos los reclusos son grandes soñadores. Cuando se dice, esto es un jardín, jardín es, sin duda alguna. Si se trata de una isba, lo mismo; Sirotkin está encantador con su traje de mujer. El molinero acaba el trabajo, coge la gorra y el látigo, y le indica por señas, que si mientras está ausente recibe á alguien, le va á escocer .. y le enseña el látigo. La mujer escucha y mueve afirmativamente la cabeza. No hay duda que ya conoce el látigo. Sale el marido. Apenas ha vuelto la espalda, llaman. Ábrese la puerta, y entra el vecino que también es molinero. Trae un regalo: un pañolito. La joven

(1) Este baile lo compuso el célebre compositor Glinka, autor de *La Vida por el Czar*, y es uno de los más fogosos que conocemos y resulta el baile ruso por excelencia.

rie, pero cuando el compadre quiere besarla llaman á la puerta. ¿Dónde esconderse? Le oculta bajo la mesa, y vuelve á empuñar el huso. Se presenta otro adorador, es el furriel que viste uniforme. Hasta entonces la pantomima iba muy bien y asombraba ver la pericia de aquellos actores improvisados. El recluso que representaba el papel de furriel habría visto, sin duda, alguna representación por el estilo. Entró en escena como los viejos héroes clásicos del antiguo repertorio, dando una gran zancada.

Antes de mover la otra pierna, echó atrás la cabeza y el cuerpo y adelantó de nuevo. Si tal modo de andar era ridículo para un héroe clásico, lo era mucho más para una escena cómica. Un momento después de entrar el furriel llaman á la puerta. La molinera se turba. ¿Dónde ocultar el segundo galán? En el arcón que afortunadamente está abierto. Se mete en él el soldado, y la comadre deja caer la tapa. El recién llegado es un amante como los otros, un brahmin caracterizado. Una carcajada formidable de los espectadores acoje su entrada. Este brahmin es el recluso Kochkin, que desempeña perfectamente su papel, pues tiene una cara adecuada; explica por ademanes su amor por la molinera, levanta los brazos y después los cruza sobre el pecho... Lllaman á la puerta con fuerza. Esta vez no hay duda que es el amo. La molinera, asustada, pierde la cabeza, y el brahmin corre de un lado á otro suplicando que le oculten. Ella le ayuda á deslizarse tras el armario y se pone á hilar olvidándose de abrir la puerta; hila sin oír los golpes repetidos de su marido, retuerce el hilo que no tiene entre los dedos, y hace el movimiento de dar vueltas al huso que está en el suelo. Sirotkin representaba perfectamente el miedo. El molinero hunde la puerta de un puntapié y se acerca á su mujer látigo en mano. Lo ha notado todo, pues espía á los visitantes. Indica con ademanes á su mujer que tiene tres amantes ocultos. Empieza á buscarlos. Topa primero con el vecino á quien arroja á puñetazos del cuarto.

El furriel quiere escapar, levanta con la cabeza la tapa del cofre y él mismo se delata. El molinero le da de latigazos, y el galán se marcha de un modo clásico. Queda el brahmín á quien el marido halla por fin detrás del armario. Le saluda cortésmente y le arrastra por la barba hasta el centro de la escena. Este quiere defenderse y grita: «¡Maldito, maldito!» (las únicas palabras que se pronuncian durante la pantomima), pero el marido no le escucha y se dirige á su mujer. Esta tira la rueca y el huso y se escapa corriendo del cuarto; un puchero cae al suelo; los reclusos sueltan la carcajada. Aleí, sin mirarme, me coge la mano y grita: «¡Mira, mira! ¡el brahmín!» No puede mantenerse en pie de tanto reír. Cae el telón y empieza otra escena. -

No una, sino dos ó tres se sucedieron, todas muy graciosas y alegres. Los penados no las habían compuesto, pero ponían algo de su cosecha.

Cada actor improvisaba, así es que todas las noches se representaba de un modo distinto. La última pantomima, del género fantástico, acababa en un baile donde enterraban un muerto. El brahmín hace diferentes conjuros, pero el cadáver no resucita. Unicamente lo hace después de una canción y entonces todos se ponen á danzar. El brahmín baila con el muerto de un modo raro.

El espectáculo terminó con tal escena. Los reclusos se separaron contentos, elogiando á los actores y dando las gracias al sargento. No hubo la menor riña, y durmieron todos con el sueño de los justos. Verdad es que aquel día, y sobre todo aquella velada, había dado á los reclusos impresiones bien distintas de las habituales, y muchos de los que estaban en presidio pudieron creer durante unas horas que habían vuelto á pertenecer á la humanidad libre que es dueña de sus acciones.

Es de noche; me estremezco y me despierto por casualidad. El antiguo creyente reza sobre la estufa y continuará rezando hasta el alba. Aleí duerme con sueño apacible

á mi lado. Involuntariamente miro su rostro sosegado. Poco á poco me acuerdo de todo, de la velada que acaba de transcurrir, de las fiestas de Navidad, de este último mes... Levanto la cabeza, y miro con espanto á mis camaradas que duermen á la luz oscilante de una lámpara que da la administración. Miro sus rostros ajados, sus pobres camas, aquella desnudez y aquella miseria, y trato de convencerme de que lo que veo no es una pesadilla, sino la realidad. Sí, es la realidad: oigo un gemido. Alguien se mueve y hace sonar su cadena. Otro se agita en sueños y habla mientras el antiguo creyente reza por los «cristianos ortodoxos»: oigo su voz cariñosa y monótona que dice: «¡Dios mío Jesucristo, ten piedad de nosotros!...»

—¡No estoy aquí para siempre, sino por algunos años! me digo, y de nuevo descanso mi cabeza en la almohada.





SEGUNDA PARTE

I

EL HOSPITAL

Poco después de las fiestas de Navidad, caí enfermo y tuve que ir al hospital militar que estaba lejos de la fortaleza. Era un edificio de un solo piso, largo y estrecho y pintado de amarillo. Cada verano lo repintaban. En el inmenso patio del hospital había diversas dependencias, las habitaciones de los médicos y otras construcciones, y en el edificio principal las salas destinadas á los enfermos. Eran numerosas, pero como sólo dos de ellas se destinaban á los reclusos, casi siempre estaban llenas, y alguna vez había que acercar las camas unas á otras. Había en estas salas «desgraciados» de toda especie. Los de nuestro presidio, los acusados militares, y otros, en fin, que estaban pendientes de proceso, ó de paso. También llevaban

allí á los enfermos de la compañía disciplinaria á donde iban á parar los soldados de mala conducta para corregirse. Tan magnífica era la corrección que, al par de años, resultaban unos perfectos bandidos cuantos habían pertenecido á ellas. Los penados que se sentían enfermos lo advertían al sargento por la mañana. Se les enviaba al hospital escoltados por un soldado, y al llegar les reconocía un médico. A la una de la tarde, cuando todos mis compañeros marcharon al trabajo, fui yo al hospital. Cada recluso reunía cuanto dinero y pan le era posible, una pipa, una bolsa de tabaco, yesca y pedernal. Estos objetos se ocultaban en las botas. Penetré en el recinto del hospital y miré con curiosidad aquel aspecto nuevo y desconocido de la vida de presidio. El tiempo era cálido y el cielo estaba nublado. El soldado que me escoltaba y yo, penetramos en la sala de espera donde se veían dos bañeras de cobre; estaban también dos reclusos que esperaban al médico. Un *feldscherr* (practicante), entró, nos miró con aire de indolencia y protección, y avisó al médico, que llegó pronto, nos examinó tratándonos con afabilidad, y nos dió unas papeletas donde estaban inscritos nuestros nombres. El médico de guardia de las salas de los penados debía diagnosticar nuestra enfermedad, indicar las medicinas que debíamos tomar, y el régimen alimenticio que debíamos seguir. Algunos camaradas me habían dicho ya que los médicos se portaban muy bien. Nos desnudamos para ponernos otro traje. Nos dieron ropa blanca del hospital, unas medias muy largas, zapatillas, gorros de algodón y una bata de un paño muy recio que parecía forrada con emplastos: esta bata estaba horriblemente sucia, pero pronto comprendí su utilidad. Nos condujeron en seguida á las salas de los reclusos.

Todo me pareció limpio comparado con la suciedad del presidio. A mí me hicieron entrar por una puerta que había á la derecha del corredor, y á los dos reclusos que habían estado conmigo en la sala de espera, los metieron en

una cuadra que había á la izquierda. Ante la puerta, cerrada con candado, se paseaba un centinela arma al brazo; el sargento ordenó que me dejaran pasar. De pronto me hallé en el centro de una sala larga y estrecha. Junto á las paredes había veintidós camas, de las cuales tres ó cuatro estaban aún vacías. Eran de madera pintada de verde, y, como todas las de los hospitales rusos, debían estar infestadas de chinches. Me fui á un rincón cerca de las ventanas.

Había pocos reclusos peligrosamente enfermos. Casi todos estaban convalecientes ó padecían ligeras indisposiciones; algunos se paseaban entre las dos hileras de camas. La atmósfera de la sala era asfixiante y tenía ese olor especial de los hospitales, compuesto de distintas emanaciones á cual más desagradable y repugnante. Mi cama estaba tapada con una funda á rayas que quité: se componía de una manta reforzada de tela y de sábanas de lienzo burdo medianamente sucias. Al lado de la cama había una mesilla con un cántaro y una taza de estaño, y al lado una servilleta minúscula. La mesa tenía una tablilla donde los enfermos que bebían se ponían la tetera y el vaso para el kvass; pero había pocos de estos millonarios. Las pipas y las petacas se ocultaban bajo el colchón. El doctor no hacía nunca pesquisas, y cuando sorprendían á un enfermo fumando, parecían no observarlo. Los detenidos eran por otra parte muy prudentes y fumaban detrás de las estufas. Únicamente fumaban en la cama de noche, porque, exceptuando el oficial de guardia, nadie hacía rondas.

Como nunca había estado en ningún hospital en calidad de enfermo, me parecía curioso cuanto me rodeaba. Noté que mi llegada había llamado la atención de algunos detenidos que me miraron con ese aire de superioridad con que los parroquianos de un establecimiento miran á un recién llegado. A mi derecha estaba un detenido exsecretario, hijo ilegítimo de un capitán retirado, acusado de

monedero falso. Estaba en el hospital hacía un año; no padecía ninguna enfermedad, pero afirmaba á los médicos que tenía un aneurisma. Les convenció tan bien, que no fué jamás á trabajos forzados ni sufrió la pena corporal á que fuera condenado; un año después le enviaron á T—k, como agregado á un hospicio. Era un mocetón vigoroso de veintiocho años, robusto, pícaro contumaz, y más ó menos conocedor de las leyes. Era inteligente y bien educado aunque muy presuntuoso. Convencido de que no había en el mundo hombre más honrado y justo que él, no se reconocía culpable, y tuvo tal certeza durante toda su vida. Me dirigió la palabra y me preguntó con seguridad; me puso al corriente de las costumbres del hospital, y de buenas á primeras me dijo que era hijo de un capitán. Deseaba que yo le creyera hidalgo ó cuando menos individuo de la nobleza. Poco después un enfermo de la compañía disciplinaria me aseguró que conocía muchos nobles y para convencerme me los nombró. Con solo ver la cara de aquel soldado de cabellos grises se veía que mentía abominablemente. Se llamaba Tchekunof. Procuraba halagarme, oliendo dinero, y cuando vió que tenía te y azúcar, me ofreció su tetera porque la mía me la traería al día siguiente. Me proporcionó también un puchero y mostró un celo tan extraordinario que se atrajo las burlas aceradas de un tísico que estaba enfrente de mí. Se llamaba Ustiantsef. Era precisamente el soldado que por temor á los latigazos se bebió una botella de aguardiente con rapé y así se volvió tísico. Había permanecido silencioso hasta entonces, respirando con dificultad y mirándome muy seriamente. El servilismo de Tchekunof le irritaba. No pudo contenerse y exclamó:

—¡Vaya! ya tenemos un lacayo que ha encontrado amo. Tchekunof se volvió:

—¿Quién es el lacayo?—preguntó mirando á Ustiantsef.

—¡Tú eres un lacayo.

—¿Yo?

— ¡Sí, un verdadero lacayo! Miren ustedes, señores, no quiere creerme.

— ¿Qué te importa á ti? Ya ves que *no saben* (1) servirse de *sus* manos. *No están* acostumbrados á no tener criado. ¿Por qué no he de servirle? ¡botarate peludo!

— ¿Quién es peludo?

— Tú.

— ¡Ah! ¿sí?

— Sí.

— ¡Bonito eres tú! Vaya... si yo soy peludo, tú pareces un huevo de cuervo!

— ¡Anda, anda! Dios te ha pasado ya cuentas y harías mejor en permanecer tranquilo esperando tu hora.

— Más me gusta arrodillarme ante una bola que ante una sandalia. Mi padre no se ha arrodillado jamás, ni me ha mandado hacerlo. Yo... yo.

Quería continuar pero tuvo un acceso de tos. Escupía sangre. Un sudor frío le inundó la frente deprimida. Si la tos no le hubiera impedido hablar, hubiera continuado insultando. Le adivinaba en sus miradas; pero solo podía mover la mano y Tchekunof no se cuidó más de él.

Comprendía que el odio de aquel tísico más se dirigía á mí que á Tchekunof. A nadie se le podía ocurrir enfadarse con este por los cuidados que me prestaba y por los kopeks que podía darle. Todos comprendían que lo hacía por ganar algún dinero. Pero tuve la desgracia de disgustar á Ustiantsef como le había disgustado mi te; lo que le irritaba, era que á pesar de todo, á pesar de mi cadena, era un noble y no podía prescindir de tener un criado, por más que yo no deseara ni buscara ningún servidor. En realidad trataba yo de hacerlo todo por mí mismo, pero á pesar de ello, y no sé por qué, siempre estaba rodeado de gente complaciente que acababan por dominarme. Y así resultaba que era yo su propio lacayo, aun

(1) El pueblo en Rusia emplea á menudo la tercera persona del plural por cortesía hablando de alguien.

cuando apareciera como un noble que aceptaba los servicios ajenos y se daba importancia. Ustiantsef era tísico y por tanto irascible; los otros enfermos no me mostraron más que indiferencia y algún desdén. Todos hablaban de un caso que recuerdo. Supe por sus conversaciones que debían traer por la noche á un hombre que en aquel momento estaban azotando. Decían que el castigo era ligero; quinientos latigazos.

Miré en torno mío. La mayoría de los verdaderos enfermos estaban atacados de escorbuto y de enfermedades de los ojos. Otros padecían intermitentes, tuberculosis y otras miserias. En nuestra sala las diversas enfermedades no estaban separadas. He hablado de los *verdaderos* enfermos, porque algunos habían ido *porque sí*, para descansar. Los médicos les admitían por pura compasión, sobre todo si había camas vacantes. La vida en los cuerpos de guardia y en las cárceles era tan dura comparada con la del hospital, que muchos detenidos preferían permanecer acostados á pesar de la prohibición de salir de la sala. Había aficionados á tal género de vida; pertenecían casi todos á las compañías disciplinarias. Examiné á mis nuevos camaradas y uno de ellos llamó particularmente mi atención. Estaba tísico y agonizaba. Se llamaba Mikailof; le había visto en el presidio dos semanas antes, y aunque ya estaba muy malo, reaccionaba contra su enfermedad con inútil testarudez. Sólo fué al hospital por Navidades para morir tres semanas después de una tisis galopante. Lo que más me admiró, fué su rostro terriblemente cambiado desde que le ví en la cárcel. A un lado estaba un soldado de la compañía disciplinaria, ya viejo y mal encarado. No quiero enumerar á todos los enfermos. Me acuerdo de este viejo, simplemente porque entonces me produjo cierta impresión y me contó determinados detalles de nuestra cuadra. Tenía un constipado de cabeza que le hacía estornudar á cada instante (estornudó una semana entera) hasta durante su sueño, como por salvas, cinco ó seis ve-

ces á la carrera repitiendo cada vez: «¡Dios mío! ¡qué castigo!» Sentado en la cama se atiborraba la nariz de tabaco á fin de estornudar más fuerte y regularmente. Estornudaba en un pañuelo de hierbas que le pertenecía. La nariz se le arrugaba de un modo extraño y entreabriéndosele la boca dejaba ver su dentadura mellada negra y asquerosa con encías rojas húmedas de saliva. Después de estornudar desplegaba el pañuelo, miraba la cantidad de mocos que había arrojado y lo limpiaba en seguida con la bata, de modo que los mocos se pegaban á esta última mientras el pañuelo apenas estaba húmedo. Esta economía de una prenda personal no despertaba las protestas de nadie, aun cuando algunos de los detenidos pudieran verse obligados algunos días después á ponerse aquella bata. Aquello me horrorizó de tal modo que me puse á examinar con repugnancia mi bata. Oía mal; calentada al contacto de mi cuerpo, despedía olor á emplastos y medicinas; dijérase que siempre había estado cubriendo cuerpos de enfermos. Quizá habían lavado alguna vez el forro, pero de todos modos, estaba saturada de todos los líquidos, epítemas y vegigatorios imaginarios.

Los condenados á la pena de azotes llegaban al hospital con la espalda ensangrentada; como les curaban con compresas y epítemas, la bata que se ponían sobre la camisa húmeda lo absorbía y guardaba todo. Cada vez que debía ir al hospital, lo que ocurría á menudo, me ponía con repugnancia y temor la bata que me daban.

Cuando Tchekunof me hubo servido el te (diré de paso que el agua de nuestra sala se corrompía rápidamente bajo la influencia de la atmósfera fétida), se abrió la puerta y el soldado que acababa de ser azotado fué introducido bajo doble escolta. Por primera vez veía yo á un hombre azotado.

Aquello distraía á los demás enfermos. Acogíanlos con una expresión de gravedad hipócrita, y la recepción que se les hacía dependía de la importancia del crimen come-

tido, y por consiguiente del número de vergajazos soportados. Aquellos que tenían reputación de bandidos consumados, gozaban de mayor respeto que un simple desertor como el que acababan de traer. Sin embargo, ni en uno ni en otro caso se les demostraba ninguna simpatía particular, pero se abstendían de mortificarles y les cuidaban, sobre todo si no podían cuidarse ellos mismos. Los *feldschers* sabían que los pacientes estarían bien cuidados. El tratamiento usual consistía en aplicar muy á menudo sobre la espalda del azotado, una camisa ó un trapo mojado en agua fría, y era preciso sacar diestramente de las llagas las astillas que al romperse los palos quedaran entre las carnes del recluso. Esta última operación era muy dolorosa para los pacientes: y admiraba yo el estoicismo extraordinario con que soportaban sus padecimientos. He visto á muchos que acababan de ser azotados y no me acuerdo que ninguno lanzara un gemido.

Después del castigo tienen el rostro pálido y desencajado, les brillan los ojos, la mirada extraviada, y los labios les tiemblan con tanta fuerza que, á veces, se los muerden hasta hacerse sangre. El soldado que acababa de entrar tenía veintitres años, era robusto, bien formado y de alta estatura. La espalda, descubierta hasta la cintura, aparecía sangrienta; temblaba de fiebre su cuerpo bajo la tela húmeda que le cubría la espalda. Durante hora y media no hizo más que pasearse á lo largo de la sala. Creí notar que miraba fijamente mi te, así es que le invité á beber. Se volvió hacia mí sin decir una palabra, tomó la taza de te, que se bebió de un sorbo sin azucararlo, y cuando hubo bebido, dejó en silencio la taza y volvió á pasearse sin hablarme ni darme las gracias. Los otros detenidos se abstuvieron de hacerle preguntas, y después de cambiarle los compresas le dejaron en paz, lo cual pareció complacer mucho al soldado. Al anoecer encendieron la lámpara. Algunos enfermos tenían candeleros de su propiedad; pero no eran muchos. El doctor hizo su visita de la tarde,

después de la cual, el sargento de guardia pasó lista y cerró la sala en la cual habían puesto un zambullo para la noche. Supe con admiración que el zambullo debía permanecer toda la noche en la sala aun cuando el retrete estaba á dos pasos de la puerta. Así lo quería el uso. De día no querían dejar salir á los penados más de un minuto; de noche no había que pensar en ello. El hospital de los forzados no se parece á un hospital ordinario. El condenado enfermo continuaba sufriendo su castigo. No podía atribuirse tal medida á los médicos, porque estos, repito que se portaban perfectamente con los detenidos: estos les miraban como á verdaderos padres y les respetaban; y los médicos tenían siempre alguna palabra cariñosa ó afable para los desdichados, quienes las apreciaban porque veían que eran muy sinceras.

Si, eran sinceras, pues á nadie se le hubiera ocurrido culpar á los médicos si nos hubieran tratado con rudeza; pero ellos comprendían sin duda que un detenido tenía derecho, como cualquiera enfermo, á toda clase de cuidados, y á cuantos enfermos no eran de presidio, les permitían pasear por los corredores á fin de que respiraran una atmósfera más pura que la de las salas.

Durante muchos años me indignó un hecho inexplicable; por muy grave que estuviera un enfermo, no se le quitaban jamás las cadenas, y he visto á muchos tísicos morir con ellas puestas. Ni á los médicos se les ocurría reclamar, ni reclamaban los mismos pacientes; parecía que todos aceptaran aquel hecho, como algo fatal é ineludible. Es verdad que las cadenas no eran muy pesadas, pues por regla general, sólo eran de ocho ó diez libras, lo cual puede soportar perfectamente un hombre sano. Me han dicho que al cabo de algunos años de llevarlas se deformaba la pierna. No sé si esto es verdad; pero lo que puedo decir es que un peso de tal naturaleza soportado por las piernas de un tísico, que van perdiendo por sí mismas la carne,

ha de ser un tormento insoportable. ¿No se podría cuando menos hacer quitar las cadenas á esos enfermos incurables que ya no pueden tener ni ganas, ni medios de huir? Se me dirá que son malhechores indignos de toda compasión, ¿pero para qué tanta severidad con aquel á quien el dedo de Dios ya ha señalado para la muerte? Tal medida debe obedecer á alguna precaución que no comprendo; y si no lo comprendo yo, que he pasado años en presidio, ¿cómo la comprenderán otros? No puede decirse que el grillete evita las fugas, pues el recluso más torpe, más débil y más enfermizo, hallará siempre modo de librarlo y librarse de él. Se dirá tal vez que no se libra á los enfermos de su cadena para evitar que los penados engañen á los médicos haciéndose pasar por moribundos; pero tampoco este es argumento válido, ya que á ningún médico puede engañar un hombre sano aunque afirme que está enfermo. Escribiendo estas líneas, recuerdo vivamente el aspecto de un moribundo, de Mikailof, de quien he hablado ya, y que espiró cuatro días después de mi llegada al hospital. Conocía poco á Mikailof; era un joven de veinticinco años á lo sumo, de baja estatura, flaco, y de rostro simpático. Recuerdo que tenía unos ojos muy hermosos. Murió á las tres de la tarde de un día claro y seco. Vertía el sol sus rayos resplandecientes y oblicuos á través de los cristales verdosos y congelados de nuestra sala. Un torrente de luz inundaba al desdichado que yacía sin sentido y que agonizó durante unas horas. Por la mañana se le nubló la vista y no podía reconocer á los que se le acercaban. Los forzados hubieran querido aliviarle porque veían su sufrimiento; tenía la respiración penosa; levantábasele violeutamente el pecho como si le faltara aire. Arrojó lejos de sí la cubierta de la cama y las ropas y después comenzó á desgarrarse la camisa como si le pesara. Se la quitaron. Daba horror ver aquel cuerpo descarnado con los brazos y las piernas delgadísimas y con el pecho levantado cuyas costillas resaltaban bajo la piel

como las de un esqueleto. Un cuarto de hora antes de su muerte cesó todo ruido en la sala. Los reclusos andaban de puntillas y hablaban en voz baja. De cuando en cuando lanzaban una ojeada al moribundo. Este estertoraba penosamente. Tenía sobre el pecho una crucecita; con mano temblorosa trató de arrancarla. Se la quitaron. Diez minutos después, moría. Llamaron entonces á la puerta á fin de advertir al centinela. Este miró el muerto y fué á avisar al practicante. Cuando llegó se acercó al cadáver le tomó el pulso, hizo un ademán vago y salió. Se avisó á la guardia para las formalidades necesarias, y mientras esperábamos, uno de los detenidos dijo á media voz que se debía cerrar los ojos al muerto. Uno puso en planta el consejo, y viendo en la almohada la cruz que le habían quitado del cuello, la tomó y se santiguó. El rostro del muerto se ponía rígido y un rayo de luz iluminaba las dos hileras de dientes blancos que brillaban entre sus labios exangües. El sargento de guardia llegó armado y con el casco puesto; se acercó al muerto y al ver aquel cuerpo desnudo y demacrado sintió gran impresión. Soltó la carrillera, quitóse el casco y se santiguó. Era un soldado de rostro severo, cabello gris. Al lado suyo estaba Tchekunof que le miraba con una atención rara. Sus miradas se cruzaron y ví que Tchekunof temblaba. Mordióse los labios, apretó los dientes y dijo al sargento indicándole el muerto con un movimiento de cabeza:

—Quizá también tenía madre...

Aquellas palabras me hicieron gran impresión. ¿Por qué las había dicho? Levantaron el cadáver con su jergón; crugió la paja y las cadenas se arrastraron por el suelo con ruido claro. Las levantaron y se llevaron el cuerpo. Bruscamente, todos hablaron en voz alta. Se oyó al sargento en el corredor que gritaba á alguien que fuera en busca del herrero. Había que quitar las cadenas al muerto. Pero veo que he hecho una digresión muy larga.

II

EL HOSPITAL

(Continuación)

Los médicos hacían la visita por la mañana y entraban siguiendo al médico mayor. Hora y media antes que ellos, el médico particular de nuestra sala, que era un joven siempre afable y alegre, hacía su ronda. Era poco comunicativo, pero atendía todas las reclamaciones y era un hombre excelente. Muchos médicos de Rusia gozan de la estima de las gentes del pueblo, lo cual parece raro en un país donde el pueblo tiene gran desconfianza por la medicina en general. Prefiere los curanderos á los médicos; ó emplear recetas caseras antes que acudir á un doctor ó ir al hospital. A decir verdad, hay que atribuir tal desconfianza, más que á la medicina en sí, á la que inspiran todos los organismos oficiales en Rusia, y al terror que despierta la sola idea del hospital entre aquellos que no han estado nunca en sus salas. Lo que más les repugna, es la idea de que durante su enfermedad les cuidara gente desconocida, la severidad de la dieta, la dureza de practicante y médicos, y la autopsia y disección de los cadáveres. Como un médico es, para el pueblo bajo un «señor» siente instintiva antipatía por él, y únicamente cuando conoce de cerca á los médicos es cuando su desconfianza se desvanece. Hablo de lo que he visto y experimentado en distintos puntos, y creo que en las demás poblaciones debe ocurrir lo mismo. Se dice que en algunas comarcas lejanas, los médicos aceptan propinas, descuidan á los enfermos y llegan á olvidar su arte. Pero estos son los menos,

y por mucho que traten de excusarse y de achacar sus faltas al medio ambiente, no tienen excusa posible. Es ya tiempo de que cesemos de lamentarnos ápticamente del medio ambiente que nos ha gangrenado. En una palabra, he de decir que el pueblo desconfía más de la administración oficial, que de los médicos mismos, y que cuando ve á estos últimos dispensando á los enfermos sus cuidados, olvida muy pronto sus prejuicios.

Nuestro médico se detenía habitualmente ante la cama de cada enfermo, le interrogaba detenidamente y luego recetaba. Algunas veces advertía que el pretendido enfermo no lo estaba y que había ido al hospital para descansar de los trabajos forzados y dormir en una cama mucho mejor que sobre la tarima del cuerpo de guardia. Hay que advertir que en Rusia los que sufren prisión preventiva, están peor tratados que aquellos que extinguen condena.

Nuestro médico inscribía al enfermo de mentirijillas en su cuaderno como si sufriese una «*febris catharalis*» y le permitía á veces permanecer una semana en el hospital. Todos se burlaban de esa «*febris catharalis*» porque ya sabían lo que esto quería decir. A veces el enfermo sano abusaba de la compasión del doctor hasta que le despedían á la fuerza. Había que ver entonces á nuestro médico. No se decidía á decir al penado que ya estaba bueno aunque tuviera derecho á darle de alta sin explicaciones, poniendo en la papeleta «*Sanat est*», sino que le rogaba que se marchara, pues ya estaba curado y faltaba sitio para otros enfermos, y otra porción de cosas por el estilo, hasta que el propio recluso, picado en su amor propio, pedía el alta.

El médico mayor, aunque compasivo, era más severo y resuelto que nuestro médico; en ciertos casos, mostraba una severidad implacable que les hacía respetar. Diagnosticaba cada caso en particular, y se detenía buen rato junto á los que estaban graves, y les animaba y confortaba,

No rechazaba jamás á los enfermos de *Febris catharalis*, pero si uno de ellos se empeñaba en permanecer en el hospital, le despedía diciéndole que no hay que abusar de nada. Los que más se empeñaban en permanecer en el hospital eran los que no podían con los penosos trabajos durante los meses de gran calor. Nunca se empleaban medios crueles, ni aun para expulsar á los más recalcitrantes. Recuerdo á uno que vino para hacerse curar una afección á la vista: tenía los párpados inflamados y se quejaba de agudísimos dolores en la conjuntiva. Le aplicaron sanguijuelas, colirios, corrosivos, pero nada le mejoraba. Los doctores adivinaron que aquella enfermedad era simulada, pues la inflamación no mejoraba ni empeoraba. El caso era sospechoso. Los detenidos sabían que aquello era una comedia y que engañaba á los médicos. Se trataba de un hombre joven y bastante buen mozo, pero nada simpático á sus camaradas, pues aparecía siempre desconfiado y sombrío y se apartaba de todos. Recuerdo que muchos temían que hiciese alguna barbaridad. Siendo soldado había cometido un robo de importancia, por el cual le condenaron á recibir mil golpes de baqueta y á ingresar en una compañía disciplinaria. Para alejar el momento del castigo, algunos reclusos se deciden á veces á cometer acciones espantosas: á veces asesinan á un compañero ó á un jefe á fin de retardar un mes ó dos el castigo. Poco les importa que luego sea mayor, el caso es evitarlo de momento.

Algunos de los enfermos decían que era preciso vigilarle porque por desesperación podía asesinar á alguien durante la noche. Pero no lo hicieron ni tomaron ninguna precaución los que dormían á su lado. Habían notado sin embargo que se frotaba los ojos con yeso de la pared, y con algo más á fin de que aparecieran rojos en el momento de la visita. El médico mayor le amenazó emplear las ortigas para curarle. Cuando una enfermedad de los ojos resiste á todos los medios científicos, los médicos ensa-

yan un remedio heroico y doloroso: se aplica ortigas á los enfermos, ni más ni menos que á un caballo. Pero el pobre diablo no quería decididamente curar, y por muy dolorosas que sean las ortigas, lo son mucho menos que el látigo. La operación consiste en coger al enfermo por la piel del cuello junto á la nuca, tirándole hacia atrás todo lo posible, y practicar en ella una doble incisión bastante ancha, para poder pasar por allí una mecha de algodón gruesa como un dedo; cada día, á la misma hora, se tira de esta cinta hacia adelante y hacia atrás, como si de nuevo se hundiera la piel, á fin de que la herida supure y no se cicatrice. El infeliz padeció aquella tortura durante muchos días y por fin consintió en pedir el alta. En menos de veinticuatro horas se le curaron los ojos, y en cuanto el cuello se le hubo cicatrizado, le enviaron al cuerpo de guardia, que abandonó al día siguiente para recibir sus mil baquetazos.

Penoso debe ser el minuto que precede al castigo, y no hay que extrañar el miedo que inspira á los reclusos. He hablado sin embargo de algunos que espontáneamente pedían el alta antes de cicatrizarse las primeras heridas de los latigazos. La costumbre de recibirlos, contribuye á dar intrepidez y decisión á algunos. Los que han sido castigados á menudo acaban por mirar el castigo como una incomodidad pasajera que no les causa mella. Uno de los penados de la sección particular, llamado Alejandro, ó Alejandrina, como le llamaban por broma, me contó de qué modo había recibido cuatro mil latigazos. Era un kalmuko bautizado, y hablaba de este castigo riendo y bromeando, pero me aseguró que si no le hubieran educado á latigazos desde su niñez, no hubiera podido soportar aquellos cuatro mil. Bendecía tal educación y decía: «Me pegaban por cualquier motivo, y hasta sin él; y esto duró quince años; me azotaba el que quería, así es que me acostumbré á los azotes. No sé por qué casualidad fué soldado, pero recuerdo que un día nos dijo el miedo que sin-

tió cuando le condenaron á recibir cuatro mil latigazos por haber matado á un superior: «Pensaba que me castigarían severamente, y me decía que tal vez me matarán, pues cuatro mil azotes, es un castigo tremendo. Comprendía que me escocería mucho, así es que me hice bautizar, diciéndome que así acaso me perdonaría, aun cuando mis compañeros me habían dicho que no. De todos modos, pensé, quizá tengan más lástima de un cristiano que de un mahometano. Me bautizaron con el nombre de Alejandro, pero á pesar de ello tuve que sufrir los azotes. Al fin me cargué y pensé que me iba á burlar de ellos. Crea usted, Alejandro Petrovitch, que lo hice como lo pensé. Sabía hacerme el muerto perfectamente, de modo que cualquiera hubiera jurado que iba á entregar el alma. Me llevan ante el batallón y recibo el primer mil; me escuece, y empiezo á chillar; me dan el segundo millar, y me digo: heme aquí muerto... ¡Paf! ¡me echo al suelo! Tenía los ojos vidriosos, el rostro cárdeno y llena de espuma la boca. Llega el médico y dice que me estoy muriendo. Me llevan al hospital y en seguida recobro el conocimiento. Despues recibí el tercer millar; finjo de nuevo que muero, otra vez se suspende la ejecución y voy al hospital. Cuando me administraron el último millar se encarnizaron conmigo, cada golpe valía por tres y si no me hubiese hecho el muerto cuando faltaban doscientos, creo que efectivamente me matan. El médico suspende la ejecución. Sólo me quedaban doscientos azotes y los recibí como en broma. ¿Y por qué? Porque siendo niño, me habían educado á latigazos. He aquí por qué aun estoy vivo. ¡Le aseguro que he recibido cada golpe!» Dijo esto con expresión pensativa y terminó así: «¡No, no! ¡sería imposible contarlos! ¡No hay números bastantes para ellos!» Me miró y se echó á reír añadiendo: «Crea usted que cuando duermo, sueño siempre que me vapulean; no sueño otra cosa.» Efectivamente, mientras dormía vociferaba de un modo espantoso y despertaba á todos. Aquel hombre; de peque-

ña estatura, ágil y alegre, vivía en buenas relaciones con los compañeros aunque fuese muy amigo de lo ajeno, ¿pero á cuál de los forzados no le pasaba esto?

He de añadir que siempre me sorprendió la falta de rencor con que hablaban de los castigos y de sus jefes que los aplicaban. Ellos mismos se reían de los vergajazos como si se tratara de algo que no les importara. No le sucedía lo mismo á M-tski, por ejemplo, cuando me contaba su castigo. Cuando le pregunté si era verdad que recibió quinientos latigazos, me contestó afirmativamente con acento breve, con un sufrimiento interior sin mirarme; se había puesto colorado, y al cabo de un instante brilló en sus ojos una llama de odio y los labios le temblaban de rabia. Comprendí que no olvidaría jamás aquella página de su pasado. A veces pensaba yo que aquella tranquilidad con que recordaban mis compañeros su castigo, provenía del sentimiento de su culpabilidad, pero por otra parte, recordando que ninguno se confesaba culpable, tenía que desechar tal idea. Nunca observé en ellos ningún remordimiento, ni aunque el delito hubiera sido cometido contra gente de su condición. Por lo que toca á crímenes contra sus jefes, era harina de otro costal. El penado siempre cree tener razón cuando ataca á uno de sus jefes, pero como saben que estos no comparten su modo de ver, comprenden que deben sufrir un castigo y que entonces están en paz con todo el mundo.

La lucha entre la administración y el recluso es encarnizada. Lo que contribuye á justificar al criminal ante sus propios ojos, es que sabe que el pueblo bajo no le creerá jamás irremisiblemente perdido, salvo el caso en que haya cometido el crimen contra sus propios hermanos. Esto hace que no pierda jamás su seguridad moral. Cree que pisa terreno firme y no aborrece el látigo que le flagela. Lo considera como inevitable y se consuela pensando que no es el primero ni el último que ha de ser azotado, y que esta lucha, sorda y tenaz, durará mucho tiempo. ¿Detesta

el soldado al turco que lucha con él? No; y sin embargo, le hiere, le hace prisionero, y le mata.

No hay que creer sin embargo, que tales relatos se hicieran todos con indiferencia. Cuando hablaban del teniente Jerebiatnikof era siempre con indignación. Le conocí cuando estuve por primera vez en el hospital, por los relatos que me hacían los detenidos. Le ví una vez en el presidio. Tenía treinta años, era de alta estatura, gordo y robusto, moffetudo, con los dientes blancos y la risa formidable de Nodrieff (1). Al verle se adivinaba que era un mentecato. Gustábale mandar las ejecuciones. Los otros oficiales reputaban de monstruo á Jerebiatnikof. Por regla general se castigaba sin ningún ensañamiento, pero el teniente era una excepción. Sentía verdadera pasión por su arte, y como un patricio hastiado de la Roma Imperial, pedía á tal arte refinamientos, goces contra naturaleza, á fin de conmover su alma invadida y anegada en grasa.

Jerebiatnikof manda el pelotón de ejecución; traen al detenido; el oficial se siente inspirado al ver la larga fila de soldados armados de látigos. Recorre la línea con aire satisfecho é invita á todos á cumplir su deber concienzudamente, de lo contrario... Los soldados sabían qué significaba aquel «de lo contrario...» Si el criminal no conoce aún á Jerebiatnikof, éste le juega la siguiente broma:

Todo detenido á quien ponen al descubierto la espalda y que los sargentos atan á la cuñata del fusil para hacerle recorrer la *calle verde* ruega con voz quejumbrosa al oficial que no mande pegar muy fuerte á fin de no agravar el castigo con una severidad superflua.

—Tenga usted piedad, Vuestra Nobleza, sea usted paternal, haga usted que ruegue á Dios toda la vida por usted.

Jerebiatnikof esperaba aquello; suspendía la ejecución

(1) Protagonista de *Las Almas muertas*, de Gogol,

y hablaba así con el detenido en tono sentimental y afable:

— ¿Pero qué quieres que le haga, querido? No soy yo quien te castiga, ¡es la ley!

— ¡Puede usted hacer lo que quiera, Vuestra Nobleza! ¡tenga piedad de mí...

— ¿Crees que no la tengo? ¿Crees que me da gusto verte azotar? ¿Soy un hombre, sí ó no?

— ¡Es verdad, Vuestra Nobleza! Ya se sabe que los oficiales son nuestros padres y nosotros sus hijos. ¡Sea usted para mí un verdadero padre! — gritaba el detenido esperezado.

— Ya debes comprender, amigo mío, que por humanidad he de mostrarme condescendiente.

— ¡Oh! ¡gracias, Vuestra Nobleza!

— Sí, debo ser misericordioso para ti por muy culpable que seas. ¡Te castiga la ley! Piensa que sirvo a Dios y á la patria, y por consiguiente, cometo un grave pecado atenuando el castigo.

— ¡Vuestra Nobleza!...

— ¡Bueno, pase por una vez! Sabes que voy á faltar, pero haré lo que desees... Te perdono, te castigaré ligeramente. Pero cuidado con reincidir. Pensarás que otra vez haré lo mismo, y esto quizá te haga cometer un nuevo delito.

— ¡Dios me libre de ello! Ante el trono del Creador celeste le juro...

— Bueno, bueno, ¿y me prometes portarte bien?

— Máteme Dios en este instante y castígueme en el otro mundo...

— No jures así, es un pecado. Con que me des tu palabra te creo...

— ¡Vuestra Nobleza!

— ¡Escucha! Te perdono á causa de tus lágrimas de huérfano. ¿Eres huérfano, verdad?

—Huérfano de padre y madre, Vuestra Nobleza; estoy solo en el mundo...

—Bien, á causa de tus lágrimas de huérfano tengo piedad de ti, pero es la última vez. Llevadle,—añadía con voz tan enternecida que el detenido no sabía cómo dar gracias á Dios por haberle tocado tan buen oficial.

La terrible procesión se ponía en marcha; el tambor redoblaba; los primeros soldados blandían sus látigos...

— ¡Apaleadle! —aullaba entonces Jerebiatnikof á voz en cuello;— ¡quemadle! ¡duro, duro en él! ¡desolladle! ¡más, más! ¡Duro en el huérfano! ¡Más fuerte! ¡Reventadle! ¡Aplastadle!

Los soldados asestaban golpes formidables sobre la espalda del desdichado, cuyos ojos lanzan centellas y que vocifera mientras el oficial corre tras él riendo á carcajadas. Es dichoso; aquello le parece burlesco; de cuando en cuando se oye su risa formidable, franca y bien timbrada; de continuo repite:

— ¡Duro! ¡duro! ¡Arrancadle la piel! ¡Apalead á ese huérfano!...

Había inventado otros tormentos: Le traen un culpable; éste suplica al teniente que tenga piedad de él. Esta vez Jerebiatnikof no se muestra piadoso, sino que le dice francamente:

—Mira, te voy á castigar como es debido, porque lo mereces; pero te puedo hacer una concesión: que no te aten á la culata del fusil. Caminarás sólo... á la última moda. Corre con todas tus fuerzas por delante de los soldados. Verdad que todos te pegarán, pero así acabarás antes. ¿Qué te parece? ¿Quieres probarlo?

El detenido, que le ha escuchado con desconfianza, piensa: «¿Quién sabe? Quizá así salga mejor librado; si corro cuanto puedo, el suplicio durará cinco veces menos y tal vez no me toquen todos los látigos».

—Bien, Vuestra Nobleza, lo haremos así,

—Perfectamente,

Y el teniente grita á sus soldados:

—¡Eal! ¡No penséis en las musarañas!

Sabe que el desdichado recibirá todos los vergajazos. El forzado trata de correr por la *calle verde*, pero apenas ha pasado ante quince hombres, el desdichado cae y lanza un grito; diríase que una bala le ha herido.

—No, Vuestra Nobleza, prefiero que me azoten como manda el reglamento,—dice levantándose penosamente mientras Jerebiatnikof, que sabia ya como tenía que acabar aquella broma, se aprieta los ijares y revienta de risa.

Hablaban también en nuestra cuadra de un teniente Smekalof, que ejercía de comandante antes de llegar á mayor el actual. Hablaban de Jerebiatnikof con indiferencia, sin odio, pero sin alabar sus proezas; en una palabra, le despreciaban: mientras que el nombre de Smekalof despertaba en el presidio elogios y entusiasmos. No es que le gustaran los azotes ni que tuviera el perverso carácter de Jerebiatnikof, pero castigaba cuando convenía. ¿Cómo se comprende que los penados le recordaran con satisfacción? Es que había sabido complacerles. ¿Cómo? ¿De qué manera adquirió tal popularidad? Nuestros camaradas, así como el pueblo ruso por entero, olvidan sus tormentos si se les habla con cariño. El teniente Smekalof había adquirido una popularidad extraña y todos hablaban de él con enternecimiento. Era un hombre sencillo y quizá bueno á su modo. Y sin embargo hay jefes que son buenos y nadie les ama, mientras que Smekalof, se hizo querer de todos. Es una cosa rara pero verdadera: hay gentes que no son buenos y sin embargo tienen el talento de hacerse populares. No desprecian al pueblo que les está subordinado y se me figura que de esto depende su popularidad. No se ve en ellos al gran señor, no se les advierte ningún prejuicio de casta, tienen, por decirlo así, las mismas condiciones que el pueblo al que pertenecen por su nacimiento, y el pueblo lo advierte en seguida, y está dis-

puesto á hacer todo lo que le piden. Será capaz de cambiar alegremente al hombre más humano y cariñoso contra un jefe muy severo si este último sabe hacerse querer. El teniente Smekalof castigaba algunas veces con severidad, pero lo hacía de tal modo, que nadie le guardaba rencor. Había inventado una broma, una sola, con la que se distrajo un año entero en el presidio. Smekalof asistía á la ejecución bromeando con el detenido y preguntándole acerca de su vida y costumbres. Le traen una silla y los látigos que deben servir para el culpable. El teniente se sienta y enciende la pipa. El detenido le implora...

—¡No, camarada, no! ¡Ea, tiéndete! ¿Qué más quieres?...

El penado suspira y se echa al suelo.

—Oye, ¿sabes leer?

—Ya lo creo, Vuestra Nobleza, estoy bautizado y me enseñaron á leer de niño.

—Entonces, lee.

El penado sabe lo que va á leer y cómo acabará tal lectura, porque aquella broma se ha repetido más de treinta veces.

Smekalof sabe que no engaña á su víctima ni á los soldados que van á flagelarlo. El penado empieza á leer; los soldados esperan: Smekalof cesa de fumar, levanta la mano y espera una palabra determinada. El detenido lee y llega por fin á la palabra «á los cielos». Esto es lo que se esperaba. «¡Altol!»—grita el teniente, que se pone colorado, y bruscamente, con ademán imperioso, dice al hombre que tiene el látigo levantado:—«Da, cumple tu oficio» (1), y suelta el trapo á reír. Los soldados sonríen, sonríe el azotador y hasta el azotado, por más que el látigo silba y le flagela la espalda. Smekalof se muestra muy contento y se va satisfecho lo mismo que el flagelado, quien al cabo de media hora cuenta por centésima vez la bromita de Smekalof.

(1) Juego de palabras intraducible al castellano,

A menudo hablaban los penados con elogio del buen teniente.

—Algunas veces, cuando íbamos á los trabajos,—cuenta un penado,—le veíamos en la ventana tomando te y fumando. Al ver que yo me quitaba la gorra me decía: «¿A dónde vas, Axenof?» Al trabajo, Mikail Vassilitch; pero antes he de pasar por el taller.

Y se reía como un bienaventurado recordando al teniente.—Estos buenos oficiales permanecen poco tiempo en los presidios,—añade uno de los oyentes.

III

EL HOSPITAL

(Continuación) (1)

He hablado de los castigos y de aquellos que los aplicaban, porque en el hospital es donde formé de ello cabal idea. En nuestra sala estaban todos los penados de los batallones que debían recibir los *schpitzruten* (2), así como los detenidos de las secciones militares de la comarca. Durante los primeros días miré lo que ocurría con tanta avidez, que aquellos presos azotados ó que iban á serlo, me producían una impresión terrible. Estaba conmovido, asustado. Oyendo las conversaciones acerca de tal asunto que sostenían los penados, hacía preguntas á las que deseaba contestación. Quería conocer los diversos grados

(1) Todo cuanto digo de las penas corporales, existía en mi tiempo. Ahora he oído decir que todo ha cambiado y que aun cambia. (Nota de *Destoyewski*).

(2) Los *schpitzruten* son vergajazos cuyo uso era muy frecuente en Alemania durante el siglo XVIII y que fueron inventados en dicho país,

de tales penas y saber la opinión que tenían los forzados. Traté de imaginar el estado psicológico de los azotados. Ya he dicho que casi ninguno conservaba su sangre fría sino un terror temible, un miedo inconsciente que desmoraliza su ánimo. Durante los años que permanecí en el presidio, pude estudiar á los detenidos que pedían su salida del hospital para acabar de recibir la pena. Aquella interrupción en el castigo la provoca siempre el médico que asiste á las ejecuciones. Si el número de golpes que ha de recibir el condenado es demasiado grande, se divide de modo que no ponga su vida en peligro. Quinientos, mil, y hasta mil quinientos azotes, se dan de una vez, pero si se trata de mayor número se reparte en dos sesiones. Los que ya estaban casi curados, permanecían tristes, taciturnos, pensando en el resto de la pena. No hablaban con nadie y permanecían siempre silenciosos, y los camaradas evitaban por su parte dirigir la palabra á los que debían ser castigados. Ni consuelos ni palabras superfluas: ni siquiera se fijan en ellos, y esto gusta al paciente.

Había, sin embargo, excepciones, como el forzado Orlof, de quien ya he hablado. Sentía no curar aprisa para poder huir cuanto antes durante el trayecto que debía hacer desde nuestro presidio á otro. Lo que únicamente temía era morir antes de la primera parte de su castigo, pero una vez padecido el primer vapuleo, adquirió nuevo ánimo.

Cuando llegó al hospital no había yo visto jamás llagas parecidas, pero estaba contento; esperaba vivir y contaba con emprender el viaje y soñaba en su evasión futura, en la libertad, en el campo, en los bosques... Dos días después de salir del hospital volvió para morir en la misma cama que había ocupado. No había podido soportar la segunda mitad.

Todos los detenidos sin excepción, hasta los más pusilánimes, soportaban valerosamente su pena. Casi nunca oía gemidos durante la noche que seguía á la ejecución.

Pregunté á muchos acerca de tal dolor para saber á qué sufrimiento podía compararse, pero nadie me dió una respuesta satisfactoria.

— Quema como el fuego, — me decían generalmente.

Todos contestaban lo mismo. Al primero que pregunté fué á M... tski:

— Quema como fuego, como un infierno, parece que se tenga la espalda sobre un horno ardiente.

Un día hice una observación extraña confirmada por la opinión de los forzados, consistente en que, los azotes es el castigo más terrible que se emplea en Rusia. Parece que esto sea absurdo, imposible, y, sin embargo, quinientos y hasta cuatrocientos vergajazos bastan para matar á un hombre.

El hombre más robusto no puede soportar mil vergajazos, mientras que sufre quinientos baquetazos sin mucha molestia. Un hombre de complexión ordinaria, soporta mil baquetazos sin peligro, y dos mil, no matan á un hombre robusto. Todos los detenidos aseguraban que los vergajos eran peores que las baquetas. Afirmaban que torturaban mucho más, pues irritan y obran sobre el sistema nervioso, que excitan de un modo terrible. Dicen que ha habido individuos á quienes, ver azotar una víctima, procuraba un goce que recordaba al marqués de Sade y á la Brinvillers. Creo que este goce consiste en un desfallecimiento y que el que lo experimente, debe gozar y padecer á un tiempo. Hay gente que son como tigres, ávidos de la sangre que pueden lamer. Los que tienen tal temperamento, no resisten jamás á sus deseos, á su sed de sensaciones. La tiranía es una costumbre, que á lo largo degenera en enfermedad. Estoy seguro que el hombre más bueno puede pervertirse y embrutecerse hasta el punto de parecer una fiera. La sangre y el poder embriagan, ayudan al desarrollo de la dureza de alma y el libertinaje, y entonces anhelan los fenómenos más anormales y se les

antojan goces. Añadamos que la posibilidad de tal licencia obra de un modo contagioso para la sociedad entera. La sociedad que mira estas cosas con indiferencia, está ya podrida hasta el tuétano. En una palabra: el derecho que se concede á un hombre de castigar corporalmente á sus semejantes, es una de las llagas de la sociedad; y es el medio más seguro para aniquilar todo cinismo y para acarrear una descomposición social inevitable é inminente.

La sociedad desprecia al verdugo de oficio, pero no al verdugo dueño. Todos los fabricantes, todos los contratistas, deben sentir un placer irritante, pensando que el obrero que tiene bajo sus órdenes depende de él con su familia entera. Difícil es extirpar este mal, porque un hombre no puede renunciar á lo que lleva en su sangre, á lo que le fué transmitido en la leche. Tales revoluciones no se realizan con rapidez; no consiste todo en confesar su falta y su pecado original, es preciso extirparlo, y esto es difícil.

He hablado del verdugo. Sus instintos están en potencia en casi todos nuestros contemporáneos; pero los instintos animales del hombre, no se desarrollan de un modo uniforme. Cuando ahogan las otras facultades, el hombre se convierte en un monstruo asqueroso. Hay dos especies de verdugos. Los de buena voluntad y los que lo son por deber. El primero está muy por debajo del segundo, el cual, sin embargo, inspira al pueblo asco indecible, y miedo irreflexivo, casi místico. ¿De dónde proviene este horror, casi supersticioso por el último, mientras que sólo inspira indiferencia el primero? Conozco ejemplos raros de gente honrada y buena que gozaban de la estima de sus semejantes, y que creían necesario que un condenado á azotes vociferara, suplicara y pidiera perdón. Era para ellos una cosa necesaria; si la víctima no gritaba, el ejecutor, que en las demás ocasiones parecía un buen hombre, miraba aquello como una ofensa personal. No quería al principio más que un ligero castigo, pero si no oía las sú-

plicas habituales: «¡Vuestra Nobleza! ¡Tenga piedad! ¡Sea un padre para mí! ¡Haga que dé gracias á Dios toda mi vida!» etc., se ponía furioso, y ordenaba aplicar cincuenta golpes más, esperando así oír los alaridos que deseaba.

—No se puede obrar de otra manera; es demasiado insolente,—me decía con toda seriedad.

El verdugo, por deber, es un deportado que se designa para ello. Hace el aprendizaje al lado de uno antiguo, y una vez que sabe su oficio, permanece en el presidio donde vive separado de todos. Un hombre no es una máquina, aunque á veces azota por deber, otras se enfurece y pega con ensañamiento, pero no siente ningún odio hacia su víctima. El deseo de mostrar su destreza aguijonea su amor propio. Sabe que es un réprobo, que excita un terror supersticioso, y es imposible que esto no irrite sus malos instintos. Hasta los niños saben que aquel hombre no tiene padre ni madre ¡Cosa rara! Todos los verdugos que he conocido eran hombres de cierto desarrollo intelectual, y dotados de un amor propio excesivo. El aparato que se ha de desplegar cuando entran en funciones, contribuye quizá á darles cierta presunción.

Tuve ocasión de observar de cerca uno de estos verdugos; era un hombre de mediana estatura, de unos cuarenta años, musculoso, flaco de cara, inteligente. Contestaba con buen sentido y con una especie de condescendencia. Los oficiales le dirigían la palabra con cierto respeto, y por su parte contestaba él con cortesía, sequedad y dignidad. Cuando hablaba con alguien se advertía una expresión que denotaba en él que se creía superior. En verano, cuando hacía mucho calor, se le encontraba á veces bajo escolta, armado de una larga pértiga muy delgada con la que mataba los perros vagabundos. Las autoridades le habían encargado aquel trabajo vil pero que no parecía humillarle, pues recorría con gran gravedad las calles y asustaba con una sola mirada á las mujeres y á los niños y miraba á los transeuntes desde lo alto de su grandeza.

Los verdugos viven cómodamente, viajan bien y beben aguardiente. Sus rentas las constituyen las propinas que antes de la ejecución acostumbran á darles los condenados civiles. Cuando han de entendedérselas con culpables que tienen dinero, son ellos los que fijan la propina y algunas veces exigen hasta treinta rublos. El verdugo no tiene derecho á tratar con mimo á su víctima, pero por una propina regular se compromete á no golpear con saña. En caso contrario, pega como un verdadero bárbaro. A veces exige una gran suma hasta á un culpable pobre; entonces, todos los parientes de éste se ponen en movimiento; regatean, suplican, piden, y desgraciados de ellos si no satisfacen su codicia. Se cuenta de ellos rasgos de verdadero salvajismo. Los forzados me aseguraron que de un sólo golpe un verdugo puede matar á su víctima. El verdugo mismo me aseguró que podía hacerlo. Me contaron también que puede pegar á todo vuelo sin que el criminal sienta el más leve dolor y sin dejar verdugones. Aún en el caso de recibir propina, da el primer golpe con todas sus fuerzas; es la costumbre; después suelta los otros golpes con menos dureza. Quizá obra así para acostumbrar al paciente á los golpes que han de seguir, tal vez lo hace para asustar al culpable, tal vez para demostrar su vigor. En todo caso, el verdugo está ligeramente excitado antes de la ejecución. Es un actor en aquel instante; el público le admira y siente espanto; y grita con satisfacción las palabras habituales que preceden al primer golpe: «¡Prepárate! ¡Te va á escocer!» Parece imposible hasta qué punto puede desnaturalizarse un ser humano.

Durante los primeros días de mi permanencia en el hospital, escuchaba atentamente estos relatos de los penados que rompían la uniformidad de esos largos días de cama tan parecidos unos á otros. Por la mañana nos distraía algo la visita de los médicos, y luego venía la comida. Como se puede comprender, la comida era un asunto capital dada nuestra vida monótona. Las raciones eran dife-

rentes según la naturaleza de las enfermedades; unos recibían caldo, á otros se les daba carne, y á otros sopa de sémola la cual era muy solicitada. Los convalescientes tomaban cocido. La mejor alimentación se reservaba á los que padecían de escorbuto. Se les daba carne asada con cebollas y algunas veces un poco de aguardiente. El pan era, según la enfermedad, negro ó moreno. La exactitud que se observaba en la distribución de las raciones hacía reír á los enfermos. Había algunos que no tomaban absolutamente nada; cambiaban las raciones, así es que muy á menudo la que se destinaba á un enfermo se la comía otro. Los que estaban á dieta compraban la de un atacado de escorbuto; otros se procuraban carne á fuerza de dinero; había otros que se comían dos raciones enteras, lo cual les costaba bastante caro, porque se acostumbraban á vender á cinco kopeks. La pobreza era general, pero los que tenían algunos céntimos se hacían comprar bollos de pan blanco ó golosinas en el mercado. El rato más penoso era el que seguía á la comida. Unos se dormían, otros charlaban, disputaban ó hacían relatos en alta voz. Si no llegaban nuevos enfermos el aburrimiento era insoportable. La entrada de un novicio causaba siempre cierta expectación sobre todo si nadie le conocía. Se le examinaba y se le preguntaba su historia. Los más interesantes eran los enfermos de paso. Estos tenían siempre algo nuevo que contar. Si el detenido no decía nada espontáneamente, nadie le molestaba. Únicamente se le preguntaba de dónde venía, con quiénes hizo el camino, dónde le llevaban, etc. Estimulados por los relatos de los recién llegados, nuestros camaradas explicaban á su vez lo que cada cual había hecho y las peripecias que pasó por el camino cuando le condujeron á presidio con la cuerda de penados. Al anoecer llegaban los forzados á quienes se azotaba. No entraban todos los días, y entonces nos aburríamos de un modo tremendo; algunos se peleaban. Los penados se alegraban cuando traían un loco para que le

examinara el médico. Algunos de los condenados á azotes fingían estar locos para que se les perdonara. Hacían extravagancias, pero á los pocos días se les desenmascaraba y ellos mismos pedían con expresión sombría salir del hospital. En cambio la llegada de un verdadero alienado era una desgracia para toda la sala. Los que eran alegres y vivos y gritaban, bailaban y cantaban, eran acogidos con entusiasmo.

—Vamos á divertirnos,—decían los penados mirando aquellos infelices hacer muecas y contorsiones; pero el espectáculo era terriblemente penoso y triste. Jamás pude mirar á los locos sin estremecerme. Hubo uno que permaneció tres semanas en la sala. Ya no sabíamos donde ocultarnos. Precisamente entonces trajeron otro. Este me produjo una impresión profunda.

El primer año, ó más exactamente los primeros meses de mi destierro, iba con un grupo de penados estufistas á un tejár que estaba á dos verstas de nuestra cárcel para arreglar las estufas en que se cocían ladrillos durante el verano. Aquella mañana M... tski y B. me hicieron trabar conocimiento con el sargento que vigilaba lá fábrica. Se llamaba Ostrojski. Era un polaco ya entrado en años, de alta estatura, flaco é imponente. Mis compañeros le querían y estimaban. Leía siempre la Vulgata. Le hablé: su conversación era amena y discreta. No le volví á ver hasta el cabo de dos años, un día que le trajeron á nuestra sala. Estaba loco. Entró chillando, riendo, y se puso á bailar, haciendo ademanes obscenos que recordaban la kamarinskabsia... Los penados se entusiasmaron; yo me entristecí. Tres días después no sabíamos qué hacer. Disputaba, se pegaba, gemía y cantaba en mitad de la noche; á cada instante sus obscenidades nos daban náuseas. A nadie temía; le pusieron la camisa de fuerza. Después de tres semanas pedimos al médico mayor que le llevara á otra sala, pero dos días después nos le volvían á endosar. Como teníamos dos locos á un tiempo y ambos furiosos,

las dos salas no hacían más que enviárselos mutuamente, reduciéndose todo á cambiar de loco. Todos respiraron libremente cuando se los llevaron por fin no sé dónde...

Me acuerdo de un demente muy raro. Trajeron un día, en verano, á un penado que tenía el aspecto de hombre fuerte y vigoroso; el rostro era sombrío y triste, desfigurado por las viruelas y con unos ojillos ribeteados de rojo. Se puso á mi lado: era muy pacífico, no hablaba á nadie y de continuo parecía reflexionar. Anocheció: me dirigió la palabra y me contó de pronto, como si me fuera á confiar un gran secreto, que tenía que recibir dos mil baquetazos, pero que no le importaba, porque la hija del coronel G. se interesaba por él. Le miré con sorpresa y le contesté que á mi juicio, la hija de un coronel no podía intervenir en aquello. No adivinaba con quien me las había. Le pregunté qué enfermedad padecía, y me contestó que no lo sabía, pues gozaba de buena salud, y además la hija del coronel se había enamorado de él. Dos semanas antes, pasando en coche por el cuerpo de guardia, mientras él miraba por la reja, se enamoró con sólo verle: Desde entonces había ido tres veces al cuerpo de Guardia con distintos pretextos, y siempre, al pasar por su lado, le decía que le amaba y que le sacaría de la cárcel. Me contaba aquello con detalles exactos y minuciosos. Creía religiosamente que le perdonarían su pena, y hablaba con seguridad del amor apasionado de aquella señorita. Aquella invención extraña y romántica, indicaba lo que el temor del castigo había podido sobre aquel ser tímido. Aquel desdichado, que jamás debió pensar en las señoritas, inventó de repente aquella novela, y se asía á tal esperanza. Le escuché en silencio y después conté lo que me había dicho á los demás penados. Cuando los camaradas le preguntaron, guardó un casto silencio. Al día siguiente, como dijera al doctor que no estaba enfermo, le pusieron el *Sanat est* en su papeleta y le enviaron fuera. Sea lo que fuere, dos días después azotaron al desdichado. Parece que quedó asom-

brado de aquel castigo que no esperaba, y cuando le llevaron ante los soldados empezó á pedir socorro. Como no había camas libres en nuestra sala le enviaron á la enfermería. Supe que durante ocho días no dijo una palabra y permaneció triste y sombrío. Cuando tuvo curada la espalda se lo llevaron. Nunca más oí hablar de él.

Por lo que hace al tratamiento de los enfermos noté que los que estaban ligeramente indispuestos no tomaban jamás las medicinas, mientras que los enfermos graves, observaban todas las prescripciones de los doctores. Noté también que preferían los remedios externos: ventosas, sanguijuelas, cataplasmas y sangrías. Un hecho raro llamó mi atención. Los mismos que habían soportado sin quejarse los horribles dolores causados por las baquetas y los vergajos, se quejaban, gesticulaban y gemían si les aplicaban una ventosa. Teníamos ventosas de un género particular. Como la máquina con que se practican las incisiones instantáneas de la piel estaba estropeada, había que servirse de la lanceta. Por cada ventosa se hacen doce incisiones que no son dolorosas si se emplea la máquina, pero con lanceta es distinto, porque corta lentamente y hace padecer. Si hay que poner diez ventosas hay que hacer ciento veinte pinchazos que son muy dolorosos. Yo lo sé por mí mismo; además del dolor produce molestias é irritación, pero el sufrimiento no es tan grande que no sea posible evitar los gemidos. Causaba risa ver á hombres robustos crispase y vociferar. Podía comparárseles á esos hombres que se muestran firmes y tranquilos cuando se trata de un asunto importante y que no hay quien les aguante en su casa, pues recriminan y juran y nada encuentran bien hecho. A veces, algunos camaradas se burlaban ó insultaban á estos remilgados. Ustiantsef siempre les llamaba al orden, gustábale reñir á los demás; era una necesidad engendrada por la enfermedad y también por su estupidez. Primero miraba fijamente y después sol-

taba una larga admonición como si tuviera la tarea de velar por el orden y moralidad generales.

—En todo se entromete,—decían los detenidos riendo.

—¡Cuánto charla! Tres carros no bastarían para cargar todo lo que ha dicho.

—¿Qué es lo que dices? Eres un imbécil. ¿Por qué chillas por un arañazo?

—¿Y á ti qué te importa?

—¡No! camaradas,—interrumpió un detenido;—las ventosas no molestan; lo más aburrido es cuando le tiran á uno de la oreja.

Todos soltaron la carcajada.

—¿Te han tirado á ti?

—¡Ya lo creo!

—He aquí por qué las tienes tan derechas.

Este forzado Chapkin, tenía en efecto unas orejas muy largas y derechas. Antiguo vagabundo, joven aun, inteligente y apacible, hablaba en broma con expresión seria, lo cual hacía reir á todos.

—¿Cómo sabes que te han tirado de las orejas?—insistía Ustiantsef dirigiéndose con indignación á Chapkin.

Este no paraba mientes en la interpelación de su camarada.

—¿Quién es el que te tiró de las orejas?—preguntó alguien.

—¡El jefe de policía, pardiez! Por vagabundo. Habíamos llegado á K., yo y otro vagabundo, Efim. Por el camino habíamos descansado en la aldea de Tolmina. Llegamos á la ciudad y observamos si se podría dar un buen golpe y escapar en seguida. Entramos en una taberna, y vemos á un mocetón moreno que llevaba una chaqueta alemana con los codos rotos. Nos habló de varias cosas. Nos preguntó si teníamos passaporte.

—No, no tenemos.

—Yo tampoco. Están conmigo dos camaradas que sir-



ven con el general Cuco (1). Nos hemos divertido pero ahora no tenemos un cuarto. ¿Queréis pagarnos un litro de aguardiente?

—Con mucho gusto,— contestamos.

Bebimos juntos. Nos indicaron entonces un punto donde se podría dar un buen golpe. Era en una casa en el extremo de la ciudad que pertenecía á un rico burgués. Había allí buen botín y nos decidimos á emprender el ataque por la noche. Pero cuando llegamos á la casa, nos cogieron á los cinco, nos llevaron á la prevención y después al despacho del jefe de policía.

—Yo mismo les interrogaré,— dice.

Sale con la pipa y le traen una taza de te. Era un buen mozo que usaba patillas. Además de nosotros cinco había tres vagabundos más. Ya sabéis, camaradas, que no hay nada tan cómico como un vagabundo, porque todo lo olvida. El jefe de policía me pregunta:

—¿Quién eres?

Contesté lo mismo que los otros.

—No me acuerdo de nada, Vuestra Nobleza.

—Espera, he de hablar más contigo.

Y me empieza á hablar fijamente aunque no le había visto nunca. Entonces pregunta al segundo:

—¿Quién eres?

—Largate-de-aquí, Vuestra Nobleza.

—¿Te llamas Largate-de-aquí?

—Sí, señor.

—Bueno, ¿y tú cómo te llamas?—añadió dirigiéndose al tercero.

—¡Con-él, Vuestra Nobleza!

—¿Cómo dices que te llamas?

—Me llamo «Con-él.»

—¿Quién te ha puesto tal mote, canalla?

—Mucha gente, buenas gentes.

(1) Es decir que están en el bosque donde canta el cuco. Quiere decir con ello que son vagabundos.—(N. del A.)

—¿Quiénes son esas buenas gentes.

—Lo he olvidado.

—¿A todos les olvidaste?

—A todos, Vuestra Nobleza.

—Sin embargo, supongo que habrás tenido padres; ¿te acuerdas de ellos?

—De fijo que los tuve, pero no me acuerdo.

—¿Dónde viviste hasta ahora?

—En el bosque.

—¿Siempre?

—¡Siempre!

—¿Y en invierno?

—Nunca he visto un invierno.

—¡Vete al diablo! ¿Y tú cómo te llamas?

—Las-hachas (Toporof).

—¿Y tú?

—Afila sin-bostezar, Vuestra Nobleza.

—¿Y tú?

—Aguza sin-miedo, Vuestra Nobleza.

—¿De modo que no os acordáis de nada?

—De nada...

Se echó á reir é hicimos lo mismo. Menos mal. Algunas veces, en lugar de reir, os pegan.

El jefe nos miró y dijo:

—Llevadles á la cárcel. Ya trabaré conocimiento con ellos luego.

Y añadió dirigiéndose á mí:

—Tú, quédate.

Después de un instante de silencio me dijo:

—¡Siéntate ahí!

Veo una mesa con recado de escribir.

—Siéntate, —repite,—coge la pluma y escribe...

Y me coge de la oreja y empieza á tirar de ella. Yo le miro como debe mirar un diablo á un cura.

—No sé escribir, Vuestra Nobleza.

—¡Escribel!

—Tenga usted piedad de mí.

—¡Escribe como puedas, pero escríbel!

Y continúa tirándome de la oreja y me la retuerce. Creed que hubiera preferido trescientos latigazos.

El caso es, que poco tiempo antes, un secretario había cometido una fechoría en Tobolsk: había robado la caja del gobierno y huído con el dinero. Tenía como yo las orejas largas; y como yo me parecía al individuo en cuestión, he aquí por qué me decía que escribiese. Quería saber si escribía y si lo hacía bien.

—¡Era listo! ¿Y te hacía daño?

—¡Ya lo creo!

Resonó una carcajada unánime.

—¿Y escribiste?

—¿Qué iba yo á escribir? Pasé la pluma por el papel, y tanto la pasé que acabó por no atormentarme. Me dió una docena de bofetadas, como era natural, y me dejó ir... á la cárcel.

—¿Es que sabías escribir?

—¡Ya lo creo! Pero desde que empezaron á usarse las plumas, lo olvidé todo.

Gracias á la charla de los forzados pasábamos el tiempo; ¡Pero qué aburrimiento! Los días eran largos, tristes y monótonos. La vida era muy penosa. Y sin embargo prefería yo el hospital al presidio. Por lo menos en el hospital me trataban todos como camarada, sin cuidarse de si era hidalgo ó no. En cambio, en presidio, á todas horas tenía que padecer la envidia de mis compañeros que no me perdonaban mi origen.

El momento más triste del día era en la velada y el principio de la noche. Nos acostábamos pronto. La atmósfera era infecta y asfixiante. Algunos enfermos no podían dormirse y permanecían sentados sobre sus camas. Yo, por mi parte, me entregaba á mis ensueños, recordaba lo pasado y evocaba las impresiones recibidas y los menores detalles de ellas y pensaba en lo porvenir. ¿Cuándo saldré

de aquí? ¿A dónde iré? ¿Qué me ocurrirá? ¿Volveré á mi país natal? Pienso... pienso, y la esperanza renace en mi alma... Otras veces empiezo á contar, «uno, dos, tres» y llevo á contar hasta tres mil sin poderme dormir. Alguien se mueve en la cama. Ustiantsef tose, luego gime y balbucea: «¡Dios mío, he pecado!» ¡Cuán horrible es oír esta voz de enfermo en el silencio que reina! En un rincón los enfermos que no duermen aún hablan en voz baja. Así ofí un relato que al principio me pareció una pesadilla engendrada por el delirio...

IV

EL MARIDO DE AKULKA

Relato

Eran las once. Desperté sobresaltado. La luz de la lamparilla apenas alumbraba. Casi todos dormían, hasta Ustiantsef, y oía yo su respiración difícil y las flemas que se movían en su garganta cada vez que respiraba. Oyéronse los pasos de la patrulla que se acercaba. Se abrió la puerta de la sala; el cabo contó los enfermos, cerró la puerta, cambió el centinela y se alejó todo ruido. Sólo entonces oí, que dos detenidos que no dormían cuchicheaban entre sí. Hablaban probablemente hacía mucho rato. Por lo tanto no oí el principio de su conversación, pero como no tenía ganas de dormir me puse á escuchar. Uno de ellos, medio tendido, hablaba con calor. Su oyente, sentado en el jergón, murmuraba de vez en cuando algunas palabras de contestación á su camarada, para demostrar que le atendía, y tomaba rapé de continuo.

Era el soldado Tcherevin, de la compañía disciplinaria. El que hablaba era Chichkof, de unos treinta años, penado civil, medio idiota, grosero y adusto. Tenía la gracia de pelearse á menudo, pero todos «le podían.» Y como era cobarde, le trataban desdeñosamente; tocaba bastante bien la balalaica y hasta bailaba los días festivos, lo que hacía fácilmente, no por amabilidad, sino porque le gustaba hacerse con amigos y complacerles.

Durante mucho rato no pude comprender lo que Chichkof decía. Se me antojaba que continuamente variaba de asunto. Quizá había notado que Cherevin prestábale escasa atención, pero creo que fingía ignorarlo para no tener que enfadarse.

—Cuando iba al mercado,—continuó,—todos le saludaban y acataban... Tenía mucho dinero.

—¿No dices que tenía un almacén?

—¡Sí! En mi tierra todos son pobres. Las mujeres van al río y traen el agua de muy lejos para regar los huertos; se cansan, y sin embargo, cuando llega el otoño, no pueden comer ni sopas de coles. ¡Una ruina! Pero él tenía un campo grande que cultivaban tres braceros, y una colmena de la que vendía la miel; traficaba en ganado, era ya viejo, y cuando iba al mercado, envuelto en su pelliza de piel de zorra, todos le saludaban.

—«Buenos días, padrecito Ankudim Trofimytch.»

—«¡Buenos días!»—contestaba.

—«¿Cómo estás?»

—«¿Qué tal van tus asuntos?»

—«Tan bien, como blanco es el hollín. ¿Y los tuyos, padrecito?»

—«Vivimos por nuestros pecados, cansamos á la tierra.»

—«Dios te dé larga vida, Ankudim Trofimytch.»

A nadie despreciaba. Sus consejos eran buenos; cada palabra valía un rublo; leía mucho y siempre decía á su mujer que se fijara en lo que leía. Tenía dos hijos y una hija, Akulka, de dieciocho años, que era la mayor.

—¿Tu mujer, verdad?

—Aguarda un momento. Filka Marasof empieza á armar escándalo. Dice á Ankudim. «Partamos, devuélveme mis cuatrocientos rublos; no quiero comerciar más contigo ni casarme con tu hija. Me divertiré. Ahora que han muerto mis padres, voy á beberme todo mi dinero, sentaré plaza, y de aquí á diez años seré feld-mariscal.» Ankudim le devolvió el dinero que le tenía en depósito, porque años atrás comerciaba con el padre de Filka. «Eres hombre al agua», le dijo. «Perdido ó no, viejo chocho, eres el mayor ladrón que conozco; quieres hacer fortuna con cuatro kopeks y en cambio recojes todas las porquerías que están al alcance de tu mano. Yo soy hombre de carácter; no me casaré con tu Akulka aunque ya he dormido con ella.»

—«¿Cómo te atreves á deshonorar á un hombre honrado y á su honrada hija? ¿Cuándo dormiste con ella, grasa de serpiente, sangre de perro?»

—«No sólo no me casaré con tu hija, sino que no dejaré que se case con nadie. ¡Aunque me dices cientos y miles no la tomaría!»

Desde aquel día empezó á gastar el dinero. No le faltaron amigos, y durante tres meses se divertieron mucho. Estaba borracho todo el día y se paseaba en coche, y las prostitutas le querían porque tocaba muy bien la tiorba...

—¿Y es verdad que durmió con Akulka?

—Aguarda, hombre. Mi padre había muerto hacía poco; mi madre hacía bollos, pero de todos modos, vivíamos muy mal. Cuando murió mi padre también gasté dinero. Obligaba á mi madre á que me diera, y sino la pegaba...

—¡Hacías mal, es un gran pecado!

—Me pasaba el santo día borracho. Teníamos una casa vieja, pero nuestra. Nos moríamos de hambre; durante semanas enteras no sabíamos qué comer. Yo no me apartaba de Filka Marasof. «Toca la guitarra, me decía, yo permaneceré acostado y te daré dinero, porque soy muy

rico». No sabía lo que se decía. «Vamos á pintar con alquitrán la puerta de Akulka, porque no quiero que se case con Nikita Grigoritch!» Sabía ya que Nikita quería casarse con Akulka. Cuando Nikita Grigoritch supo la mala conducta de Akulka, dijo al viejo:

—«Sería una gran vergüenza para mí, Ankudím Trofimytsch; y la verdad es, que tampoco quiero casarme, pues ya soy demasiado viejo.»

Ensuciamos, pues, con alquitrán la puerta de Akulka. A consecuencia de ello la pegaron de mala manera. Su madre, María Stefanovna, la insultaba, y el viejo decía que todo era podredumbre sobre la tierra. La azotaba desde la mañana á la noche.

Un día la encontré que iba á la fuente y le dije: «¡Buenos días! ¿Cómo te las compones para ser tan valiente?» No le dije más; me miró con sus grandes ojos; estaba flaca como un fideo. Su madre, que vió que la hablaba, la riñó por ello.

—¿Tan desvergonzada era?

—No, hombre, no, ¡oye! Yo continué emborrachándome con Filka, y un día mi madre me dijo que yo era un imbécil, un bandido, y que lo que debía hacer era casarme con Akulka, porque sus padres me la darían con una dote de trescientos rublos. Yo la hice observar que todos sabían que estaba deshonrada, pero ella me contestó que todo desaparecería en cuanto me casara, y que estaba ya de acuerdo con la madre de Akulka para la boda. Yo le dije que si me daba veinte rublos en seguida me casaría con ella. El caso es que estuve borracho hasta el día del casamiento. Filka me decía, que de quererlo, dormiría todas las noches con mi mujer. «¡Mientes, perro!» Me avergonzó ante todo el mundo. Yo fui á mi casa y dije que no me casaría si no me daban cincuenta rublos en seguida.

—¿Y te la dieron en matrimonio?

—¿Por qué no? No éramos gente deshonrada. Mi padre había sido más rico que el de Akulka. Disputamos con

éste porque yo le dije que su hija estaba deshonrada, y él me retó á que se lo probase, añadiendo que si no quería casarme que le devolviera el dinero recibido. Entonces decidimos Filka y yo que un amigo nuestro fuera á ver al viejo para decirle que le avergonzaría ante todo el mundo. Hasta el día de la boda no estuve sereno. En la iglesia me serené. Concluída la ceremonia el viejo Ankudim lloraba, y las lágrimas caían por su barba blanca. Yo, he aquí lo que había hecho: Me había guardado un látigo antes de ir á la iglesia, y estaba resuelto á emplearlo á fin de que comprendieran que no me habían engañado.

—¡Yal y además debías querer que comprendiera tu esposa lo que la esperaba.

—¡Calla, hombre! Nos dejaron solos á Akulka y á mí. Ella callaba, y hubiérase creído que era muda. Era muy rara... Ya te puedes figurar lo que pasó; tenía el látigo dispuesto; ¡pues bien! ¡era inocente! ¡y no podía echarle nada, pero nada en cara!

—¿De veras?

—¡Ya lo creo! ¡Era honrada á carta cabal! ¿Por qué, pues, había sufrido tal tortura? ¿Por qué Filka la había difamado?

—¿Es verdad?

—Entonces bajé de la cama y me puse de rodillas y la dije:

—Perdóname, Akulina Kudimovna; perdóname por haber creído tales calumnias. ¡Soy un canalla, perdóname!

Ella estaba sentada en la cama y me miraba. Me puso ambas manos en los hombros, y reía y lloraba á un tiempo...

Entonces salí, y dije á cuantos habían asistido á la boda:

—¡Si encuentro á Filka Marosof, le mato!

Los viejos estaban locos de alegría; la madre de Akulka le pedía perdón. Entonces el viejo dijo: «Si lo hubiéramos

sabido no hubiéramos dado á nuestra querida hija semejante marido.»

Debieras haber visto cómo íbamos vestidos el primer domingo después de la boda. Yo llevaba un kaftan de paño fino, y ella una pelliza de piel de liebre. Todos nos admiraban. Yo estaba muy elegante y Akulinuchka más todavía.

—Ya lo creo...

—¡Bueno, escuchal! Al día siguiente de la boda, aun cuando borracho, me fui á la calle gritando: «¡Que me traigan á ese bandido de Filka!» La verdad es que llevaba una tajada de mil diablos. Fueron precisos tres hombres para llevarme á casa. En la ciudad todos hablaban de ello. Las muchachas hablaban entre ellas de lo que había ocurrido. Pocos días después encontré á Filka Marosof que me dijo delante de algunos: «Vende á tu mujer y tendrás dinero. Mira, el soldado Sachka sólo se casó para eso; no durmió ni una vez con su mujer, pero pudo emborracharse durante tres años». Yo le contesté: «¡Canalla!» «¡Imbécil!—me contestó—Te has casado cuando estabas borracho, ¿acaso comprendías algo?» Voy á mi casa y digo: «Me habéis casado estando borracho». La madre de Akulka quiso cogermé, pero yo la dije: «No entiendes los negocios, madrecita; ¡dí que venga Akulka!» Y entonces la pegué. La pegué durante dos horas enteras, hasta que yo mismo caí rendido. Durante dos semanas no pudo abandonar la cama.

—Hiciste bien—replicó Tcherevin con flema;—si no se las pega... ¿La pillaste con su amante?

—A decir verdad, no la pesqué...—contestó Chichkof—pero estaba muy ofendido porque todos se burlaban de mí. La culpa de todo la tenía Filka. Un día se burló de mí y me cogió por el pelo y me pegó, y me dijo que pegaría también á Akulka si le daba la gana. Créeme ó no, pero el caso es que permaneci un mes en cama, temiendo

que armase un escándalo á mi mujer. Y como es natural, pegué á Akulka.

—¿Por qué?

—Se pueden atar las manos de una mujer, pero no su lengua.

—Tampoco hay que pegarlas demasiado. Primero hay que pegarlas, después sermonearlas y acariciarlas en seguida; es el mejor sistema.

Chichkof permaneció silencioso un rato.

—Estaba muy enfadado y la pegaba de continuo por cualquier cosa. Me aburría si no la vapuleaba. Ella, algunas veces, lloraba silenciosamente junto á la ventana. Me daba lástima, pero la pegaba... Su madre me insultaba por ello: «Eres un bandido, un presidiario.»

—Si me dices una palabra más te aplasto; me habéis hecho casar estando borracho; me habéis engañado.

El viejo quiso sermonearme también, pero me lo quité de delante, y un día la madre de Akulka se puso de hinojos ante mí y me pidió con lágrimas en los ojos que no atormentara más á su hija. Me dijo que la abandonara de una vez, pues esto sería mejor para todos; pero yo, indignado, no quise oirla ni hacerla caso, y la dije que haría lo que en gana me viniera, y que Filka Marosof era mi mejor amigo..

—¿De modo que ya volváis á ir juntos?

—¡Ya lo creo! Pero había sentado ya plaza en calidad de sustituto, y entonces se bebía el dinero que le habían dado unos burgueses para substituir á su hijo. Filka hacía lo que le daba la gana en casa de esos burgueses, dormía con la hija, tiraba al burgués de la barba y armaba un escándalo de mil demonios. Esta endiablada vida acabó el día que se llevaron á Filka al regimiento. Aquel día no había bebido. La multitud, que llenaba la calle, le miraba pasar y los chiquillos decían: «¡Se llevan á Filka!» Él saludaba á derecha é izquierda. En aquel instante Akulka volvía del huerto. Cuando Filka la vió se arrodilló ante

ella y la dijo: «Alma mía, presa de mi alma, te he amado durante dos años, y ahora me llevan al regimiento... ¡Perdóname; hija honrada de un padre honrado, porque soy un canalla, culpable de todas tus desdichas.»

Akulka se asustó al principio, pero después le saludó inclinándose y dijo: «¡Perdóname también, buen muchacho, no te guardo rencor!» Yo entré en mi casa detrás de ella.

—¿Qué le has dicho, perra?

Que lo creas ó no, el caso es que me contestó así:

—Le quiero más que á mi vida.

—*Aquel día* no le dije ni una palabra más, pero por la noche exclamé: «Ahora te mataré, Akulka». No pegué los ojos en toda la noche y bebí mucho aguardiente. Cuando apuntó el día, dije á mi mujer: «Akulka, ven al campo conmigo.»

Ella sabía ya desde el día anterior que teníamos que ir.

—«Tienes razón—me dijo—ya me han dicho que el jornalero está enfermo y no trabaja». Enganché, y al salir de la ciudad entramos en un bosque en cuyo extremo estaban nuestros campos. Cuando hubimos recorrido tres verstas detuve el caballo: «¡Vamos, levántate Akulka, ha sonado tu hora!» Me miró asustada y se levantó sin hablar. «Bastante me has atormentado, le dije, reza». La cogí por el pelo, saqué el cuchillo, la eché la cabeza atrás y la corté la garganta. Ella grita, brota la sangre; entonces arrojo mi cuchillo, la estrecho entre mis brazos, la tiendo en el suelo y la beso gritando con todas mis fuerzas. Yo vocifero, ella grita, palpita, lucha; la sangre, su sangre, me salpica la cara, me inunda las manos.

Sentí miedo. La dejé; dejé mi caballo y eché á correr hasta casa. Entré por la puerta falsa y me oculté en el barracón del baño; me tendí bajo un banco, y permanecí oculto hasta la noche.

—¿Y Akulka?

—Se levantó para volver también á casa. La encontraron horas después en el bosque.

—¿No la habías rematado?

—No,—contestó Chichkof deteniéndose un momento.

—Sí,—dijo Tcherevin.—Hay una vena... si no se corta al primer golpe, el hombre lucha, pero aun cuando se desangre no muere.

—De todos modos murió. La hallaron por la tarde ya fría. Advirtieron á las autoridades y fueron en mi busca. Por la noche me encontraron en el barracón... Y ahora hace cuatro años que estoy aquí,—añadió después de un corto silencio.

—Si no se las pega, no se consigue nada,—hizo notar sentenciosamente Tcherevin, sacando su caja de rapé y tomando un polvo.

—Sin embargo—añadió—te portaste como un tonto. Yo mismo sorprendí á mi mujer con un amante. La conduje á un cobertizo, cogí un ronzal y la dije: «¿A quién has jurado ser fiel? ¿A quién lo prometiste en la iglesia?» Y la aticé, la aticé de firme con el ronzal. La pegué de tal modo durante hora y media, que por fin gritó: «¡Te lavaré los pies y me beberé el agua!» Se llamaba Abdotia.

V

EL VERANO

Estamos en abril. La Semana Santa no tardará. Empezan los trabajos de verano. El sol es cada día más ardiente; el aire está cargado de los efluvios de la primavera. El forzado encadenado siente como una especie de turbación al aproximarse la estación florida, que hace na-

cer en él deseos, aspiraciones, y una triste añoranza. Se me antoja que se echa de menos la libertad con más tristeza durante los días de sol que en las jornadas lluviosas del invierno. He notado que durante los días hermosos, los penados se muestran más impacientes ó irritables. Las disputas y las riñas eran más frecuentes y todos gritaban y se exasperaban por cualquier cosa; á veces sorprendía á alguno mirando por encima de la empalizada la estepa inmensa que se dilataba al otro lado del Irtych. De cuando en cuando oíanse suspiros prolongados que se escapaban de lo más profundo de los pechos, como si el aire primaveral y libre aliviara su alma prisionera y solitaria. A veces, los reclusos, para acabar con aquellos ensueños, lanzaban una exclamación y empuñaban el azadón ó el pico y se ponían á trabajar con ímpetu, con un ardor insólito como si desearan ahogar en la fatiga el dolor que les oprime. Son hombres vigorosos, en la flor de la edad, en plena posesión de sus fuerzas... ¡Cuán pesados son los grilletes en esta estación! No se me tache de sentimentalismo; cuento únicamente lo que he observado.

Cuando cantan las primeras alondras los vagabundos empiezan á recorrer la Siberia y la Rusia. Después de las privaciones y el encierro forzado del invierno, se explayan por el campo, respiran el aire libre, comen y beben lo que encuentran, duermen de noche en el bosque ó en el campo, como los pájaros, saludando las estrellas que brillan en el cielo bajo la mirada de Dios. No todo son dichas; á veces se padece hambre y fatiga «sirviendo al general Cucco». A menudo los vagabundos no tienen un bocado de pan y deben ocultarse como los topos y tienen que robar y hurtar y hasta asesinar á veces. «El deportado es un niño y coge cuanto ve,» se dice de los desterrados. Este proverbio puede aplicarse con más justicia aun á los vagabundos; casi todos son bandidos ó ladrones, mas por necesidad que por vocación. Los vagabundos contumaces son machos; hay forzados que huyen después de purgar

su condena, cuando ya son colonos. Parece que debieran estimarse dichosos teniendo asegurado el pan de cada día; no. Alguna fuerza misteriosa les impulsa y les arrastra. La vida del bosque, miserable, pero libre y aventurera, tiene para cuantos la han practicado un encanto indecible. Un forzado es capaz de casarse, de tener hijos, de vivir durante cinco años en la misma aldea, y de pronto desaparece, abandonando mujer é hijos con asombro de su familia y de los demás aldeanos.

Un día me enseñaron en presidio uno de esos desertores del hogar doméstico: no había cometido ningún crimen, ó por lo menos, nada se sospechaba de él. Pero había desertado, desertado de la vida. Había ido á la frontera meridional del imperio; al otro lado del Danubio, á las estepas Kirghiras, á la Siberia oriental, al Cáucaso, á todas partes.

Supe estos detalles por otros camaradas, pues él no hablaba nunca, sino por precisión. Era un labriego de unos cincuenta años, muy pacífico, de cara sosegada y como atontada. Gustábale estar sentado al sol, tarareando entre dientes una canción cualquiera, pero en voz tan baja, que á cinco pasos no se le oía. Tenía las facciones como petrificadas. Comía poco, generalmente pan negro; nunca compraba ni pan blanco ni aguardiente; se me figura que jamás había tenido dinero, y que no lo habría sabido contar. Se mostraba indiferente á todo. Algunas veces alimentaba por su propia mano á los perros del presidio, lo cual, nadie hacía. Decían que había sido dos veces casado, y que en algun punto de Rusia tenía hijos. Por qué le habían enviado á presidio, era para mí un enigma. Los penados creían que se escaparía, pero fuese que no había llegado la hora ó que ya había pasado, sufría tranquilamente su condena. No tenía amigo ninguno; no había que fiar en aquella calma aparente, ¿pero qué ganaría escapando?

Si se compara la vida del vagabundo en los bosques á la del presidio, aparece aquella como una felicidad para-

disíaca. Desdichada es la suerte del vagabundo, pero libre por lo menos. He aquí por qué todos los presos se sienten inquietos al advertir las primeras sonrisas de la primavera. No todos abrigan la intención de huir, porque temen los obstáculos y el posible castigo; sólo uno entre ciento se decide á ello; pero los otros noventa y nueve sólo piensan de qué modo podrían huir. Los penados se evaden casi siempre al principio de su reclusión.

Cuando han pasado ya dos ó tres años en presidio, comprenden que vale más extinguir su condena y convertirse en colonos, que correr el riesgo que entraña toda fuga. De cada diez forzados, tan sólo uno consigue *cambiar su suerte*. Y los que lo intentan son casi siempre los condenados á una reclusión indefinida. Quince y veinte años, parecen una eternidad; la marca es un gran obstáculo para las evasiones. *Cambiar su suerte*, es un término técnico. Si se sorprende un forzado mientras se fuga, contestará al interrogatorio diciendo que quería «cambiar su suerte». Tal expresión algo literaria pinta perfectamente el acto que quiere expresar. Ningun evadido espera poder quedar libre, pues sabe que esto es casi imposible; pero desea que le envíen á otro presidio, que le hagan colonizar el país, que le juzguen de nuevo por un crimen cometido mientras vagabundeaba; en una palabra, que le envíen á otra parte, mientras no sea al presidio donde ya estuvo encerrado, que se le hizo intolerable. Todos estos fugitivos, si no encuentran durante el verano una buena guarida donde pasar el invierno, si no hallan quien les oculte, si no se procuran por un asesinato, á veces, un pasaporte que les permita vivir en cualquier sitio sin inquietud, acuden en otoño á las ciudades y á los presidios; confiesan su estado de vagabundos, y pasan el invierno en las cárceles, con la secreta esperanza de huir al verano siguiente. También sobre mí ejerció influencia la primavera. Me acuerdo que miraba con avidez el horizonte por entre las rendijas de la empalizada y pasaba horas y horas contemplando sin

cansarme la hierba que verdeaba en los fosos del recinto. Mi angustia y mi tristeza eran mayores cada día y el presidio se me hacía odioso. La aversión que mi calidad de hidalgo inspiraba á los penados emponzoñaba mi vida. A menudo pedía ir al hospital para librarme de esa aversión obstinada. «Vosotros los nobles tenéis el pico de hierro y nos desgarrábais á picotazos cuando éramos siervos», decían.

¡Cuánto envidiaba á los camaradas hijos del pueblo que llegaban al presidio! Estos, desde que llegaban eran los compañeros de todos. A la sexta semana de la cuaresma, tuve que hacer mis devociones, porque los forzados habían sido divididos por el sargento en siete secciones que debían acudir al templo dos ó tres veces al día. Hacía mucho tiempo que no iba yo á la iglesia. Las funciones de Cuaresma, que recordaba perfectamente por haber asistido á ellas en mi infancia y adolescencia, despertaban mis antiguas impresiones y me sentía dichoso cuando la escolta nos dejaba en el atrio de la iglesia. Entrábamos y nos quedábamos junto á la puerta. Recordaba yo que siendo niño, los siervos se quedaban en el mismo sitio que ahora ocupábamos nosotros, y se me antojaba que allí era donde se rezaba con fervor, con humildad, prosternándose hasta el suelo, y teniendo conciencia de la propia inanidad.

Ahora estaba yo en el sitio de esos siervos, pero encadenado y envilecido; la gente se apartaba de nosotros, nos temía y nos daba limosna. Recuerdo que aquello me producía una sensación indecible, un placer extraño. «¡Es bien que así sea!» pensaba. Los penados rezaban con ardor y todos daban un kopek ó un cirio á los postulantes. «También yo soy un hombre» — se decían quizá depositando su ofrenda. — «Ante Dios todos somos iguales.» Tomábamos la comunión después de la misa de las seis. Todos se prosternaban haciendo resonar sus cadenas y con devoción entrañable,

Llegó Semana Santa; la administración nos dió el huevo de Pascua y un pedazo de pan candeal.

La ciudad nos dió muchas limosnas. También nos visitó el cura con cruz alzada. Se nos dió mejor rancho y nos dejaron pasear por el patio. Pero aquellos largos días de verano nos parecían más insoportables sin trabajar.

Los trabajos de verano eran mucho más penosos que en invierno. Consistían principalmente en las construcciones que ordenaban los ingenieros. Los penados construían, abrían zanjas, iban á cocer ladrillos y este era el trabajo más penoso, pues la fábrica estaba á cuatro verstas del presidio. Se enviaba allí á los que no sabían ningun oficio ni pertenecían á ningun taller. Se llevaban la comida, pues dada la distancia, hubiera resultado una fatiga inútil recorrer ocho verstas de ida y vuelta. Se señalaba á cada cual el trabajo, pero con tan poca consideración que muchos no podían acabarlo. Había que amasar la arcilla, humedecerla y amoldarla, y hacer hasta doscientos y doscientos cincuenta ladrillos. Sólo estuve dos veces en el horno de ladrillos. Cuando por la noche volvían los penados se quejaban amargamente y trataban de holgazanes á los demás. Sin embargo, algunos iban con gusto, porque al menos se trabajaba al aire libre, lejos del presidio, se podía fumar y hasta echar una siesta corta.

En cuanto á mí iba á trabajar á un taller ó á desmenuzar alabastro ó á llevar ladrillos para las construcciones. Esto último tuve que hacerlo durante dos meses seguidos. Me gustaba tal trabajo, aun cuando la cuerda con que sostenía los ladrillos me destrozara el hombro. Lo que me agradaba sobre todo, es que gradualmente adquiría fuerzas. Al principio sólo podía llevar ocho ladrillos, cada uno de los cuales pesaba cerca de doce libras. Llegué á llevar doce y hasta quince.

Tan necesaria me era la fuerza física como la moral para soportar aquella vida maldita.

Todo lo soporté porque quería salir con vida del presi-

dio. Gustábame llevar ladrillos no sólo porque este trabajo reforzaba mi cuerpo sino porque permanecíamos á orillas del Irtych. Hablo á menudo de este sitio, porque era el único desde el cual se podía ver el mundo, el horizonte puro y claro, las libres estepas desiertas. Todos los demás trabajos se hacían dentro de la fortaleza ó muy cerca de ella. En cambio podía olvidar más facilmente mi situación mirando el espacio inmenso y desierto y el sol que brillaba en lo infinito de la bóveda azul, mientras resonaban á lo lejos las canciones de los kirghices que cantaban en la orilla opuesta.

- Miro largo rato la pobre cabaña ahumada de los *bai-guch*; examino la humareda azul que asciende por el aire, la pastora que cuida de sus ovejas... Tal espectáculo era bien pobre y monótono, pero libre. Sigo con la mirada el vuelo de un pájaro que hiende el aire puro; roza la superficie del agua, desaparece en el azul, y bruscamente reaparece como un punto minúsculo... Hasta miraba con enternecimiento la pobre florecilla que se agostaba en una quiebra de la margen. La tristeza de este primer año de trabajos forzados era intolerable; tan grande era, que á veces cerraba los ojos y nada quería ver. No sabía distinguir entre los hombres corrompidos que me rodeaban á los pocos que eran capaces de sentir y de pensar. Tampoco sabía oír ni reconocer una palabra afectuosa entre las burlas que me asaeteaban, y sin embargo, esta palabra la pronunciaba desde el fondo de su corazón un hombre que había padecido más que yo. ¿Pero para qué insistir en todo esto?

- El cansancio me producía satisfacción porque me prometía un buen sueño. Durante el verano, el sueño era un tormento más intolerable que la inspección del invierno á pesar de que hacía un tiempo espléndido, y por la noche, el aire de la estepa era relativamente frío. Los reclusos, esperando la hora del encierro, se paseaban en grupos yendo y viniendo de la cocina y comentando los rumores que

llegaban del exterior por muy disparatados que fueran. Una vez se dijo que habían destituido á nuestro mayor. Aunque todos sabían que la noticia era falsa é inverosímil, porque el que la propaló era un solemne embustero, la comentaron y se alegraron, aun cuando por fin tuvieron que reconocer que se les había engañado.

—¿Y quién es capaz de destituirle?—gritó un penado.
—No lo creo. Es muy testarudo y se defenderá.

—¿Tú crees que no tiene superiores?

—Los lobos no se comen á los lobos,—saltó un tercero que estaba comiendo en un rincón su sopa de coles agrias.

—¿Imaginas acaso que sus jefes vendrán á pedirnos informes?—añadió otro.

—¿Por qué no? Si nos interrogan debemos contestar con franqueza. Pero ya se sabe que se chilla mucho y en cuanto llega la ocasión nadie sirve para nada.

—Eso es, los trabajos forzados sirven para eso.

—Hace pocos días,—añade el que había hablado antes,—se entretuvo en confiscar un poco de harina y de sobras de la comida. ¿Creéis que esto es justo?

—¿Y á quién quejarse?

—¿A quién? al *ispetor* (inspector) que está para llegar.

—¿Qué *ispetor*?

—Sí, camaradas, un *ispetor* que debe venir pronto,—dice un penado bromista que había sido furriel.

Sin cuidarse más de lo que decían los otros, se va á la cocina eu busca de hígado, pues los cocineros compraban á veces un hígado entero y lo revendían en trozos.

—¿Quieres dos trozos ó cuatro?

—Dame cuatro; así los otros rabiarán,—contesta el forzado.—Sí, camaradas, un general, un general auténtico viene de San Petersburgo para inspeccionar toda Siberia. Lo han dicho en casa del comandante.

La noticia produce una emoción extraordinaria. Durante un cuarto de hora todos se preguntan quién es ese general, y si es de más categoría que los generales de nues-

tra ciudad. A todos los reclusos les gusta hablar de grados, de jefes, y á menudo disputan y riñen por esos generales á quienes no conocen. De ahí se deduce la escasa inteligencia de esos hombres que han ido á parar á presidio. Hablar de generales y de grados superiores se considera en el penal como la conversación más seria y elegante.

—Ya veréis como echan á nuestro mayor,—dice Kvasosof.—El fué quien dijo que el mayor iba á ser destituido.

—Ya les untará la mano,—dijo con aire excéptico el que se acababa la sopa de coles.

—Bien puede hacerlo,—exclamó otro.—Bastante ha robado el bandido. ¡Y pensar que ha sido comandante de un batallón! No hace mucho que era novio de la hija del arcipreste.

—Sí, pero no se ha casado. Le pusieron de patitas en la calle. ¡Valiente novio! No tiene más que lo puesto porque durante las últimas Pascuas me dijo Fedka que había perdido todo el dinero que tenía.

—¡Bahl yo también me casé, camarada; pero un pobre diablo maldito si debe casarse! ¡pronto se toma mujer, pero la dicha dura poco!—exclama Skuratof.

—Aguarda, hombre, que vamos á hablar de ti,—interrumpe el ex-furriel.—En cuanto á ti, Kvassof eres un idiota.

¿Crees que el mayor tiene bastante dinero para comprar á un general inspector? Eres un bendito, camarada, yo te lo digo.

—¿Y tú crees que porque sea general no toma propinas?

—Sí; pero si las toma seran grandes.

—Claro está. Crecen con el grado.

—Un general recibe siempre propinas,—dice Kvassof.

—¿Les has dado tu dinero?—interrumpe de pronto Bakluchin con tono despreciativo.—¿Has visto siquiera nunca á un general?

—Sí, caballero.

—¡Mientes!

—¡Quién miente eres tú!

—Bueno, ya que has visto un general, dínos cómo se llamaba, ¡ea! Conozco á todos los generales...

—He visto al general Zibert;—contesta Kvassof con tono indeciso.

—¿Zibert? No hay ningún general de ese nombre. De fijo que ese general te miraba la espalda cuando te azotaban. No debía ser más que teniente coronel, pero el miedo te hizo creer que era un general.

—Oídme, camaradas,—dice Skuratof.—Efectivamente en Moscou había un general de ese nombre, Zibert, de origen alemán, pero súbdito ruso. Cada año se confesaba y bebía más agua que un pato. Por lo menos se bebía cuarenta vasos de agua del Moskva. Se curaba así no sé qué enfermedad. Me lo dijo su asistente.

—¿Y no criaba ranas en el vientre?

—No disputéis... Se habla en serio... Ya empiezan á decir estupideces. ¿Quién es el *ispetor* que viene?—pregunta Martsynof, un viejo que había sido husar.

—Son un hatajo de embusteros. Ni ellos mismos saben quién ha inventado tal noticia. Todo eso son mentiras.

—No, no lo son, contesta Kulikof que hasta entonces había guardado un silencio majestuoso.

Es hombre de peso, de unos cincuenta años, ejerce de veterinario, gana dinero en la ciudad cuidando caballos y vende vino en el presidio. Es inteligente, tiene mucha memoria, y suelta las palabras con tanto cuidado como si cada una valiera un rublo.

—Es verdad,—continúa con sosiego;—lo oí decir la semana pasada: es un general con grandes charreteras que ha de recorrer toda Siberia. De fijo que admite propinas, pero no le dará seguramente ninguna el tío Ocho-ojos. No se atreverá siquiera á hablarle. Pero yo os aseguro que no destituirá al mayor. Nosotros no tenemos voz ni voto, y

en cuanto á los jefes no creo que le denuncien. Llegará el inspector, examinará el penal y se largará en seguida diciendo que todo está en orden.

—Sí, pero hoy el mayor tenía miedo. Está borracho desde por la mañana.

—Y esta noche ha hecho traer dos jergones... Fedka me lo ha dicho.

—Por más que frotéis un negro no conseguiréis ponerle blanco. ¿Acaso es la primera vez que está borracho?

—Será una injusticia si el general no le hace nada.

La noticia se esparce por todos las cuadras. Los reclusos pasean por el patio repitiendo aquel rumor. Unos callan y conservan su sangre fría para darse importancia; los otros permanecen indiferentes. Algunos, sentados en el umbral de las puertas, tocan la balalaica y otros cantan, pero en general se nota cierta excitación entre los reclusos.

A las nueve pasaron lista y nos encerraron. La noche era ya corta como de verano, así es que nos despertaron á las cinco, aun cuando nadie hubiera podido dormirse hasta las once de la noche. Algunos jugaban como en invierno. El calor era intolerable. Por la abierta ventana entra el fresco de la noche, pero los forzados se agitan en sus camas como presa de un delirio. Abundan las pulgas. En invierno teníamos bastantes, pero al llegar la primavera, aumentaban de un modo alarmante; cuanto más adelantaba el verano se hacían mas molestas. Se acostumbra uno á las pulgas, pero producen un tormento tan insoportable que da fiebre. Cuando por la mañana el enemigo se cansa y se duerme uno por fin sintiendo la frescura del alba, la implacable diana resuena de pronto. Se oyen los redobles del tambor, se embute uno dentro de su media peltiza, é involuntariamente piensa que lo mismo ocurrirá mañana, pasado, durante muchos años seguidos, hasta que llegue el momento de la libertad. ¿Cuándo llegará esa libertad suspirada? Hay que levantarse. Algunos ya estan

en pie, el bullicio habitual empieza de nuevo. Los penados se visten y se apresuran á ir al trabajo. Piensan que al medio día podrán dormir una hora.

Lo que habían dicho del inspector era verdad. El rumor se confirmaba de día en día, y se supo por fin, que un general que venía de San Petersburgo para inspeccionar toda Siberia, estaba ya en Tobolsk. Cada día se sabía algo nuevo. Los rumores venían de la ciudad y decían que todos tenían miedo y que las autoridades organizaban recepciones, bailes y fiestas de toda clase. Se enviaron pelotones de forzados para rellenar los baches de las avenidas de la fortaleza, pintar las empalizadas y repasar todo aquello que buenamente se podía y que debía ver el general. Los detenidos comprendían perfectamente el objeto de tales trabajos, y discutían con verdadero ardor. La fantasía no reconocía límites. Decían que cuando llegara el general le explicarían todas las injusticias que con ellos se cometían. El mayor tenía un miedo cerval. No cesaba de visitar las cuadras, reñía á todos y por un quitame allá esas pajas imponía severísimos castigos. Entonces ocurrió un hecho que en vez de alarmar al mayor le produjo una viva satisfacción. Un recluso hirió á otro con una lezna en mitad del pecho, casi junto al corazón. El culpable se llamaba Lomof y la víctima Gavrinka y era uno de esos vagabundos de quien hace poco hablé. Lomof había sido un labriego acomodado del gobierno de F... distrito de K... Cuando estaba en libertad vivía con su hermano y tres hijos. Decíase que tenía más de trescientos mil rublos en papel. Se dedicaban á la labranza y á curtir pieles, pero ejercían también la usura y encubrían á los vagabundos y compraban los objetos robados. La mitad de sus conciudadanos les debían dinero. Pasaban por inteligentes y astutos y se daban importancia. Un alto funcionario estuvo una temporada en su casa y entonces acometieron toda clase de empresas ilegales. No había quien no murmurara de ellos, pero cada vez estaban más

envalentonados. No temían ya ni á la policía ni á los jueces del distrito. La suerte les volvió la espalda por fin, y fueron castigados, no por sus secretos delitos, sino por una acusación calumniosa. En una de sus granjas vivían seis obreros Kirghices. Un día aparecieron asesinados todos. Se abrió entonces un proceso que duró mucho tiempo, y gracias al cual se descubrieron muchos tapujos. Se acusó á los Lomof de haber asesinado á sus siervos. Ellos mismos habían contado en presidio su historia. Se sospechaba que debían mucho dinero á los Kirghices, y como eran muy avaros y codiciosos, se supuso que les habían matado para no pagarles su deuda. Durante el tiempo de su proceso se disipó su fortuna. Murió el padre; los hijos fueron deportados. Uno de estos últimos y su tío fueron condenados á quince años de trabajos forzados, aun cuando inocentes. Un día Gavrilka, que era un bribón de siete suelas, confesó ser el autor de tal crimen. El caso es que todos le creyeron. Gavrilka, cuando aun era vagabundo, había tratado una vez con los Lomof. Y él fué, junto con otros tres bandidos, quien degolló á los Kirghices con la esperanza de saquear la granja. Los Lomof no eran simpáticos. Uno de ellos, el sobrino, era inteligente y amable, pero su tío, el que hirió á Gavrilka con la lezna, era un labriego estúpido que continuamente reñía con sus camaradas que le daban unas palizas tremendas. En cambio todos querían á Gavrilka por su buen humor y buen carácter. Los Lomof no ignoraban que era autor del crimen por el que habían sido condenados, pero nunca habían disputado con él. Un día disputaron por una mujerzuela asquerosa que era la manceba del tío Lomof. Gavrilka se alabó de haber obtenido sus favores y el labriego furioso le hirió.

Aunque los Lomof habían quedado arruinados por el proceso, pasaban por muy ricos; tenían dinero, un samovar, y tomaban te. Nuestro mayor no lo ignoraba y aborre-

cía á los Lomof á quienes molestaba de continuo. Ellos comprendían que el mayor quería hacerse entregar una cantidad pero no se resolvían á darla.

Si Lomof hubiese hundido un poco más su arma, de fijo que mata á Gavrilka, pero sólo le hizo un arañazo. Avisaron al mayor. Aun le veo llegar echando los bofes, pero con visible satisfacción. Se dirigió á Gavrilka con tono afable y paternal.

—¿Qué tienes, amigo mío? ¿Puedes ir por tu pie al hospital ó quieres ir en coche? ¡Que enganchen inmediatamente!—gritó al sargento.

—Pero si no me ha hecho nada, Vuestra Nobleza. Sólo me ha herido ligeramente.

—No lo sabes, amigo mío, no lo sabes, te ha herido en mal sitio. Te ha herido debajo del corazón. ¡Bandido! ¡Espérate!—vociferó dirigiéndose á Lomof,—¡te voy á reventar! ¡Que le llevan al cuerpo de guardia!

Cumplió su promesa. Juzgaron á Lomof, y aunque la herida fué muy ligera, como había premeditación, le condenaron á más años de trabajos forzados y á mil baquetazos. El mayor quedó encantado.

El inspector llegó por fin.

Al día siguiente de su llegada inspeccionó el penal. Era un día festivo; todo estaba limpio, reluciente y bien lavado; los penados tenían la cabeza afeitada y en su ropa interior muy blanca no se veía ni una mancha. Llevaban, conforme exige el reglamento, chaquetas y pantalones de tela. Todos tenían en la espalda un redondel negro de ocho centímetros de diámetro cosido á la chaqueta. Durante más de una hora se habían dado instrucciones á los detenidos diciéndoles lo que debían decir y contestar si se les preguntaba. Una hora antes de llegar el inspector todos los penados estaban en su sitio inmóviles como estatuas en la posición de firmes. A la una de la tarde entró el inspector con expresión severa y majestuosa seguido de un grupo de generales y coroneles. Iba también un

funcionario en traje de paisano que tenía un aspecto imponente y afectaba aires de independencia. El general se dirigía á él á cada instante con exquisita cortesía. Aquel empleado venía también de Petersburgo. Llamó mucho la atención de los penados que un general tan importante le tratara con tal deferencia. Nuestro mayor que iba de pontifical, no produjo una impresión muy favorable al inspector á causa de su rostro violáceo y abotargado. Por respeto á su superior se había quitado los anteojos y permanecía á alguna distancia, firme como una estaca, esperando con ansia que le mandasen algo para ejecutarlo en seguida; pero no se utilizaron sus servicios.

El general reconoció silenciosamente las cuadras, lanzó una ojeada á la cocina y probó la sopa de coles agrias. Me presentaron á él diciéndole que era ex-noble y que había hecho esto y aquello.

—¡Ah!—contestó el general.—¿Y cuál es su conducta?

—Satisfactoria por ahora, excelencia, satisfactoria.

El general hizo un movimiento y salió del presidio al cabo de dos minutos. Los reclusos quedaron deslumbrados y descontentos. En cuanto á quejarse del mayor, ni siquiera pensarlo. Bien lo sabía el pícaro.

VI

LA COMPRA DE UN CABALLO

La compra de Guiedko (caballo bayo), que se verificó poco después, nos distrajo mucho más que la visita que acabo de referir. Necesitábamos un caballo en el penal para transportar agua, para llevarse la basura, etc. Un penado debía cuidar de él y conducirlo. El caballo que teníamos era bueno, pero viejo. Una mañana, la víspera de San Pedro, Guiedko (Bayo), que llevaba una cuba de agua, cayó y murió al cabo de poco rato. Los penados formaron círculo en torno suyo discutiendo y comentando su muerte. Los que habían servido en los escuadrones de caballería demostraron grandes conocimientos y disputaron con calor, pero aquello no resucitó al pobre caballo que tenía el vientre hinchado. Todos le tocaron y por fin avisaron al mayor que decidió comprar otro en seguida.

El día de San Pedro, muy temprano, trajeron una porción de caballos estando reunidos los forzados en el patio. El cuidado de elegir su caballo se confió á los detenidos, porque había algunos muy entendidos y hubiera sido di-

fácil engañar á doscientos cincuenta hombres que habían sido tratantes en caballos. Los forzados esperaban con impaciencia la aparición de cada nuevo caballo y estaban alegres como niños. Lo que les halagaba sobre todo, es que podían comprar un animal, como si fueran hombres libres, como si fuera para ellos y el dinero saliese de su bolsillo. Trajeron y se llevaron tres caballos sin decidir nada. Los tratantes miraban con admiración y con cierta timidez á aquellos doscientos hombres afeitados, marcados y con grilletas que estaban en su casa, en su nido de forzados, donde nadie penetraba jamás. Mis camaradas sabían todas las astucias que empleaban los tratantes y examinaban y palpaban al caballo como si su suerte dependiera de aquella compra. Hubo algunos circasianos que lo montaron; brillaron sus ojos, hablaron rápidamente en su dialecto, incomprensible, enseñando sus dientes blancos y dilatando las alas de la nariz. Los rusos oían su discusión y parecían dispuestos á pelearse con ellos porque no entendían una palabra de lo que decían los circasianos. Aquella escena era rara, porque bien mirado ¿qué les importaba á los penados? Hubo una especie de duelo entre dos reclusos, el zingaro Kulikof, antiguo tratante y ladrón de caballos, y un veterinario por vocación, astuto siberiano que había quitado al primero toda su clientela de la ciudad. Cúmpleme decir que nuestros veterinarios sin diploma gozaban de gran fama y á veces se les consultaba antes que á los veterinarios verdaderos. Antes de la llegada del siberiano, Kulikof gozaba de una supremacía indiscutible, engañaba cuanto podía porque no sabía de la misa la media, pero de todos modos ganaba mucho dinero y le respetaban los forzados. Era un fanfarrón, pero verdaderamente enérgico. Aunque entrado en años era guapo é inteligente. A nosotros los hidalgos nos hablaba con cortesía exquisita conservando una dignidad perfecta. Seguro estoy de que si le hubieran vestido de un modo adecuado y llevádole á un club de la capital

dándole un título de conde, se hubiera portado como un aristócrata y nadie hubiera adivinado que era un simple vagabundo. Pero tan pronto como Jolkín llegó palideció la gloria de Kulikof. En menos de dos meses el siberiano le quitó todos los clientes de la ciudad, pues curaba en muy poco tiempo caballos que Kulikof declarara incurables. Jolkín había sido condenado á trabajos forzados por monedero falso. ¿Quién le metió en tal empresa? Él mismo nos contaba riendo como se hacía dar tres monedas de oro para fabricar una falsa. Kulikof envidiaba los triunfos del labriego y veía declinar rápidamente su gloria. El que había tenido hasta entonces una querida en el arrabal y llevaba una camiseta de veludillo y botas de campana se vió obligado de pronto á hacerse tabernero, así es que todos esperaban que se peleasen con motivo de la compra del caballo. El rostro de Jolkín mostraba una sonrisa sarcástica. Pero ocurrió lo contrario de lo que se creía. Kulikof no tenía ganas de disputar y obró muy hábilmente; escuchó con deferencia lo que decía su rival, pero le atrapó en una palabra, y con expresión modesta y firme le dijo que se engañaba. Antes que Jolkín pudiese contestar le demostró que había cometido un error. Y en una palabra, Jolkín quedó derrotado de un modo muy hábil y el partido de Kulikof se dió por satisfecho.

—Es un hombre listo; no hay que negarlo,—decían sus partidarios.

—Jolkín sabe más que él,—contestaban los otros.

—La verdad es que Kulikof no teme á nadie y que además de saber tanto como Jolkín tiene la mano más ligera.

—Jolkín sabe mucho.

—Kulikof no tiene rival.

Por fin escogieron el nuevo caballo y lo compraron. Era un animal excelente, joven, vigoroso, de aspecto agradable. Empezaron á regatear: el propietario pedía treinta rublos y los reclusos no querían dar más de veinticinco,

Regatearon mucho y con calor, y por fin los mismos penados se echaron á reír.

—¿Acaso te cuesta tu dinero? ¿Qué sacas de regatear?

—¿Quieres hacer economías para el tesoro?

—De todos modos es dinero común.

—¡Común! ¡Bien se ve que no hay necesidad de sembrar imbéciles, nacen por sí solos!

Por fin se ajustó el trato en veintiocho rublos; el mayor autorizó la compra. Trajeron inmediatamente pan y sal y condujeron triunfalmente al nuevo pensionista á su pesebre. Creo que no hubo ningún forzado que no le acariciara el cuello. El mismo día de su adquisición le hicieron llevar agua y todos miraban con curiosidad como arrastraba la cuba. El carretero, que era el recluso Romane, miraba el caballo con indecible satisfacción. Este exlabriego, de unos cincuenta años, era serio y taciturno como casi todos los cocheros rusos, como si el constante comercio con los caballos prestara gravedad al carácter. Romane era un hombre sosegado, afable, callado; tomaba rapé y desde tiempo inmemorial cuidaba de los caballos del penal. El que acababan de comprar era el tercero que se le confiaba.

La plaza de carretero correspondía á Romane y nadie se la disputaba cuando reventó el Bayo; nadie, ni aun el mayor, pensó en acusar á Romane de imprudencia: fué por voluntad de Dios, y en cuanto á Romane era un buen carretero. El nuevo caballo fué pronto el favorito de todos. Algunas veces cuando Romane, que volvía del río, cerraba la puerta que acababa de abrirle el sargento, Guiedko permanecía inmóvil esperando á su conductor á quien miraba de reojo. «¡Anda sólo!»—le gritaba Romane.—Y el caballo se iba tranquilamente hasta la cocina; y allí se detenía esperando que los cocineros y camareros llenaran de agua los cubos. ¡Qué guapo es nuestro Guiedko!—le gritaban,—¡él sólo trae la cuba! ¡Es tan obediente que da gustol

—Aunque es un animal, lo entiende todo.

—Es un gran caballo.

Sacudía el animal la cabeza y resoplaba como si hubiera oído y apreciado los elogios; alguien le traía pan y sal y al acabar de comerlo movía la cabeza de nuevo como para decir:

—¡Te conozco, te conozco! Soy un buen caballo y tú eres un buen hombre.

También á mí me gustaba darle pan. Me gustaba sentir en la palma de la mano sus labios húmedos y calientes que cogían ávidamente mi ofrenda. A los forzados les gustaba mucho los animales, y á permitírsele hubieran llenado de pájaros y animales domésticos las cuadras. ¿Qué mejor ocupación para suavizar y ennoblecer el carácter salvaje de los detenidos? Pero no se autorizaba, y ni el reglamento ni el espacio lo permitía. Sin embargo, en mi tiempo había algunos animales en el penal. Además de Guiedko teníamos perros, gansos, un macho cabrío, Waska, y un águila que estuvo poco tiempo. Nuestro perro se llamaba Bulot, muy inteligente, y al que yo quería mucho; pero como el pueblo cree que el perro es un animal impuro no se cuidaban de él. Vivía en el presidio, dormía en el patio, comía las sobras y no excitaba la simpatía de los forzados á quienes conocía sin embargo y miraba como á sus dueños. Cuando los presidiarios volvían del trabajo al grito de «¡Cabo!» acudía hacia la puerta moviendo la cola y mirando á los que llegaban como esperando alguna caricia. Pero durante muchos años no consiguió ninguna, y sólo yo le acariciaba, así es que me quería más que á todos. No sé cómo adquirimos otro perro, Blanquito. En cuanto al tercero, Kultiapka, yo mismo le traje al penal de cachorro.

Blanquito era un sér extraño. Un coche le había aplastado y doblado la espina dorsal hacia dentro. A quien le veía correr desde lejos le parecía que fueran dos perros gemelos que hubieran nacido pegados; además tenía tiña,

los ojos pitarrosos y el rabo sin pelos. Maltratado por la suerte permanecía impasible siempre, no ladraba á nadie como si temiese que le volvieran á magullar. Casi siempre permanecía detrás de los cuarteles, y si alguien se le acercaba inmediatamente se echaba al suelo y se revolcaba como diciendo: »Haz lo que quieras porque no pienso defenderme». Los forzados no dejaban nunca de darle un puntapié, pero Blanquito no se atrevía á gemir siquiera. También se echaba al suelo ante Bulot ó cualquier otro perro cuando se arriesgaba á entrar en las cocinas. Cuando un mastín se le abalanzaba, se tendía, y aquél se calmaba, luego le olía detenidamente y le dejaba en paz. ¿Qué pensaría en aquellos instantes Blanquito? «¿Me va á morder este bandido?»—debía pensar.

Después de olerle el mastín le dejaba, quizá porque no había notado en él nada de particular, y Blanquito se ponía en pie y se dedicaba á seguir á un grupo de sus congéneres que daban caza á una perra cualquiera.

Blanquito sabía perfectamente que aquella perra no se rendiría á él, pero seguirla cojeando desde lejos le producía cierto placer. En cuanto á honradez no tenía mucha; sin esperanzas, ya no tenía otra ambición que la de llenar la tripa, lo cual hacía con todo cinismo. Una vez traté de acariciarle. Fué para él una novedad tan inesperada que se echó al suelo y ladró de placer. Como me inspiraba lástima le acariciaba á menudo, así es que al verme movía la cola muy alegre. Un día le hallaron muerto en el foso, destrozado por otros perros.

Kultiapka tenía otro carácter. No sé por qué lo traje yo de una de las construcciones donde acababa de nacer. Me gustaba alimentarle y ver como crecía. Bulot tomó á Kultiapka bajo su protección y durmió con él. Cuando el cachorro creció se permitía mordisquearle las orejas tirarle del pelo, y jugaba con él como los perros crecidos. Lo notable es que Kultiapka no crecía en altura sino en corpulencia y en longitud: tenía el pelo espeso de color de ra-

tón; una de las orejas le colgaba y la otra la tenía derecha. Ardiente y entusiástico como todos los cachorros que chillan de placer al ver á su amo y le saltan á los hombros para lamerle el rostro, no disimulaba sus otras impresiones.

Donde quiera que estuviera, con sólo gritar «Kultiapka», salía bruscamente de algún rincón y venía saltando con entusiasmo y me acariciaba. Quería yo mucho á este perro; parecía que el destino le hubiera reservado tan sólo dichas y alegría en este bajo mundo; pero un día el forzado Neustroief, que hacía calzado de mujer y curtía pieles, se fijó en él. Algo le había llamado la atención, pues llamó á Kultiapka, le tocó el pelo y le acarició un rato. El perro, que nada temía, ladraba de gusto, pero al día siguiente había desaparecido. Le busqué mucho rato pero en vano. Al cabo de dos semanas todo se explicó. La piel de Kultiapka había seducido al penado, que le desolló para hacer con ella el forro de unas botas de terciopelo para la mujer de un auditor. Me las enseñó cuando estuvieron terminadas: el pelo del interior era magnífico. ¡Pobre Kultiapka!

Muchos forzados cuidaban de curtir pieles, y en cuanto les caía un perro entre las manos ¡ya estaba fresco! Un día ví á dos penados que estaban en secreta conferencia detrás de los cuarteles; uno de ellos tenía una cuerdecita que servía para atar un perro de raza. Se lo había vendido el lacayo de un noble, y el pobre animal, como presintiendo su suerte, miraba con temor á sus dueños, y moviendo la cola como si se propusiera apiadarles. Yo sabía la suerte que esperaba al animalito. Por regla general los penados ahorcaban á los perros á fin de no derramar sangre, los desollaban y luego tiraban el cuerpo á unas letrinas que había en el extremo opuesto de aquél en que se levantaban los cuarteles. Sabedor de lo que iba á ocurrir al perro, no quise presenciar un acto repugnante.

En cuanto á los gansos que había en el presidio, su pre-

gencia se debía al azar. ¿A quién pertenecían? ¿Quién les cuidaba? Lo ignoro. Sólo sé que habían nacido en el presidio, que tenían por cuartel general la cocina y que nos acompañaban al trabajo cuando salíamos de la fortaleza. En cuanto oían el tambor que indicaba marcha, ellos eran los primeros en acudir á la poterna y en salir al camino. Mientras los reclusos trabajaban, ellos andaban picoteando por los campos y volvían al penal con nosotros. A pesar de aquella guardia de honor que nos daban, un día los mataron á todos al acabar la cuaresma. Nadie se hubiera decidido á matar al macho cabrío Waska, á no ser por una circunstancia particular. No sé cómo entró en la casa ni quien lo trajo, pero sé que era un cabrito blanco y muy lindo. Al cabo de pocos días todos le miraban y servía de consuelo y diversión. Como era preciso un pretexto para conservarlo en el presidio, afirmaron que era indispensable tener un macho cabrío en el penal (1). Sin embargo, no permanecía allí, sino en la cocina, al cabo de poco tiempo recorría todas las dependencias de la prisión. Era un animal alegre que saltaba sobre las mesas, luchaba con los penados, acudía llamándole, y saltaba y brincaba. Una tarde, un penado, Babai, que estaba sentado junto á la puerta con otros detenidos, quiso luchar con Waska que ya tenía los cuernos bastante largos. Durante largo rato lucharon sus cabezas una contra otra, y de repente Waska subió unos escalones, se levantó bruscamente sobre las patas traseras y topó á Babai con todas sus fuerzas, de modo que éste se cayó con gran alegría de todos los asistentes. En una palabra, todos adorábamos á Waska. Cuando llegó á la edad de la pubertad, le caparon. Waska engordó entonces de un modo sorprendente, y se convirtió en un hermoso macho cabrío. También nos acompañaba al trabajo, y si trabajábamos donde hubiera

(1) En Rusia no se limpian más que los caballos de lujo; á los otros se los come la miseria,

ramas y flores, los reclusos adornaban con guirnaldas sus cuernos y sus lomos.

Tanto se entusiasmaron con el macho cabrío que algunos reclusos quisieron dorarle los cuernos. Yo pregunté á Akim Akimytch, que era el mejor dorador del presidio, si se podrían dorar los cuernos de un macho cabrío. Él me contestó que sí, pero que no valía la pena. Waska hubiera vivido mucho tiempo, si un día volviendo del trabajo no hubiéramos hallado al mayor. Éste se indignó y ordenó que mataran al animal. La piel dispuso que se vendiera y que la carne se cociera con la sopa de coles agrias. Aunque queríamos al pobre animal nadie se atrevió á desobedecer. Sacrificamos, pues, á Waska, cuya carne era deliciosa.

Tuvimos también algún tiempo un águila de las estepas. Un forzado la había traído herida y medio muerta. Tenía el ala derecha rota y una de las patas dislocada. Miraba con ira á los que la rodeaban y abría el pico dispuesta á vender cara su vida. Cuando se apartaron después de mirarla, fué á acurrucarse en un rincón de la empalizada. Al principio los penados iban á verla y azuzar contra ella á Bulot que no se atrevía á acercarse demasiado. Pero Bulot acabó por perder el miedo, y á veces llegaba á morder al águila que se defendía con el pico y las garras y permanecía en su rincón con expresión altanera y salvaje como un rey herido. Al cabo de poco tiempo nadie se cuidó de ella. Sin embargo, alguien dejaba junto á ella un trozo de carne y un tiesto con agua. Durante muchos días no quiso comer nada, después se decidió á comer lo que le dejaban, pero nunca á tomarlo de la mano ni á comerlo delante de nadie. La observaba yo de lejos. Algunas veces, cuando creía estar sola, se arriesgaba á dar un paseo, pero tan pronto como me veía volvía á su rincón y parecía prepararse á la lucha. Solitaria y rencorosa esperaba la muerte, y continuaba desafiando á todos y

permaneciendo irreconciliable. Por fin los forzados se acordaron de ella y resolvieron llevarla al campo.

—Que reviente, pero que reviente libre por lo menos—decían.

—Sí, un ave libre é independiente como ella no se acostumbrará jamás á la cárcel.

—No se nos parece—exclamó uno.

—Es un ave y nosotros somos hombres.

Una tarde, cuando el tambor anunció que volvíamos al trabajo, un penado cogió al águila, la ataron el pico porque quería defenderse y la llevaron sobre las murallas. Los penados se mostraban contentos como si ellos mismos recobraran la libertad,

—¡Qué pajarracol! Uno se cuida de él y en premio le desgarrá la mano—decía el que la llevaba.

—¡Deja que vuele, Mikitka!

—No le gusta estar cautiva. Dale la libertad, la hermosa libertad.

La echaron desde la muralla á la estepa. El águila huyó en línea recta aleteando y los forzados seguían con mirada atenta su cabeza que sobresalía de la hierba.

—¿Cómo se escapa, eh?—exclamó uno pensativo.

—¡No ha mirado una sola vez atrás!

—¿Creías acaso que volvería para darnos las gracias?

—Ya está libre, ya goza de libertad.

—¡Sí, la libertad!

—Ya no la veremos más, camaradas...

—¿Qué hacéis ahí? ¡Andando, marchen!—gritaron los soldados de escolta, y todos se fueron lentamente al trabajo.

VII

EL MOTIN

Al principio de este capítulo, el editor de los *recuerdos* del difunto Alejandro Petrovikch Goriantchikof, estima que ha de dar cuenta á los lectores de la siguiente comunicación:

«En el primer capítulo de *Los Presidios de Siberia*, se habla de un noble condenado por parricidio, y se dice que nada quiso declarar ante el tribunal y que se le hubo de condenar por indicios. Algunas personas habían dicho al autor de *Los Presidios* que el criminal era un libertino lleno de deudas que asesinó á su padre para cobrar más pronto su herencia. Y se dice además, que este asesino estaba siempre alegre, que era inconsiderado y aturdido aunque inteligente, por lo cual el autor de *Los Presidios* no le creyó nunca culpable.

»Hace algún tiempo, el escritor de *Los Presidios* recibió de Siberia la noticia de que este parricida era inocente. Los verdaderos criminales habían confesado y el infeliz recobró su libertad.

»Es inútil hacer ningún comentario. ¿No se comprende todo lo trágico del hecho? Los hechos hablan más alto que las reflexiones.

»Creemos también que si tales errores son posibles, su sola posibilidad añade á nuestro relato un rasgo nuevo y saliente, y ayuda á completar y caracterizar las escenas que se presentan en los presidios de Siberia.»

Y ahora continuaremos.

He dicho ya que me había acostumbrado al fin á mi condición, pero tardé mucho. En realidad me costó cerca de un año, y lo recordaré como el más terrible de mi vida. He dicho también que los demás no podían acostumbrarse tampoco á ese género de vida. Parecíame, y creo que lo he dicho, que aquellos hombres no se consideraban como en su casa estando en presidio, sino como en una posada. Aquellos hombres, desterrados por toda su vida, parecían unos abatidos y otros agitados, pero todos pensaban en algo imposible. Aquella inquietud perpetua apenas se notaba, pero se veían el ardor é impaciencia de sus esperanzas, y aquello daba un carácter extraordinario al presidio. Todos eran gente soñadora, casi todos taciturnos é irascibles, y por lo tanto, despreciaban la ingenuidad y la franqueza. Cuanto más imposibles eran las esperanzas, menos se confesaba el forzado su imposibilidad, más la acariciaba en secreto. Quizá el descontento de sí mismo producía la irritabilidad que le distinguía, la crueldad burlona para con los compañeros. Si alguno era bastante cándido para confesar sus esperanzas, los otros le mandaban callar y se burlaban de él. La mayoría se mostraban tan mal humorados y quisquillosos, que aborrecían á los que demostraban buen humor. Los huraños eran los más; y si por casualidad charlaban, calumniaban siempre, sentían envidia, eran chismosos y no había quien los amansara. En cuanto á los buenos, que eran pocos, aparecían apacibles y ocultaban silenciosamente sus esperanzas. Otra clase de deportados había aún: los desesperados, como el viejo de

Stazodub, pero eran los menos. En apariencia aquel viejo estaba tranquilo, pero había notado yo por algunos indicios que su situación moral era horrible; sólo tenía un recurso y un consuelo, la oración. Aquel recluso de quien hablé que se volvió loco y se abalanzó al mayor con un ladrillo en la mano, era probablemente también un desesperado. Declaró que iba á cometer su crimen sin el menor motivo, sencillamente para sufrir. ¡Quién sabe que operación psicológica se había realizado en su alma! Ningún hombre vive sin un fin cualquiera y sin esfuerzo para alcanzarlo. Si el fin y la esperanza desaparecen, la angustia hace á menudo del hombre un monstruo... Nuestro fin era la libertad y la salida de presidio. Trato de clasificar á todos los forzados, ¿es acaso posible? La realidad es tan infinitamente diversa, que jamás se amolda á las deducciones más ingeniosas del pensamiento abstracto; no sufre clasificaciones claras y precisas.

La realidad tiende siempre á la división, á la variedad infinita. Todos nosotros tenemos nuestra vida propia interior además de la vida oficial y reglamentaria.

Pero como he dicho ya, no me fué dable penetrar en esta vida interior al principio de mi reclusión. A veces odiaba á esos mártires que sufrían tanto como yo. Les envidiaba porque se me antojaba que eran camaradas, pero en realidad, aquella comunidad forzada les inspiraba tanta aversión como á mí, y todos procuraban vivir aislados. Aquella envidia que sentía en los instantes de irritación, tenía sus motivos legítimos, pues los que aseguran que un hidalgo no sufre más que un simple labriego, se equivocan. El hombre inteligente siente más y con más viveza que el de entendimiento obtuso. Querer medir el alma de todos por un común rasero es imposible. Ni la misma instrucción puede proporcionar un patrón para los castigos.

Puedo afirmar que entre estos mártires no había uno que tuviera cierto desarrollo moral. En nuestra cárcel ha-

bla hombres á quienes yo conocía de años antes, á quienes creía unas fieras, y de pronto, en el momento más inesperado, su alma se esplayaba involuntariamente con tal riqueza de sentimiento y cordialidad que en los primeros instantes mi asombro era inmenso. A veces ocurría el fenómeno contrario. El hombre instruido se distinguía á veces por un cinismo y una barbarie que daban náuseas. Con la mejor voluntad no era posible hallar para ellos disculpa.

Nada diré del cambio de costumbres, del género de vida, de alimentación, que son más penosos para un hombre de las altas clases sociales que para un labriego. No discutiré esto. Concedamos que para un hombre que tenga fuerza de carácter esto es una bagatela, pero la condición de forzados tiene horrores ante los cuales palidece, hasta el fango que os rodea, hasta la exigüedad y suciedad de la alimentación, hasta los tornillos que os agarrotan y os destrozan. El punto capital, es que al cabo de dos horas, todo recién llegado al presidio se halla en igual situación que los demás; tiene iguales derechos que los demás penados, los otros le comprenden y él les comprende, todos le tienen por uno de los suyos, lo cual no sucede con el hidalgo. Por bueno é inteligente que este sea, le aborrecerán todos, no le comprenderán ni le creerán, no será nunca su amigo ni su camarada, y aunque consiga que no le ofendan, vivirá siempre solitario y apartado de todos. Este vacío se hace á veces sin intención por parte de los detenidos, sencillamente porque no es uno de su pandilla. Nada hay tan horrible como vivir alejado de su medio ambiente. El labriego á quien se deporta desde Taganrag al puesto de Petropavlovsk encontrará allí labradores rusos como él con quienes podrá vivir en la misma barraca. Nada parecido ocurre con los nobles; un abismo sin fondo les separa del pueblo, y esto nos advierte bien hasta que un noble pierde sus derechos primitivos y se convierte á

su vez en individuo del pueblo. Aun cuando durante cuarenta años estuviérais en relación directa con el labriego, no llegaríais á conocerle á fondo; os engañaríais de medio á medio. Se dirá que exajero, no es así. La vida real ha confirmado mis convicciones. Quizá algun día se vea que no exajero.

Desde los primeros días los acontecimientos confirmaron mi modo de pensar. Erraba yo solitario por el penal. Veía que no era simpático á mis camaradas. La compañía de los exhidalgos no me placía. Hubiera querido no ver á nadie, pero ¿adónde esconderme? He aquí uno de los incidentes que me hicieron comprender mi aislamiento. Un día de agosto, á la una de la tarde, cuando generalmente se echaba la siesta, los penados se levantaron como un solo hombre y formaron un grupo compacto en el patio. Había advertido yo que desde algunos días los reclusos parecían agitados, de mal humor, é irritados de un modo indecible. Atribuía aquello al calor, á los ensueños involuntarios de libertad, y á las noches demasiado cortas que no permitían un reposo suficiente.

El caso es, que sin notarlo yo, hacía ya algunos días que los penados se quejaban del rancho; se había cambiado uno de los cocineros, pero el rancho no mejoraba. He aquí lo que decían momentos antes de agruparse en el patio los camaradas reunidos en la cocina:

—Se revienta uno trabajando y luego le dan bazofia indecente.

—Si no te gusta lo que te dan, encarga pollos,—contesta otro.

—Yo me pirro por las sopas de coles agrias—exclamó un tercero.

—¿Y si sólo te dieran callos todos los días, te gustaría?

—No sé por qué nos dan carne; no hay quien se alimente con asadura.

—Cuando no nos dan callos nos dan porquerías peores,

—Es un rancho indigno.

—Pero él se llena los bolsillos.

—¿Y á ti qué te importa?

—¿Cómo si me importa? Mi barriga es mía. Si nos quejásemos, veríamos...

—¡Quejarnos!

—¡Sí!

—Acuérdate de los palos que hemos recibido por las quejas, estúpido.

—Es verdad. ¿Y de qué nos quejaremos?

—Si todos quieren, ya verás si yo me quejo.

—¡Bah! ¡bah! no seas envidioso.

—¿Y por qué no nos decidimos, compañeros? Ya estamos hartos de esos bandidos.

—¿Te crees que nos harán caso? ¿No ves que somos presidiarios?

—Sí, esto es la causa de todo.

—Como siempre el pueblo se muere de hambre y los ricos se lo embuchan todo.

—Ya lo creo, Ocho ojos está muy gordo. Hace poco que ha comprado un tronco de caballos grises.

—¡Es un hombre á quien no gusta el vino!—exclamó uno irónicamente.

—Hace poco tiempo que perdió una gran cantidad al juego.

—He aquí por qué sólo nos da callos y sopas.

—¡Sois unos imbéciles! ¿Creéis que van á hacernos caso?

—Si nos quejamos todos á una, veremos como se disculpa.

—¿Disculparse? Te dará un puñetazo en la cabeza, y nada más.

—Y le procesarán.

Todos estaban muy agitados porque el rancho era verdaderamente execrable. Los forzados son camorristas y rebeldes por temperamento, pero casi nunca se amotinan porque casi nunca están de acuerdo. Pero aquella vez la

agitación produjo resultado. De continuo se formaban grupos en las cuadras que recordaban rencorosamente la mala administración del mayor y adivinaban sus móviles. Aparecieron como era natural los jefes del motín. Atrevidos é inteligentes algunas veces, hacen que por su temperamento enérgico rechacen, ó no se dignen emplear la astucia, y son los primeros en padecer las consecuencias de su rebelión. Osados y enemigos de toda injusticia, no pueden soportar que los jefes se burlen de ellos y no deben exponer su fiel. Los que están á su alrededor les siguen, no porque tengan gran confianza en su inteligencia ó destreza, sino porque saben que son incapaces de retroceder en el momento decisivo, y que serán los primeros en soportar los golpes ó en exponerse á morir si es preciso. El secreto de su influencia estriba en que son los primeros que atacan sin temor á nada. Se lanzan hacia adelante sin saber á veces lo que quieren, sin ese jesuitismo práctico gracias al cual un hombre abyecto y vil alcanza su objeto y sale sin una mancha de una cuba de tinta. En circunstancias ordinarias esas cabezas de motín son gente biliosa, irascible, intolerante y desdeñosa. Lo más triste es que casi nunca atacan lo más importante, lo esencial, y se fijan únicamente en detalles en vez de ir derechos al bulto. Pero la masa les comprende y son temibles á causa de ello. Debo decir lo que significa la palabra; «agravio».

.

Algunos reclusos lo estaban precisamente por un agravio; eran los más agitados, entre otros, cierto Martinof que había sido húsar, y que, aun cuando irascible y colérico, era honrado y veraz. Otro, Basilio Antonof, miraba de un modo descarado y con sonrisa sarcástica, pero también era honrado é inteligente. Eran numerosos los jefes, y no los cito uno por uno. Petrof iba de un grupo á otro, hablaba poco, pero debía estar muy excitado, porque fué el primero que salió del cuartel cuando los otros se reunían en el patio.

Acudió el sargento muy irritado; una vez en fila, los penados le rogaron cortesmente que dijera al mayor que deseaban hablarle y hacerle algunas preguntas. La comisión que se acababa de confiar al sargento era tan extraordinaria, que le asustó, pero no se atrevió á dejar de cumplirla, porque si los penados se amotinaban, quién sabe lo que podía suceder. Pálido y tembloroso fué rápidamente á ver al mayor, sin tratar siquiera de hacer entrar en razón á los reclusos. Bien veía que estos no se entretendrían en discutir con él.

No sabiendo en absoluto lo que ocurría, al ver que todos se alineaban, formé yo también. Creía que se iba á pasar lista, pero viendo que no había soldados, me asombré y miré en torno mío. Todos tenían los rostros conmovidos y exasperados.

Preocupados y silenciosos reflexionaban los reclusos en lo que tenían que decir al mayor. Noté que muchos penados estaban estupefactos de verme á su lado y que hacían ademán de no fijarse en mí. Extrañaban que me hubiera puesto en fila y no comprendían que quisiera tomar parte en su queja colectiva. Algunos me miraron con expresión interrogante.

—¿Qué vienes á hacer aquí?—me preguntó groseramente Antonof que siempre me había tratado de *usted* con la mayor cortesía.

Yo le miré perplejo tratando de adivinar lo que ocurría.

—Sí, ¿qué haces aquí? vete á la cuadra,—dijo un joven á quien no conocía apenas y que era un muchacho pacífico.—Esto no reza contigo.

—Como veo que os alineáis, pensaba que se iba á pasar lista.

—¡Qué tonto!

—¡Nariz de hierro! (1).

—¡Aplasta moscas!

(1) Injuria cuyo verdadero sentido es intraducible,

Este nuevo mote hizo soltar la carcajada á todos.

—Estos siempre viven á sus anchas,—exclamó otro.—Mientras nosotros comemos rancho, ellos se hartan de pan blanco y de lechoncillos como señores. ¿No comes lo que te da la gana? ¿Pues qué vienes á hacer aquí?

—Su sitio de usted, no está aquí,—me dijo Kulikof cogiéndome por la mano y sacándome fuera de filas.

Estaba pálido; centelleábanle los ojos; se había mordido el labio hasta hacerse sangre, y esperaba con valor pero sin serenidad la llegada del mayor.

Me gustaba mucho ver á Kulikof en aquella ocasión, pues estaba seguro que demostraría entonces todas sus buenas cualidades y todos sus defectos. Se jactaba, pero de todos modos se atrevía. Creo que hubiera ido al cadalso con tranquilidad. Cuando todos me tuteaban é injuriaban, él me hablaba con cortesía, pero con tono firme y resuelto que no admitía réplica.

—Estamos aquí para ventilar asuntos propios, Alejandro Petrovitch, nada tiene usted que ver en ello. Váyase donde quiera; mire, los suyos están en la cocina.

—Sí, allí se calientan.

Efectivamente, por la ventana abierta ví á los polacos y á bastantes más reclusos. Entré turbado, seguido de carcajadas, de insultos y de pullas.

—¡Se ve que no le gusta!... ¡miau-miau-miaul... ¡cojedle!

Nunca me habían ofendido tan gravemente, pero comprendí que los ánimos estaban muy excitados. Hallé en la antecámara á T vski, joven hidalgo de poca instrucción pero de carácter firme y generoso; los forzados no le odiaban como á los demás nobles; casi le querían; todos sus ademanes revelaban al hombre valiente y vigoroso.

—¿Qué hace usted aquí, Goriantchikof?—gritó,—venga usted aquí.

—¿Qué pasa?

—Quiéren quejarse, ¿no lo sabe usted? ¡Maldito el caso que les harán! Buscarán á quienes les han calentado los

casos, y si estamos con ellos pagaremos por todos. Acuérdesse usted porque nos han deportado. A ellos les darán únicamente unos latigazos y á nosotros nos procesarían. El mayor nos detesta y aprovecharía esto para fastidiarnos.

—Los mismos penados nos venderían,—añadió M-tski.

—Nunca nos compadecerán,—añadió T-vski.

Además de los nobles estaban en la cocina unos treinta detenidos, de los cuales unos por cobardía y otros convencidos de que nada lograrían, se abstendían de tomar parte en la queja.

Akim Akimytch, enemigo natural de toda queja, estaba convencido de que nada se lograría.

El judío Isaías mostrábase asustado é inquieto. A los nobles polacos se habían juntado una porción de plebeyos de su misma nacionalidad y varios rusos que no se atrevieron á protestar, y esperaban tristemente las consecuencias de la queja.

Estaban también otros reclusos que no por cobardía, sino con razón, no querían protestar con sus camaradas sabiendo que nada habían de sacar en limpio, pero como todos eran gente de fibra, me pareció que algunos estaban como avergonzados de haber abandonado á sus compañeros. Jolkim también estaba con nosotros así como el viejo de Starodub. Ningún cocinero tampoco se había juntado á los revoltosos.

—Excepto nosotros,—dije á M tski,—todos los reclusos protestan.

—¿Qué nos importa?

—Arriesgaríamos mucho más que ellos siguiéndolos; ¿y por qué? aborrezco *Je hais les brigands* (1). ¿Cree usted que sabrán quejarse siquiera? No sé por qué demonios ellos mismos se enredan.

—Nada lograrán,—afirmó un viejo testarudo y huraño, Almarof, que estaba á nuestro lado, asintió.

(1) En francés en el original.

—Azotarán á unos cuantos y todo eso habrán ganado.

—¡El mayor ha llegado!—grito uno.

Todos nos precipitamos á la ventana.

Había llegado efectivamente el mayor con sus antiparras, enfurecido y colorado. Se acercó sin decir una palabra, pero resueltamente, á los reclusos. Se mostró atrevido y sereno. Bien es verdad que el vino le daba ánimos. Con su casquete de galón amarillo y sus charreteras de plata mate tenía un aspecto siniestro. Detrás de él iba el furriel Diatlof, personaje muy importante en presidio, pues en realidad era quien administraba, ya que ejercía gran influencia sobre el mayor. Seguía el sargento con tres ó cuatro soldados. Los reclusos se habían erguido y con la cabeza descubierta permanecían inmóviles, esperando la primera palabra, ó mejor, el primer grito de su jefe supremo.

Su espera no fué larga. El mayor empezó á vociferar fuera de sí. Desde nuestras ventanas le veíamos correr á lo largo de la línea de los forzados y lanzarse sobre ellos preguntándoles. Como estábamos bastante lejos, no podíamos oír ni las preguntas ni las respuestas. Sólo le oímos gritar con una especie de gemido ó de gruñido.

—¡Rebeldes!... ¡Os he de azotar! ¿Dónde están las cabezas de motín?... ¡Tú eres uno! ¡Tú eres uno de los jefes!—gritó abalanzándose hacia uno.

No oímos la contestación, pero un minuto después, vimos á aquel forzado salir de fila y dirigirse al cuerpo de guardia. Al cabo de poco rato fueron dos más.

—¡Se os juzgará! ¡Se os juzgará á todos! Os...

—¿Quién hay en la cocina?—aulló viéndonos en las ventanas.—¡Todos aquí! Que les echen á todos.

El furriel Diatlof se dirigió hacia nosotros y cuando le hubimos dicho que nosotros no protestábamos, volvió á decirselo al mayor.

—¡Ah! ¿esos no se quejan?—exclamó bajando el tono muy alegre.—¡No me importa, que vengan todos!

Todos salimos: yo sentía una especie de vergüenza; los demás andaban con la cabeza baja.

—¡Ah! ¡Prokofief! ¿también Jolkin? ¡Y tú, Almazof! ¡Aquí! ¡Venid todos aquí!—chilló el mayor con voz anhelante pero más afable.—¿Tú también, M tski? ¿Tú también? Apuntad los nombres. ¡Eh Diatlof! Apunta los nombres de todos. El de los satisfechos y el de los descontentos. Después me darás la lista... á todos os voy á juzgar! os... ¡bandidos!...

Lo de la lista causó efecto.

—Ya estamos satisfechos,—dijo uno de los descontentos con voz sorda.

—¡Ah! ¿sí? Salgan de filas todos los satisfechos.

—¡Nosotros! ¡nosotros!—exclamaron algunos.

—¿Estáis satisfechos del rancho? ¿Quién os ha excitado? ¿Ha habido cabezas de motín? ¿eh? Tanto peor para ellos.

—Señor, ¿qué significa esto?—dijo una voz entre la multitud.

—¿Quién ha gritado eso? ¿Quién ha gritado?—rugió el mayor yendo hacia donde había oído la voz.—Tú has gritado, Rastorguief. ¡Al cuerpo de guardia!

Rastorguief, un mocetón mofletudo y de alta estatura, salió de filas y se fué lentamente al cuerpo de guardia. No era él quien había gritado, pero como le nombraron no trataba de contradecir á nadie.

—La grasa es lo que os hace rabiarse,—aulló el mayor.

—Espera, bandido, de aquí á tres días os... Esperad, ya os pillaré á todos. ¡Que salgan los que no protestan!

—Nosotros no nos quejamos, Vuestra Nobleza,—dijeron algunos forzados con voz sombría; los otros callaban obstinadamente. El mayor no deseaba más. Le gustaba ver de que modo terminaba aquel asunto y deseaba que terminara pronto.

—¡Ah! Ahora nadie se queja,—dijo tartamudeando.—Ya le he visto, ya lo sabía, Hay que buscar á los que han ar-

mado el motín,—continuó dirigiéndose á Diatlof.—Hay que buscarlos á todos. ¡Ea, ya es hora de ir al trabajo; tambor, un redoble!

Asistió en persona á la formación de los destacamentos. Los forzados se separaron tristemente, sin hablar, dichosos de poder desaparecer. Apenas hubieron salido los destacamentos, fuese el mayor al cuerpo de guardia y tomó las medidas que creyó oportunas con los rebeldes. Pero no se mostró muy cruel. Velase que deseaba acabar pronto aquel asunto. Uno de ellos contó que le había pedido perdón y que el oficial se lo había otorgado en seguida.

Evidentemente el mayor tenía miedo, pues las consecuencias de aquel motín podían ser funestas para él. Lo que más le turbaba era que todos los penados se habían rebelado á un tiempo. Por consiguiente era preciso acabar á toda costa con sus reclamaciones. Al día siguiente el rancho fué pasable, pero aquella mejora duró poco; los días siguientes el mayor visitó más á menudo las cuadras y siempre halló faltas que castigar. El sargento iba y venía desorientado y preocupado sin saber qué se hacía. A los forzados les costó mucho calmarse, pero su agitación era sorda como durante los días que precedió al motín. Unos bajaban la cabeza y callaban, y otros hablaban de lo ocurrido blasfemando y comiéndose los puños. Muchos burlábanse de sí mismos con amargura, como para castigarse de lo que habían hecho.

—¡Toma, camarada, toma y come!—decía uno de ellos.

—¿Dónde está el ratón que quería poner el cascabel al gato?

—Para convencernos no hay como el palo. Menos mal que nos han zurrado á todos.

—Reflexiona más y charla menos, y será mejor.

—¿Ahora me das lecciones? ¿Eres acaso maestro de escuela?

—Claro es que hay que enseñarte.

—¿Quién eres para decírmelo?

—Yo soy un hombre, ¿y tú, qué eres?

—Una piltrafa para los perros, eso eres tú.

—Tú sí que...

—Ea, basta, basta. ¿por qué chilláis?—gritaron otros.

La tarde de la rebelión encontré á Petrof detrás de los cuarteles al acabar el trabajo del día. Me buscaba. Murmuró dos ó tres exclamaciones incomprensibles al verme y se paseó maquinalmente conmigo. Aun no comprendía yo bien lo ocurrido y deseaba que me lo explicara.

—Diga usted, Petrof, ¿están ustedes enfadados con nosotros?

—¿Quiénes?—me preguntó como volviendo en sí.

—Los penados con los nobles.

—¿A cuento de qué?

—Porque no nos hemos puesto á su lado.

—¿Y qué habrían sacado? ustedes comen aparte.

—Sí, pero algunos de ustedes comen también aparte y han protestado... Debimos estar á su lado por compañerismo.

—¡Bahl ¿Acaso son ustedes camaradas nuestros?—me preguntó asombrado.

Le miré; no me comprendía, y en cambio yo le comprendía perfectamente. Por primera vez comprendí que jamás sería un camarada para ellos aun cuando me condenaran á cadena perpetua ó á la «Sección particular.» Recuerdo la expresión con que Petrof me miraba al decirle que yo era su camarada. ¡No, no lo era! Nuestros caminos eran distintos.

Imaginaba que después del motín nos insultarían sin piedad, que nuestra vida se convertiría en un infierno; no hubo nada de esto. No nos dirigieron el menor reproche, ninguna alusión malévola. Continuaron molestándonos como antes y nada más. Nadie guardó rencor á los que no habían querido protestar, ni nadie les dijo una palabra. Quedé estupefacto,

VIII

MIS CAMARADAS

Como se puede pensar, los que más me atraían, eran los míos, es decir, los nobles; pero de los tres exnobles rusos que había en presidio, Akim Akimytch, el espía A-v y aquel que se creía parricida, sólo conocía y hablaba á Akim. A decir verdad, sólo me dirigía á él, cuando no podía por menos, ó cuando mi tristeza era intolerable. En el capítulo anterior he tratado de clasificar en diversas categorías á los penados, y ahora, acordándome de Akim, creo que debo añadir otra categoría. Era la de los penados perfectamente indiferentes, es decir, de aquellos á quienes importaba un comino vivir en libertad ó en presidio. Akim Akimytch se había establecido en el penal como si debiere pasar allí la vida entera. Todo lo que le pertenecía, colchón, almohadas, herramientas estaba sólida y definitivamente clasificado y arreglado para siempre. Debía permanecer aún muchos años en el penal, pero creo que no pensaba en su libertad; si no se mostraba impaciente, era por espíritu de subordinación. Era un buen hombre que

me ayudó durante los primeros meses de encierro con sus consejos y servicios, pero que algunas veces me inspiraba una tristeza profunda. Cuando me sentía muy desesperado hablaba con él; gustábame oírle, y aun cuando sus palabras hubieran sido rencorosas y llenas de hiel, no me importaba, pero él, pegaba tranquilamente sus faroles de colores, me explicaba que había pasado una revista en 18., que su general se llamaba así ó asá, y que un día, en el Cáucaso, le condecoraron con la cinta de Santa Ana. Bajaba la voz cuanto pronunciaba el nombre de «Santa Ana», con cierto misterio; durante tres minutos por lo menos, permanecía silencioso y serio. Durante el primer año, había días en que aborrecía cordialmente al pobre Akim sin saber por qué y maldecía el destino que nos había hecho vecinos de cama. Una hora después, me reprochaba yo mismo tales tonterías. Luego me acostumbé al carácter de Akim y jamás nos peleamos abiertamente.

En mi tiempo, además de los tres hidalgos rusos, de que he hablado, había otros ocho. Tenía con algunos de ellos íntima amistad, con otros, no. Hasta los mejores mostrábanse irritables, intolerantes y exclusivistas. Cesé de hablar á dos de ellos. Sólo había tres que fuesen instruidos, B-ski, M-tski y G-ki, que había sido profesor de matemáticas. M-tski y B-ski eran afables; desde el principio hicimos buenas migas M-tski y yo. No reñí ni una sola vez con él; le estimaba pero nunca pude quererle ni trabar gran amistad con él. Era profundamente desconfiado y huraño y tenía gran imperio sobre sí mismo: esto me disgustaba, porque comprendía que aquel hombre no abriría á nadie su alma. Pero tal vez me engañaba; era una naturaleza noble y fuerte. Su excepticismo inveterado se revelaba por medio de una habilidad extraordinaria en su trato con los que le rodeaban. Padecía de aquel dualismo de carácter, pues era á la par excéptico, y profundamente creyente. A pesar de toda su habilidad práctica estaba en lucha abierta con B-ski y su amigo T-ski.

El primero, B...ski, era un hombre enfermo, predispuesto á la tisis, irascible, pero generoso y bueno. Su irritabilidad nerviosa era insoportable, así es que procuré apartarme de él sin dejar de quererle. Lo contrario me sucedía con M...tski, con quien jamás me peleé aunque no le apreciara. Rompiendo con B...ski tenía que romper con T...ski, de quien he hablado en el capítulo precedente, cosa que sentí mucho, pues si era poco instruído tenía gran corazón, y era un hombre excelente y valeroso. Quería y respetaba tanto á B...ski, que rompía con los que no le hablaban y esto hizo que riñera con M...tski á causa de B...ski, aun cuando estoy seguro que lo sintió.

Todos aquellos hombres eran biliosos, atrabiliarios, desconfiados, se comprende; su posición era muy penosa, mucho más que la nuestra, pues se hallaban desterrados de su patria, y deportados por diez y doce años; y lo que hacía más dolorosa su estancia en presidio eran sus prejuicios arraigados, que les hacían ver á los reclusos bajo un falso punto de vista: se les añojaban fieras y no seres humanos. Su vida en el penal era un tormento, eran afables con los circasianos, con los tártaros, con Isaías, Fomitch, pero sentían desprecio por los demás. Únicamente el anciano antiguo creyente, conquistó todo su respeto, y sin embargo, nunca ví que nadie se burlara de sus creencias religiosas ni de sus convicciones. Nuestros forzados les respetaban más á ellos que á nosotros los rusos, no les molestaban; pero creo que los polacos no querían notarlo. Hablaba de T...ski; vuelvo á él. Cuando con B...ski fueron desterrados en J...gorsk entablaron una inocente correspondencia con los deportados de otra ciudad, y entonces se juzgó necesario transportarles á nuestro presidio para que les vigilara directamente la administración superior. Hasta que llegaron B...ski y T...ski, M...tski era el único polaco del presidio. ¡Cuánto debió languidecer durante este primer año de su destierro! J...ki era aquel viejo que siempre rezaba y de quien ya he hablado. Todos los con-

denados políticos eran muy jóvenes, mientras que J...ki tenía cincuenta años por lo menos.

Ciertamente que era honrado, pero raro. Sus camaradas T...ski y B...ski le detestaban y no le hablaban; afirmaban que era testarudo y enredón y puedo asegurar que tenían razón. Creo que en un presidio las gentes se pelean y aborrecen más rápidamente que estando en libertad. Muchas causas contribuyen á tales rencillas, J...ki era verdaderamente molesto y nadie le podía tragar. Conmigo no nos enfadamos. Creo que era un buen matemático. Me explicó un día en su jerga entre rusa y polaca, un sistema astronómico que había inventado, del que se burlaron los sabios. Rezaba de rodillas durante días enteros, lo cual le atrajo el respeto de los forzados; lo conservó hasta su muerte acaecida en presidio. Desde que llegó ganó la consideración de todos á consecuencia de una estupidez del mayor. Cuando les trajeron de J...gorsk por etapas á nuestra fortaleza, no les afeitaron por el camino, el pelo y la barba les crecieron desmesuradamente; cuando les presentaron al mayor, éste se enfadó por semejante infracción de la disciplina, aunque no era culpa de ellos.

—¡No sé qué parecen!—rugió,—son vagabundos, bandoleros.

J...ki, que entendía mal el ruso, creyó que les preguntaba si eran bandoleros ó vagabundos, y contestó:

—Somos condenados políticos y no vagabundos.

—¿C.. o. .o...mo? ¿Te haces el insolente? ¡tunante! —vociferó el mayor.—¡Al cuerpo de guardia! ¡Cien latigazos en seguida! ¡Ahora mismo!

Castigaron al viejo. Tendióse en el suelo sin decir una palabra y sufrió el castigo en silencio, sin gemir y sin quejarse.

Cuando le llevaron á la cuadra pasó entre los forzados sin levantar la vista, pálido y con los labios temblorosos, se fué al sitio que le designaron, se arrodilló y se puso á orar. Los detenidos quedaron absortos y conmovidos.

Cuando yo ví á este anciano de cabellos blancos que había dejado en su patria esposa é hijos, cuando le ví después de aquel vergonzoso castigo arrodillado y llorando, sali de la cuadra, y durante dos horas estuve como loco: me parecía estar borracho.

Desde entonces los forzados trataron con gran deferencia á J...ki; lo que más les había gustado es que no gritó al flagelarlo.

Hay que ser justo y decir la verdad; no hay que juzgar por este ejemplo las relaciones entre la administración y los deportados nobles, ya sean polacos ya sean rusos. Mi anécdota patentiza que se puede caer en manos de un malvado, y si este hombre es comandante absoluto de un presidio, si por casualidad detesta á un desterrado, éste sufre mucho. Pero la administración superior que da instrucciones á los comandantes subordinados, tiene cierta indulgencia para los nobles. Esto depende de varias causas: en primer lugar estos jefes son nobles también y además han ocurrido muchos casos de rebelión; los nobles no habían querido recibir latigazos y se habían abalanzado sobre sus ejecutores; y estas rebeliones tenían siempre consecuencias enojosas. Además, y esto creo que es la causa principal, hace unos treinta y cinco años, enviaron á Siberia un gran grupo de deportados nobles (los decembristas) los cuales observaron una actitud tan digna, que los jefes de los trabajos forzados, miraban por antigua costumbre á los criminales nobles con más benevolencia que á los otros. Los comandantes subalternos tenían que seguir el ejemplo de sus jefes, y atemperarse á sus instrucciones. No se les dejaba nunca obrar por su propia cuenta. La segunda categoría de trabajos forzados en la que se me incluyó, y que se componía de penados siervos, sometidos á la autoridad militar, padecía mucho más que la primera (las minas) y que la tercera (trabajos de fábrica). Era mucho más penosa no sólo para los nobles sino para los demás forzados, porque su organización y

administración eran militares, y se parecían á los de los presidios de Rusia. Todos los que pertenecían á esta segunda categoría, hubieran trocado su suerte por los trabajos de mina, que la ley declaraba ser el castigo supremo. Cuantos habían estado en los presidios rusos hablaban de ellos con horror y aseguraban que no había infierno como aquello y que la Siberia era un paraíso comparada con la reclusión en las fortalezas de Rusia. Si relativamente se tenía alguna consideración con nosotros los nobles, mayor benevolencia debía observarse para con los forzados de segunda y tercera categoría. Puedo hablar conscientemente de lo que sucede en toda Siberia; los relatos que he oído de boca de los deportados, confirman lo que digo. Se nos vigilaba á nosotros más que en los demás presidios; no teníamos ninguna inmunidad respecto de los trabajos ni de la reclusión. Ejecutábamos iguales trabajos, llevábamos iguales cadenas que los demás forzados, y era imposible que fuera de otro modo, porque la administración temía las delaciones, pues en aquella época tener clemencia por un forzado era un crimen en Rusia. Estábamos, pues, al nivel de los demás forzados, y únicamente se nos dispensaba las penas corporales, no en absoluto, pero por regla general, no se nos castigaba á la ligera y sin motivo como á los demás. Cuando nuestro comandante supo el castigo infligido á J...ki se enfadó seriamente con el mayor, y el general le echó también un rapapolvo tremendo cuando lo supo. Nuestro mayor tomó nota de ello. De buena gana hubiera querido darse el gustazo de azotar á M...ski, á quien detestaba por las calumnias de A...f; pero no pudo conseguirlo; por más que buscaba un pretexto, le espiaba y le perseguía, aquel placer le fué negado. El asunto de J...ki se supo en la ciudad y la opinión pública fué desfavorable para el mayor; unos le riñeron y otros le afrentaron.

Me acuerdo ahora de mi primer encuentro con el ma-

yor. Ya en Tobolsk nos habían asustado hablándonos de él. Los antiguos desterrados, nobles como nosotros, que nos visitaron con tanta bondad en nuestra estancia en nuestro presidio, nos habían prevenido contra nuestro futuro comandante y nos prometieron también hacer cuanto pudieran para evitarnos sus persecuciones. En efecto, escribieron á las tres hijas del gobernador general que creo intercedieron por nosotros, ¿pero qué podían hacer? El gobernador se limitó á escribir al mayor que cumpliera estrictamente la ley. Nos llevaron á su casa en cuanto llegamos al presidio, y al cabo de poco rato apareció el mayor. Su rostro rojizo, lleno de pecas, y de expresión maligna, nos produjo pésima impresión: parecía una araña dispuesta á devorar la mosca presa en su tela.

—¿Cómo te llamas?—preguntó á mi camarada

Hablaba con voz dura, entrecortada, y quería causarnos impresión.

Mi camarada dijo su nombre.

—¿Y tú?—me preguntó.

Se lo dije.

—¡Sargentol Que les lleven al penal, que les afeiten media cabeza y que les hierren mañana. ¿Qué capotes traéis? ¿Dónde os los han dado?—nos preguntó bruscamente viendo los capotes grises con redondeles amarillos que nos habían dado en Tobolsk.—Debe ser un nuevo uniforme... Sí, esto proviene de Petersburgo,—añadió examinándonos.—¿No traen nada suyo?—preguntó de repente al guardia que nos escoltaba.

—Tienen sus propios trajes, Vuestra Nobleza,—contestó éste cuadrándose.

—¡Quitádselo todo! Que únicamente se queden la ropa blanca. Si tienen ropa de color, vendedla. Lo que se saque se apuntará en el capítulo de entradas. Los forzados no poseen nada,—continuó mirándonos severamente.—¡Cuidado! ¡Portaos bien! ¡Nada de quejas! Sino... ¡pena corporal! A la primera falta, los aazotes!

Casi estuve enfermo aquella tarde á causa de tan brusca acogida. Ya he contado la impresión que me produjo entrar en nuestro infierno.

Al principio los ingenieros trataron de aliviarnos enviándonos á V...ski y á mí á la Cancillería en calidad de copistas. Esto duró mientras el teniente coronel S...kof fué nuestro comandante. Este jefe nos parecía un bienhechor enviado por el cielo y causó buena impresión en todos los forzados. No le querían, le adoraban, si se puede emplear esta palabra. Todos decían de él: ¡Es nuestro padre! Era un hombre alegre y amigo de divertirse. De baja estatura y de mirada atrevida, era amable con todos los forzados á quienes amaba paternalmente. ¿Por qué les quería? No lo sé, pero el caso es, que en cuanto hallaba un forzado cualquiera, le dirigía una palabra amable y bromeaba con él. Parecía su camarada, su igual. Nadie, sin embargo, le faltó nunca al respeto. Cuando aparecía el comandante los rostros de los forzados se iluminaban; si les dirigía la palabra lo consideraban como un gran honor. El teniente coronel tenía aspecto marcial, andaba aprisa, muy erguido. Poco podía hacer en favor de los forzados porque dirigía los trabajos de las forjas, pero en cuanto encontraba un grupo de forzados que habían acabado el trabajo, les daba suelta antes del redoble del tambor. Queríanle los detenidos por la confianza que les demostraba, y estoy seguro que si hubiera perdido mil rublos en billetes, el ladrón más empedernido de nuestra cárcel se los hubiera devuelto. El afecto de los detenidos creció cuando supieron que se había peleado de mala manera con nuestro detestado mayor. Esto ocurrió al cabo de un mes de su llegada. El mayor había sido en otro tiempo su compañero y al encontrarse volvieron á divertirse juntos, pero pronto cesaron de ser íntimos. Se dijo que se habían dado de mojicones, lo cual no era raro, dado lo bruto que era nuestro mayor. Cuando los penados supie-

ron aquella riña se pusieron muy alegres y desearon saber quién de los dos había pegado al otro.

—«De fijo que el comandante le ha pegado, decían; aun cuando de baja estatura es muy valiente; el otro se habrá metido debajo de una cama, de miedo».

Pero G...kof se fué pronto con gran sentimiento de los presidiarios.

Este teniente coronel fué quien á B-ski y á mí nos hizo trabajar en la Cancillería. Cuando se fué, nuestra situación fué más tolerable porque había un jefe de ingenieros que también nos demostraba simpatía. Hacía tiempo que copiábamos oficios, lo cual perfeccionaba nuestra letra, cuando llegó una orden superior, disponiendo que ejecutáramos los mismos trabajos que los demás. Durante dos años enteros trabajé con B-ski casi siempre en los talleres. Charlábamos de nuestras esperanzas y convicciones. Las del excelente B-ski eran raras, exclusivas; hay gentes muy listas que tienen ideas paradójicas, pero tanto han sufrido por ellas, tantos sacrificios les cuestan que tratar de quitárselas sería imposible y cruel. B-ski no podía sufrir las objeciones y contestaba á ellas con violencia.

Andando el tiempo M-tski estaba cada vez más triste y huraño. Se apoderaba de él la desesperación. Durante los primeros tiempos, era más comunicativo. Al principio se interesó por las noticias que le dí, pues hacía ya dos años que estaba preso: me preguntó, se conmovió; pero poco á poco se reconcentró y no decía nada de lo que pensaba. Las ascuas se habían convertido en tizones. «¡Aborrezco á estos bandidos!»—repetía hablando de los penados á quienes yo había tratado hacerle conocer.—Mis argumentos en favor de ellos no le convencían. A veces me daba la razón, pero al día siguiente repetía de nuevo: «Aborrezco á estos bandidos». (Hablabamos á menudo en francés con él, y esto hacía que un soldado de ingenieros nos llamase siempre «practicantes» Dios sabe por qué). M-tski sólo se animaba cuando hablaba de su madre, «Es vieja y vale-

tudinaria, — me decía; — me quiere sobre todas las cosas y no sé siquiera si vive. Si supiera que me han azotado... »

M-tski no era noble y le habían azotado antes de deportarle.

Cuando se acordaba de ello, rechinaba los dientes y miraba hacia otro lado. Durante los últimos tiempos de su reclusión paseaba casi siempre solo. Un mediodía le hizo llamar el comandante que le recibió con la sonrisa en los labios.

—Oye, M-tski, ¿qué has soñado esta noche?—le preguntó.

—Que recibía carta de mi madre.

—¡Mejor que eso, mejor que eso!—replicó el comandante.—Eres libre. Tu madre ha suplicado al Emperador, y su ruego ha sido atendido. Toma, he aquí su carta, y la orden de ponerte en libertad. Puedes marcharte del presidio ahora mismo.

Volvió con nosotros pálido y creyendo apenas en su dicha.

Le felicitamos. Nos estrechó la mano entre las suyas frías y temblorosas. Muchos penados le felicitaron también.

Se convirtió en colono y se estableció en nuestra ciudad, donde poco después le dieron un empleo. Venía á menudo al presidio, y nos comunicaba noticias cuando podía. Las noticias políticas eran las que más le interesaban.

Además de los cuatro polacos de que he hablado, había otros dos muy jóvenes deportados por poco tiempo. No eran muy instruidos, pero sí honrados, sencillos y francos. Otro, A tchukovski, era un botarate, pero B-m, un hombre ya entrado en años, nos causó pésima impresión. No sé por qué le habían desterrado, aun cuando lo contaba de buena gana. Tenía un carácter mezquino, burgués, con las ideas y los hábitos groseros de un tendero enriquecido.

Aun cuando no tenía ninguna instrucción hay que reconocer que era un buen pintor y mucha gente de la ciudad empleó á B m para decorar paredes y techos.

Esto le daba algún dinero. Le hicieron trabajar con tres camaradas, dos de los cuales aprendieron perfectamente su oficio. Uno de ellos Ijevski pintaba casi tan bien como él. Nuestro mayor, al saber lo bien que pintaba B-m, le ordenó que le decorase su casa. B-m lo hizo tan bien, que las habitaciones del general gobernador no tenían punto de comparación con las de Ocho ojos. El mayor estaba contentísimo, se frotaba las manos y anunciaba que iba á casarse. «¿Cómo no casarse cuando se tienen tales habitaciones?» Cada vez estaba más contento de B m y de los que le ayudaban. Aquel trabajo duró un mes. Entonces fué cuando el mayor cambió de opinión respecto á nosotros y hasta empezó á protejernos, los condenados políticos. Un día hizo llamar á J-ki.

—J-ki,—le dijo;—te he ofendido y te he hecho azotar sin motivo. Me arrepiento de ello. ¿Comprendes? *yo, yo*, me arrepiento!

J ki contestó que comprendía perfectamente.

—¿Comprendes que *yo, yo*, tu jefe, te haya hecho llamar para pedirte perdón? ¿Lo comprendes? ¿Qué eres tú para mí? Un gusano, menos que un gusano: eres un forzado, y yo, por la gracia de Dios (1), soy mayor... mayor, ¿comprendes?

J-ki contestó que lo comprendía también.

—Bueno, quiero reconciliarme contigo, ¿pero concibes bien lo que hago? ¿Concibes toda la grandeza de mi acción? ¿Eres capaz de apreciarla? Imagina que *yo, yo*, ¡mayor!... etc.

J-ki me contó esta escena. ¡Así, pues, en aquel bruto siempre borracho, desordenado y mortificante, quedaba

(1) Nuestro mayor no era el único que empleaba tal expresión, y muchos otros comandantes militares la empleaban en mi tiempo, sobre todo los patateros.—(N. del A).

algún sentimiento humano! Si se tienen en cuenta sus ideas y su desarrollo intelectual, debe convenirse en que aquella acción era verdaderamente generosa. La borrachera perpetua en que vivía, quizá contribuyó á que la ejecutara. No se realizó el sueño del mayor, no se casó aunque estuviera decidido á tomar esposa tan pronto como hubieran terminado de decorarle sus habitaciones. En vez de casarse le procesaron. Se le obligó á presentar la dimisión. Se le descubrieron antiguas fechorías; creo que había sido jefe de policía de la ciudad. Aquel golpe le hirió inopinadamente. Para los forzados aquella noticia fué un alegrón, una solemnidad. Se decía que el mayor lloraba como una mujerzuela, ¿pero qué iba á hacer? Tuvo que presentar la dimisión, vender sus caballos grises y todo lo que poseía, cayendo en la miseria. Algún tiempo después le encontrábamos á veces vestido de paisano con un traje viejo y una gorra con escarapela. Nos miraba con aire adusto, pero su aureola y su prestigio habían desaparecido con su uniforme de mayor. Mientras fuera nuestro jefe parecía un dios vestido de paisano, después de perder su grado se asemejaba á un lacayo.

¡El uniforme es el único prestigio de ciertas gentes!

IX

LA EVASIÓN

Poco tiempo después de presentar su dimisión el mayor se reformó por completo nuestro penal. Los trabajos forzados fueron abolidos, y se reemplazaron por un presidio militar, semejante á los presidios rusos. En su consecuencia no enviaron más deportados de la segunda categoría que debía componerse en lo sucesivo de los detenidos militares, es decir, de gentes que conservaban sus derechos civiles. Eran soldados como los otros pero que habían sido azotados y se les condenaba á penas muy cortas, seis años á lo sumo. A los reincidentes se les condenaba á veinte años de reclusión. Por lo que hace á los forzados civiles debían permanecer en la fortaleza hasta extinguir la condena; pero como no entraban otros nuevos, y uno tras otro se ponía en libertad á los antiguos, al cabo de diez años el penal no contendría un solo forzado. Se mantuvo la sección particular; no cambió nuestro género de vida. Los trabajos y la disciplina eran los mismos que antes, únicamente se había renovado y complicado la adminis-

tración. Un oficial superior, comandante de compañía, había sido nombrado jefe de la cárcel. Se suprimieron los inválidos y fueron reemplazados por doce sargentos. Se dividieron las secciones de detenidos por decenas y se nombraron cabos de entre los mismos; como era natural, Akim fué del número de éstos. No hubo más cambios. Al principio los forzados se agitaron mucho, pero cuando vieron que en el fondo todo continuaba como antes, se tranquilizaron, y nuestra vida siguió su curso normal. Había desaparecido el miedo al desaparecer el mayor; todos sabíamos que podíamos quejarnos con razón y que no se nos castigaría por ello. Como antes, continuó vendiéndose aguardiente, aun que en vez de inválidos tuviéramos sargentos. Estos eran buena gente; hubo algunos que quisieron hacer el fanfarrón y tratarnos como soldados, pero pronto entraron por el aro. A los que tardaban mucho tiempo en comprender las costumbres de la cárcel, los mismos forzados les instruían. Se tentaba á un sargento con aguardiente, se le emborrachaba, y luego cuando ya estaba sereno, se le explicaba de modo que lo entendiera bien, que como había bebido con los detenidos, de consiguiente... Los sargentos acabaron por hacer la vista gorda respecto del aguardiente. Iban al mercado como los inválidos y traían á los reclusos pan blanco, carne y todo lo que podía ser introducido sin riesgo; así es que no comprendía por qué ocurriendo lo mismo se habían hecho tantos cambios. Esto ocurrió dos años antes de mi salida. ¿Debo describir en estas memorias todo el tiempo que pasé en presidio? No. Si contara por su orden cuanto ví, podría doblar ó triplicar el número de los capítulos, pero semejante descripción sería hartó monótona. Todo lo que contara ya estaría incluido en los capítulos precedentes, y el lector ya puede haberse formado una idea, al recorrer los que anteceden, de la vida de los penados. No sé si he conseguido dar una idea exacta y verdadera de mi vida en el penal. No puedo juzgar por mí mis-

mo de mi trabajo. Creo sin embargo que podría terminarlo aquí. Los últimos años se han borrado de mi memoria. Estoy seguro que he olvidado muchas cosas. Recuerdo sin embargo que los días transcurrían tristes; lentos, largos, aburridos. Pero esperaba; esperaba y esto me daba fuerza para resistir. Me acuerdo que rodeado de centenares de camaradas, me sentía en una espantosa soledad. Aislado entre la multitud, recordaba mi vida anterior, la analizaba en sus menores detalles, reflexionaba y me juzgaba de un modo implacable; algunas veces daba gracias al destino que me había concedido tal soledad, sin la cual no hubiera podido recordar mi vida pasada. Tracé el programa de mi porvenir prometiéndome no caer otra vez en las faltas cometidas. ¡Cuántas esperanzas germinaron entonces en mi corazón! Creía ciegamente que podría realizar cuanto me había propuesto; quería probar de nuevo mis fuerzas en una nueva lucha. A veces una impaciencia febril me oprimía. Padezco con sólo recordarlo. Escribo esto porque creo que todos me comprenderán, y que todo aquel que tenga la desgracia de ser encarcelado en la flor de su edad, en plena posesión de sus fuerzas, sentirá lo que yo he sentido.

Pero prefiero terminar mis memorias con un relato cualquiera, á fin de no acabarlas muy bruscamente.

Alguien preguntará quizá si no es posible escapar de presidio, y si durante el tiempo que pasé en él no ocurrió ninguna tentativa de evasión. He dicho ya que un detenido que ha sufrido dos ó tres años de cárcel, empieza á pensar que vale más terminar su pena sin peligro y hacerse colono una vez que esté en libertad. Pero los que calculan así, son los reclusos condenados á penas leves: aquellos cuya condena es larga, siempre están dispuestos á arriesgarlo todo. Sin embargo, las tentativas de evasión eran raras. ¿Había que atribuirlo á la cobardía de los penados, á la severidad de la disciplina, ó á que la situación de la ciudad no favorecía las tentativas? No lo sé. Creo

que todos estos motivos tenían su influencia. Era difícil evadirse de nuestra cárcel: en mi tiempo lo intentaron dos forzados: eran criminales de cuantía.

Cuando dimitió el mayor, A f, el espía, quedó sin amparo. Su carácter había adquirido firmeza andando el tiempo y había ganado en experiencia. Pensando en él á veces, me decía que era capaz, por satisfacer el capricho más nimio, de asesinar á un hombre, con tal que el crimen quedara secreto. Había aprendido á calcular en el penal. A este hombre escogió Kulikof por compañero de fuga.

He hablado ya de Kulikof, de la «sección particular». Aun cuando no muy joven era robusto y estaba lleno de vida y energía. Hubiera extrañado que Kulikof no pensara en escapar. No sé si ejercía influencia sobre A-f ó al revés; pero el caso es que pronto se convinieron y ataron cabos. Creo que Kulikof fiaba en A f para que éste le extendiera un pasaporte falso. Quizá también, como era noble A f, imaginaba Kulikof que su compañía le sería de gran provecho si conseguían llegar á Rusia. Sólo Dios sabe cuáles eran sus planes y esperanzas; pero estoy seguro que debían diferir de los que abrigan la mayoría de los vagabundos. Kulikof era un cómico capaz de desempeñar toda clase de papeles en este mundo y á un hombre así la vida del penal le anonada é inutiliza. Decidieron, pues, evadirse.

Peró era imposible huir sin un soldado de escolta y había que buscar ese soldado. En uno de los batallones que estaban acuartelados en la fortaleza, había un polaco de alguna edad, hombre serio y digno de mejor suerte. Cuando llegó á Siberia había desertado porque sentía la nostalgia de su tierra. Le cogieron y azotaron y durante dos años formó parte de las compañías disciplinarias. Al volver al batallón cumplió con gran celo sus deberes y le recompensaron con el grado de cabo. Tenía amor propio y hablaba como hombre que se estima á sí mismo.

Me fijé en él varias veces porque los polacos me habían

hablado ya de su conducta. Me pareció que la nostalgia se había convertido en un odio sordo, inextinguible. Tenía su carácter el temple del acero y Kulikof patentizó una vez más su inteligencia al escogerle. Se llamaba Kohler. Se convino con Kulikof y fijaron el día. Estábamos en junio, circunstancia favorable para los que durante algún tiempo han de vagabundear. No había que pensar en huir directamente de la fortaleza, pues la ciudad está situada sobre una colina, en un espacio desarbolado y los bosques están lejos. Era necesario procurarse un disfraz y para ello había que ganar el arrabal donde Kulikof tenía preparado un escondite. Ignoro si sus conocidos estaban ó no en el secreto. Aquel año, una muchacha ligera de cascos, muy bonita, llamada Vanika Tanika, se había establecido en el arrabal; daba grandes esperanzas, que pronto debía fortificar. La llamaban también «fuego y llama»; pienso que estaba de acuerdo con los fugitivos, pues aquellos últimos meses Kulikof había hecho locuras por ella. Cuando por la mañana se formaron los destacamentos, nuestros penados se las compusieron de modo que se les destinó á blanquear en compañía de Philkin unos cuarteles abandonados. A-f y Kulikof debían transportar los materiales que Philkin necesitara. Kohler se cuidó de que le nombraran de escolta, y como según el reglamento debían ir dos soldados para acompañar á tres reclusos, tomó consigo un recluta á quien enseñaba la instrucción en calidad de cabo. Preciso era que los dos penados ejercieran gran influencia sobre Kohler, para que éste, á quien quedaban ya pocos años de servicio, se decidiera á seguirles.

Llegaron á los cuarteles viejos á las seis de la mañana. Estaban solos. Después de trabajar una hora, Kulikof y A-f dijeron á Philkin que iban al taller á buscar una herramienta. Les fué preciso obrar con astucia porque Philkin era listo y no le habían comunicado sus planes. Philkin era un penado de la «sección particular» que de cuando en cuando se emborrachaba como una cuba, pero muy

inteligente y astuto. Kulikof, guiñándole el ojo, le dijo en voz baja que iba en busca de aguardiente, pero que no quería decirselo al soldado. El recluta fué el que permaneció con Philkin, mientras Kulikof, A-f y Kohler iban al arrabal.

Pasó media hora y no volvían sus compañeros. Philkin empezó á sospechar. Se acordaba de que durante la primera hora de trabajo habían hablado muchas veces en voz baja Kulikof y A-f y que hacía ya días que cuchicheaban juntos en el penal. Pensó lo que en realidad había ocurrido: que Kulikof y A-f se habían fugado. Cuanto más recordaba Philkin lo que había sucedido en días anteriores, más aumentaban sus sospechas. Transcurría el tiempo y los forzados no volvían. Pensó que podían sospechar en la administración que él había sido cómplice de la fuga, y que la hazaña de sus compañeros podía costarle la cabeza. Sin dar cuenta de sus sospechas al recluta, le dijo que le acompañara al taller de ingenieros. Allí preguntó en el almacén de herramientas si habían visto á Kulikof y á A-f, y al decirle que no, las sospechas de Philkin se confirmaron. Abandonó el trabajo y se fué directamente al presidio.

Eran cerca de las nueve cuando llegó á casa del sargento mayor á quien comunicó sus sospechas. Este, asustado, dió parte al mayor, y el mayor al comandante. Al cuarto de hora se habían tomado todas las medidas necesarias. Se dió cuenta al gobernador general. Como los forzados eran pájaros de cuenta se podía recibir una severa reprimenda de Petersburgo. En seguida se enviaron propios á á todas las aldeas vecinas y á las ciudades para dar cuenta de la evasión, y las señas de los dos forzados. Se enviaron cosacos en su persecución y se escribió á todos los gobiernos vecinos. Todos tenían un miedo horrible.

La agitación era grande en nuestro penal; á medida que los reclusos volvían del trabajo se les comunicaba la gran noticia que acogían con verdadero regocijo. Aquella eva-

sión encontraba un eco simpático en todos los corazones y hacía vibrar cuerdas que desde mucho tiempo permanecían en reposo. Todos sentían como una vaga esperanza; y al sentirla, se erguan y miraban á sus camaradas con expresión provocativa. Los forzados miraron á los sargentos y soldados desde lo alto de su grandeza; acudieron todos los jefes y el mismo comandante. Como esperaban que se hiciesen pesquisas, ocultaron cuanto les pareció oportuno, y no fué en balde, porque hubo efectivamente un cacheo general y un reconocimiento que, como era natural, no dió resultado.

Cuando llegó la hora de los trabajos de la tarde, se nos condujo á ellos bajo doble escolta. Por la noche se hicieron más reconocimientos que de costumbre; se equivocaron al pasar lista, nos hicieron salir al patio para contarlos mejor, y cuando estuvo la cuenta cabal, se nos volvió á las cuadras.

Los reclusos maldito lo que se cuidaban de aquellas medidas, y como era costumbre en tales casos, se portaron de un modo maravilloso. La administración buscaba cómplices y ordenó que se nos vigilase y escuchase lo que decíamos, pero nada resultó de ello.

—¿Si creerán que son tan tontos que lo hayan dicho á alguien?

—Cuando se quiere dar un golpe así, á nadie se dice.

—Kulikof y Af son bastante listos para ocultar su pista.

—Se han evaporado; de fijo que son capaces de pasar á través de una puerta cerrada!

En una palabra, la gloria de Kulikof y de Af, creció cien codos. Todos estaban orgullosos de ellos. Se comprendía que su proeza pasaría á la posteridad.

—¡Son unos valientes!

—¡Ahl! ¿Creían que no era posible huir? Sin embargo se han fugado,

—¡Sí! ¿pero quiénes son los que han huido? ¿Sois acaso dignos de atarles las sandalias?

En cualquier otra ocasión el recluso así interpelado hubiera contestado al desafío y defendido su honor, pero entonces, guardó un silencio modesto.

—¡Es verdad! no todos somos como Kulikof y A-f; la verdad es que son listos...

—¡No sé por qué permanecemos aquí!—interrumpió bruscamente un detenido con acento adusto.—¿Qué hacemos aquí? Vivimos sin vivir, estamos muertos sin morir. ¡Eso es!

—Me parece que no es tan fácil escaparse. Bastante bien nos atan... ¿Crees que es tan fácil huir?

—Mira, Kulikof, por ejemplo...

—¿Kulikof?—contestó otro.—¡Kulikof!... ¡No hay muchos como Kulikof!

—¿Y A-f? ¡Qué atrevido es!

—¡Ya lo creo! Es todo un hombre.

—¡Ya deben estar lejos! Me gustaría saberlo...

Y se lanzaban en excursión por el campo infinito de lo imaginario. Pensaban y decían si estarían muy lejos de la ciudad, si se habrían quedado en ella, si alguien les ocultaba, y si tenían muchas probabilidades de escapar. Como había forzados que conocían las cercanías se les escuchó con curiosidad.

Cuando empezaron á hablar de los aldeanos de los pueblos vecinos, quedó decidido que no valían gran cosa. Afirmaban que de ningún modo se atreverían á auxiliar á los fugitivos y que les perseguirían para entregarlos.

—No podéis figuraros cuán malos son los aldeanos.

—Son unos imbéciles.

—Los siberianos son malos: matan un hombre como matarían una mosca.

—¡Yal pero los nuestros...

—Está claro, hay que saber quién será más listo. Los nuestros no temen nada,

—Si no nos morimos ya oiremos hablar de ellos.

—¿Crees acaso que les pillarán?

—¡Estoy seguro que no les cogerán!—contestó uno de los más excitados dando un gran puñetazo en la mesa.

—¡Hum!... según.

—Mirad, camaradas,—dijo Skuratof,—si yo huyera, estoy seguro que no me pillarían.

—¿Tú?

Todos se echaron á reir; pero Skuratof estaba entusiasmado.

—Os digo que no me pescarían,—replicó con energía.

—Sería capaz de pasar por el ojo de una cerradura antes que dejarme coger.

—¡Bah! Cuando tuvieras hambre ya pedirías pan á los labriegos.

Nuevas carcajadas.

—¿Yo pedirles pan? ¡Embustero!

—¿Por qué no? Tú y tu tío Vacía matásteis á la muerte bovina (1), y por tal causa os han deportado.

Redoblaron las carcajadas. Los reclusos que estaban serios se mostraban indignados.

—¡Embustero!—gritó Skuratof;—Mikitka es quien os ha contado eso, pero no se trata de mí, sino del tío Vacía. Yo soy moscovita y vagabundo desde mi más tierna infancia. Cuando el sochantre me enseñaba á leer la liturgia me tiraba de las orejas diciendo: Dí: «Ten piedad de mí, señor, por tu gran bondad», etc., y yo decía: «Me han llevado á la prevención por tu gran bondad» etc. He aquí lo que hacía desde niño.

Todos se echaron á reir. Es lo que quería Skuratof á quien le gustaba ejercer de bufón. Pronto se volvió, sin embargo, á hablar seriamente, sobre todo entre los viejos

(1) Es decir, que mataron á un labriego y á una mujer por sospechar que habian echado un conjuro al ganado. En nuestro penal habia un asesino condenado por tal causa. (N. de Dostoyevski.)

y los que eran duchos en achaque de evasiones. Los jóvenes escuchaban regocijados y había gran animación en la cocina. Entre los más contentos noté á un tártaro de baja estatura y pómulos salientes, cuyo rostro tenía una expresión muy cómica. Se llamaba Mametka, apenas hablaba el ruso y casi no comprendía lo que decían los otros, pero de todos modos escuchaba con gran interés.

—¿Qué te parece Mametka? Yakchi.

—¡Yakchi, oukh iakchi!—murmuró Mametka meneando su grotesca cabeza.—¡Yakchi!

—¿No les cogerán? Yok.

—¡Yok! ¡yok!—y Mametka movía la cabeza y levantaba los brazos.

—¿De modo que has mentido y yo no te entendí, eh?

—Eso es, eso es, ¡Yakchi!—contestaba Mametka.

—Bueno, sí, sí; ¡Yakchi!

Skuratof le dió un moquete que le hundió la gorra hasta las cejas, y salió de muy buen humor, dejando pasmado á Mametka.

Durante una semana fué muy rigurosa la disciplina en el presidio, pero como es natural, nada se pudo descubrir, y todos creían, con gran satisfacción, que nadie era capaz de dar con el paradero de los fugitivos.

Se sabía que todos los aldeanos de las cercanías estaban advertidos y vigilaban bosque y torrentes.

—¡Qué tontos son!—decían los nuestros,—de fijo que alguien les tiene bien ocultos.

—¡Ya lo creo! No son hombres para arriesgarse sin saber lo que se hacen.

Algunos decían que estaban ocultos en una bodega del arrabal, esperando que les creciera el pelo y se calmara la alarma. Allí estarían quizá seis meses y después se irían tranquilamente donde les pareciera.

En suma, todos los detenidos estaban satisfechísimos. De pronto, ocho días después de la evasión, circuló el ru-

mor de que se había hallado la pista. Nadie lo creyó. Al otro día se afirmaba que los fugitivos habían caído en manos de la administración, y que volvían al penal.

Por fin se supo una noticia auténtica. El sargento que acababa de hablar con el mayor, aseguró que por la noche estarían en el cuerpo de guardia. Es difícil pintar la impresión que produjo la noticia en los forzados. Al principio se exasperaron, después se desanimaron. Pronto noté en ellos cierta tendencia á la burla. Se mofaron, no de la administración, sino de los fugitivos torpes. Al principio fueron pocos, después todos les hicieron coro, menos algunos reclusos graves é independientes que miraban con desprecio á los demás y callaban.

Tanto como antes se había glorificado á los fugitivos se les denigró después. Parecía que hubieran ofendido á sus camaradas dejándose coger. Se decía con desdén, que teniendo hambre, habían ido á pedir pan á los labriegos, lo cual es una suprema vergüenza para los vagabundos.

Esto era falso, porque lo que había sucedido, es que siguieron la pista de los fugitivos, y cuando entraron en un bosque, rodearon éste, y viendo aquéllos que no había más remedio que entregarse, se rindieron. No podían hacer otra cosa.

Por la noche les trajeron atados de pies y manos y con buena escolta; todos los forzados fueron á la empalizada para ver lo que les hacían. Sólo vieron los coches del mayor y del comandante que estaban junto al cuerpo de guardia. Se incomunicó á los evadidos después de herrarles de nuevo y al día siguiente fueron juzgados. Cesaron las burlas y el desprecio de los detenidos por sus camaradas cuando se supo el modo como se había efectuado su captura, y todos se interesaron por ellos.

—Por lo menos les darán mil.

—¡Uy! les azotarán hasta matarles. A...f quizá sólo se cargue mil baquetazos, pero al otro de fijo que le matan porque es de la «sección particular».

Los forzados se engañaban. A...f fué condenado á quinientos baquetazos y Kulikof recibió mil quinientos. Como se ve el castigo fué asaz benigno. A nadie acusaron de complicidad én su fuga y afirmaron que habían huido de la fortaleza sin entrar en ninguna parte. A mí me daba lástima Kulikof; había perdido su última esperanza, y recibió además sus mil quinientos baquetazos. Algún tiempo después le enviaron á otro presidio. A...f apenas fué castigado gracias á los médicos. Pero una vez en el hospital, hizo el fanfarrón y declaró que no retrocedería en lo sucesivo ante nada y que daría que hablar. Kulikof siguió su misma conducta anterior; una vez en presidio, y despues de recibir su castigo, se mostró indiferente como si jamás lo hubiera abandonado. Pero los forzados ya no le respetaban: aun cuando no hubiese variado, cesaban de estimarle en su fuero interno, y le trataron como á uno de tantos.

Después de aquella tentativa de evasión la estrella de Kulikof palideció á ojos vistos. El buen éxito es el todo en este mundo...

X

EN LIBERTAD

Aquella tentativa ocurrió durante mi último año de trabajos forzados. Me acuerdo tan bien de este último período como del primero. ¿Pero para qué acumular detalles? A pesar de mi impaciencia por ser libre, aquel año fué el menos penoso de mi deportación. Tenía muchos amigos y camaradas entre los reclusos, que ya me consideraban como un buen compañero. Muchos de ellos me querían de veras. El vigilante que nos acompañó á mi amigo y á mí fuera del penal casi lloraba cuando nos despidió, y vino á vernos casi á diario cuando ya estábamos en libertad durante el mes que pasamos en el alojamiento del Estado que se nos designó en la ciudad.

Tuve más inmunidades durante aquel último año.

Entre los militares de nuestra ciudad encontré antiguos conocidos y hasta amigos de colegio con quienes reanudé mis relaciones. Gracias á esto, pude recibir dinero, escribir á mi familia y leer libros. Desde hacía muchos años no había leído uno sólo, así es que el primero que cayó

en mis manos me produjo una gran impresión. Empecé á leerlo por la noche cuando cerraron las puertas y leí hasta el alba. Aquel número de Revista me pareció un mensajero del otro mundo, recordándome mi vida pasada, tratando de adivinar si había quedado yo muy rezagado, y preguntándome qué cuestiones agitaban á los hombres y ocupaban su atención. Leía entre líneas, trataba de encontrar alusiones á un pasado que me era conocido; buscaba huellas á lo que en mi tiempo producía emoción. Tuve que confesarme que era ya un miembro arrojado de la sociedad. Estaba rezagado. Tenía que trabar conocimientos con la nueva generación. Devoré un artículo firmado por un nombre que me era querido. Pero los otros nombres los desconocía; nuevos obreros habían entrado en escena; procuraba trabar conocimiento con ellos, y me desesperaba de tener tan pocos libros. Años atrás, en tiempo de nuestro antiguo mayor, era un crimen poseer un libro, así es que prescindí de ellos casi en absoluto, aun cuando me hacían preguntas que no podía contestar.

Como había llegado en invierno, debía recabar mi libertad el día aniversario de aquel en que entré. ¡Con qué impaciencia esperaba aquel bienhadado invierno! ¡Con qué satisfacción veía acabar el verano, secarse las hojas y agostarse la hierba en la estepa! El verano ha terminado... El viento de otoño ruge y gime, las primeras nieves caen arremolinándose... Este invierno tan esperado llega por fin! Late sordamente y con ansia mi corazón presintiendo la libertad. ¡Cosa rara! Cuanto más tiempo pasaba y se acercaba el término de mis desdichas, más tranquilo y sosegado estaba. Yo mismo me admiraba de mi indiferencia. Muchos forzados á quienes hallaba en el patio al acabar los trabajos hablaban conmigo y me felicitaban:

—¡Ea, padrecito Alejandro Petrovitch! ¡pronto estará usted en libertad! y nos dejará usted solos como á unos pobres diablos...

— ¡Sí! ¿Y á usted, Martinof, le falta mucho?—le pregunté.

— ¿Yo? ¡Uf! ¡siete años todavía!...

Suspira, se detiene, y mira á lo lejos con expresión distraída, como si pensara en lo porvenir... Sí, muchos camaradas me felicitaron cordialmente. Hasta me parecieron más afables cuando ya no les pertenecía que cuando era su igual. K...tchinski, noble polaco, joven de carácter afable, gustaba como yo de pasear por el patio de la cárcel. Esperaba conservar así la salud haciendo ejercicio y tomando el aire. «Espero con impaciencia el día de su libertad, me dijo una vez sonriendo, porque cuando se marche usted ¡sabré que me queda un año justo de encierro!» Diré de paso que gracias á la perpetua idealización, la libertad nos parecía más libre de lo que lo es en realidad. Los penados se exageran la idea de libertad como sucede á todos los presos. El asistente harapiento de un oficial, nos parecía ser una especie de rey, el ideal del hombre libre, porque no llevaba grillete ni llevaba la cabeza afeitada y podía ir sin escolta donde quería. La víspera de mi liberación, al anochecer, di por *última vez* la vuelta á nuestro presidio. ¡Cuántos miles de veces había recorrido aquella empalizada, durante mis diez años de esclavitud! Solitario y desesperado había recorrido aquellos sitios durante mi primer año. Me acuerdo que contaba los días que había de pasar allí. Eran muchos miles. ¡Cuánto tiempo hace de esto! En este rincón había vegetado nuestra águila prisionera; en aquel, hallaba á menudo á Petrof. Ahora estaba siempre conmigo; y como si adivinara mis pensamientos se paseaba silenciosamente pensando á su vez, Dios sabe en qué. Yo me despedía mentalmente de las negras vigas desbastadas de los cuarteles. ¡Cuánta juventud y cuántas fuerzas inútiles yacían enterradas y perdidas dentro de aquellos muros sin provecho para nadie! Hay que decirlo: todas aquellas gentes eran quizá las mejor dotadas y las más fuertes de nuestro pue-

blo; pero su fuerza poderosa quedaba perdida para siempre. ¿Quién tenía la culpa?

Sí, ¿quién tenía la culpa?

Al día siguiente, de madrugada, antes de formar para ir al trabajo, recorrí todos los cuarteles para despedirme de los forzados. Muchas manos callosas y firmes se tendieron hacia mí con benevolencia. Algunos me apretaban la mano como á un camarada, pero eran pocos. La mayoría comprendían perfectamente que ya era otro hombre, que ya no era de los suyos. Sabían que tenía conocidos en la ciudad, que iría en seguida á casa de unos señores, que me sentaría á su mesa, que sería su igual. Comprendían esto y aun cuando su apretón de manos fuera afable y cordial, no era ya el de un compañero. Me habían convertido para ellos en un caballero. Otros me volvían bruscamente la espalda y no contestaban á mi saludo. Otros hasta me miraban con odio. Redobló el tambor. Los forzados fueron al trabajo. Quédé solo. Suchilof se había levantado antes que nadie é iba de un lado á otro para preparar por última vez mi te. ¡Pobre Suchilof! Lloró cuando le dí mis trajes, mis camisas, las correas para las camisas y algún dinero.

—«No es eso... no es eso...—decía mordiéndose los labios temblorosos.—Siento perderle á usted, Alejandro Petrovitch! ¿Qué haré ahora sin usted?...

También me despedí de Akim Akimytch.

—¡También usted marchará pronto!—le dije.

—Aun debo estar mucho tiempo aquí, mucho tiempo, —murmuró estrechándome la mano.

Nos abrazamos. Diez minutos después de la salida de los forzados, mi camarada y yo salimos del penal para no volver JAMÁS á él. Fuimos á la fragua donde debían romper nuestra cadena. No llevábamos escolta armada. Fuimos acompañados por un sargento. Los que en el taller de ingenieros rompieron nuestros hierros, eran penados. Esperé á que desherraran á mi camarada, y me acerqué

al yunque. Los herreros me hicieron poner de espaldas, me cogieron la pierna y la tendieron sobre el yunque... se apresuraban y agitaban, porque querían hacerlo con habilidad y presteza.

—¡El reborde! vuelve primero el reborde,—mandó el maestro herrero.—Ponlo así, ¡bien!... da ahora un martillazo.

Cayeron las cadenas. Las levanté... Quería tenerlas en mi mano, mirarlas una vez más. Me parecía imposible que un momento antes aun estuvieran en mis piernas.

—Vamos, ¡adiós! ¡adiós!—me dijeron los forzados con sus voces broncas y conmovidas que á mí me parecieron alegres.

Sí, ¡adiós! La libertad, la vida nueva, la resurrección de entre los muertos... ¡Instante inefable!

FIN

ÍNDICE

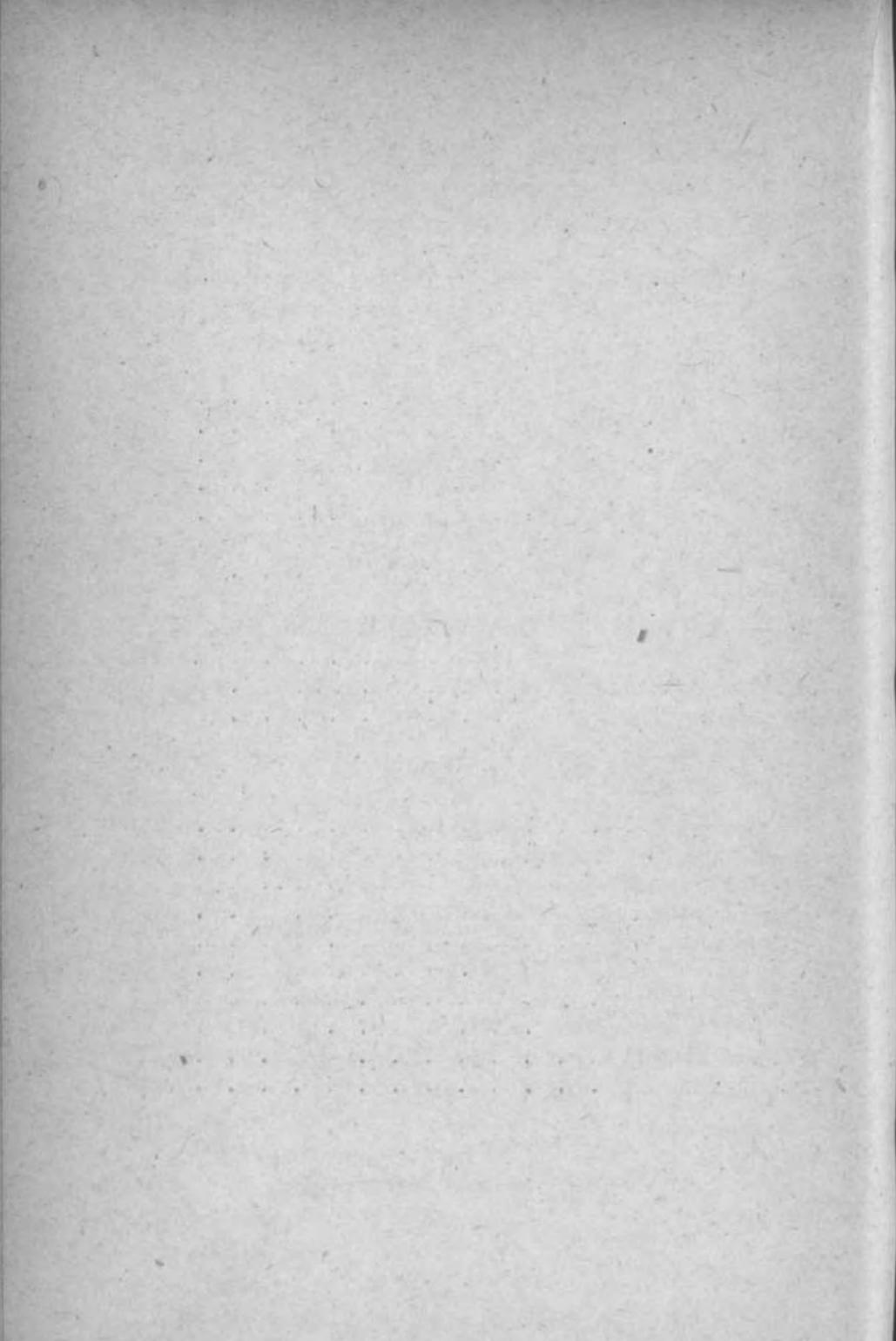
PRIMERA PARTE

| | <u>Págs.</u> |
|--|--------------|
| I.—La casa de los muertos | 10 |
| II.—Primeras impresiones | 26 |
| III.—Primeras impresiones (continuación) | 45 |
| IV.—Primeras impresiones (continuación) | 60 |
| V.—El primer mes | 76 |
| VI.—El primer mes (continuación) | 87 |
| VII.—Nuevos conocidos.—Petrof. | 101 |
| VIII.—Los hombres arrojados.—Luka. | 113 |
| IX.—Isaías Fomitch.—El baño.—El relato de Bak- luchin | 119 |
| X.—La fiesta de Navidad | 136 |
| XI.—La representación | 151 |

SEGUNDA PARTE

| | |
|--|-----|
| I.—El hospital | 169 |
| II.—El hospital (continuación) | 180 |
| III.—El hospital (continuación) | 191 |
| IV.—El marido de Akulka (relato) | 205 |
| V.—El verano | 213 |
| VI.—La compra de un caballo | 228 |
| VII.—El motín | 238 |
| VIII.—Mis camaradas | 252 |
| IX.—La evasión | 264 |
| X.—En libertad | 276 |





Obras á 4 reales tomo encuadernado en rústica.

En tela con planchas doradas, 6 reales.

Don Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes.—Dos tomos de 450 páginas cada uno, ilustrados con láminas.

Atala.—René.—El último abencerraje, (tres novelas juntas), por el Vizconde de Chateaubriand.—Un tomo.

Rafael.—Graziella, (dos novelas juntas), por Alfonso de Lamartine.—Un tomo.

El manuscrito de mi madre, por ídem.—Un tomo.

La señorita Giraud, mi mujer, por Adolfo Belot.—Un tomo.

El posadero de aldea, por Enrique Consience.—Un tomo.

La tumba de hierro, por ídem.—Un tomo.

Maria, (novela americana), por Jorge Isaacs.—Un tomo.

Sor Filomena, por Edmundo y J. de Goncourt.—Un tomo.

Un matrimonio del gran mundo, por Octavio Feuillet.—Un tomo.

Los compañeros del silencio, por Paul Féval.—Dos tomos ilustrados.

La sala misteriosa, por ídem.—Un tomo.

Salammbó, por Gustavo Flaubert.—Un tomo.

La señora de Bovary, por ídem.—Dos tomos.

La señorita de Maupin, por Teófilo Gautier.—Un tomo.

Historia de un muerto, por Francisco Calcagno.—Un tomo con ocho láminas. Segunda edición.

La monja, por Dionisio Diderot.—Un tomo.

La muerte de los dioses, (novela de Juliano el Apóstata), por Dmitri Merejkowski.—Dos tomos.

El jugador y las noches blancas, por F. Dostoïewski.—Un tomo.

El capitán Dreyfus. (Historia de un proceso célebre), por Ramón Sempau.—Dos tomos con 67 fotograbados.

Cinco años de mi vida, por Alfredo Dreyfus.—Un tomo, ilustrado con numerosos fotograbados.

Papá, mamá y el niño, por Gustavo Droz.—Un tomo.

El obrero en España. (Notas para su historia política y social), por Práxedes Zancada, con un prólogo de Canalejas.—Un tomo.

Horas de recreo, por Edmundo de Amicis.—Un tomo.

España, por ídem.—Un tomo.

La carrozza di tutti, (Una novela en tran-
vía), por ídem.—Dos tomos.

El jardín de los suplicios, por Octavio
Mirbeau.—Un tomo.

Memorias de una doncella, por ídem.—
Un tomo.

Escenas de la vida bohemia, por Enrique
Mürger.—Un tomo.

Ben-Hur, por Lewis Wallace.—Dos tomos.

El gallo de Sócrates, (cuentos), por Leo-
poldo Alas, (Clarín).—Un tomo.

Amor estéril, por Juan Allés.—Un tomo.

¡La Guerra! Cuba. (Diario de un testigo),
por Ricardo Burguete.—Un tomo.

¡La Guerra! Filipinas. (Memorias de un
herido), por ídem.—Un tomo.

El alma encantadora de Paris, por E.
Gómez Carrillo.—Un tomo.

Mariquita León, por José Nogales.—Un
tomo ilustrado.

El último patriota, por ídem.—Un tomo.

Musolino. (Su vida y proceso), por Francisco
Javier Godo.—Un tomo ilustrado.

Noli me tângere, novela tagala por José Ri-
zal, con prólogo y notas de Ramón Sempau.
Edición española completa.—Dos tomos.

Tomochic, (novela histórica de costumbres
mexicanas), por Heriberto Frías.—Un tomo.

Los espectros, (drama en tres actos), por Enrique Ibsen.

Noticias de ninguna parte, por Guillermo Morris.—Un tomo.

La hija maldita, por Emilio Richebourg.—Dos tomos.

Los amores de Catalina de Médicis, por Juan B. Enseñat.—Un tomo.

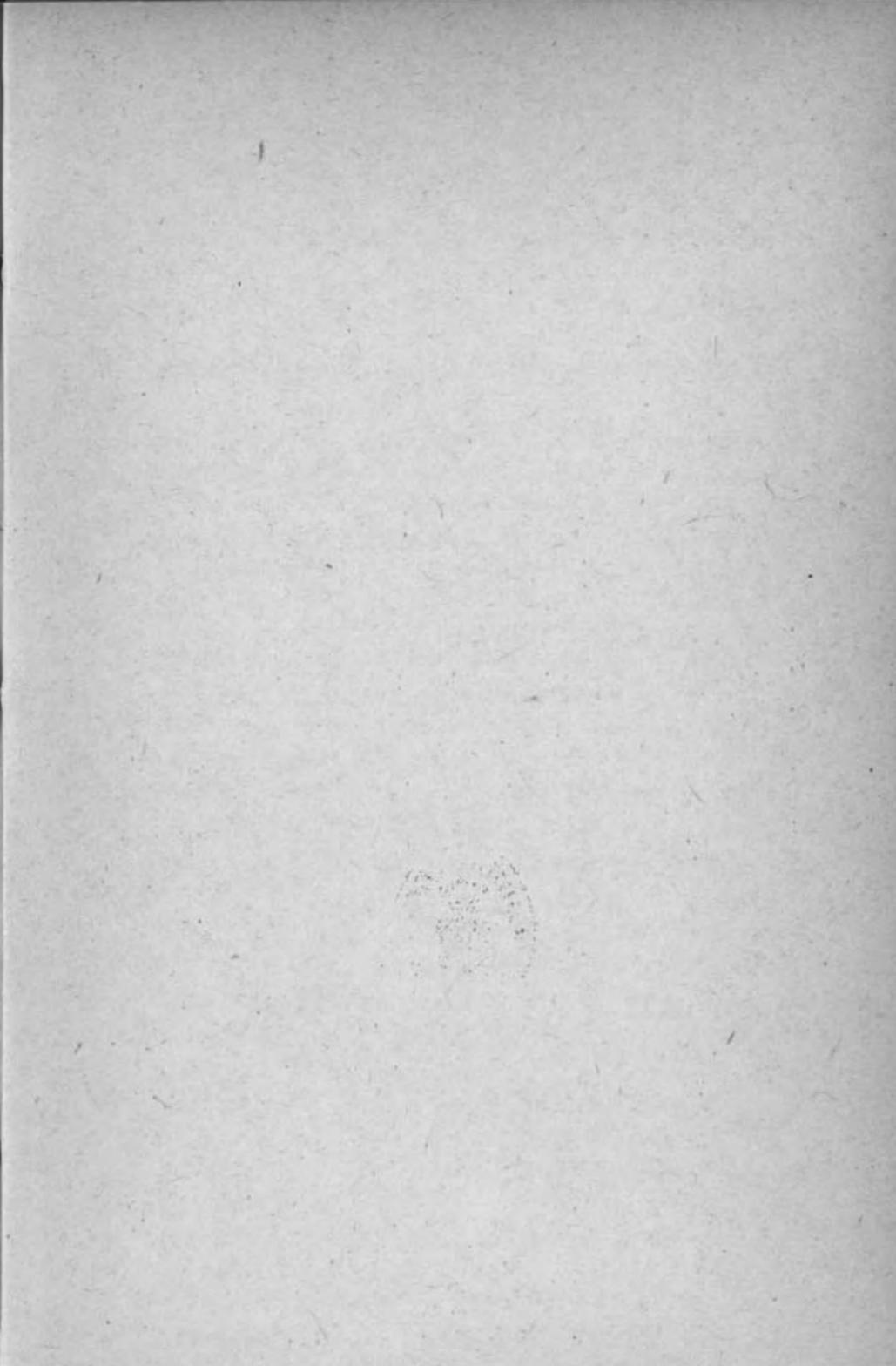
Los infiernos de Paris, por íd.—Un tomo.

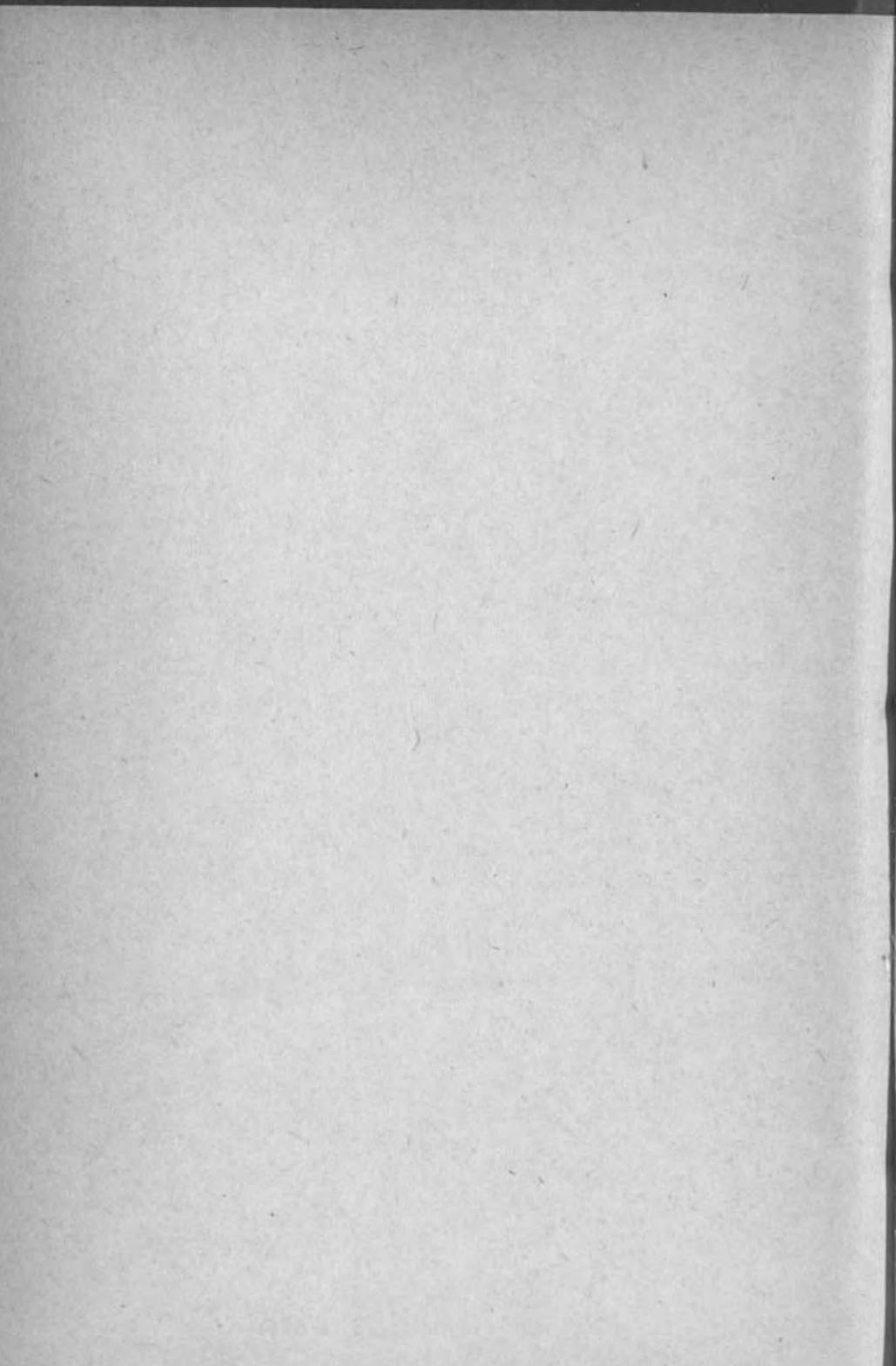
Cosas baturras, por Julio-Víctor Tomey.—Un tomo ilustrado.

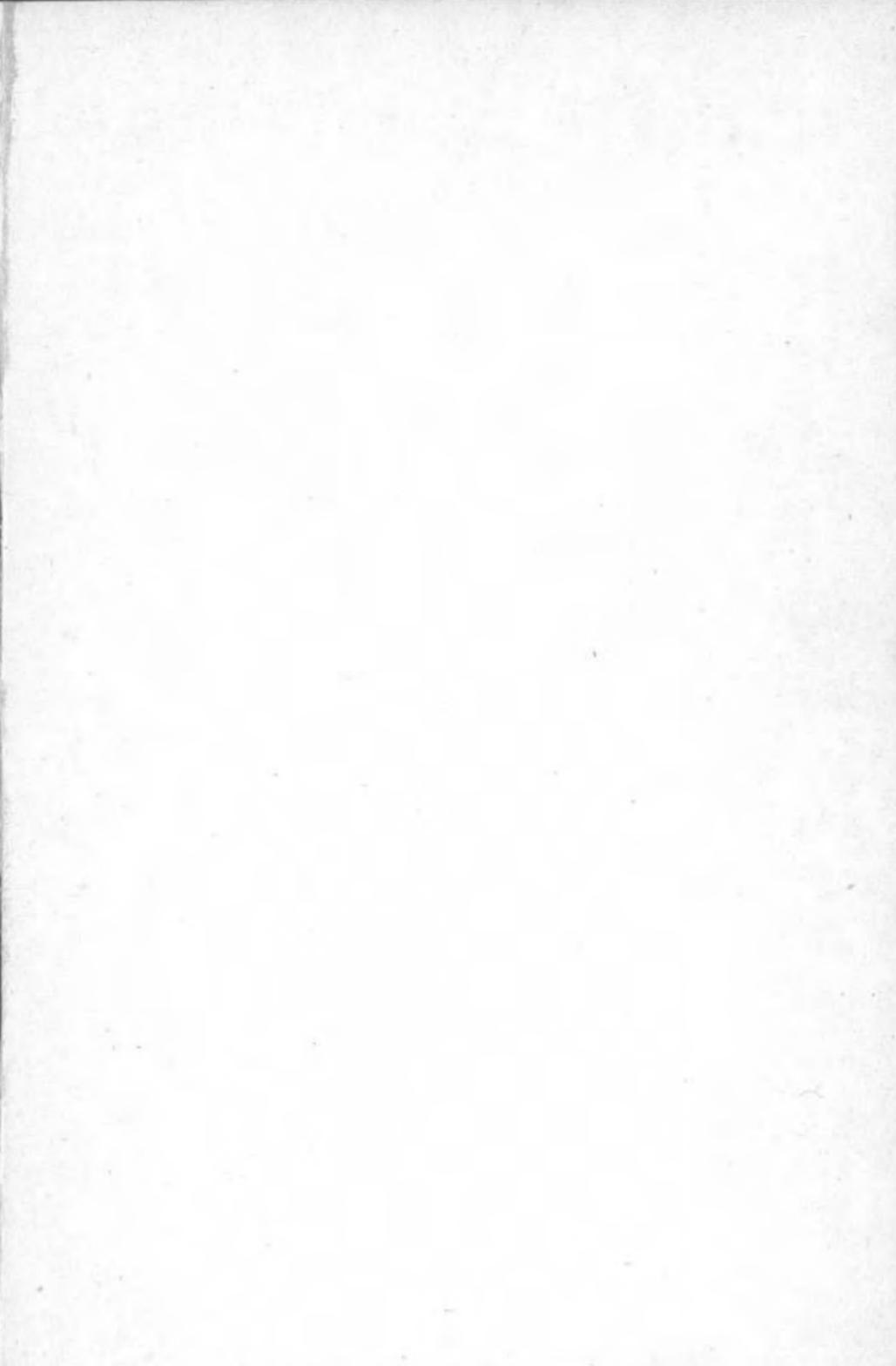
Novísimo secretario universal, ó Manual epistolar, por Ramón Orts-Ramos.—Un tomo. Segunda edición.

El rey de los cocineros. Novísimo arte de cocina, conteniendo 650 fórmulas y un Tratado de Pastelería, Repostería y Confitería, por Tomás Climent y Orts.—Un tomo.











Casa Editorial MAUCCI

OBRAS DEL CONDE LEON TOLSTOY



La Sonata á Kreutzer

El Matrimonio

La Esclavitud Moderna

Amo y Criado

Resurrección

Los Cosacos.—Imitaciones

La Verdadera Vida

Amor y Libertad

Ana Karenine

Lo que debe hacerse

¿Qué es el Arte?

La Guerra y la Paz

Polikuchka

Iván el Imbécil

Placeres Crueles

El Poder de las Tinieblas

Novelas Cortas

Placeres Viciosos

Mi Confesión

Cuentos y Fábulas

La Salvación está en Vosotros

Mallorca, 226 y 228.—BARCELONA

